



Juan Bolea

Los
hermanos
de la costa

Lectulandia

En un pequeño pueblo costero aparece un hombre asesinado, despedazado y horriblemente mutilado. El lugar donde ha aparecido, una piedra enorme donde antiguamente solían despedazar las ballenas que cazaban los balleneros, hace pensar en un ritual. La subinspectora Martina de Santo es la encargada de llevar el caso, con todo en contra, pues se da cuenta que en ese pueblo últimamente se han producido demasiadas muertes, que la guardia civil del lugar dio por accidentes. (Una mujer ahogada, el farero despeñado...). Sin embargo tanto la guardia civil como el juez le dicen que lo olvide todo, que aquéllos fueron accidentes y esta última muerte se debe a los narcotraficantes que operan en la costa.

Lectulandia

Juan Bolea

Los hermanos de la costa

Martina de Santo - 1

ePub r1.0

Maki 14.06.14

Título original: *Los hermanos de la costa*

Juan Bolea, 2005

Editor digital: Maki

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Para Belén y Belén

Y si una nota falsa
el tímpano golpea,
al instante
este paraíso se precipita hacia la nada
EZRA POUND

PRIMERA PARTE

1

Todavía era de noche cuando la subinspectora Martina de Santo, de la brigada de Homicidios de la Policía de Bolscan, abrió la verja del jardín de su casa y empezó a correr por el asfalto oscuro.

Las dos primeras semanas de aquel mes de diciembre habían resultado inusualmente cálidas, pero durante las madrugadas la temperatura descendía por debajo de los diez grados. La humedad y la niebla solían acompañar a las noches de invierno.

La subinspectora trotó con suavidad a lo largo de las calles del barrio alto, iluminadas por distantes farolas. Acelerando el ritmo, descendió la cuesta que comunicaba la zona residencial con las alamedas y el paseo marítimo, dispuesta a llegar hasta el puerto.

Desde hacía un par de semanas, había decidido alterar su recorrido habitual. Hasta entonces, invariablemente, se venía marcando como meta el Jardín Botánico, situado a unos tres kilómetros de su casa, en una rutinaria carrera de ida y vuelta.

El cambio de itinerario se debía a que en las últimas fechas había recibido una serie de amenazadoras llamadas anónimas. El comisario Satrústegui, a quien había decidido informar, le había aconsejado que modificase sus hábitos, a fin de prevenir cualquier sorpresa. Precaución que, había añadido el comisario, deberían tomar todos los agentes, en especial los que se hallaban implicados en la lucha contra el narcotráfico y el terrorismo; pero que luego, en la práctica, casi ninguno respetaba. De manera que, para evitar desagradables encuentros, pero sobre todo para acatar con su habitual disciplina las recomendaciones de su superior, Martina ya no corría hasta el Jardín Botánico. Lo hacía por los vecinos arrabales, entre sórdidos edificios levantados en los años sesenta para alojar a las remesas de emigración rural. O —y era éste ya su itinerario favorito—, hasta el puerto marítimo, donde la brisa salada se encargaba de despejar su cabeza.

Con la intención de no alarmarla, nada había dicho a Berta sobre esas amenazas, ni acerca de las cautelas que se estaba viendo obligada a respetar.

Su amiga acostumbraba a trabajar de noche. Se acostaba de madrugada, dormía un rato, hasta las ocho, y, una vez Martina, al regreso de su carrera, se había quitado la ropa y sumergido en la ducha, se levantaba de la cama justo para compartir con ella el desayuno. Berta se declaraba enemiga del ejercicio físico, por lo que jamás la acompañaba a correr. Debía seguir pensando que Martina se mantenía fiel a su recorrido hasta el Jardín Botánico, donde las hambrientas ocas y los cisnes la recibían batiendo alas en la sonoridad de la noche.

La subinspectora alcanzó la oscura alameda. La ciudad dormía.

Apenas algún coche circulaba por las calzadas, brillantes de rocío. Protegidos con

fosforescentes monos, los peones del último turno de limpieza vaciaban los contenedores de basura en la trituradora hidráulica del camión.

Un borracho trajeado como un aristócrata, pero que no estaba en condiciones de encontrar su coche, daba tumbos entre canción y canción.

Martina orilló la fortaleza de San Sebastián, contra cuyas murallas rompía el sordo sonido de las olas, y entró en el recinto portuario. El vigilante la conocía, y le permitió pasar.

La espesa niebla difuminaba el perfil de los mercantes y los ferrys costeros de la Compañía Marítima del Norte. Hacía invisibles los cascos de los petroleros anclados en la rada, y disipaba tras una láctea sombra el transatlántico que cubría la ruta americana.

Entre containers y grúas, sorteando los norays y las gruesas sogas de amarre, la subinspectora siguió trotando por la dársena. Lo hacía cada vez más rápido, alargando la zancada y avivando la respiración.

Dejó atrás el astillero, cuyos trabajadores se hallaban en huelga porque el gobierno, en su política de reconversión industrial, acababa de anunciar su propósito de despedir a centenares de ellos, y siguió hasta la punta del espigón, a cuyo abrigo se resguardaba el puerto pesquero.

A esa temprana hora, la lonja registraba una colorida actividad. Empapada en sudor, Martina se dejó caer en un banco de la taberna y sacó una pitillera de la cazadora que se ponía para correr sobre sus camisetas ibicencas, fetiches de su época bohemia, cuando nada podía hacerle predecir que acabaría convirtiéndose en una mujer policía. Encendió un cigarrillo y esperó a ser atendida.

La tabernera, una rolliza mujer que se levantaba a medianoche para servir bocadillos y aguardientes a las tripulaciones que retornaban a puerto, no necesitó preguntarle. Saludó con un movimiento de cabeza a aquella delgada y solitaria atleta y, sin preguntarle, porque siempre pedía lo mismo, le puso delante una coca-cola y un taco de tortilla de patata pinchada con un palillo sobre una rebanada de pan. Martina devoró la tortilla, bebió la mitad del refresco y terminó su cigarrillo disfrutando de una abrasiva sensación en sus bronquios, dilatados por el ejercicio.

—Esto es vida —murmuró, satisfecha.

Cuando sintió que sus músculos se enfriaban, pagó y retomó su carrera por el malecón.

Un débil amanecer teñía de azul cobalto la negrura del agua. Las gaviotas se arremolinaban a la espera de los desechos que los pescadores arrojarían por las bordas.

Algunos pesqueros habían atracado ya. Sus marineros descargaban cajas, recogían redes, baldeaban las cubiertas con ganas de desembarcar y regalarse un orujo en la taberna. A la subinspectora comenzaban a resultarle familiares sus caras, y

también los nombres de los barcos: *Senon*, *Bogatín*, *Carolo*... y su preferido, un barquito precioso, pintado de amarillo, que, pese a llamarse *Amargura*, jamás, según le había asegurado su patrón, había sufrido el menor percance.

Pero la embarcación que en esos momentos, a las siete en punto de la mañana del lunes 19 de diciembre de 1983, entre las espirales de niebla, enfilaba la bocana, le resultó desconocida.

Era un destartalado lanchón, ancho de amura, sin mástiles; poco marinero, en apariencia. Martina dedujo que debía estar destinado al transporte de abastecimientos, como aquellas gabarras que, en los viejos tiempos de la navegación fluvial, con anterioridad a la construcción de las grandes presas, remontaban el curso bajo del río. No resultaba frecuente, en aquella parte de la costa, avistar una embarcación como ésa. La subinspectora sintió curiosidad, y se detuvo para contemplarla mejor.

A bordo no distinguió a nadie. Supuso que su timonel gobernaba desde la cabina del puente, elevado sobre una cubierta ancha y en parte entoldada.

La barcaza fue maniobrando hasta mostrar su popa, pintada, como el resto del casco, en rojo escarlata. Cuando el motor se detuvo, el viento del amanecer siguió agitando el toldo de la cubierta, que era también rojo, pero de un tono afresado, descolorido por el sol.

Una tosca figura de madera decoraba la proa a modo de mascarón. La subinspectora observó sus rasgos, como inspirados en un ángel ciego, y la cola de pez debajo de la cintura.

El timonel, cuya inmóvil silueta, tocada con una gorra, se recortaba en la cabina, no parecía decidirse a abandonar el puente. Martina esperó todavía medio minuto, pero después retomó su carrera y, a buen ritmo, se fue alejando del malecón. Tuvo que sortear las cajas de pescado fresco que desfilaban hacia la lonja destilando un agüilla sucia de sangre, con olor a mar cautivo y a sal, y ya no volvió la vista atrás.

2

El comisario Conrado Satrústegui era un hombre metódico.

Se acostaba no más tarde de las doce de la noche. Cada mañana se levantaba al alba. Tan sólo los domingos se permitía relajar ese espartano horario. En su jornada festiva solía dormir hasta el mediodía, a fin de recuperar el déficit de sueño.

Durante el resto de la semana, incluidos los sábados, que él consideraba días laborables, la alarma de su dormitorio repicaba antes del amanecer. A las seis en punto.

Al despertar, lo primero que hacía el comisario, todavía en pijama, babuchas y batín, era abrir un resquicio la puerta, sin quitar la cadena de seguridad, para recoger en la esterilla del descansillo los dos periódicos a los que estaba suscrito.

Echaba un vistazo a las portadas, se metía en el cuarto de baño y dejaba correr una fría ducha sobre su adormilada cabeza. Tenía la teoría de que el agua helada conjuraba la tentación sexual, esas dolorosas erecciones matinales que desenmascaraban su estado de soledad. Después ponía al fuego la cafetera, se vestía, dejaba dorarse en la sartén un par de huevos fritos y los empujaba con café mientras ojeaba la prensa.

Acostumbraba detenerse en la sección de sucesos, por deformación profesional, y en los titulares de las páginas deportivas, por pura afición. Pero casi nunca, con excepción de los domingos, tenía tiempo para leer los periódicos con calma. Acuciado por el reloj, se prometía remitir a sus ratos libres una lectura más pausada de los artículos que podían llegar a interesarle. Habitualmente, sin embargo, regresaba tarde de la comisaría, o de cenar, por lo general sin compañía, en cualquier restaurante próximo a su casa, para caer rendido en la cama y quedarse dormido con los diarios sin abrir a un lado de la almohada.

Desde que se había separado, los ruidos de su apartamento —los mal purgados radiadores, el crujido del parquet, los roces de la vajilla sobre la superficie de formica de la mesa de la cocina— le parecían más nítidos, siniestros, incluso, como si esas manifestaciones mecánicas de la naturaleza muerta, del mobiliario, las tuberías o la dilatación de los muros se hubiesen aliado contra su equilibrio emocional, privándole del silencio que exigían sus excitados nervios. Para colmo, oía con frecuencia discutir a los vecinos, que tenían problemas con sus hijos adolescentes. Lo único que en esas ocasiones le consolaba era pensar que él, por fortuna, no se había reproducido en uno de aquellos maleducados jovencitos que aplastaban las colillas en el rellano y que, cuando sus padres no estaban en casa, reventaban el tocadiscos con una atronadora música de rock.

Se estaba tornando irritable; a ratos, incluso, un punto paranoico. A menudo se despertaba por las noches, creyendo que alguien había entrado en la vivienda. Pero

nunca era nada más que otro de esos artificiales ruidos que parecían resonar en el interior de su cerebro.

Antonia y él siempre desayunaban juntos. Dejaban las tazas de café, todavía calientes, sobre la mesa de la cocina, y bajaban en el ascensor, en cuyo espejo aprovechaba ella para retocarse la pintura de labios. Se despedían en la puerta de la casa, camino hacia sus respectivos trabajos. Antonia estaba empleada en una entidad bancaria, como directora de sucursal. Su mujer ganaba un buen sueldo, ligeramente superior al suyo. A pesar de estar enamorado de su oficio, y de sus ascensos en el escalafón, con las adicionales mejoras económicas, el comisario siempre se había considerado mal pagado. En especial, cuando se comparaba con otros profesionales de la función pública que, corriendo riesgos inferiores, disfrutando de horarios fijos y vacaciones estables, y sin necesidad de tener que soportar a un jefe superior, a un director general y a un gobernador civil, ingresaban más que él a final de mes.

Aunque habían transcurrido ya varios meses desde que Antonia abandonara el domicilio conyugal, yéndose a vivir a casa de una prima suya para así poner término a la larga serie de disputas que, con mínimas variantes, solían arrancar de la fanática entrega de Satrústegui a su tiránico trabajo, el divorcio no pasaba aún de ser una amenaza latente. El comisario se había propuesto recuperar a su mujer, pero no descubría el medio de hacerlo. La llamaba cada dos o tres días, teniendo que conformarse, la mayoría de las veces, con platicar con la prima. A la que, por cierto, aborrecía.

Ese tiempo muerto, vacío, venía actuando como un complejo de culpa sobre su aislamiento sentimental. Una débil piedad hacia sí mismo embargaba al comisario cuando, no sin experimentar lacerantes celos, se torturaba imaginando a su mujer en el acto de compartir rutinas y hábitos, los desayunos, el cine de los domingos, los paseos por el puerto, los juegos y placeres de cama con otro hombre de rasgos inciertos. ¿Seguía enamorado de Antonia? No lo sabía con certeza, pero su corazón no había dejado de sufrir.

A las siete llegaba Petra, la mujer que se ocupaba de la limpieza del piso. También hacía la compra, cocinaba y planchaba las camisas del comisario, siempre listadas, con rayas de un solo color. Petra tenía llave, por si Satrústegui había madrugado más de la cuenta, o se encontraba fuera de la ciudad, pero, por indicación suya, sólo la utilizaba en el caso de que nadie respondiera al portero automático.

En cuanto Petra franqueaba la puerta del apartamento, Satrústegui se enfundaba su pistola, se ponía la americana, aferraba su maletín y bajaba al garaje.

Antes de accionar la llave de contacto, revisaba el coche de manera exhaustiva. Levantaba las alfombrillas, palpaba los huecos de los asientos, abría el capó y se tumbaba largo en el suelo para estar seguro de que el vehículo no había sido manipulado. Observadas las medidas de autoprotección, encendía el motor y

conducía por la avenida del Príncipe hasta el edificio de la Jefatura Superior de Policía.

Las dependencias de la Comisaría Central, de la que Conrado Satrústegui era titular, ocupaban una de las plantas. Los mandos principales disponían de plaza reservada en un aparcamiento al aire libre, vigilado por un agente con órdenes estrictas de impedir el paso a cualquier persona ajena a los cuerpos armados.

El comisario tenía la costumbre de fichar unos minutos antes que sus colaboradores. Le gustaba recorrer los pasillos todavía vacíos, sin uniformes, carreras ni gritos, con reflejos de agua sucia y olor a lejía barata, y saludar a las limpiadoras del turno de noche.

Una de ellas, Marisa, era viuda de un policía. Del pobre Javier Marco. Se lo habían cargado de un disparo en el pecho, cuando todavía se ganaba el sueldo como un simple patrullero. Así era su oficio, pensó esa mañana el comisario al cruzarse con la desmejorada viuda. Apoyada en la fregona, Marisa mostraba un gesto amargo, y los nudillos llenos de sabañones; su espléndida melena se había degradado en una capa de pelo graso, recogido en cola de caballo. Años atrás, cuando todavía eran jóvenes, Antonia y él solían salir a cenar con el matrimonio Marco. Marisa había sido una mujer vistosa, de las que llamaban la atención. Pero de su antigua belleza no quedaba ni siquiera el recuerdo.

Después de extraer un café negro de la máquina, el comisario solía encerrarse en su despacho para revisar la agenda y organizar su jornada. Valoraba esos ratos de concentración y lucidez. Su experiencia le decía que tales oasis de tranquilidad no solían durar, y que la mañana empezaría a complicarse en cuanto el agente de guardia se presentara para comunicarle el parte de sucesos ocurridos durante la madrugada.

Teniendo en cuenta que la provincia padecía uno de los mayores índices criminalísticos del país, y que una elevada proporción de los delitos de sangre eran cometidos al amparo de la oscuridad, ese informe casi nunca resultaba irrelevante. Con cíclica frecuencia, el comisario insistía a sus hombres en que, si la importancia del asunto así lo requería, no dudaran en llamarle a su domicilio, a cualquier hora. Pero, acaso por un mal asimilado respeto, esa indicación se incumplía de manera sistemática.

También, dedujo Satrústegui hacia las ocho y media de la mañana de aquel tercer lunes de diciembre, tras leer en diagonal el parte que un cansado policía acababa de entregarle, lo había sido durante la última noche.

Porque una extraña muerte, que en absoluto parecía accidental, sino, más bien, por su insólita brutalidad, por el odio criminal que se desprendía del simple enunciado de los hechos, obra de algún perturbado, acababa de descubrirse en la localidad pesquera de Portocristo.

Sintiendo un cosquilleo de excitación en la boca del estómago, el comisario

manoteó la atestada superficie del escritorio hasta dar con sus lentes de lectura. Repasó el informe, esta vez con todo detenimiento.

Los datos que había registrado el retén de guardia eran muy limitados. No obstante, Conrado Satrústegui comprendió a primera vista que se trataba de un caso de extrema gravedad.

«¿Portocristo?».

El comisario tardó unos segundos en recordar que se trataba de una pequeña ciudad, un pueblo, realmente, perdido en el extremo oriental de la provincia, a unos ciento veinte kilómetros de la capital, allá por el estuario del río Madre.

—¿Qué diablos significa esto? —gruñó Satrústegui—. ¿Por qué no me despertaron de inmediato?

—No creí necesario importunarle, señor comisario —repuso Ortega, uno de los agentes del turno de noche.

Ortega aguardaba en pie, frente a su mesa. Tenía caspa en la guerrera y llevaba la corbata mal anudada. Una barba incipiente oscurecía la piel ya de por sí cetrina de su rostro. El comisario supuso que estaba deseando obtener autorización para retirarse a descansar tras un servicio ininterrumpido de veinticuatro horas. Ortega no integraba precisamente el grupo de agentes a quienes tenía en mayor estima.

—Es evidente que se trata de un crimen —dijo Satrústegui—. Y de los más salvajes. ¿Cuándo se perpetró?

—Por el momento, se desconoce la hora de la muerte, señor.

Apoyándose contra el respaldo de su butaca, el comisario introdujo los pulgares en las sisas del chaleco —gesto característico en él cuando comenzaba a irritarse—, y resumió en voz alta el contenido del informe:

—Un cadáver brutalmente mutilado aparece en un lugar remoto de la costa. El cuerpo fue localizado en la tarde de ayer por un vecino de Portocristo que, según parece, es dueño de una embarcación. Dicho ciudadano recoge el cadáver, lo envuelve en un capote de marinero junto con sus extremidades y... ¿Qué demonios ha puesto aquí, Ortega? ¿Y por qué el informe está escrito a mano?

—La máquina de escribir se ha estropeado, señor.

—¿No había otra en toda la comisaría?

—Los despachos permanecen cerrados durante la noche.

—Está bien. Traduzca.

El policía se inclinó sobre el expediente. Al no ser capaz de interpretar su propia letra en sentido inverso, rodeó la mesa y leyó sobre los hombros de su superior. Satrústegui percibió su fuerte halitosis.

—Los ojos.

—¿También se los arrancó? —exclamó el comisario.

—Eso afirmaba el atestado de la Guardia Civil.

—¿Qué arma se utilizó?

Ortega vaciló.

—No lo sabemos, señor. Un cuchillo de sierra, quizá.

—Y los intestinos... ¡Válgame el cielo! ¿Quiere hacerme creer que ese marino que encontró el cadáver recogió las tripas, las empaquetó como si fueran longanizas y trasladó el mondongo al puerto navegando en la oscuridad de las marismas, igual que El Holandés Errante?

El agente entrecerró los ojos, haciendo memoria para identificar al peligroso criminal a que debía referirse el comisario. El Holandés Errante... ¿Podría tratarse de un seudónimo de Erik el Belga, el célebre desvalijador de iglesias?

Ortega carraspeó.

—Así ocurriría, señor. Un patrón cargó el cuerpo del difunto, que es, que se llamaba...

El policía hizo amago de circunvalar la mesa para inclinarse de nuevo sobre el parte, lo que impacientó aún más a Satrústegui. Decidido a evitar la proximidad de su aliento, el comisario dio la vuelta al informe.

—Gracias, señor... Dimas Golbardo, sí. Ése es el nombre del muerto. El marino que lo encontró embarcó sus restos y los transportó hasta la dársena de Portocristo. La Guardia Civil informó al juez Cambruno, Antonio Cambruno, quien, en el cumplimiento de sus funciones, se desplazó al muelle, requirió la presencia de un médico y, una vez certificada la defunción, procedió al levantamiento del cadáver.

—¿Cambruno es el titular del Juzgado de Portocristo?

—Afirmativo, señor. Según el cabo del destacamento, con quien, después de recibir el fax que nos informaba de los hechos, contacté telefónicamente, se trata de un magistrado más bien pintoresco. Permitió que los agentes tomasen fotos del cuerpo, pero de inmediato lo hizo trasladar a la funeraria en un carro de bueyes.

—¿Un carro de bueyes? ¿Me está tomando el pelo, Ortega?

—Nada más lejos de mi intención, señor. Se lo refiero tal como el cabo me lo relató. El coche fúnebre debía de estar averiado.

—¿Como su máquina de escribir? —El agente no contestó, avergonzado—. ¿Qué hay del cadáver de ese tal Dimas Golbardo? —preguntó a continuación el comisario—. ¿Sigue en esa funeraria?

—Así lo imagino, señor.

—No me gustan las suposiciones. ¿Se le va a practicar la autopsia?

—Ignoro si el juez lo ha dispuesto.

Conrado Satrústegui hizo rotar los pulgares. Nada le irritaba tanto como que sus hombres le respondiesen con imprecisión o vaguedad. Estaba empezando a ponerse nervioso. Y, cuando eso ocurría, las cosas solían complicarse para el personal a sus órdenes.

—En Portocristo debe haber más de un médico. ¿Cuál fue el que reconoció el cadáver?

El agente se apresuró a registrar los bolsillos de su guerrera.

—Apunté el apellido. Aquí está. —Blandió una hojita arrancada de una barata libreta de espirales—. Doctor Ancano. Es el director del ambulatorio.

—¿Han hablado con él?

—No, señor. Me pareció impropio, siendo de amanecida...

Su superior lo fulminó con la mirada.

—¿Y esas fotos?

—He solicitado una transmisión urgente, pero todavía no se han recibido.

—Insista. ¿Qué más sabemos?

—Nada más. A menos que...

—¿Algún otro detalle, agente? Vamos, hable. No dispongo de todo el día.

Sus subalternos temían el humor matinal de Satrústegui. Desde su separación, que era ya de dominio público, su férreo carácter se había avinagrado.

Ortega tragó saliva.

—El cabo me comentó que los restos del difunto Dimas Golbardo aparecieron en un lugar apartado de la costa, conocido como la Piedra de la Ballena. Debe de hacer mucho tiempo que sólo las gaviotas habitan ese paraje. El cabo, veterano en el puesto, me dijo también que años atrás, en los tiempos de Maricastaña, en el marco de una tradición ancestral, los pescadores de ballenas desguazaban allí sus capturas, los grandes cetáceos...

—Una tradición ancestral —repitió el comisario, con un suave tono de burla—. Dentro de nada se pondrá usted a hablar de Moby Dick y de aquel marinero llamado Ismael.

—Disculpe, señor. No pretendía resultar fatuo.

—No lo ha sido. Discúlpeme a mí. La Piedra de la Ballena —murmuró Satrústegui, sin dejar de girar los pulgares, cuya presión había acabado por imprimir la huella dactilar junto a los botones del chaleco—. Curioso.

Con dificultad, Ortega reprimió un bostezo.

—¿Desea que siga con las pesquisas, señor comisario?

—¿No ha terminado su guardia?

—Puedo continuar, si usted lo ordena.

—¿Y obligarme a remunerar las horas extraordinarias al precio que me impongan los sindicatos? Olvídelo, Ortega. ¿Ha llegado la subinspectora De Santo?

—Me pareció verla al subir.

—Delegue el asunto en ella. Comuníqueme novedades, si es que se han producido mientras despachaba conmigo. Antes de abandonar la comisaría, no olvide insistir en la transmisión de las fotografías forenses. Después de la dura labor que ha realizado esta noche, le deseo un gratificante descanso. Preséntese ante mí al entrar de servicio.

A los ojos de Ortega afloró algo parecido al miedo.

—¿He cometido algún error, señor comisario?

En la mirada de Conrado Satrústegui no había amistad.

—Lo sabrá a su debido momento, en cuanto le haya asignado un nuevo destino.
Es todo. Retírese.

Cuando el agente Ortega hubo salido, el comisario se encerró en el cuarto de baño para lavarse los dientes. Había olvidado hacerlo en su apartamento, y notaba un desagradable gusto en el paladar. Su despacho y el del jefe superior eran los únicos que disponían de aseo privado. Se enjuagó la boca y llamó a su secretaria, que acababa de llegar.

—Necesito que me haga un favor, Adela. Consígame un mapa de la costa oriental, lo más detallado posible. E intente localizar al juez de Portocristo, señor... Cambruno, Antonio Cambruno. Llámelo por teléfono y pásemelo. Y dígame a la subinspectora De Santo que la estoy esperando.

El comisario no ignoraba que las relaciones entre Adela, su ayudante personal, en la que confiaba plenamente, y Martina de Santo, la joven subinspectora a la que había pronosticado un notable futuro profesional, no estaban regidas por la cordialidad.

La personalidad de Martina resultaba a Satrústegui hasta cierto punto fascinadora. Era una mujer culta, elegante, que cultivaba un aire de alejamiento o misterio. En la medida en que había podido llegar a conocerla, el comisario había establecido que poseía un temperamento dócil y fuerte a la vez. Era en exceso puntillosa, y jamás daba un paso atrás. Satrústegui solía pensar en ella como en una especie de pura sangre capaz de rebasar cualquier clase de obstáculo si alguien no se decidía a frenar su ímpetu. Por eso mismo, en el trato con sus colegas masculinos, su pundonor y sentido de la competitividad hacían saltar frecuentes chispas. En diversas ocasiones, el comisario se había visto obligado a mediar para impedir que los enfrentamientos entre la subinspectora De Santo y otros mandos derivasen en conflictos internos.

Aunque, en un principio, albergó dudas sobre su preparación y valor, el comisario juzgaba positivamente la capacidad demostrada por la subinspectora desde que, avalada por la mejor nota en el examen de promoción, había ingresado en el Cuerpo. Su rapidez mental y la fría resolución con que había encarado circunstancias adversas en la Unidad de Vigilancia Nocturna y en la Brigada de Estupefacientes la habían elevado a su criterio. Sin la menor duda, era uno de los mejores agentes con que la Policía de Bolscan contaba en la actualidad.

Al trasladarla a Homicidios, grupo en el que jamás había prestado servicio una mujer, Satrústegui había arriesgado lo suyo. Por otra parte, tenía poco donde elegir. En la mayoría de las secciones faltaba personal. Los inspectores estaban sobrecargados de trabajo, o se aproximaban a marchas forzadas a la edad de jubilación. A la hora de movilizarse en un caso de relieve, Martina de Santo partía con ciertas ventajas: se ofrecía voluntaria, no discutía las órdenes y solía aportar resultados con relativa rapidez. En cuatro años de disciplinada entrega a las distintas unidades por las que había transcurrido, Satrústegui nunca le había oído pronunciar el

adverbio «no».

—Sí —dijo también en esta ocasión.

Estilizada, alta, Martina de Santo vestía como un hombre. Trajes y corbatas oscuros, por lo común. No usaba perfumes ni joyas. Tenía una piel pálida, casi marmórea, la frente ancha y unos gélidos ojos grises. Su cintura estrecha, de las que antiguamente se llamaban de avispa, le dibujaba un torso trapezoidal, al estilo de las mujeres fatales de los años cincuenta. Un delgado cinturón de piel y zapatos de medio tacón resumían los detalles femeninos de su atuendo.

Después de llamar a la puerta, la subinspectora había entrado al despacho del comisario con aire resuelto. Mientras Satrústegui la ponía en antecedentes, mantuvo sin parpadear una mirada despierta. Y, una vez el comisario hubo acabado de exponer las líneas sumariales del crimen de Portocristo, había dicho:

—Me haré cargo del asunto, señor, ya que me hace el honor de confiármelo. Concédame un par de horas para dejarme los deberes hechos y reunir información y estaré lista para partir.

Satrústegui asintió, complacido.

—Tal vez tenga que permanecer fuera varios días. Tómese el tiempo necesario. En cuanto ponga un pie en Portocristo, y se haya entrevistado con el sargento, localice al juez y examine el cuerpo de la víctima.

—Será lo primero que haga al llegar.

—¿Quiere que le asigne un compañero?

—Preferiría desplazarme sola, si no ve inconveniente.

El comisario la envolvió en una mirada crítica, para reafirmarse en su juicio: era extraña, distante, pero muy atractiva. Algo en ella le recordaba a su mujer, Antonia, pero esa vaga semejanza nada tenía que ver con sus rasgos. ¿Sería la manera de mover las manos, de sonreír? ¿O quizá aquella actitud alerta e independiente, desconfiada e intuitiva a la vez?

Mientras la esperaba en su despacho, el comisario había sido informado por su secretaria de que el juez Cambruno, aunque figuraba empadronado en una dirección de Portocristo, carecía de número telefónico. En el Juzgado, probablemente debido, apuntó Adela, a lo temprano de la hora, no respondía nadie. Su secretaria le había entregado las fotografías del cadáver, que acababan de recibirse. Satrústegui, ocupado al teléfono con otras cuestiones urgentes, apenas tuvo tiempo para echarles una ojeada. Cuando, unos minutos más tarde, entró la subinspectora, las revisó con mayor detenimiento y se las fue mostrando una por una.

No la había invitado a sentarse, pero no por descortesía, sino por el inveterado hábito de su colaboradora de permanecer en pie. En el departamento de Homicidios, donde disponía de una sencilla mesa de trabajo, Martina de Santo no solía ocupar su silla. En pie leía, redactaba o hablaba por teléfono. Cuando tenía que utilizar la

máquina de escribir, o el recién instalado ordenador, lo hacía inclinándose hacia los teclados, los tobillos juntos, sus largas piernas firmemente asentadas sobre el piso cubierto con un linóleo de color plátano arruinado por marcas de cigarrillos.

La subinspectora le devolvió las fotos.

—No parece impresionada —comentó Satrústegui, prendiendo un cigarrillo.

—Me gustaría decirle que se me ha revuelto el estómago, pero a estas alturas ya debo estar bastante curtida. Quien haya cometido semejante carnicería sabe manejar un arma blanca.

El comisario afirmó, frunciendo el ceño:

—Puede quedarse las fotos, le serán de utilidad. Necesitaré un mapa de la zona. Mi secretaria ha localizado una reproducción a pequeña escala. Observe.

Satrústegui señalaba el accidentado perfil de la costa.

—Aquí, junto a un cabo llamado Forca del Diablo. Esa playa, entre las marismas. La Piedra de la Ballena. El cadáver apareció descuartizado sobre las rocas. He solicitado datos acerca de la víctima, Dimas Golbardo. Por ahora, apenas nada sabemos de él, salvo que era paisano del delta y que ha encontrado la muerte de esta inimaginable manera.

Martina asintió y volvió a examinar las fotos. En origen debían ser bastante precarias; la transmisión no había contribuido a realzar su nitidez. El grano era grueso. Su contraste, nulo. Como si se tratase de defectuosas pruebas de imprenta, la gama de tonalidades se había simplificado en violetas y añiles, con matices anaranjados y rojo caldero para las superficies de tejido cutáneo saturado por la rotura de vasos sanguíneos.

Básicamente, podía distinguirse el cuerpo mutilado de un hombre de unos sesenta y cinco o setenta años de edad. Tendido sobre el mismo impermeable con que habían protegido sus restos durante la travesía marítima, Dimas Golbardo estaba desnudo de cintura para arriba. Sólo llevaba un pantalón claro, de algodón o lino, tal vez, empapado en líquido. «Sangre, con seguridad», había murmurado el comisario. Una ancha incisión en el abdomen delimitaba la más aparatosa de sus heridas, lo que parecía haber sido una puñalada mortal. Las manos, seccionadas en las muñecas, reposaban cerca de sus correspondientes articulaciones, que mostraban la astilla de los huesos y tendones tronchados como cables de caucho.

Conrado Satrústegui aventuró:

—Si el cadáver estuvo expuesto a la marea, aunque sólo fuese durante unas horas, el agua y la sal marinas habrían contribuido a cauterizar las heridas, pero aun así esos tajos me seguirían pareciendo demasiado limpios. A riesgo de equivocarme, me inclinaría a pensar que las manos no fueron serradas, sino desprendidas de un solo golpe.

—¿Con un hacha? —apuntó Martina.

—¿Quién sabe? Es posible que hayan quedado marcas en las rocas. Ya lo comprobará.

En otra de las fotografías se apreciaban los globos oculares, extirpados de sus órbitas. Como diminutos peces sin vida, descansaban junto al convulso rostro del muerto, a un lado de la capucha.

La tercera y última instantánea, más difusa todavía, reflejaba un primer plano de la cara. La muerte había paralizado a Dimas Golbaro en una rígida expresión de terror. Bajo el pelo pegado al cráneo con una costra de sangre seca, las vacías cuencas orbitales pervertían sus rasgos en una dimensión trágica. Por encima de las mal rasuradas mejillas, el semblante deparaba una cualidad plástica, como si le hubiesen aplicado un molde de parafina o un baño de cera líquida.

El comisario añadió:

—Me pondré en contacto con la Comandancia de la Guardia Civil y le trasladaré a usted la información que vaya llegando. Aunque me temo que, por el momento, no tendremos mucho más. No hay sospechosos. Para ir ganando tiempo, le sugiero que deje pasar una hora, a fin de que pueda coordinarme con la Comandancia, y establezca contacto con el cuartelillo de Portocristo. Hasta hace poco disponían de muy escasos medios, pero creo estar seguro de que se ha incrementado su dotación, incluyendo una lancha guardacostas para perseguir los contrabandos de cocaína y hachís, que han experimentado un alarmante incremento en esa parte del litoral.

La subinspectora no replicó. Su superior le destinó una inquisitiva mirada.

—¿Qué le ocurre? ¿Discrepa de lo que le he ordenado?

Martina movió horizontalmente la diestra, como si pretendiese desplazar un objeto invisible.

—Preferiría trabajar por mi cuenta, señor. Podría instalarme en el pueblo, como una turista más. De esa manera, dispondría de mayor libertad de movimientos.

Conrado Satrústegui sonrió para sí. Ni siquiera un ciego tomaría a Martina de Santo por una mujer corriente. En una pequeña colonia de pescadores, difícilmente iba a pasar desapercibida.

—Hágame caso, subinspectora. Siga mis instrucciones al pie de la letra. Y no olvide permanecer en contacto conmigo, o con el inspector Buj.

Martina abandonó el despacho con un brillo en la mirada. Sabía que, además de manifestar un legítimo orgullo, por la confianza que el comisario acababa de depositar en ella, esa expresión contribuiría a amargar la mañana a su secretaria.

El pulso entre ambas, su sostenido rencor, se venía manifestando en un sucesivo duelo tejido por domésticas venganzas. Adela no podía soportar la creciente influencia de la subinspectora. Y ésta no parecía dispuesta a aceptar las normas complementarias con que la influyente auxiliar administrativa —así, rebajándole el rango, la nombraba Martina cada vez que era objeto de sus malas artes— manipulaba

el protocolo y la agenda del comisario.

—Muy ufana parece usted —observó Adela.

—Ya me conoce —replicó al instante la subinspectora—. Soy incapaz de fingir. Entre mis virtudes no figura la simulación. Seguramente —añadió, haciendo chasquear el cierre de su pitillera y procediendo a encender uno de sus cigarrillos ingleses sin filtro—, me iría mejor si tomase ejemplo de usted. Perdona, no le he ofrecido. Qué maleducada, ¿verdad?

Adela sonrió con aridez.

—A veces podemos estar de acuerdo. No se permite fumar, ¿lo ha olvidado?

—¿De veras? ¿Y por qué lo hace el comisario?

—Si don Conrado desea fumar en su despacho, será cosa suya. Teniendo en cuenta el estrés que soporta, no seré yo quien se lo impida. Hay puestos de responsabilidad, y puestos. Fuera del despacho, no le verá fumar. Y usted, en consideración a los demás, y a la nueva normativa, tampoco debería hacerlo. Apague el pitillo, por favor.

—Iré a esconderme al baño, como una niña mala —repuso la subinspectora, expulsando una argolla de humo.

Adela se levantó, cogió un frasco de ambientador con aroma a limón y se puso a pulverizar el aire.

—¿A cuál? —preguntó, sin mirarla—. ¿Al de señoras o al de caballeros?

Martina decidió ignorar el comentario. Estaba acostumbrada a ese tipo de pullas. Le dolían, en el fondo, pero intentaba no concederles excesiva importancia. Se administró una calada de castigo, enterrando el humo hasta el fondo de sus pulmones, y dijo, con frialdad:

—El comisario acaba de adjudicarme el caso de Portocristo. Un crimen, con toda certeza. Me gustaría emprender el viaje disponiendo de toda la información que hayamos sido capaces de obtener. Le ruego la haga llegar a mi departamento, a medida que se vayan recibiendo nuevos datos desde la Comandancia de la Guardia Civil. No hará falta que se desplace en persona. Puede usar el fax. Así no quebrantará su sedentario régimen.

Irritada, la secretaria sepultó la vista en la carta mecanografiada que estaba corrigiendo. No podía soportar que aquella altanera mujer le impartiese órdenes, pero tampoco le convenía disgustar al comisario manteniendo un enfrentamiento radical con ella. Confiaba en que, antes o después —pronto, más bien—, la orgullosa Martina de Santo cayese en desgracia a los ojos de Satrústegui.

Mientras tanto, se había propuesto hacer lo imposible por complicarle la vida. Adela era una experta en bloqueos administrativos, congelación de expedientes y otros recursos dilatorios. «Disuasorios», los llamaba ella, disfrutando íntimamente con aquel práctico y, desde su punto de vista, ingenioso eufemismo.

La subinspectora había abandonado el pequeño reino de taifas de Adela tirándole un beso burlón con las puntas de los dedos. Segura de sí misma, bajó a la segunda planta.

El grupo de Homicidios ocupaba el congestionado espacio de una sala rectangular, pintada en un mortecino tono vainilla, con media docena de mesas alineadas en dos filas desparejas y, al fondo, una estrecha oficina ocupada por el inspector jefe Buj, apodado el Hipopótamo.

Ernesto Buj era el responsable del grupo. Haciendo justicia a su mote, el Hipopótamo pesaba alrededor de ciento veinte kilos, susceptibles de aumentar cuando la ansiedad o la gula disparaban su bulimia. Debajo de sus camisas, cuyos botones y costuras parecían siempre a punto de reventar, la grasa le dilataba los pectorales y el estómago. El cuello, con su anillo de sebo, sostenía una cabeza pelona y grande, deformada por la sotabarba e iluminada apenas por unos ojillos diminutos, paquidérmicos, en efecto, atrapados en redondas ojeras.

La mesa de la subinspectora estaba situada junto a la puerta de vidrio esmerilado del despacho del inspector Buj. A través del borroso cristal, el torso del Hipopótamo, cuando trabajaba en su mesa, se dibujaba a contraluz como la sombra chinesca de un gorila.

En el curso de la última reforma, Martina había logrado apropiarse de uno de los deteriorados biombos de falso bambú que separaban los bancos de la antigua sala de visitas, en la planta calle. Ella misma, en sus horas libres, a partir de las nueve o las diez de la noche, cuando dejaban de repicar los teléfonos y el departamento se vaciaba de agentes, le había aplicado una mano de barniz, que restituyó lozanía al mueble. Por encima del biombo asomaba el tambor de un perchero; sus brazos sostenían la correa de una cartera de cuero y el borsalino que tantas bromas había inspirado a su llegada, pero que, como su propia dueña, había acabado por incorporarse al paisaje cotidiano de la sección.

Las dos ventanas del departamento daban a un patio interior. Casi nunca se abrían. Haciendo caso omiso al recién sancionado reglamento, todos los agentes fumaban.

En la agobiante atmósfera de Homicidios reinaba el desorden. Fanática de la limpieza, Martina había intentado trasladar su pulcritud a los hábitos de sus colegas, pero en ese terreno sus esfuerzos habían resultado baldíos. Las mesas seguían sosteniendo un pandemónium de expedientes, periódicos atrasados, vasos de plástico con restos de café, ceniceros repletos de colillas, además de una miscelánea de elementos útiles a las investigaciones en curso, desde pruebas procedentes de escenas de crímenes que aguardaban turno de análisis en el laboratorio hasta objetos

decomisados en el curso de las últimas redadas: llaves, documentos, navajas, incluso armas de fuego.

Tanta desidia sublevaba a Martina, pero no tenía más remedio que acogerse a una paciente resignación. Las cosas iban a seguir así, al menos mientras el inspector Buj continuara al frente del equipo. Al Hipopótamo le faltaban tres años para alcanzar un retiro que, antes, una mayoría de investigadores deseaba secretamente, pero que, ahora, entendiéndolo que, a la larga, podía beneficiar un nuevo ascenso de Martina de Santo, era temido como un mal mayor. Buj no sólo no reprobaba el desorden, sino que parecía sentirse a gusto en aquel ambiente. Su propio despacho, revuelto y mal ventilado, era un buen ejemplo de ello.

De los seis agentes asignados a Homicidios, todos varones, sólo uno ocupaba en ese momento su puesto. Los demás se hallaban lejos del edificio, enfrascados en diversas pesquisas, declarando en los Juzgados o poniendo en práctica labores de seguimiento o rastreo.

Tampoco estaba el inspector Buj, cuyas frecuentes ausencias sólo parecían escandalizar a la subinspectora. Sus compañeros jamás criticaban el hecho de que su superior tuviese instalado una especie de segundo despacho en el bar El Lince, un cafetín situado en la esquina de la manzana, en cuya barra, a lo largo de la jornada, los camareros iban sirviendo al inspector su cotidiana ración de cañas de cerveza.

—Un segundo, Carrasco —dijo Martina, abriéndose paso entre las papeleras repletas y las sillas colocadas de cualquier manera.

El agente Carrasco se levantó y la siguió hasta su mesa. Era un individuo anónimo, de hombros cargados y expresión apática, pero competente y servicial, y en posesión de una notable hoja de servicios. Había venido colaborando con la subinspectora de manera hasta cierto punto satisfactoria para ambos. Sus colegas solían burlarse de esa insólita afinidad. Para replicarles, Carrasco empleaba una contundente frase que había escuchado de labios del propio comisario Satrústegui: «Esa mujer será un bicho raro, pero tiene un par de huevos».

—El deber nos llama —dijo Martina, desabrochándose la chaqueta y aflojando el lazo de su corta corbata de seda negra—. Un hombre ha sido despedazado en las lagunas del delta. Eche un vistazo, si no acaba de desayunar.

La subinspectora arrojó las fotos sobre su immaculado escritorio, exento de cualquier objeto personal con excepción de una fotografía enmarcada en un sencillo baquetón. En el papel satinado se veía a una mujer joven, rubia, de rasgos redondos y amenos, sonriendo en mitad de un bosque envuelto en bruma.

La mujer de la foto era Berta, pero allí, en comisaría, nadie sabía de quién se trataba. Martina de Santo jamás hablaba de su vida privada. La discreción y la austeridad le eran consustanciales. En los cajones de su mesa guardaba muy pocas cosas: una agenda, estuches de aspirina, a la que era adicta, barritas de cacao, su

pistola reglamentaria.

—Por los clavos de Cristo —murmuró Carrasco—. Sí que se han ensañado. ¿Quién es? Perdón: ¿quién era?

—Un pescador de la comarca, suponemos. Dimas Gol bardo. Natural de Portocristo. Sesenta y tantos años, estatura media, ojos... ¿Se fija?

—Vaya salvajada —comentó el agente; no obstante, contemplaba las mutilaciones sin la menor turbación, como si en lugar de los testimonios gráficos de un bárbaro asesinato se tratara de una colección de postales—. Hay que odiar mucho a alguien para cuartearlo como a una res.

—¿Odio? —dudó la subinspectora—. ¿Sólo odio? Una sádica complacencia, una placentera, incluso, erótica crueldad, puede discurrir por la corriente emocional del más despiadado asesino. ¿Qué es el odio, Carrasco, y desde cuando los sentimientos son compartimentos estancos?

Martina hizo una pausa antes de añadir con una sonrisa sardónica:

—Si desea una demostración empírica de mi teoría sobre el placer sanguinario, vuelva la mirada a su interior.

La subinspectora encendió un cigarrillo. De sobra sabía que sus sarcasmos hacían nula mella en aquellos colegas suyos, refractarios, en cualquiera de sus formas, a la crueldad criminal, pero a veces cedía a la tentación de apelar a sus conciencias. Era como golpear un muro ciego. El abúlico gesto de Carrasco desmintió que, tal como ella acababa de sugerirle, estuviese sondeando el lado oscuro de su alma. Simplemente, aguardaba. De modo que Martina de Santo, enroscando en sus palabras volutas de humo, consideró:

—Sería prematuro extraer conclusión alguna, pero ¿por qué descartar el placer? Hay criminales que, al matar, obtienen una inefable satisfacción. Analice la limpieza de esos cortes, Carrasco. Seguramente, los autores del crimen de Portocristo hirieron a la víctima en el abdomen, en primer lugar, y después, mientras aún respiraba, con golpes secos, contundentes, de la misma manera que un carnicero separa la carne de la materia impura, fueron troceando su cuerpo, quién sabe si recreándose en esa tarea. Los asesinos pudieron acabar fácilmente con la vida de Dimas Golbardo, pero, por alguna razón, prefirieron someterle a tortura, haciéndole pagar una supuesta culpa, o pretendiendo establecer un escarmiento, una advertencia destinada a futuras víctimas.

—¿Los asesinos? ¿Por qué habla en plural?

—Opino que al menos se emplearon dos tipos de armas blancas. Un cuchillo grande y un hacha, quizá.

—Pudo usarlas la misma persona, sucesivamente.

La subinspectora replicó:

—Desde un punto de vista estadístico, es poco probable. Un asesino, un arma. Dos armas, un complot.

De repente, Carrasco recordó algo.

—¿Portocristo, ha dicho? Hace algún tiempo, en verano, hubo otro suceso allí.

Martina de Santo enarcó una ceja.

—¿Otro suceso?

El agente especificó:

—Un hombre se precipitó por los acantilados. Treinta metros de caída libre, con resultado de muerte instantánea.

—¿De quién se trataba?

—Del farero de Isla del Ángel, un peñón próximo a la costa. Debió ocurrir a mitad de julio. Usted se encontraba de vacaciones, o no se había incorporado aún al grupo.

—Tuve una semana de descanso antes de trasladarme a Homicidios, pero a mi ingreso revisé todos los casos, uno por uno. ¿Cómo es posible que no me diera cuenta?

Carrasco se pasó la mano por el cráneo. Unos pocos pelos demasiado largos se esforzaban inútilmente por mantener la ilusión de un cabello sano.

—Decidimos darle carpetazo —admitió, con tono cauteloso—. Por eso no repararía usted.

Martina apretó los labios.

—¿Es costumbre de los miembros de la brigada archivar casos sin mi consentimiento?

—Pensamos que carecía de interés policial.

—¿Pensaron o lo pensó usted?

—Fue decisión mía —asumió el agente, incómodo—. El asunto no parecía tener vuelta de hoja. Se trataba, simplemente, de una caída mortal.

Carrasco volvió a vacilar. La subinspectora lo escrutaba con sus árticos ojos de color aluminio. Su colega agregó:

—Cuando lo encontraron debía llevar varios días sin vida.

—¿Quién descubrió el cadáver?

—Una barca lo recogió en una cala de la isla y lo depositó en el muelle de Portocristo.

—¿A quién pertenecía esa embarcación?

—Lo ignoro. ¿Qué importancia tiene?

—¿Se instruyó investigación? —quiso saber Martina.

—Nadie la reclamó.

—¿El cuerpo presentaba heridas, mutilaciones?

Carrasco tuvo que afinar la memoria.

—Creo recordar que tenía el cuello roto.

—¿Cómo lo sabe? ¿Acaso lo vio?

—La Guardia Civil nos informó.

—¿Nuestro grupo no desplazó a ningún agente?

—Eran días de mucho trabajo, y de poco personal. Al inspector Buj le pareció innecesario.

La subinspectora sacó la pitillera y golpeó contra la tapa el extremo de otro de sus cigarrillos sin filtro. Estaba fumando demasiado. Tres cajetillas diarias. No obstante, su última revisión había concluido con un diagnóstico normal. Ella atribuía su buen estado de salud a la práctica del *footing*. Para aprobar las pruebas de ingreso había debido someterse a una dura preparación física, y fue entonces cuando se aficionó a practicar carreras de fondo. En adelante, mantuvo el hábito de correr casi todas las mañanas, al amanecer, seis o siete kilómetros, la distancia entre su casa y el Jardín Botánico, ida y vuelta. O, en las últimas semanas, la de su nuevo recorrido hasta el puerto.

—¿Al cadáver del farero le faltaban los ojos, por casualidad?

—No lo sé —masculló Carrasco. Su apatía estaba dando paso a una leve inquietud; aunque sólo llevaba un semestre con ellos, los agentes de la sección habían comprobado que la subinspectora era muy estricta con los trámites de cada proceso —. En esa parte de la costa abundan las aves migratorias, que disponen en el estuario de un parque natural protegido, una especie de edén particular. Supongo que se cebarían con el cadáver. Puedo rescatar el expediente, si lo desea.

—Ya está tardando.

Carrasco desapareció en dirección al archivo, que se distribuía abajo, en los sótanos, en tres lóbregas salas en forma de U, junto a los calabozos y el cuarto de calderas.

La subinspectora aprovechó el paréntesis para redactar una lista con asuntos pendientes e instrucciones adjuntas. Lo hizo en pie, escribiendo velozmente con su Parker de plata. Poseía una letra alta, torcida a la derecha. Un grafólogo habría establecido que su escritura era viril. Había llenado una holandesa por ambas caras cuando regresó Carrasco con una carpeta.

—El muerto de Isla del Ángel se llamaba Pedro Zuazo. Era el farero, en efecto.

La subinspectora leyó el escueto expediente. El cadáver de Pedro Zuazo había aparecido en una cala, desnucado. El atestado de la Guardia Civil incluía el certificado de defunción, firmado, como el de Dimas Golbardo, por el doctor Ancano.

—¿Algo más, Carrasco?

—Por mi parte, no. El sargento Romero, que está al frente del destacamento de Portocristo, es un hombre competente. Podrá darle todos los detalles. Lleva tiempo en la comarca, y conoce el fangoso terreno que pisa. ¿Sabía, por cierto, subinspectora, que el río se ha desbordado otra vez? La carretera de Bolscan a Portocristo está cortada en varios tramos. Tardarán días en repararla. También está interrumpida la vía

férrea. Desde el oeste, el estuario se encuentra prácticamente incomunicado.

—Lo ignoraba. Gracias por la advertencia. Me quedaré con este expediente. Si le viene a la memoria algo más, no deje de comentármelo.

Aliviada, en el fondo, por no tener que utilizar su automóvil, Martina consultó una guía telefónica y llamó a la Compañía Marítima del Norte. Esa misma tarde, a las seis, salía un ferry que a medianoche fondearía en Portocristo. El viaje era eterno, pero no había otra opción. Reservó un camarote en clase turista. A continuación, marcó el número de una agencia de taxis y dejó apalabrado un coche para recogerla hora y media antes en la puerta de su casa. Ella era así, y no de otro modo; no le gustaba dejar nada al azar. Solía llegar a las estaciones y aeropuertos con bastante antelación. Lo contrario, la improvisación, la prisa, le producía un desasosiego que ya no le abandonaba durante el resto del viaje.

6

Esperó hasta las once, por si la secretaria de Satrústegui tenía la deferencia de remitirle algún otro dato sobre el caso. Al no darse esa circunstancia, la llamó por el número interior.

Adela fingió haber olvidado el asunto. Estaba muy ocupada, dijo. Tras advertirle que el jefe Satrústegui comunicaba, hizo esperar largo rato a la subinspectora. Pasados un par de minutos, le hizo saber que el comisario no podía ponerse, pero que le ratificaba la ausencia de novedades. Martina preguntó si su superior había contactado con la Comandancia de la Guardia Civil o con el oficial al mando de la agrupación de Portocristo.

La secretaria repuso:

—Con la Comandancia, en efecto. No, ya le digo, no ha dejado ningún recado para usted. ¿El juez Cambruno? Todavía no hemos conseguido localizarle.

—¿Cómo es posible?

—Eso mismo me pregunto yo.

—¿Ha hablado con el secretario del Juzgado? —apuntó Martina.

—Naturalmente. ¿Me va a decir de qué forma tengo que hacer mi trabajo? Se llama Gámez, como la cupletista, y me ha parecido un perfecto cretino. Ahora tengo que dejarla, lo siento.

La subinspectora colgó, visiblemente enfadada. Pero, justo al hacerlo, el teléfono volvió a sonar.

Era Berta. Llamaba, muy alarmada, porque acababa de oír en la radio que se había cometido un terrible crimen en un pueblecito costero.

—Supongo que estarás informada —empezó a decir su amiga, al otro lado del hilo; debía estar nerviosa, porque se atropellaba al hablar—, pero he decidido advertírtelo, por si no lo sabías. El locutor ha dicho que han descuartizado a un hombre. He anotado el nombre de la víctima: Dimas Golbardo. Me ha parecido un apellido curioso. Medieval, o algo así.

A Martina le extrañó un tanto la reacción de Berta. Era la primera vez que su amiga la llamaba a la comisaría. De hecho, ni siquiera tenía el número. Supuso que habría consultado con el teléfono de urgencias, y que desde centralita le habrían pasado con ella. La subinspectora bajó la voz, para que no la oyera Carrasco.

—¿Dónde estás?

—En el centro. Acabo de oír la noticia en la emisora de un taxi. ¿He hecho mal en llamarte?

—Claro que no —repuso Martina, con un barniz desprovisto de calor. Pero, acto seguido, valorando el hecho de que Berta se preocupase por su actividad, decidió que merecía una respuesta más amable, y agregó—: El comisario acaba de delegarme el

caso.

—¿No será peligroso?

Aquella inocente salida hizo reír a Martina. Sin embargo, su rostro se ensombreció. Detrás del cogote de Carrasco, la curva panza del inspector Buj acababa de recortarse en el vano. La subinspectora moderó aún más el tono, hasta reducirlo a un susurro:

—Estoy encantada de contar con una colaboradora tan valiosa, pero ahora tengo trabajo, Berta. ¿Nos veremos luego, en casa?

—He quedado con Adorno, el marchante. Llegaré tarde.

—Te esperaré.

Martina colgó. La abotagada cara del Hipopótamo sostenía una torcida sonrisa. Era evidente que había bebido. La euforia del alcohol le duraba cada vez menos, dando paso a una quisquillosa irritabilidad. Hasta que, para combatir la abstinencia, palpaba su americana en busca de la petaca y, escorando la cabeza sobre el hombro, bebía un trago.

Aireando un olor rancio, a sudor y a barra de bar, el Hipopótamo atravesó la oficina.

—Buenos días por la mañana, encanto. Hoy estás como para untar pan.

Martina no podía soportar que su inmediato superior se tomase con ella esa clase de licencias, pero había decidido que resultaba más inteligente callar y esperar. A Buj no le quedaba mucho tiempo en activo. Eso, si una cirrosis no se lo llevaba cualquier día por delante.

El Hipopótamo se había parado enfrente de ella y se escarbaba las palas dentales con la uña del dedo corazón, que portaba un sello de oro falso.

—¿No tienes que comunicarme novedades, De Santo?

En el mismo timbre opaco que empleaba para informarle de los partes del día, la subinspectora resumió el crimen de Portocristo.

—El comisario me ha encomendado la investigación —epilogó, cuando hubo expuesto los hechos.

Los ojitos de Buj se encogieron bajo sus pesados párpados.

—Caramba, muñeca, te estás convirtiendo en su niña bonita. Dentro de poco tendrás que recomendarme para que me reciba el gran jefe. ¿Cómo te lo pidió? ¿De rodillas, rogándote que se lo hicieras por favor?

Las alusiones sexuales eran habituales entre los policías de la sección, pero en este capítulo Ernesto Buj se llevaba la palma. Martina percibió un sabor nauseabundo en la boca.

—El comisario me ordenó que me mantuviese en contacto con usted, en todo momento. Es lo que me proponía hacer.

Pero Buj no iba a conformarse con eso.

—Muy aplicada. Pasa a mi leonera. Detrás de mí.

El despacho del inspector no olía mejor que un secadero de jamones. Martina se preguntó desde cuándo no se abriría esa ventana. En la falleba, para impedir que las mujeres de la limpieza pudieran ventilar su cubil, el Hipopótamo había atravesado el mango, envuelto en sucias tiras de esparadrapo, de un bate de béisbol.

Ese palo era un recuerdo de sus épocas de patrullero. El agente Buj se había hecho famoso entre las bandas callejeras por su inclinación a la violencia indiscriminada. A lo largo del bate, como mudos testigos de su uso original, se conservaban desvaídas manchas de sangre. El Hipopótamo, según él mismo refería cuando, caliente de *whisky* y cerveza, se ponía a contar batallitas, procuraba pegar en las partes blandas, pero no siempre lo conseguía. En el fragor de las detenciones, algunos de sus golpes se habían estrellado contra las cabezas de pandilleros y traficantes. Buj sostenía que cada cráneo, al recibir el impacto, emitía un sonido característico, de acuerdo con el coeficiente intelectual de su dueño. «Las cabezas huecas suenan como una calabaza; las más preparadas, las de los listillos que fueron a la universidad, como si reventaras una sandía o un melón maduro».

La persiana estaba tres cuartos echada. Entre las lamas se veían fachadas de edificios altos y grises, como colmenas. La manaza del inspector arrugó un paquete de Bisonte.

—¿Un pitillito?

—No, gracias.

—Perdona, encanto, había olvidado que sólo gastas de tu selecta marca. Puedes encender uno de los tuyos, no me molesta el aroma. Me recuerda un poco al tabaco de puta. Siéntate.

Martina permaneció en pie. El rubor afluía a su cara.

—¿Se trata de algún chiste, inspector?

—¿El qué?

—Lo sabe perfectamente.

Una grasienta risa apergaminó las carnosas mejillas de Buj.

—¿Lo del tabaco de...? Era una simple ocurrencia. No te lo tomes a pecho, mujer.

—Tengo muchas cosas que hacer, inspector. ¿Qué quiere de mí?

El Hipopótamo se arrellanó en su butaca y cruzó las manos sobre el estómago. Unas manchitas de aceite salpicaban la pechera de su camisa.

—Que me respetes, en primer lugar.

—Así lo hago, inspector.

—¡Y una mierda, De Santo! ¡Siempre tengo que enterarme por los demás de qué gaita estás soplando! ¿Por qué nadie me advirtió que el comisario te había mandado llamar?

Martina pensó que Adela se la había vuelto a jugar.

Con toda probabilidad, le habría pasado a Buj la información de que Satrústegui la había convocado sin consultarle previamente a él.

—Quizá lo intenté, y no le encontré.

Buj dejó oír uno de sus secos bufidos.

—¡Seguro! ¡Y mi tasa de colesterol está por debajo de la de un campeón de los cien metros lisos! ¡No me quieras comer la polla, De Santo!

Estoicamente, la subinspectora logró contenerse.

—¿Dónde estaba usted? ¿En el bar?

—¿Qué hay de malo en tomar un café? —gruñó Buj—. ¿Y para qué llevo el busca?

Martina abatió los hombros, asustada de hasta qué punto podía llegar a aborrecer a aquel rijoso y grasiento policía.

—Creo que esta conversación no va a llevarnos a ninguna parte, inspector. Si está descontento conmigo, o siente vulnerada su autoridad, será mejor que hable con el comisario.

La expresión del Hipopótamo se tornó amenazadora. Como si estuviera rascando el suelo para embestir, pensó Martina.

—Lo haré, encanto, créeme que lo haré.

—¿Me requiere para algo más?

—No. ¿Cuándo te vas a ese pueblucho?

—En cuanto esté lista.

—Quiero ser el primero en conocer los avances de la investigación. ¿Está claro?

Martina decidió no perder más tiempo. Rogándole que le sustituyera mientras durara su ausencia, entregó a Carrasco un sobre con la lista de gestiones que dejaba en curso. Guardó la fotografía de Berta en un cajón de su mesa, cogió su pistola, un estuche de aspirinas, la gabardina y el sombrero, y se dispuso a abandonar la comisaría.

Pero cuando estaba atravesando el vestíbulo de la planta baja, entorpecido por la fila de ciudadanos que hacían cola frente al mostrador de información, cambió de opinión. Volvió sobre sus pasos y descendió las escaleras que conducían al archivo.

Se le había ocurrido que quizá podría reunir más datos sobre el delta del río Madre y aquellas remotas marismas de Portocristo que se estaban convirtiendo en un húmedo sudario.

Aunque las dependencias de Jefatura habían sido remodeladas apenas unos meses atrás, los presupuestos no debían haber alcanzado para lavarle la cara al archivo.

Los sótanos estaban como siempre, o peor. En su cargado ambiente flotaba el mismo polvillo que venía sedimentándose sobre el lomo de los archivadores. Debido a las cañerías que encauzaban las aguas residuales, haciéndolas desembocar en el colector urbano excavado bajo la cercana avenida, a veces olía a cloaca. Para rematar el abandono material, algunas baldosas del suelo se habían levantado, y se apreciaban desconchones en las rozadas paredes.

El responsable de la terminal de datos era un veterano policía, Horacio Muñoz, antiguo integrante de la sección de Homicidios, en la que había ocupado plaza con antelación al traslado de Martina de Santo. Un taciturno aragonés cuyos afectos, aunque fuese hombre de fidelidades y principios, entre los que la amistad no ocupaba rango menor, no se desbordaban con facilidad.

En el curso de un tiroteo contra una banda atrincherada en una sucursal bancaria, el agente Muñoz había recibido un impacto que le destrozó un pie. Estuvo tres años de baja, soportando intervenciones quirúrgicas y períodos de rehabilitación, hasta que, forzado a aceptar la secuela de una cojera que arrastraría de por vida, decidió solicitar su reingreso en un puesto administrativo. El archivo estaba vacante; lo destinaron allí. Horacio Muñoz dejó crecer su cabello y su barba y, de forma paralela, un resquemor que raras veces le abandonaba.

A pesar de ello, de su amargura, de la progresiva, tal vez inevitable marginación a que le habían sometido sus antiguos compañeros, su amor propio de policía de raza permanecía intacto. Informatizar los fondos y clasificar el material arcaico le había obligado a realizar un sostenido esfuerzo. A base de obstinación y cursos externos, manejaba el computador con soltura. Cruzando e implementando archivos procedentes de la Central de Inteligencia, Interpol y otras fuentes policiales, había confeccionado programas alternativos y nuevas bases de datos.

Martina lo sorprendió entre los archivadores, revisando una pila de expedientes.

—Arriba las manos.

Horacio se giró con una sonrisa infeliz.

—Ah, subinspectora. Es usted.

Sentía aprecio hacia esa mujer. De Santo era uno de los escasos detectives que utilizaba por norma sus servicios.

—¿Tan ocupado como siempre?

—No crea. Sólo estaba poniendo un poco de orden en mis viejos papeles. Mire esto —dijo el archivero, alcanzándole unas amarillentas holandesas escritas a máquina por ambas caras, a un solo y prieto espacio—. Casos antiguos, apolillados,

casi. ¿Adivina a qué fechas se remontan? El que tengo en la mano, a 1940, recién concluida la guerra civil. ¿Había nacido usted?

—¡Por supuesto que no! ¿Tan vieja le parezco?

—No, claro. Era una manera de medir el tiempo, que aquí es largo.

—Es usted un diablo.

—O un santo. Porque sólo un egregio varón aguantaría en este puesto de retaguardia. Hago excepciones, y a usted siempre la acompañaré mi mejor disposición. ¿En qué puedo ayudarla?

—Debo salir para Portocristo. Necesito información.

—¿Qué se le ha perdido por allá?

Martina notó que el polvillo ambiental se había introducido en sus pituitarias. Tenía la boca seca. Antes de contestar, se pasó la lengua por los labios.

—Un cadáver mutilado apareció en la tarde de ayer en un paraje del término municipal de Portocristo conocido como la Piedra de la Ballena. Han desmembrado y eviscerado el cuerpo, y le han sacado los ojos. La víctima es un pescador del pueblo, Dimas Golbardo.

—Recuerda al nombre de algún rey goda.

El archivero esbozaba el proyecto de una sonrisa, pero la subinspectora, que no parecía estar para bromas, siguió hablando:

—No se trata del primer hombre que en los últimos meses pierde la vida en esa franja de la costa, en medio de circunstancias anómalas. Ignoro si existe relación causal, pero me gustaría investigar también la muerte de un tal Pedro Zuazo, farero de Isla del Ángel, quien, al parecer, se despeñó el pasado mes de julio. Carrasco acaba de facilitarme su expediente. Quisiera saber si guardó usted en la hemeroteca algún dato adicional.

Muñoz hizo un gesto de colaboración.

—Tome asiento. No tardaré.

La subinspectora permaneció en pie. Transcurridos unos minutos, pudo comprobar que, de manera hasta cierto punto sorprendente, existía bastante información sobre aquel suceso.

Con su diligencia habitual, Muñoz había fotocopiado y conservado los originales de prensa que en su momento, el 15 y el 16 de julio, concretamente, se habían ocupado de informar sobre el accidente de Pedro Zuazo. Todos los medios, citando fuentes de la Guardia Civil, daban por hecho que había sido una muerte fortuita. De manera escueta, el triste final del farero de Isla del Ángel había sido recogido en las páginas de los principales diarios de Bolscan, y también por los de Argenta, la capital de la región. Sin embargo, el relato más detallado de los hechos correspondía a un periodiquillo de doble pliego: *Ecos del Delta*.

—Nunca había visto esa gaceta —dijo Martina.

—Se trata de un modesto semanario comarcal —le informó Muñoz—. Debe sumar una tirada de quinientos ejemplares, todo lo más, que se distribuyen por las pedanías del estuario. Fue fundado hace un par de décadas, hacia 1965, si no me falla la memoria; se lo confirmaré. Su director era y es un polígrafo local, Mesías de Born, a quien, por cierto, traté. Periodista vocacional, comenzó su carrera en el *Diario de Bolscan*, donde le encargaron de la sección de sucesos; de ahí nuestra relación. Pero no triunfó, o la nostalgia le pudo. Natural de Portocristo, retornó a sus orígenes para fundar su propia cabecera. También es autor de varios libros y de un diccionario dialectal. Lo sé porque él mismo me ha enviado, dedicadas, alguna de esas obras. No las he leído, pero no creo que eso le importe. En realidad, nunca le leyó casi nadie.

—El reportaje de *Ecos del Delta* sobre la muerte del farero está firmado por Gastón de Born —observó Martina.

—Que será pariente suyo, por descontado. El apellido es romance, de origen francés. Creo que este Gastón es hijo de Mesías de Born. Ese chico, siguiendo los pasos *del* padre, ha escrito algo. Literatura, quiero decir. Una novelita, o un libro de cuentos. Con un título muy curioso. Espere... Precisamente acaba de publicarse una reseña en la *Actualidad Literaria*. Por algún sitio debo tener el ejemplar que nos remite el gobierno autónomo, patrono de la publicación. Sí, mire, aquí está: *Los Hermanos de la Costa y otros relatos de terror*. Evoca un no sé qué de misterioso o sectario, ¿no es cierto?

La subinspectora alzó la mirada. Mientras escuchaba a Muñoz, había leído unos párrafos de la crónica de Gastón de Born sobre la muerte de Pedro Zuazo. Mal redactado, y con algunas faltas de ortografía, el reportaje venía ilustrado por una pésima fotografía en la que apenas podía verse un cadáver tirado en un muelle, cubierto por una manta y rodeado de curiosos. Asimismo, la fotografía estaba firmada por Gastón de Born.

—Acláreme algo, Horacio. ¿Cómo puede saber tantas cosas si se pasa el día encerrado entre estas cuatro paredes?

—Conservo algunas fuentes, subinspectora. Y leo a diario los periódicos, desde la primera hasta la última línea. Todo cuanto sucede, en el caso de que reúna cierta trascendencia, aparece impreso antes o después. También soy adicto a la radio.

—¿Ha escuchado el noticiario de las once?

—Por supuesto.

—Me aseguran que acaban de informar sobre el crimen de Portocristo. No entiendo cómo han podido enterarse tan pronto.

—En Radio Nacional no han dicho nada.

—¿Quizá en otra emisora?

—Tal vez. Cambiando de tema, Martina... Me gustaría pedirle un favor.

—¿Cuánto? —bromeó la subinspectora.

—Oh, yo no necesito nada. Pero con la extraordinaria de Navidad podría comprarle a ese guarro del inspector Buj un manual de buenos modales. ¿Cómo le va con él? ¿Ya ha intentado violarla?

—No se preocupe por mí, sé arreglármelas sola. Vamos con su petición.

—¿Le importaría utilizar sus influencias con el comisario para ubicar en cualquier otra parte esa maldita tubería de aguas fecales? Hoy no es de los días peores, pero en primavera y verano, con el bochorno, el hedor resulta insoportable.

—Veré lo que puedo hacer. Y, puesto que va a deberme un favor, seré yo quien le pida otro.

—Usted dirá.

—Quisiera llevar conmigo el expediente de Pedro Zuazo, así como la carpeta de prensa, con los originales.

—Habitualmente, exijo una solicitud. Pero, tratándose de usted, haré la vista gorda.

Martina le dedicó una luminosa sonrisa. Muñoz no ignoraba que la subinspectora podía mostrarse encantadora. En particular, si se la trataba con naturalidad, sin prejuicios.

—Gracias. De todos modos, le remitiré el volante. Pero todavía sigo necesitando su ayuda.

—Para eso estamos.

—Precisaría un informe exhaustivo sobre Portocristo y el delta del río Madre. Nunca he estado en ese lugar.

Horacio asintió. Martina de Santo sabía cómo hacerle sentirse útil.

—¿Qué desea saber?

—Historia, demografía, conflictos colectivos, individualidades ilustres, manufacturas, geomorfología de la costa y de esas extensas marismas. Último censo de población. Pedanías. Autoridades. Comunicaciones. Asociaciones vecinales. Fauna. Cultivos. Especies arbóreas. Meteorología. Ritmos de las mareas...

El archivero había empezado a tomar nota, pero dejó de hacerlo.

—Aguarde, Martina. Le advierto que no soy una enciclopedia.

—Es usted algo mejor que eso: un policía.

Un cartel prohibía fumar. No obstante, la subinspectora hizo chasquear su pitillera y prendió uno de sus cigarrillos sin filtro.

—Por eso —añadió, expulsando una bocanada de humo—, no tendrá mayor dificultad en confeccionar para mí un inventario completo de los casos de asesinato, suicidio o muerte accidental acaecidos en la que será mi área de investigación: Portocristo y las parroquias de su distrito administrativo.

—¿Todos los casos?

—Sí.

—¿A partir de qué fecha?

—Hasta donde se remonte el archivo.

Muñoz dejó errar una mirada impotente por las atestadas estanterías.

—Aquí hay papeles del siglo pasado.

La subinspectora enarcó una ceja.

—¿Qué me quiere decir con eso? ¿Que el asesinato es un fenómeno contemporáneo?

—Tendrá su inventario —refunfuñó el archivero.

—No lo dudaba. Y otra cosa, Horacio. También quisiera saberlo todo sobre un lugar llamado la Piedra de la Ballena.

Muñoz estaba anotando la referencia cuando sintió que Martina apoyaba una mano en su hombro.

—¿Haría algo más por mí?

Horacio asintió. Aquella mujer le gustaba. Le gustaba mucho.

—Quisiera un informe completo sobre las actividades del narcotráfico en la costa. Mi ferry no sale hasta el atardecer. Envíe un mensajero con la documentación a mi dirección particular. Pretendo aprovechar la travesía para estudiar un poco.

—¿Me está castigando a quedarme sin comer?

—Haré que le traigan una cerveza y un sándwich. ¿O preferiría una botella de Rioja?

—¿Debo interpretarlo como un intento de soborno?

—¿Le gustaría cenar conmigo, además?

Al deducir que la oferta podía ir en serio, Muñoz se conturbó. Jamás lo hubiera admitido en público, por pudor, pero, en su opinión, de la subinspectora emanaba un magnetismo erótico capaz de nublar la razón. Incluso el funcional raciocinio de un lisiado policía. Por eso se ofuscó un tanto al responder:

—Antes de aceptar su invitación, debería comprarme un traje. Para estar a su altura. No quisiera avergonzarla en uno de esos elegantes restaurantes que supongo debe frecuentar.

Ella sacudió unas motas de su solapa y le arregló el nudo de la corbata. El archivero pudo respirar el frescor de su aliento. La boca de Martina de Santo olía a una fragancia joven, como el bosque después de la lluvia.

—Uno gris marengo le sentará divinamente. Hará juego con su barba. A propósito, Horacio, esa corbata que lleva es horrenda. No se enfade conmigo, ya sabe lo sincera que soy. Le regalaré una. Usted vaya visitando al sastre. Pero, antes, prepáreme el dossier.

—Trato hecho. Con una condición. Esa cena, subinspectora, la pagaré yo.

Martina dejó oír una risa afilada.

—¿A cambio de qué?

—Quizá podríamos divertirnos un poco.

—¿De qué manera?

—No sé, ir a bailar... Aunque yo, con esta pierna...

—¿Qué le pasa a su pierna?

—Soy cojo. ¿Lo ha olvidado?

Sellando sus labios con el índice, la subinspectora le hizo callar.

—Estoy segura de que ese pequeño problema no le impedirá disfrutar de las cosas buenas de la vida.

Horacio Muñoz advirtió que un rubor inesperado le arrebolaba la cara. La subinspectora terminó de ajustar le el nudo de la corbata, apagó el cigarrillo en un abollado cenicero de Cinzano que contenía restos del almuerzo del archivero —mondaduras de piel de manzana, papel de plata de una chocolatina— y se despidió de él con una mirada cómplice.

Al exterior del edificio de Jefatura, en las concurridas calles, la mañana estaba dando paso a la clara palidez de las tardes de invierno, que a la subinspectora le parecían las más hermosas del año.

Berta coincidía en ese criterio. De hecho, había sido ella quien le había hecho reparar en la suave intrascendencia de aquella luz estacional, aérea y transparente cuando el sol declinaba y la bruma comenzaba a cubrir la ciudad. Sin pretenderlo, Berta había conseguido hacerle apreciar los mismos efectos que intentaba atrapar en sus fotografías.

Su amiga era muy hábil con las cámaras. Martina, en cambio, simplemente conseguía enfocar con corrección. La única foto bonita que había logrado tomar de Berta era la que tenía enmarcada en su mesa de Homicidios.

Como la mayoría de los fotógrafos profesionales, Berta se mostraba reacia a posar. Sin embargo, en el curso del otoño anterior, que había sido muy frío, Martina había logrado robar una imagen suya en los bosques de Nó, extensas manchas de robles y hayas situadas al sureste de Bolscan, a un centenar de kilómetros de Argenta, la capital del valle del río Madre. Los tímidos rayos que se filtraban entre la niebla hacían brillar la nieve y el pelo rubio de su amiga. Al disparar el objetivo de la pequeña cámara que utilizaba en sus tareas detectivescas, Martina la había sorprendido en una actitud de euforia, lanzando al aire puñados de ramitas y hojas húmedas. Aquella fotografía probaba que, al menos en esa ocasión, Berta había sido feliz. Lo que no siempre ocurría.

Las céntricas calles de Bolscan estaban abarrotadas de automóviles. Martina no había vuelto a conducir desde el accidente que dos años atrás a punto estuvo de costarle la vida.

Había sido aquél un frustrante final para uno de sus casos de mayor envergadura.

Corría un domingo de marzo que acaso fuera pacífico para los ciudadanos que animaban las calles lavadas por la lluvia primaveral, pero que para ella resultó trágico.

Con las manos aferradas al volante de su Saab negro, Martina seguía a Pico Uriarte, un traficante de cocaína a quien se atribuían, al menos, dos muertes de otros tantos sicarios. ¿Y qué hacía ella, en su día libre, acelerando hacia la salida de la autopista sur? Una de sus gargantas profundas le había advertido que Pico Uriarte se proponía alijar una entrega en pleno monte, a unos treinta kilómetros de la ciudad. El narco se desplazaba en compañía de otro individuo, pero era él quien conducía el coche, un Porsche que se pegaba al asfalto como una roja y reluciente culebra. Martina los había seguido desde el Gran Casino, donde habían comido y alargado la sobremesa consumiendo sus habanos y una copa tras otra. Al fin, subieron al Porsche.

Dejaron atrás el perímetro metropolitano, las altas chimeneas de la refinería, las malolientes granjas de pollos. Tomaron por la autopista y, después, por una comarcal. Aparcaron luego junto a una mancha de bosque bajo y desaparecieron entre los árboles. Martina intentó fotografiar la entrega, pero la vegetación no se lo permitió. Se resolvió a interceptarlos en el camino de regreso, con la mercancía a bordo del deportivo como irrefutable prueba. Pico Uriarte debió darse cuenta de que algo no marchaba bien porque recorrió la comarcal jugándose la vida y, ya en la autopista, se puso a adelantar como si participara en una carrera. Martina apretó a fondo el acelerador. Aquel camión apareció de pronto, invadiendo su carril desde una vía de acceso. El resto fue una sucesión de golpes y colores fundidos, hasta que el Saab quedó tumbado en la mediana arrojando humo por el motor. La subinspectora intuía que las llamadas anónimas que estaba recibiendo procedían del entorno de Uriarte. El narco continuaba en libertad, sin que hasta la fecha los detectives de Estupefacientes o los de Homicidios hubieran podido imputarle otras responsabilidades que unas pocas multas de tráfico por exceso de velocidad. A Martina, en cambio, un periódico dolor en las cervicales seguía recordándole la malograda persecución. Durante meses se había visto obligada a llevar un molesto collarín, y un antebrazo enyesado. Sabía que, antes o después, no tendría más remedio que utilizar el coche, pero, por el momento, encontraba sucesivas excusas para ir retrasando ese instante.

Era Berta quien manejaba su descapotable, quien, a fin de aprovechar los escasos días libres de ambas, insistía en planear excursiones por los alrededores de Bolscan.

En principio, Martina solía resistirse alegando trabajo atrasado, o la prioridad de desplazarse a algún reconocimiento pericial, pero después, cuando se hallaban juntas y solas en cualquier pueblecito costero, saboreando una copa de vino blanco frente al mar, se alegraba de haberse dejado convencer.

La subinspectora sabía de sobra hasta qué punto Berta podía mostrarse persuasiva cuando realmente deseaba algo.

Un taxista trasladó a Martina hasta la parte alta de la ciudad. Aunque jamás alardease de ello, se sentía orgullosa de vivir en aquella zona residencial de casas ajardinadas, en su mayor parte antiguas villas modernistas restauradas con rigurosa fidelidad.

Había heredado la propiedad de sus padres, ambos ya fallecidos. A lo largo de su carrera diplomática, su padre, el embajador Máximo de Santo, había conseguido amasar una modesta fortuna, cuyas rentas disfrutaba ella, su única hija.

Junto a la verja, Martina saludó a la señora Margarel, la dueña de la casa vecina, con la que la unía una buena relación. Había sido amiga de su madre. Era una mujer mayor, viuda, que vivía sola. Tenía dos hijos que solían visitarla, con sus familias, los fines de semana.

Julia Margarel estaba encaramada a una frágil escalera, ocupada en podar el seto exterior.

—¿De vuelta del trabajo, Martina?

La subinspectora la seguía tratando de usted, pero le gustaba que la viuda Margarel la tutease. Le hacía sentirse adolescente, y responsable de ella. Si su vecina sufría un percance doméstico, lo que, dada su edad, entraba en lo posible, Martina debería ocuparse de auxiliarla y avisar a sus hijos, cuyos teléfonos figuraban en la puerta de la nevera, junto a las recetas de postres caseros y las fotografías de sus nietos, sujetas con un imán.

—Por poco rato. Salgo de viaje. En realidad, he venido a hacer la maleta.

—Lástima. Pensaba sorprenderte con un pastel de nueces. ¿Adónde vas?

—Lejos.

—¿Secreto profesional?

La subinspectora le dedicó una sonrisa inescrutable.

—¿Muchos días? —curioseó la viuda.

—Tal vez. Dejaré a alguien al cuidado de usted.

—No va a sucederme nada, Martina. Cuando regreses me encontrarás un poco más vieja, simplemente. Con la que sí debes tener cuidado es con tu gata.

—¿Por qué lo dice?

—Esta mañana pasó a mi jardín, y entró en el salón. Ha roto un plato de cerámica.

—Lo siento mucho, Julia.

—No tiene mayor importancia. Era una antigualla. Podré componerlo con uno de esos pegamentos milagrosos.

Martina abrió la verja y entró a su jardín. La casa era ciertamente espaciosa y llena de luz. Desde las ventanas de la segunda planta y, con mayor perspectiva, desde los ojos de buey de la buhardilla habilitada en estudio, se divisaba el mar.

Berta no había regresado aún. Martina recordó que tenía una cita con un galerista

interesado en divulgar su obra gráfica.

La gatita *Pesca* recibió a la subinspectora en el porche, tumbada sobre un almohadón. Todavía era una juguetona cachorrilla, con sus inocentes ojos castaños rodeados por peludos círculos de color canela. Bajo las caricias de sus dueñas, su pelaje se esponjaba como un peluche.

A *Pesca* no le faltaba de nada. Berta y Martina competían en malcriarla. En el jardín, bajo el globoso tilo, disponía de una caseta de teca para ella sola y, distribuidos en cajas de cartón por toda la casa, cuencos de leche que indefectiblemente, como consecuencia de sus cabriolas y juegos, acababan derramándose por el piso.

Martina había comprado a la gatita un lazo de raso y un cascabel de plata. Haciendo sonar su bucólica campanita, *Pesca* había comenzado a explorar las posibilidades del jardín, y de los jardines colindantes. Ágilmente trepaba a los árboles para, con sus patitas acabadas en puntiagudas uñas, amenazar a los gorriones y a los confiados ruiseñores que cantaban en los alerces y árboles del paraíso.

La subinspectora notó que le molestaban los zapatos, demasiado sofisticados para una jornada de trabajo. Subió a su dormitorio y se cambió de ropa. Se puso vaqueros, zapatillas de tenis y una sudadera de Berta.

Bebió un vaso de agua y salió al porche. La tarde se adormecía en una caliginosa luminosidad. Un termómetro exterior marcaba catorce grados.

El oblicuo sol la invitó a recostarse en una de las hamacas. No había comido, pero tampoco tenía hambre. ¿Qué mayor placer —pensó— que disfrutar de aquel templado invierno, y sentir la brisa imaginando que aquel ancho cielo y sus rosadas nubes le pertenecían por completo?

Pesca la había seguido por toda la casa, desde el ático, donde se disponían su estudio y el laboratorio de Berta, hasta el porche. La gatita maulló, dio un salto y se acurrucó en su regazo. Sintiendo que sus músculos se relajaban, que un blando cansancio afloraba invitándola a descansar, la subinspectora acarició a la mascota y dejó flotar su mente, hasta quedarse adormilada.

Más tarde, hacia las tres y media, percibió un beso en la comisura de los labios. Abrió los párpados, empozados de sueño, y dio un grito de sorpresa. Berta estaba arrodillada a su lado. Se había cortado y teñido el pelo de color platino.

—¡Santo Dios! ¿Qué te han hecho?

—¿No te gusta?

Martina vaciló. Había tomado su rostro entre las manos y la observaba con aire crítico.

—¿Debería gustarme?

—Yo creo que sí.

—Si a ti te gusta, a mí también. ¿No es eso lo que diría una buena amiga?

—La mejor amiga —la corrigió Berta, contemplándola con intensidad—. La más generosa.

Martina se abandonó a aquella mirada dulce, que tan profundamente había llegado a conocer. Berta preguntó:

—¿Se sabe algo de ese salvaje crimen de Portocristo? ¿Habéis atrapado al asesino?

La subinspectora se echó a reír.

—¿Crees que somos videntes? Ni siquiera hay sospechosos. Hasta que no empiece a investigar sobre el terreno, no sabré nada más. Saldré para el delta dentro de un rato, en el ferry. La carretera y la vía férrea están cortadas.

—En la radio decían cosas terribles. ¿Es verdad que se ensañaron con ese pobre hombre?

—Lo evisceraron, le cortaron las manos y le extrajeron los ojos. ¿Quieres ver las fotos? Están en ese sobre.

La barbilla de Berta tembló. Martina decidió que sería conveniente cambiar de tema. A menudo, los aspectos más sombríos de sus tareas policiales resultaban incompatibles con la sensibilidad artística de su amiga.

—¿Qué tal te fue con ese marchante?

—Hemos llegado a un principio de acuerdo. Representará los derechos de mi obra.

—¿Y ésa es una buena noticia? —preguntó Martina; distraída, en apariencia, pero en el fondo tensa.

Aunque no siempre lo conseguía, intentaba no prestar demasiada atención a las relaciones de Berta. Los vaporosos celos que le hacían experimentar sus contactos, incluidos los del ámbito meramente profesional, se dimensionaban hacia un callado sufrimiento si sospechaba que su amiga se sentía atraída por alguien. Por eso, para evitar gratuitos tormentos, apenas frecuentaba sus círculos. «Las cosas están bien

como están», se repetía, intentando justificar una posición que, no por ser suya, no por obedecer a una pulsión posesiva, dejaba de parecerle egoísta. Y, a menudo, cuando se sinceraba consigo misma, pueril.

—Adorno está enamorado de mis *Restos de Serie* —dijo Berta—. Una exposición viajará a varias ciudades. Hasta es posible que se decida a adquirir la colección completa.

La voz de Martina se debilitó.

—¿Es que ese hombre ha visto tus creaciones?

—Claro. ¿Cómo iba a contratarlas, si no?

—¿No estaban arriba, en tu laboratorio? ¿No son enormes, los formatos? ¿De qué manera los has podido trasladar hasta...?

—Las fotos no se han movido de su sitio. Gustavo tuvo la amabilidad de venir a verlas.

—¿A casa?

—Tomamos café en ese lugar tan coqueto, el Café Flor, en el barrio de la catedral. Le llevé una carpeta con copias, pero él insistió en apreciar los originales.

Martina reparó en que Berta, además de su nuevo tinte, se había maquillado con un estilo especialmente audaz. Y que había elegido para su cita una ropa más que sugerente. La camisa de seda rosa hacía resaltar el contorno y la firmeza de sus pechos. Unas medias de rejilla conferían opulencia a sus muslos, y gracilidad a los bonitos tobillos.

—¿Es guapo?

Berta sonrió.

—Bastante.

—¿Se parece a alguien a quien yo conozca? ¿A algún actor, tal vez?

—Tendría que ser muy sexy.

Martina experimentó el súbito deseo de adelantar el viaje, de partir de inmediato, en ese preciso momento. Desde el fondo de su conciencia, una vocecita le apuntaba que le convendría alejarse una temporada. Sin saber por qué, se sentía insegura. Complaciéndose, a su pesar, en su negativa actitud, añadió:

—De manera que ese guapo traficante de talentos estuvo aquí.

—Después me invitó a comer. Le encantó la casa. La cocina, el jardín. También tu estudio...

—¡Berta! ¡Sabes que prohíbo terminantemente...!

—Era una broma. Jamás permitiría a nadie profanar tu santuario. Gustavo me pidió que le avisara si salía una casa a la venta. Está pensando en trasladarse a esta zona.

Martina preguntó, arrepintiéndose en el acto:

—¿Para estar cerca de ti?

—Por favor. Reconozco que soy presuntuosa, y que suelo mostrarme indefensa ante el halago, pero mi vanidad no llega a semejante grado. Mucha gente está harta del centro. Vivir en un sitio como éste puede parecerles un privilegio. ¿No te agrada que presuma de casa?

—Por supuesto. Pero no me gusta que vengan extraños.

—Gustavo no lo es.

—Lo era, hasta ayer.

—Las cosas han cambiado.

—No debes fiarte. Sólo es un marchante, al fin y al cabo. Esa clase de individuos vive de la creatividad ajena. Se dedican a explotar a los demás. Los artistas sois demasiado ingenuos.

Berta trató de reprimir su creciente irritación, pero no lo consiguió. Sus labios dibujaron un mohín de disgusto.

—¿De verdad opinas que es fácil timarnos?

—Vamos, Berta.

—¿Lo dices por lo fácil que te ha resultado engatusarme?

—No pienso discutir contigo.

Pero Berta se había enfadado.

—A partir de ahora, para complacerte, me dedicaré a maltratar a todas las personas interesadas en mi obra. En especial, a los hombres. Así estaré segura de que te sentirás un poco más feliz, aunque yo no lo sea.

—Te comportas como una chiquilla.

Berta cerró de golpe la puerta del porche y se perdió por el interior del salón.

Martina ordenó a *Pesca*:

—Anda, gatita. Sé buena y ve con ella.

La subinspectora se maldijo por ser como era. Absorbente, autoritaria. «Inhumana», pensó, encendiendo un cigarrillo y obligándose a pasear por el jardín, para relajar sus nervios. En otras circunstancias y épocas se había esforzado por dulcificar su carácter, por rebajar sus niveles de autoexigencia y competitividad. De modo invariable, había dejado de ser ella misma para transformarse en un modelo que le costaba reconocer, y en cuya mal diseñada geometría emocional le resultaba incómodo desenvolverse. Por esa razón, acababa siempre dando marcha atrás, abandonando sus disfraces de mujer cariñosa, discreta, para tornar, con una mezcla de fatalidad y orgullo, a su espíritu original, indómito, lúcido, rebosante de ambigüedades y dudas, pero también, en el momento menos pensado, de una secreta timidez que su arrogante apariencia no siempre lograba disfrazar.

Su cerebro divagó en un mar de pensamientos, hasta detenerse en el recuerdo de la primera vez que había visto a Berta.

No hacía tanto tiempo de ello. Un año y medio, más o menos. Ocurrió una tarde

de mayo, con el calor húmedo de Bolscan embolsando la ciudad en un ámbito de desenfado y pereza.

Se celebraban las fiestas de primavera. Las plazas del casco viejo olían a coco, al azúcar quemado y al algodón de las ferias.

Martina había ido sola a un cine. Al finalizar la sesión, vagabundó sin rumbo por las calles calientes. El cartel de una exposición fotográfica en la fachada del Palacio de la Música despertó su interés. Entró. Berta Betancourt estaba de pie, radiante con aquel vestido de color piedra que se le pegaba al cuerpo, rodeada por un círculo de hombres más bajos que ella. Detrás de su melena rubia, iluminada por los focos halógenos de la galería, colgaban sus *Restos de Señe*, fotografías de manos que se entrelazaban en un vacío de arenas o almohadas, débiles torsos, viejos pies, surcados de venas, apoyándose en lajas de río o en herrumbrosas vías de ferrocarril. No tenían dueño. No había rostros, bocas, ojos. Sólo la carne anónima, degradada y exenta. Otras imágenes proponían un inquietante universo de estética sadomasoquista: mujeres encapuchadas, desnudas, encadenadas, agredidas por esfumados cuerpos que podían pertenecer a hombres o a otras mujeres. Las fotografías, en blanco y negro, habían sido ampliadas hasta las molduras de la galería. De hecho, eran las más grandes que Martina había visto nunca. Admirándolas, tuvo la impresión de que su autora debía poseer una visión al mismo tiempo inocente y perversa de la sexualidad.

Alguien las presentó, pero hasta mucho después Martina no pudo recordar quién lo había hecho. En realidad, las introdujo banalmente el interventor del Ayuntamiento, con quien la subinspectora había colaborado en la detención de un funcionario municipal que alteraba las cuentas. Para cuando estrechó la mano y besó la mejilla de Berta, el deseo de conocer a aquella mujer se le había impuesto como una especie de mandato. A su amiga, según ella misma acabaría confesándole, le había sucedido algo parecido. ¿Cómo explicarlo? Era ésa una de las habitaciones selladas de su convivencia, pero había otros cuartos oscuros que la luz de la razón no alcanzaba a desvelar porque... ¿Qué hacía Berta, por ejemplo, cuando, sin previo aviso, decidía desaparecer durante algunos días? ¿Adónde iba? En una ocasión le había respondido que visitaba a algunos de sus amigos artistas, gente a la que había conocido en el pasado, y con quienes le seguía uniendo una buena amistad. Pero no le gustaba hablar de ello.

La subinspectora volvió a adormilarse en el porche. Al rato, el ruido de una motocicleta la espabiló.

Un repartidor traía el dossier que había encargado a Horacio Muñoz. Martina firmó la entrega y pasó velozmente sus páginas.

Entró en la casa y llamó por teléfono al archivero. Su disposición la había puesto de buen humor. Le recomendó que fuese eligiendo restaurante para su cita nocturna.

—¿Es que ya ha resuelto el crimen de Portocristo? —saltó Horacio.

—¿Quién cree que soy, Matahari?

—Se le da un aire... ¿Ha escogido mi corbata?

—Me temo que lo segundo será más difícil que lo primero —ironizó Martina—. En particular, si me veo en la necesidad de consultar con su esposa. Porque sigue casado, ¿me equivoco?

—Mi mujer no se opone a que cultive amistades femeninas. Es muy permisiva. Al menos, eso dice ella.

—La pondremos a prueba. Es usted un amigo, Horacio. Gracias.

—A usted. Acaban de servirme de su parte un opíparo almuerzo. No han quedado ni las migas. Espero que le corresponda pagar la factura a ese animal de Buj.

—La invitación corre de mi cuenta —adelantó Martina.

—Es usted demasiado espléndida.

—¿No lo ha sido usted conmigo?

—Es mi manera de desearle suerte. Cuando detenga al asesino, me gustaría ser de los primeros en conocer la noticia.

—Descuide. Le llamaré en cuanto le haya puesto las esposas.

—Hágalo, subinspectora. Y no olvide que todo caso criminal, por complejo que parezca, no lo es en mayor medida que un difícil rompecabezas. Para resolverlo, es imprescindible encontrar la clave maestra. Que, a veces, ni siquiera consiste en una prueba circunstancial, sino en un concepto, en una idea. Después, las restantes piezas se irán ordenando adecuadamente, casi por sí solas. Ojalá descubra pronto esa clave.

—Lo intentaré.

—No dude en llamarme si quiere saber algo más de esos pescadores del delta. Y una recomendación final, Martina: procure regresar entera.

—¿Lo dice por las mutilaciones?

—Lo digo porque la aprecio. Más de lo que se imagina.

Incluso a través del hilo, Martina de Santo pudo sentir la carga de ternura que albergaba esa frase. Pero la efusión de aquel tipo de afecto, vagamente paternal, protector y baldío, la incomodó como si hubiera recibido un regalo no deseado.

De pie en el porche, frente al brumoso sol, Martina intentó concentrarse en el informe de Horacio. Pero a media página la distrajo un movimiento en la calle. Dos hombres jóvenes, uno vestido de claro, por completo de negro, el otro, se recortaban entre los barrotes de la verja de entrada.

En una de las siluetas, la de tonos crudos, identificó a Daniel Fosco, un pintor amigo de Berta. El segundo le resultó desconocido. Tampoco podría afirmarse que hubiera tratado mucho a Fosco. El pintor y ella habrían conversado en un par de ocasiones, todo lo más. Martina no aprobaba su afectación. Lo tenía clasificado como uno de tantos diletantes que se dejaban caer por los cócteles de las exposiciones, para sablear una copa de cava y hacerse notar delante de la prensa.

De pésimo humor, la subinspectora cerró el dossier y atravesó el jardín.

—¡Ah del castillo! —gritó el pintor—. ¿Podemos pasar?

Daniel Fosco había armado una expresión risueña, como alegrándose sinceramente de volver a verla. La subinspectora relacionó esa misma e impostada sonrisa con las que su autor iba repartiendo por las galerías de arte, coincidiendo con los días de inauguración.

Martina abrió la verja. Fosco era muy alto, bastante más que ella y que el joven que le acompañaba. Ambos llevaban el pelo largo. Un rubio flequillo le caía al pintor sobre los párpados, obligándole a retirar los mechones con un gesto mecánico que tuvo el instantáneo efecto de irritar a la subinspectora. Fosco no se equivocaba al creer advertir en Martina un reflejo hostil. Ya antes había percibido en ella la sombra del rechazo. Le tendió la mano, pero la subinspectora ignoró su amistoso gesto.

—¿Quizá nos hemos presentado en mal momento?

Con fría cortesía, la dueña de la casa les invitó a entrar. Tras precederles por el sendero, entre los arbustos y plantas que ella misma abonaba y podaba, indicó que podían acomodarse en el porche. Cuando lo hubieron hecho, ocupando las dos mecedoras, Martina les preguntó, impersonalmente:

—¿En qué puedo ayudarles?

—Veníamos con intención de saludar a Berta —vaciló Fosco, un tanto apocado por la sequedad de la anfitriona—. Quedé en enseñarle mis últimas creaciones. De paso, me gustaría jugar un rato con *Pesca*, si es que el animalito todavía se acuerda de mí. ¿Cómo va su proceso de adaptación?

Martina no contestó. Nervioso, el pintor hizo tabalear las yemas de los dedos sobre un porta bocetos de cartón atado con cintas, que sostenía desmañadamente sobre sus huesudas rodillas.

—¿Está en casa?

—¿*Pesca*? —ironizó Martina.

La gatita había sido un regalo del pintor. Desde la última exposición de Berta, a la que Fosco había asistido de manera tumultuosa, derrochando entusiasmo hacia la obra exhibida, su amiga mantenía con el pintor una cierta relación artística, albergando un creciente interés, que parecía ser mutuo, hacia su trabajo creativo. Poco dada a compartir su privacidad con terceras personas, Martina quería pensar que la admiración que ambos aparentaban profesarse no incluía, por el momento, vínculos más íntimos.

Pero *Pesca*, por supuesto, no tenía la culpa de nada.

—Me refería a Berta —repuso Fosco, corrido. Su compañero, el joven vestido de negro de la cabeza a los pies, sonreía con sarcasmo, como si le divirtiera la escena.

—Estará en su laboratorio, creo. ¿Desean tomar algo?

—No quisiéramos molestar, si están ustedes ocupadas.

El pintor señaló el informe de Horacio Muñoz, que había quedado sobre una mesa baja de mimbre. En la tapa del dossier, sobre el anagrama de la Jefatura Superior de Policía de Bolscan, podía leerse: «Portocristo. Datos de interés».

Martina se encogió de hombros.

—Siempre lo estoy. ¿Café?

Fosco consultó a su compañero, pero éste guardó silencio. Se había sentado con la espalda rígida y permanecía inmóvil, como ajeno a todo. Martina observó que estaba muy delgado y pálido, tanto que no descartó que padeciera alguna enfermedad. Una mirada perdida y, al mismo tiempo, intensa, lo mantenía a distancia, lejos de allí.

—Únicamente si hay hecho —apuntó el pintor.

—Me disponía a preparar una cafetera. Salgo de viaje dentro de un rato, y me gustaría hacerlo más despejada de lo que ahora mismo me encuentro —dijo Martina, dirigiéndose al muchacho vestido de negro con la esperanza de que respondiera. Pero él, simplemente, se la quedó mirando con sus grandes ojos, entre verdosos y azules. «Como los de un gato siamés», pensó la subinspectora.

En ese momento, *Pesca* hizo acto de presencia en el porche. Fosco apenas le prestó atención. Se limitó a acariciar a la gatita sin calor, como si lo hiciera por compromiso, con el mero objeto de agradar a su nueva propietaria.

El pintor volvió a reparar en el dossier.

—¿Por casualidad tiene que ir a Portocristo, inspectora?

—Le agradezco el ascenso, pero sólo soy subinspectora. Sí, tengo que ir. No por casualidad, sino por una cuestión de trabajo.

—Supongo que, dada su profesión, se tratará de un asunto policial.

—Supone bien —zanjó Martina. Pocas cosas le desagradaban tanto como cualquier alusión a su actividad profesional en su recinto doméstico. Para evitarlo, invitaba a su casa a muy pocas personas. Desde que Berta vivía con ella, prácticamente a ninguna.

El pintor sonrió. Sus sanas encías rosadas brillaron con un destello de humedad.

—Portocristo es una población pequeña, pero muy interesante. Yo vengo de allá, ¿lo sabía? Y también Elifaz. Elifaz Sumí, por cierto, subinspectora. Estudiante y poeta. No les había introducido aún, perdóneme. Elifaz acostumbra hablar tan poco que a menudo me olvido de que está conmigo.

—Señora —dijo el aludido. Como si, aquejado de timidez, o de algún defecto en el habla, la empleara en contadas ocasiones, su voz sonó queda.

—De manera que son ustedes de Portocristo.

—Mi familia siempre ha vivido en el delta —aseguró Fosco.

Tal como ella le había visto desenvolverse entre las bandejas de canapés de las galerías de arte, el pintor se mostraba extrovertido, desenvuelto. Pero por parte de alguien dotado de penetración psicológica, como era el caso de Martina de Santo, habría resultado en exceso esquemático establecer que con esas manifestaciones de optimismo vital Fosco tan sólo pretendiese contrastar la estatuaria actitud de su amigo. Martina intuyó que el pintor estaba intentando congraciarse con ella.

—De Portocristo, sí, de toda la vida —prosiguió Fosco, animadamente—. Mis abuelos, incluso, tengo entendido, mis bisabuelos, nacieron allí, en el país del agua. Me criaron junto a las marismas, en una de esas casonas de indianos, igual que a Elifaz. Debe ser por eso que nos consideramos hermanos de sangre, en el arte, en la vida. Tuvimos una infancia feliz, muy salvaje. Tendría que haber visto cómo atrapábamos lagartos y víboras, les abríamos las tripas en canal y dejábamos secarse las alimañas al sol, abandonándolas a merced de las hormigas. Elifaz les cortaba las patas a las ranas y les hinchaba el vientre soplando por una paja, hasta que estallaban como globos llenos de gas. Lo pasábamos en grande. Vagábamos por el estuario, medio desnudos, atravesando los cañaverales con nuestras sandalias de esparto. Descubriendo la naturaleza, que también es despótica; tanto, al menos, como lo suelen ser los niños. Ambos conocemos las marismas como nuestra propia piel.

La subinspectora pugnó por apartar de su mente la imagen de dos chiquillos que, armados con objetos punzantes, sajabán y practicaban incisiones en las frías escamas de los reptiles.

—¿Sus padres siguen residiendo en Portocristo?

—Sólo mi madre —precisó Fosco—. Mi padre murió en la pasada Navidad. Sufrió un desdichado percance.

A menudo, la subinspectora era inconsciente del alcance de su deformación profesional. Rutinariamente, como si se encontrase en comisaría, inquirió:

—¿Qué ocurrió?

Sin el menor énfasis, como si se refiriese a una cuestión ajena, el pintor repuso:

—Se ahogó en el piélagos. No sabía nadar.

La subinspectora disimuló el efecto que aquella despreocupada respuesta le había

provocado. Elifaz Sumí observaba a su anfitriona con una extraña fijeza. El silencioso amigo de Fosco se pasó el dorso de una mano por la boca y, arrastrando las sílabas en un gutural susurro, pronunció al fin algunas frases, distanciándolas entre sí:

—Mi padre está vivo. Mi madre, no. También se ahogó. Ella sí sabía nadar.

—Su padre es el capitán José Sumí, dueño de una legendaria cáscara de nuez —intervino Fosco—. *La Sirena del Delta*. A bordo de ella nos enseñó a navegar y pescar. El viejo José sigue al pie del timón. No en vano es uno de esos lobos de mar chapados a la antigua. ¿Recuerdas, Elifaz, cómo nos sentó la mano aquella vez que nos pilló robándole los cebos para las lubinas?

Como si no hubiera oído a Fosco, Elifaz permaneció con la cabeza inclinada, contemplando abstraído las puntas de sus zapatos de ceremonia, tan gastados por el uso, y dados de sí, que parecían bailar alrededor de sus tobillos. El resto de su indumentaria denunciaba un bohemio abandono. A su chaqueta, que más parecía una casaca, se le habían caído un par de botones. La retorcida cremallera del pantalón asomaba entre las costuras de la bragueta, como si a esa prenda, procedente de alguna herencia, o de un centro de acogida, le faltaran un par de tallas para sentarle bien.

Martina tuvo la impresión de estar soñando. A través de las hojas de los árboles, el sol le calentó las pestañas; parpadeó. Le había costado resistir la glauca mirada de Elifaz Sumí, interrogante y vacía como la de un ciego. Por un mecanismo de asociación de imágenes, visualizó las órbitas mutiladas de Dimas Golbaro. Aquellas negras cuencas, aquellos ojos extirpados que descansaban sobre el capote marinero como huevos de codorniz.

—¿Cómo les gusta el café?

—Con una nube de leche y una tormenta de azúcar —eligió Fosco.

—Solo, sin azúcar y con unas gotas de absenta —dijo Elifaz de un tirón, como si pronunciar tal número de palabras seguidas le hubiese exigido un esfuerzo. Iba a añadir algo, pero empezó a toser.

—¿Se encuentra indispuerto? —preguntó Martina.

—El pobre Elifaz tiene mala salud —se compadeció Fosco—. Está respetando ayuno, y arrastra un principio de asma. Esta urbanización es rica en vegetación. El polen de los jardines ha debido afectarle.

—Pasen a la cocina. Cerraré las ventanas. A propósito, no creo que tengamos absenta.

Elifaz se apretaba la boca con un pañuelo. Luchando contra una tos bronquítica, dijo:

—Coñac, entonces, señora.

—No es necesario que me siga llamando así todo el rato, Elifaz. Veré qué puedo hacer para conseguirle brandy. De paso, averiguaré cómo se encuentra Berta. Hace un rato le dolía la cabeza.

—¿Tenía jaqueca, como usted? —sonrió Fosco, retirándose el pelo. Su rostro resultaba simpático, pero asexual y blando, a juicio de Martina.

—Berta trabaja de noche —replicó la subinspectora—. Por eso se acuesta a esta hora.

—Es una artista íntegra —opinó Fosco—. De las que con el tiempo quedan. Sus fotografías son escandalosas, ambiguas... ¿No piensas como yo, Elifaz?

Mientras Martina, con una sonrisa pintada, agradecía vicariamente ese cumplido, el joven Sumí asintió con solemnidad. Entraron a la cocina. La subinspectora puso una cafetera y rebuscó entre los vinagres y vinos dulces hasta encontrar la botella de coñac que se usaba para guisar.

Mientras el café comenzaba a hervir, pidió a los amigos de Berta que la disculpasen y subió al ático.

Ocupada en lamer uno de sus tazones de leche, la garita *Pesca* se recortaba contra el quicio de la puerta. Las ventanas estaban cerradas. Protegida por una cortinilla de tela, la claraboya apenas filtraba un rayito de luz. Martina encendió la del pasillo. Su amiga se encontraba al fondo de la buhardilla, sentada en el suelo, con las manos detrás de la nuca. Se había quitado la blusa y la falda, que formaban un bulto delante de ella. Estaba en ropa interior.

—¿Puedo pasar?

Berta no dio señales de querer responderle.

—Acaba de presentarse un amigo tuyo. Daniel Fosco. Pregunta por ti. Ha venido con un fámulo. Elifaz Sumí, estudiante y poeta. Tan discreto, que hay que arrancarle las palabras con fórceps. Es posible que se trate de un intelectual puro, pero ese tipo de juicios metafísicos prefiero dejártelos a ti. ¿Lo conoces?

—Son un par de idiotas encantadores. ¿Están muy borrachos?

—Sólo un poco pasados. Pero sospecho que la naturaleza de Fosco no debe ser mucho más lúcida.

—No debían tener nada mejor que hacer que venir a darme la lata. Diles que no estoy.

—Ya es tarde.

—Diles que me he muerto.

—Serías un cadáver demasiado exquisito.

—No quiero verles. No quiero ver a nadie.

—Sé razonable, Berta.

—Estoy siéndolo. En adelante, nada de hombres. Solas tú y yo. A solas con nuestro...

Martina la interrumpió.

—Déjalo, querida.

En la penumbra, Berta respiraba con dificultad. Como si hubiese estado llorando,

pensó Martina.

Su amiga preguntó, con un hilo de voz:

—¿Estarás fuera muchos días?

—Una semana, quizá. Te llamaré desde la costa.

—No te molestes. Es probable que, a tu regreso, no me encuentres. Quizá no volvamos a vernos.

Martina suspiró. En el silencio de la casa se oyó hervir el café.

—Eres libre de hacer lo que quieras. Jamás he intentado retenerte. No va con mis principios. Sólo te pido que no te obseques por niñerías. Que reflexiones.

—Puedes estar segura de que lo haré.

El tono de Berta habría sonado desafiante si un sollozo no hubiese quebrado el último verbo. Martina comprendió que era mejor dejarla sola. Empujó a la gatita al interior del estudio, cerró la puerta y bajó a la cocina.

Las salpicaduras habían ensuciado los hornillos y las baldosas del fregadero. La cafetera soltaba un chorro de vapor. Con un trapo enrollado en la muñeca, Daniel Fosco intentaba retirarla del fuego. Debía estar abrasándose porque la dejó caer sobre la encimera.

Martina se echó a reír.

—Ustedes, los hombres... ¡Siempre tan torpes!

La subinspectora cogió una bayeta, retiró la cafetera y llenó las tazas.

—Vaya, no hay leche. *Pesca* ha debido acabar con todas las existencias. ¿Azúcar, dos cucharadas?

—Cuatro —dijo Fosco—. Muy dulce. Me apasiona.

—Su tormenta, es verdad. Cuatro cucharillas para el señor. Y, ahora, el carajillo del señor Sumí. ¿Los caballeros están servidos, o desearán algo más?

El pintor agradeció el cambio de tono. Al coger la taza, su mano tembló y derramó un charquito de café, que Martina se apresuró a limpiar. Elifaz había tomado igualmente asiento a la mesa donde Berta y ella solían celebrar las escasas comidas que sus horarios les permitían compartir. El joven vestido de negro seguía callado, con la mirada perdida. Otra vez Martina registró una sensación de irrealidad, como si se encontrara entre actores que interpretaban algún tipo de papel. Teatralmente, Fosco había lamido sus dedos y soplaba contra la superficie enrojecida de su piel. Las quemaduras eran patentes. Debía sentir auténtico dolor. Martina le cogió la mano.

—¿Cómo ha podido lastimarse de esta manera? Debería ponerse algo en esas abrasiones.

—¿Tiene jabón seco? ¿Barro del jardín?

—¿Me ha tomado por una curandera? Le daré algo mejor que uno de esos remedios caseros que aplicaban nuestras abuelas.

Martina encontró una pomada específica. Extendiéndola con delicadeza, la fue

aplicando a la zona afectada. Fosco experimentó una sensación de frío; enseguida, alivio. La subinspectora reparó en un grueso y feo corte que le horadaba la raya de la fortuna.

—¿Y esa herida? ¿También se la ha hecho en mi cocina?

—No es nada. Un tajo sin mayor importancia. Se me fue la espátula en el estudio, mientras preparaba un lienzo.

—No tiene buen aspecto. ¿Le ha visto un médico?

—Le puse serrín. Lo aprendí de los barnizadores. Cicatrizará solo.

—No le vendría mal un desinfectante. Y quizá algún punto de sutura. ¿Quiere que me ocupe de ello?

—Gracias, pero no será necesario. No me diga que también sabe dar puntos. La teníamos por una mujer competente, pero no hasta ese extremo.

Martina le miró, sorprendida. Intentó representarse a Berta en el curso de una conversación con sus colegas, refiriéndose a ella bajo un adjetivo técnico: «Competente». No era un término habitual en su léxico. Le dolió. Hubiera preferido recibir por parte de Berta un tratamiento menos convencional.

—¿Lo soy? —se preguntó, como pensando en voz alta—. Tal vez, si hablamos de mi profesión. En el resto de actividades cotidianas suelo revelarme como un pequeño desastre.

—¿Se refiere a cocinar, hacer la compra, planchar y todas esas labores? —se interesó Daniel Fosco, con gentileza.

—No recuerdo haber cocinado jamás. En cuanto a la compra, una o dos veces estuve en uno de esos enormes supermercados del extrarradio. La primera sufrí una lipotimia; la segunda, un ataque de nervios.

El pintor se echó a reír, un tanto fingidamente. Elifaz, en cambio, se mantuvo impasible. Se había servido un chorro de coñac en la taza del café y llevaba un rato jugando con una cruz negra que le colgaba del cuello. Martina se fijó en que la crucecita, acabada en punta, estaba rematada por un espolón cubierto por una funda metálica de alguna aleación blanda, estaño o cinc. Nada hacía deducir que su dueño estuviese captando la conversación que se celebraba sin él.

—¿Y cómo se las arreglan aquí, ustedes dos? —siguió parloteando Fosco—. Porque Berta, según ella misma nos ha dicho, pasa olímpicamente de las labores domésticas.

—Una señora atiende la casa. Hoy es su día libre. Si no fuera por su ayuda, moriríamos de inanición. Les confesaré que sé de memoria varios números de pizzerías y establecimientos de comida preparada. Y somos grandes clientas de restaurantes japoneses, mexicanos, paquistaníes...

Fosco hizo un ademán culinario, como si estuviera condimentando un plato.

—Modestia aparte, aseguran que no soy mal cocinero. He debido heredarlo de mi

madre. Me encantaría tener ocasión de demostrárselo. Mi especialidad son los arroces del delta. Recibo los ingredientes de allí. El resultado es muy apetecible. Opina tú, Elifaz. Aunque ahora estés ayunando, en obediencia a la Hermandad, admite que sin mis comistrajos hubieras vagado por la ciudad como un lobo famélico.

El joven Sumí ni siquiera le miró. Fosco se arregló el pelo, un tanto femeninamente, y dijo:

—La verdad es que nos encontramos muy a gusto en esta casa, subinspectora. No todo el mundo nos recibe con los brazos abiertos. Hay gente que... Podría hablarle de los fenicios del arte, pero ¿vale la pena malgastar saliva en esa recua de rebuznadores asnos? El trigal de la belleza está cercado por voraces cuervos. Berta se ha mostrado generosa con sus sentimientos y afectos. Usted, con su paciencia y su tiempo. Tienen nuestra gratitud.

Sin que hubiera necesidad de ello, el pintor, de improviso, apagó la voz:

—Por eso le revelaremos el misterio de nuestra laica trinidad.

Martina no supo cómo reaccionar. De pie entre ambos, permaneció a la escucha.

En idéntico y susurrante tono, Fosco pasó a explicar:

—Elifaz, la tercera y espiritual persona, se alimenta de nosotros, y nosotros de él. No siente hambre, ni dolor. Su mente está preparada para superar las miserias del cuerpo, y centrarse en la creación.

El poeta asintió. Había humedecido los labios en la taza de coñac y estudiaba sus manos. Martina reparó en que tenía las uñas anormalmente largas y terminadas en punta. «Como las de nuestra gatita», pensó, volviendo a experimentar la impresión de hallarse flotando entre las mullidas paredes de un sueño. Por un instante temió, y casi deseó, haberse quedado dormida en el porche. En ese caso, aquella rara visita sólo obedecería a una pesadilla. Pero la sonrisa de Fosco, sutilmente malévola, no podía ser inmaterial.

—¿La tercera persona? —preguntó Martina, desconcertada—. ¿De qué trinidad me hablan? ¿De una nueva religión?

—Muy bien, subinspectora —aprobó Fosco, alborozado—. En adelante, certificaré que su capacidad de síntesis es más que notable.

Martina intentó descubrir algún vestigio de burla en sus interlocutores, pero ambos, dentro de su extravagante pose, y del hecho de que aparentaban entrar y salir de una larga borrachera, se comportaban con naturalidad. «Quizá se han fumado unos porros», pensó. Por el momento, decidió seguirles el juego.

—Si el señor Sumí es la tercera persona, ¿quién es la segunda?

El pintor separó los brazos en cruz, como si la respuesta fuese obvia.

—¿No lo adivina? La tiene delante.

—¿Usted?

—Sí, yo.

Fosco rompió a reír.

—Yo debo ser el hijo, porque todos quieren crucificarme. Incluida usted. Le resulto antipático, ya lo sé. No, no me contradiga.

Martina no pensaba hacerlo. Se limitó a responder:

—Siento que haya llegado a esa conclusión. Dígame: ¿quién es la primera persona de su trinidad? ¿Algún dios?

—¿Empíreo, Heliodoro Zuazo? —siguió riendo Fosco, hasta atragantarse—. ¿Divino, ese bruto del Quemao? ¡Si Gastón de Born tuvo que limpiarle los pantalones cuando se lo hizo encima la noche del solsticio, en el cementerio de Isla del Ángel! No, no lo crea, aunque... De niño, Heliodoro se cayó en una de las fogatas. Su padre, el farero, solía encender hogueras en la isla para advertir a los pescadores del paso de las ballenas. En una de esas piras, sin que nadie sepa cómo, ardió Heliodoro. Tal vez

se arrojó al fuego, no lo sé. Nunca habla de ello. Tenía diez años cuando se abrasó. Hoy, con cuarenta y muchos, soltero y solo en la vida, es el más veterano de todos nosotros. El Quemao nos da más miedo que pena, pero quería ser de la Hermandad, y se le admitió. La cara se le quedó como un cartón arrugado, de ahí su mote. La epilepsia fue una consecuencia más de su tragedia, pero no la más grave. Lo peor fue el odio que a partir de entonces creció dentro del Quemao como una venenosa planta. La enfermedad, cuando se le declara, abre en él una ventana extrasensorial. Mirándolo de ese ángulo, no iba usted por completo descaminada. Puede que los trances de Heliodoro, de alguna manera, estén tocados por el ángel. Que sea clarividente, como pudiera serlo un loco.

Daniel Fosco se la quedó mirando con una traviesa expresión, como esperando alguna reacción a raíz de sus revelaciones, pero la subinspectora se mantuvo en silencio. Estaba intentando asimilar esa caótica información que le llegaba a oleadas, pero habría terminado por desentenderse del pintor y de su amigo si, sobre el alud de disparates que venían vertiendo, las alusiones al farero y a Gastón de Born no se obstinasen en emerger como elementos reales. Pedro Zuazo había muerto en verano, al caer desde un farallón. Y Gastón de Born había escrito en *Ecos del Delta* la crónica de su accidente. Eran hechos. Martina de Santo solía trabajar con ellos.

De improviso, Elifaz Sumí decidió intervenir:

—No dejes así a la señora, Fosco. Háblale de los Hermanos de la Costa.

—¿Se trata de algún acertijo? —Preguntó Martina—. ¿Me darán un premio si adivino la solución?

—¿Nunca había oído hablar de nosotros? —cuestionó Fosco, a su vez.

—¿De los Hermanos de la Costa? Desde luego que no. ¿Así se hacen llamar ustedes? ¿Quiénes son, una cofradía de modernos piratas? ¿Una secta?

Daniel Fosco y Elifaz Sumí parecieron consultarse sobre la gravedad del término, y los ecos y prejuicios que podía inspirar.

El pintor iba a responder cuando en la habitación vecina sonó un timbre agudo. Martina giró con brusquedad el cuello, lo que le produjo un calambre en las vértebras cervicales. El recuerdo de Pico Uriarte, asociado a esa lesión, acabó de crisparla.

Pero era sólo el teléfono.

La subinspectora se dirigió al salón para contestar la llamada. El receptor descansaba sobre una mesa de cristal, justo debajo del retrato del embajador Máximo de Santo, cuya pintura al óleo presidía la estancia con una mirada escrutadora y cristalina, muy parecida a la de su hija.

Al otro extremo del hilo, la subinspectora escuchó la voz de Conrado Satrústegui.

—¿Martina, es usted?

—¿Comisario?

—Me alegro de cogerla en casa.

—Estaba a punto de salir hacia el puerto. Le escucho, señor.

—¿Es que se va en barco?

—La carretera está cortada, y el ferrocarril, interrumpido. No hay otro medio.

—Es increíble que estas cosas sucedan a finales del siglo veinte. Si me lo hubiera dicho, habría tratado de conseguirle un helicóptero.

—No importa, señor. Estaré en Portocristo a media noche.

—Me alegro, porque le espera más trabajo del inicialmente previsto. Doble faena. ¿Preparada? Acaba de aparecer un segundo cadáver, cerca del anterior. A unos pocos kilómetros de la Piedra de la Ballena.

La subinspectora tomó aliento.

—¿También mutilado?

—No exactamente. Con un arpón clavado en el pecho, a la altura del corazón. La Guardia Civil ha identificado el cuerpo. La víctima es un tal Santos Hernández. Sesenta y siete años. Natural del delta.

Martina reprimió una exclamación.

—¿Sigue ahí, subinspectora?

—Desde luego, señor. ¿Alguna pista?

—Por el momento, nada. El cadáver ha sido trasladado al Juzgado de Portocristo. Supongo que, a falta de depósito, lo enviarán a la funeraria. Podrá examinarlo allí, junto con los restos de Dimas Golbardo.

—¿Alguien ha reclamado el segundo cuerpo?

—Por ahora, no.

—¿Consiguió hablar con ese juez, Antonio Cambruno?

—Tiene tres llamadas más aguardándole, pero todavía no ha debido dignarse poner los pies en el Juzgado. Me he tomado la molestia de indagar sobre su persona en círculos próximos a la judicatura; sus propios colegas le catalogan como un excéntrico. Por otro lado, he advertido a la Comandancia de la Guardia Civil que se incorporará usted a la investigación. En cuanto llegue a Portocristo, preséntese al sargento Romero, en el puesto.

Satrústegui tomó aire, antes de aconsejarle:

—Todo esto es muy extraño. Vaya con cuidado, Martina. No se le ocurra actuar por su cuenta y riesgo. E infórmeme en cuanto haya esbozado un primer análisis de la situación.

—Descuide, señor. Le mantendré al tanto.

La subinspectora colgó. Aunque en el interior de la casa la temperatura era fresca, notó alfileres de sudor aflorándole en las sienes.

Desde la cocina le llegaron unas ahogadas risitas. Daniel Fosco y Elifaz Sumí habían intercambiado sus asientos. Ahora Fosco ocupaba la silla que estaba colocada justo enfrente del pasillo. Martina tuvo la sospecha de que habían escuchado su conversación con el comisario.

—¿Malas noticias, subinspectora? —se interesó el pintor, esforzándose por expresarse con seriedad, pero sin llegar a reprimir la sonrisa que bailaba en su boca.

—En mi oficio, casi nunca son buenas.

El joven Sumí aparentó recobrar un cierto grado de compostura. Se levantó, caminó unos pasos hacia el salón e inquirió:

—¿Podría decirme, señora, quién es ese caballero?

Martina desprendió que aludía al retrato del embajador.

—Era mi padre.

—¿Ha muerto?

—Sí.

Con ansia, el poeta se frotó las palmas de las manos en las musleras de sus pantalones.

—¿Se portó bien con usted?

—¡Vamos, Elifaz! —protestó Fosco—. ¡Hay cosas que no tienes derecho a preguntar!

—Déjelo —dijo Martina—. No tengo inconveniente en responder. Fue un buen padre, si era eso lo que quería saber.

—¿Lo fue siempre?

—No, no siempre.

—No siempre —repitió Elifaz, como si acabara de condensar un axioma—. ¿En alguna ocasión abusó de usted?

—¡Elifaz! —exclamó Fosco—. ¡No sigas por ese camino! ¡Discúlpate ahora mismo!

—¿Por qué? No tengo de qué arrepentirme.

—¡Sí lo tienes! ¡Debes expulsar de tu mente esas ideas de Gastón!

—¿Qué ideas? —preguntó Martina, alarmada por aquel estallido de agresividad.

—El parricidio como camino de liberación —reveló el pintor—. Desde hace algún tiempo, nuestro amigo Gastón de Born está obsesionado por la catarsis de ese

tipo de crímenes. De hecho, su escasa obra literaria gira sobre la psicología del parricida. Gastón tiende a confundir la realidad con la ficción. Su alienación ha llegado a hacerle creer que hay alguien dispuesto a acabar por la vía rápida con los abusos en familias allegadas a las nuestras y...

La subinspectora decidió que había llegado el momento de poner un poco de orden.

—¿Qué familias, qué padres, qué abusos? ¿Y qué tiene que ver todo eso con los Hermanos de la Costa, esa secta de la que antes, cuando sonó el teléfono, me estaban hablando?

—Ah, no, subinspectora —protestó Fosco—. No se trata de ninguna secta. Tan sólo integramos una corriente artística de jóvenes valores de las artes contemporáneas. Autores minoritarios, incomprensidos, a quienes la sociedad da la espalda.

El pintor se recogió la melena y añadió, con una sonrisa viciosa:

—Aún es pronto, pero dentro de poco, ya verá, daremos que hablar.

—¿Así es como se sienten ustedes? ¿Marginados?, Fosco se encogió de hombros, como abrumado por el peso de la incomprensión ajena.

—Todos hemos fracasado, incluido El Quemao. Y eso que, probablemente, Heliodoro sea el único que tiene talento. Y Elifaz, pienso. El resto estamos abocados al olvido.

—¿El resto? ¿Cuántos son ustedes?

—Algunos más, no muchos. Los que superan las pruebas.

—¿Qué pruebas?

—Aquellos sacrificios que a cada cual se imponen —repuso Fosco.

—Hambre y dolor —agregó Sumí.

—En el caso de Elifaz, así se decidió —corroboró Fosco—. Por delegación de los Hermanos, debo vigilar su cumplimiento de las penitencias pautadas. Y lo está haciendo, puedo dar fe. Se mortifica. Ayuna. Está preparado.

—¿Para qué?

—Para crear. ¿Para qué iba a ser?

—Daniel es buena persona —dijo Elifaz, laboriosamente—. Y un artista honrado. Auxilia mis flaquezas, me ayuda a cumplir mis penosos deberes... Pero alguno de los otros Hermanos... ¡Di la verdad, Fosco! ¡No escondas a las manzanas podridas! ¡Y no afirmes porque sí que El Quemao tiene talento! ¡Háblale de su inclinación a la violencia!

Un nuevo ataque de tos lo convulsionó. Fosco cogió su taza y le obligó a beber un sorbo. El café hizo reaccionar a Elifaz, pero su ánimo prosiguió conturbado. En su visionaria mirada flotaba una medrosa luz.

—No le haga caso a mi camarada, subinspectora —dijo el pintor—. Elifaz es

demasiado impresionable, pura sensibilidad. A veces, en nuestros inocentes cónclaves, ha llegado a perder el sentido.

Martina encendió un cigarrillo.

—¿Ese amigo de ustedes, ese tal Heliodoro, es un hombre violento?

—Me temo que sí —afirmó el pintor.

—¿Ha atacado a alguien?

—Yo no lo descartaría.

—Dígame, Elifaz, si es así, ¿por qué lo han admitido en su grupo?

Fosco la reconvinó, blandamente.

—No vaya tan deprisa, subinspectora. Todo a su debido tiempo.

—Le he preguntado a él, no a usted.

Elifaz no se dio por aludido. Estaba blanco como el papel.

—No hay nada que ocultar, se lo garantizo —insistió Fosco—. Somos un grupo de amigos, nada más, unidos por el amor a la belleza. Solemos reunirnos en las noches de solsticio. Elegimos lugares idílicos, siempre en la costa: Forca del Diablo, Isla del Ángel, Piedra de la Ballena... Escenarios apropiados para convocar a las fuerzas. Alumbramos pensamientos, proyectos. Nos protegemos y estimulamos. Existe un ritual, de acuerdo, y a veces sobreviene alguna sorpresa, pero... —En este punto, la mirada de Elifaz pareció advertirle; Fosco cambió de tema—. Pero hablábamos de mis arroces, subinspectora...

Martina cerró los ojos. La alusión a la Piedra de la Ballena había hecho que la cabeza le diera vueltas. Nada de todo aquello resistía la lógica. Sin embargo, existía una explicación más simple: que aquella pareja de frustrados genios se hubiese propuesto pasar un rato divertido a su costa. Después confesarían su mascarada a Berta, y lo celebrarían por todo lo alto. Al fin y al cabo, pensó Martina, no todos los días se le presentaba a un par de ciudadanos la posibilidad de burlarse, y en su propia casa, de un oficial de policía.

Estaba cansada. Un movimiento peristáltico de su intestino le hizo recordar que tenía el estómago vacío.

—Me encanta el arroz —le dijo a Fosco—. A mi regreso no me importaría comprobar si es cierto que tiene buena mano.

El pintor aplaudió. Lo hizo físicamente, haciendo sonar tres rotundas palmadas.

—No le defraudaré. Pero, ¿para qué esperar tanto? Mire, acabo de tener una idea.

—Seguro que no es buena —terció Elifaz—. Él nunca las tiene, señora. Por lo menos, con los vivos. Con los muertos suele mostrarse más atento.

La investigadora notó una dolorosa rigidez en las cervicales. Aspiró una calada, para atemperarse. Se preguntó si la herida en la mano derecha de Fosco obedecería a alguna otra prueba de resistencia o valor. «Hambre, dolor», pensó, repitiendo mentalmente las penitencias de Elifaz.

—¿A qué muertos está evocando?

Pero el poeta parecía extenuado. Tosió y se protegió la boca con un pañuelo manchado de una parda película de saliva. Su macilento aspecto alarmó a Fosco. El pintor obligó a su camarada a beber más café. Cuando se hubo asegurado de que Elifaz se encontraba un poco mejor, sugirió a Martina:

—¿Por qué no nos visita en Portocristo?

—¿Es que ustedes van a estar allá?

—Tenemos planeado regresar uno de estos días. El solsticio de invierno está próximo. Elifaz vendrá conmigo a la reunión de los Hermanos, para su definitiva consagración como miembro de pleno derecho. Por otra parte, debo ordenar mi estudio. Guardo en casa de mi madre ciertos elementos de trabajo que aquí, en Bolscan, me resultan difíciles de obtener.

—¿Por ejemplo?

—Componentes matéricos para mis óleos y retablos —repuso Fosco, con vaguedad—. Para mis muertos, según acaba de exponerle Elifaz, con su negro humor metafórico. —El poeta acogió esta alusión con una mueca macabra—. ¿Podrá venir a cenar, digamos, el próximo jueves, o el viernes, víspera de Nochebuena?

—No quisiera molestar a su madre.

—Todo lo contrario. Estará encantada. No tenemos parientes, servicio, ni siquiera perro, y se aburre. Vale la pena ver la casona, créalo.

Fosco estiró una sonrisa lobuna.

—Le mostraremos el piélagos, si quiere. No encontrará mejores guías. En las lagunas uno debe andarse con cuidado. Hay paisajes sepulcrales, de una belleza maléfica, en los que da la impresión de que cualquier cosa pueda suceder.

Martina sacudió los hombros. Habría pagado por librarse de aquellos sujetos. En consideración a Berta, resolvió soportarlos unos minutos más.

—Tendré en cuenta su amable invitación, pero me temo que estaré ocupada. Ahora, si no les importa, debo dejarles. Un taxi acudirá a buscarme, y todavía no he hecho el equipaje.

—En ese caso, nos iremos ya.

—No pretendía insinuarlo. Quédense. A Berta le hará bien un poco de compañía. Se encuentra algo deprimida. Últimamente ha trabajado demasiado. Intentaré convencerla para que abandone su encierro, y baje a charlar con ustedes.

Martina subió al ático. Berta se había vestido, y trabajaba en los tableros. Los ventanales estaban abiertos de par en par. La luz de la tarde iluminaba los trípodes. Una serie de fotografías recién reveladas colgaba de pinzas metálicas. El líquido fijador les proporcionaba una acuosa suavidad.

—Tu amigo Daniel Fosco sigue en la cocina, en compañía del rapsoda satánico —se burló Martina—. Se ha quemado al retirar el café. Es un chico agradable,

aunque esté como una cabra. Ambos lo están. Fosco me ha invitado a su casa de la costa, para conocer a su madre. Espero que no se le ocurra declarármese.

Berta sonrió. Aunque el nuevo tinte endurecía sus facciones, volvía a tener la dulce expresión de costumbre.

—Son incorregibles. Siempre están haciendo el indio. Se habrán metido algo.

—¿Farlopa?

—Qué va, no les alcanza. Anfetas y absenta, seguramente.

—¿No vas a decirme adiós?

Martina la rodeó con sus brazos y la estrechó con fuerza, como si temiera perderla. Después salió de la buhardilla, se metió en su dormitorio, hizo a toda prisa una bolsa de viaje y bajó por última vez a la cocina, para despedirse.

—Berta les atenderá. Espérenla aquí o en el salón, como prefieran.

Fosco había desanudado las cintas de su porta bocetos. Unas cuantas láminas se extendían entre el servicio de café.

—¿Son tuyas esas composiciones? —se interesó Martina.

—Litografías a partir de originales —matizó el pintor—. Quería conocer la opinión de Berta. Y pedirle que fotografíe mis obras más recientes, para un futuro catálogo.

La subinspectora observó los grabados de Daniel Fosco. Eran decididamente esotéricos. De todos ellos emanaba una misteriosa potencia, una caricaturesca y profana expresividad.

Las láminas representaban varones crucificados, martirizados, en actitud de oración o tormento, pero al mismo tiempo anómalamente felices, como envueltos en un aura de dicha y gozo interior, purificados por un sufrimiento místico que aparentaban aceptar de buen grado. Una divina inmanencia se intuía en la luz, o en las postulantes miradas de los mártires. El trazo era tan verídico que los rostros de esa especie de apócrifos apóstoles, y también las pálidas facciones de las desnudas y sensuales vírgenes atrapadas en la turbulencia de una revelación inminente, parecían palpar con una vida propia. Desde las coronas de espinas fluían lágrimas de sangre, y hasta las puntas de flecha clavadas en la carne como lenguas de piedra debían provocar un dolor que los espectadores de esos cuadros no tendrían inconveniente en aceptar como auténtico.

En sus mínimos detalles, el dibujo era preciso, nítido. A la subinspectora le asombró que las manos de Fosco, tan torpes con la vajilla, con los objetos (antes había derramado el café, y ahora acababa de tirar al suelo, sin querer, un servilletero) fuesen capaces de manejar con tanta habilidad los carboncillos o los finos pinceles.

—Tendría que ver los lienzos —observó Elifaz, entre dos toses, como masticando las palabras—. Son enormes. Tan especiales que me cuesta describirlos.

—Usted es poeta. No debería tener problemas para adjetivar.

—Son... sobrenaturales —calificó el joven Sumí.

—Guardo algunos, los mejores, en casa de mi madre, en Portocristo —explicó Fosco, con aire humilde—. Sería un placer enseñárselos.

Martina consultó su reloj, un modelo masculino, de oro y esfera blanca, que había pertenecido a su padre. Hasta donde alcanzaba su memoria, Máximo de Santo lo había llevado siempre. Era un recuerdo idealizado, como todos los que conservaba de un hombre demasiado perfecto como para encontrarle sustituto.

Sonó un bocinazo en la calle. Un taxi se había detenido ante la verja de entrada. Martina se dirigió a la puerta.

—No les prometo nada. Volveremos a vernos, en cualquier caso. Terminen el café.

La subinspectora salió al jardín. *Pesca* estaba intentando trepar a un tulipero. Cogió a la gatita y le hizo una caricia mientras alzaba los ojos hacia el ático, por si Berta decidía asomarse. Pero no lo hizo.

Afuera, la viuda Margarel seguía a caballo de su precaria escalera, podando el seto en difícil equilibrio. Martina sintió lástima. Sus hijos deberían ayudarla en esas tareas. Deberían visitarla más a menudo.

—No vaya a caerse, Julia.

—No hay peligro. ¿Le reñiste a la gatita?

—Fui incapaz —reconoció Martina, acercándose a la escalera. Su rostro quedó a la altura de unas rotas zapatillas de franela. Las gruesas piernas de la viuda Margarel, surcadas de varices, estaban contenidas en unas gastadas medias de un absurdo color lila—. ¿Por qué no descansa? Lleva podando todo el día.

—Toda la mañana, hasta que llegaste tú. Y este rato, ahora.

—En ese caso, se fijaría en que tuve visita.

—Pues no. ¿De quién?

—De un elegante y atractivo caballero relacionado con el mundo del arte.

—¿Algún pretendiente?

—Espero que no.

—¿A qué hora vino?

—Sería mediodía. Berta le acompañaba.

—¿La muchacha que vive contigo? —La viuda había fruncido el ceño, como si no aprobara esa circunstancia—. No, no vi a nadie. Ella salió a eso de las nueve, poco después de que tú te marcharas... ¿Qué ha pasado? ¿Le ha sucedido algo?

La subinspectora negó con la cabeza, se despidió de su vecina y se dirigió a su taxi.

El coche dio la vuelta a una rotonda de flores y enderezó la cuesta que descendía en dirección al centro. Martina mantuvo la mirada en las ventanas del ático, por si Berta decidía asomarse. Pero no lo hizo.

Cuando la casa desapareció de su visión, la subinspectora tuvo la premonición de que iba a tardar en regresar más tiempo del previsto. Encendió otro cigarrillo y se puso a repasar la rara escena a la que acababa de asistir. Había algo extraño en su conjunto, y múltiples detalles que no encajaban.

—Perdone —dijo el taxista—. ¿Le importaría apagar el pitillo?

Faltaba más de una hora y cuarto para la salida del ferry. La subinspectora disponía de tiempo, por lo que indicó al conductor que la llevase a una de las mejores librerías de la ciudad, El Círculo Polar, y que la esperase mientras realizaba unas compras.

La librería estaba vacía. Un dependiente la atendió de inmediato, pero le llevó bastante trabajo localizar sus demandas. Tras mucho rebuscar, primero por las estanterías de la tienda, y luego por el almacén de existencias, halló lo que su clienta deseaba: un catálogo de Daniel Fosco, titulado *Insania*; el único poemario de Elifaz Sumí, *La herida celeste*, y la breve selección de cuentos de Gastón de Born a la que se había referido Horacio Muñoz, *Los Hermanos de la Costa y otros relatos de terror*.

Los tres volúmenes habían sido entregados a la imprenta por una desconocida casa editorial, Libros del Ángel. La subinspectora comprobó que en ninguna de las publicaciones se incluía registro, fecha o dirección alguna. Preguntó al encargado del Círculo Polar por la causa de esa anomalía.

—Si quiere que le diga la verdad —repuso el librero—, nunca había oído hablar de esa firma editorial, ni de los autores por lo que usted se interesa. Estoy seguro de que son los primeros ejemplares que vendemos. Es más que probable que se trate de sendas autoediciones. Las firmas noveles deben recurrir con frecuencia al penoso recurso de costear sus propias obras. Por eso resultan tan caras.

Martina se asombró, en efecto, de la desorbitada cantidad que tuvo que desembolsar para hacerse con las publicaciones de los artistas del delta. Sólo el catálogo de Fosco, ilustrado a todo color, le costó siete mil pesetas. Una de las obras del pintor decoraba asimismo la portada del poemario de Elifaz Sumí. En cambio, el libro de relatos de Gastón de Born estaba pobremente encuadernado en tapas negras, con letras púrpuras de las que parecían chorrear gotitas de sangre.

La subinspectora regresó a su taxi e indicó al chófer que la llevara al puerto. Una vez allí, se dirigió a la estafeta de la compañía marítima para recoger su pasaje.

El costado del barco se recortaba contra el anochecer y una temprana y rojiza luna, como si la marea portuaria, de un denso color avinagrado que a Martina le recordó los fondos licuados de los cuadros de Fosco, se reflejase en su cuerno de sucio marfil.

Absorta en sus pensamientos, abrió su bolsa de viaje y sacó de su cartera el sobre con las fotografías del crimen. Dimas Golbardo la taladró con sus ojos vacíos.

Guardó las fotos, abrió su libreta de notas y se dispuso a tomar algunos apuntes sobre su alocada charla con los amigos de Berta. «Con los Hermanos de la Costa», sonrió para sí.

Le había llamado la atención el hecho de que Daniel Fosco apenas dedicara unos segundos a *Pesca*. La gatita tan sólo había recibido una breve caricia por parte de su

antiguo dueño. Por otro lado, la subinspectora estaba segura de que los dos artistas habían escuchado su conversación con el comisario Satrústegui. Consignó que a Fosco le temblaban las manos, y que la mirada de Elifaz Sumí denunciaba consumo de drogas, alcohol, o de ambos estimulantes. Anotó también que, según ellos, otro de los miembros de su risible Hermandad, Gastón de Born, estaba obsesionado con el parricidio, y que un extraño sujeto, asimismo perteneciente al grupo, y apodado El Quemao, sufría raptos de violencia.

A medida que escribía, Martina decidió que acaso debería visitar la casa de Fosco en Portocristo. Y quizá, una vez en su estudio, detenerse con atención ante esos cuadros capaces de mezclar, como un licor maligno, el vicio y la virtud, el bien y el mal, la muerte y la vida eterna.

Estaba concluyendo sus anotaciones cuando vio acercarse por la dársena, renqueando, a Horacio Muñoz. El archivero caminaba hacia ella con una gruesa carpeta. Martina dejó que llegara a su lado para preguntarle sin calor:

—¿Qué hace aquí? ¿Es que ha venido a despedirme?

—Algo así. Verá, subinspectora, quisiera contarle una vieja historia, si tiene cinco minutos para mí.

—¿Qué mosca le ha picado, Horacio?

—El aguijón de un crimen pasional —repuso el archivero—. He estado dudando toda la tarde, pero al final me he decidido a hablarle de un caso de doble asesinato que no me deja dormir desde hace tiempo.

—¿Un doble asesinato? ¿Tiene algo que ver con los crímenes que me toca investigar?

—¿Crímenes? Creí que se trataba de un sólo homicidio.

—Acaba de aparecer un segundo cadáver. ¿Su historia guarda relación con estos casos?

—No lo sé.

Martina suspiró.

—Adelante, Horacio, pero sea breve.

—Gracias por su atención. Lo seré. Todo empezó en 1950. En aquel año, un carpintero mató a su esposa a martillazos, en el taller de la vivienda de dos plantas que ambos compartían junto al muelle pesquero, aquí al lado. La carpintería todavía existe. Si se fija podrá distinguir su chaflán, junto a la lonja. Podemos acercarnos hasta allí, mientras le sigo contando.

Martina contempló el taller, situado a unos quinientos metros del punto en que se encontraban, al cabo del malecón. Lo había visto durante sus carreras matinales. La arruinada carpintería compartía fachada con las viejas naves de una fábrica conservera, también abandonada.

—¿Dice usted que el carpintero de ese taller mató a su mujer?

—En 1950, sí.

—¿Por qué lo hizo?

—Crimen pasional.

—¿La apuñaló?

—Le destrozó el cráneo con su martillo de trabajo. Después, aquel desgraciado se entregó de modo voluntario, y confesó. Sería juzgado y sentenciado a cuarenta años, pero, como tantas veces ha ocurrido, apenas llegaría a pasar entre rejas unos pocos lustros...

—¿En qué prisión?

—La Santidad, en Argenta. En un principio, el carpintero fue clasificado como un psicópata, pero acabaría beneficiándose de los informes penitenciarios. Hacia 1965, quince años después de cargarse a su mujer, saldría libre. Se llamaba Jerónimo Dauder. Y hablo en pasado porque el carpintero también la diñó. Alguien se encargó de darle pasaporte.

Horacio enarboló el archivador que había traído consigo y desanudó sus cintas.

—He aquí su ficha completa. El proceso judicial. ¡Incluso el libro de contabilidad de la carpintería, con todos sus asientos!

Martina lo contempló como si hubiera perdido el juicio.

—Espero, Horacio, que todo esto tenga algún sentido...

—Usted decidirá sobre ese punto. Vamos, acompáñeme hasta la carpintería del terror. Como le decía, Jerónimo Dauder salió de la prisión bastante antes de cumplir su condena. Supongo que, dentro de la cárcel, su oficio le reportaría algún privilegio. En especial, si la mujer del alcaide llegó a plantear cambios en su decoración doméstica. ¿Qué mejor tesoro, para un ama de casa, que un buen carpintero? De modo que, hacia 1965, Jerónimo Dauder, quince años más viejo, viudo, no sé si arrepentido, volvió a Bolscan y retomó el trabajo en su carpintería del puerto, como si nada hubiese ocurrido.

—No es por interrumpirle —murmuró la subinspectora; acababa de sentir una fuerte presión en las sienes, por lo que deslizó una aspirina en su lengua—. Pero no adivino la relación entre su anécdota y mis casos.

—Tenga paciencia, Martina, y siga caminando. Enseguida llegaremos a la encrucijada. Para merecer el perdón, recuperar la confianza de sus vecinos y granjearse nuevos clientes, Jerónimo Dauder redujo sus tarifas. Regalaba a los niños títeres y barquitos de madera que tallaba en sus ratos libres, o se olvidaba de cobrar sus labores de mampostería. Poco a poco, la comunidad volvió a aceptar al criminal. ¿No le parece revelador?

—¿De qué?

—De la naturaleza humana. De nuestra astucia. De nuestra codicia.

—Habría mucho que discutir sobre eso —le rebatió Martina. Una migraña feroz se había instalado en algún punto sensible de su occipital. Estuvo a punto de cortar la conversación, pero se contuvo.

—No en este episodio —porfió Horacio.

—¿Por qué lo dice?

Sin dejar de andar penosamente, Muñoz resolló:

—El carpintero volvería a casarse en 1967, con una mujer de la vida. En sus buenos tiempos fue toda una estrella del *cabaret*. Se llamaba Rita Jaguar.

Martina no pudo menos que soltar una carcajada. Habían llegado al puerto pesquero. Unos marineros se volvieron para mirarles.

—¿Rita Jaguar? ¿En serio era su nombre?

—No, claro. Su verdadero apellido era Vicente, Rita Vicente, pero debió temer, y con razón, que con semejantes credenciales jamás llegaría a sonreírle la gloria artística. Admiraba tanto a Gilda que cuando empezó a bailar adoptó las suyas. Hayworth se transformó en Jaguar. Así fue, Martina, no se ría. Nuestra Rita era pelirroja, como el mito, aunque ni de lejos tenía su clase. Nunca bailó ni cantó ni besó como Gilda.

Horacio se detuvo y rebuscó en el archivador hasta encontrar una lámina que blandió ante la subinspectora.

—Otras virtudes tuyas resultan más difíciles de olvidar. Fíjese qué pechos.

Atónita, Martina observó la reproducción gráfica de una *vedette* sobre un sórdido escenario de *cabaret*, con una playa y dos palmeras pintadas. La exótica bailarina se contoneaba desnuda, a excepción de un collar de perlas y de un crótalo que se le enroscaba a la cintura. La víbora era real, y de un tamaño considerable.

—No puedo creerlo —murmuró Martina.

—¿Que sean naturales? Le recuerdo que en aquella época no existía la cirugía estética.

—No sea tonto. ¿Debo pensar que usted mismo ha recortado ese lúbrico grabado y lo ha añadido al expediente del caso a modo de ilustración documental?

Muñoz sonrió, libidinosamente.

—Sería el concepto, sí.

La subinspectora percibió que la aspirina comenzaba a surtir efecto. De mejor humor, adoptó un registro cómplice.

—Da la impresión de haber conocido muy bien a esa tigresa.

—Oh, un poco.

—Vamos, Horacio, me encantan las historias de amor. ¿Por qué no desembucha? En el fondo, está deseando escandalizarme.

El archivero sonrió con amplitud. Respiraba afanosamente. Su rostro estaba como la grana. Habían llegado a la carpintería, que estaba cerrada, deparando todo el aspecto de no haberse abierto en mucho tiempo.

—De acuerdo. Por entonces, y de eso hará cerca de veinticinco años, yo acababa de ingresar en la Policía. Estaba soltero, y me llamaba la noche. Solía perderme por los garitos de alterne, relajarme con una o dos copas, antes de acostarme. Las mozas me conocían, no me cobraban los tragos. Hoy, los de Asuntos Internos lo considerarían prevaricación, pero aquéllos eran otros tiempos. Buenos tiempos. Tuve alguna novia. Chicas de alterne, coristas. Nada serio, no vaya a creer; no era tan ingenuo. Pero con Rita Jaguar fue distinto.

—¿Por qué? ¿Fue ella la que le pegó la bofetada?

—Nunca le di motivos. La adoraba, aunque sabía que me era infiel. Lo era por

naturaleza, como un animal libre y salvaje.

—¿Cómo la conoció?

—Actuaba en El Deportivo, el antiguo *cabaret* de la calle Sepulcro, que ya no existe. Hacía un número explosivo. Aparecía en escena con un tanga y un sujetador de escamas de cocodrilo, y con esa maldita serpiente amarilla de ojos negros como el carbón encendido. Y comenzaba a reptar por las tablas retorciendo la pelvis como si se estuviera follando a aquel bicho que actuaba con ella. Perdona la expresión, Martina, pero es que aquella mujer no hacía el amor: follaba. Tenía una mirada que hubiera puesto de rodillas al apóstol San Pedro, y un par de tetas capaces de empalmar a un muerto. Ya las ha visto usted. Me sorbió el seso. Cuando estaba con ella, me olvidaba de todo. De que era un policía, para empezar. Rita Jaguar te poseía con una intensidad que...

La voz de Martina se agravó, interrumpiéndole.

—Respóndame a una cuestión, Horacio, y no olvide que somos buenos amigos. ¿Al margen de decorar los expedientes con fotos pornográficas, desde cuando se dedica a exhumar casos archivados?

—¿Por qué lo pregunta?

—Porque tengo la impresión de que se está excediendo en sus funciones. Usted ya no es un detective. No puede andar hurgando en el pasado.

—¿Y qué, si es así? ¿Va a denunciarme?

—¿A qué está jugando?

Muñoz se irguió sobre su zapato ortopédico. Las gaviotas se habían posado cerca de él. Debían estar hambrientas, y chillaban.

—¿Cree que le tengo miedo a Satrústegui y al resto de fantoches de Jefatura? Ahí va mi respuesta, subinspectora: los casos que me interesan, sí, los exhumo.

Sin darle la razón, Martina asintió con lentitud, mirándole inquisitivamente. La brisa del puerto agitó su corta melena.

—¿Qué casos?

—¡Los que sufrieron un carpetazo en falso, como el mío propio! —Exclamó Muñoz, casi con odio, señalando su deforme pie—. ¿Sabía que hasta hoy hemos sido incapaces de identificar y detener al canalla que me hizo esto? ¿Sabe cuánto tiempo llevo pudriéndome en el archivo, cojo, jodido y solo? ¿Y qué cree que han hecho mis antiguos compañeros por esclarecer la procedencia del disparo que me destrozó la vida?

La mirada de Martina era tan fría que, a su lado, un pedazo de hielo habría quemado en la mano.

—Olvídelo, Horacio. Está generando una neurosis obsesiva. Acabemos con esto de una vez.

—Antes, subinspectora —la contradijo con obstinación el archivero, hablando

más de prisa, como para evitar que ella volviera a cortarle—, concluiremos, ya que lo hemos reabierto, con el caso de Jerónimo Dauder. Nunca me ha gustado dejar mis investigaciones a mitad de camino. No le he dicho que Rita Jaguar, la segunda mujer del carpintero, la cabaretera, aportó al matrimonio dos hijos procedentes de una relación anterior. Ambos de padre desconocido. Un muchacho llamado Cayo, de unos catorce años, y una niña recién nacida, Celeste. Cuando se casó con Dauder, Rita Jaguar abandonó las candilejas y se trasladó a vivir a la carpintería, su nuevo hogar. Hasta ahí, todo parecía ir bien. Pero poco después, en 1968, transcurrido apenas un año desde sus segundas nupcias, Jerónimo Dauder, nuestro enamorado artesano, perdió la vida de manera violenta.

Martina se había resignado a escucharle. Más adelante resolvería cómo obrar frente a aquella patológica actitud. Preguntó, fingiendo interés:

—¿Qué pasó?

—Lo encontraron en su taller con la cabeza hecha migas. Reventada a martillazos. También le trituraron las manos. Alguien decidió aplicarle una sobredosis de su propia medicina. Qué casualidad, ¿no?

Martina estaba pensando, por asociación, en el destrozado cuerpo de Dimas Golbarado; pero contestó, de manera automática:

—En términos criminológicos, científicos, la casualidad no existe.

—Cierto —afirmó Muñoz—. Por eso me he tomado la libertad de unificar este segundo expediente, el de la cruenta muerte de Jerónimo Dauder, con el homicidio premeditado de su primera esposa, a fin de que puedan consultarse de modo correlativo. De ese modo, aunque no sepamos aún con qué objeto, podemos contemplar la película de los hechos en toda su extensión. El arma homicida que en 1968 acabó con el carpintero jamás apareció. Durante algún tiempo, la policía sospechó de algunos amantes de Rita Jaguar, entre los que debe usted descontarme, pues ella me había dejado tiempo atrás. Pero nada se pudo demostrar.

Muñoz hizo una pausa, como para asegurarse de que su interlocutora lo escuchaba con un poco más de atención. También las gaviotas les observaban, inquietas.

—El caso Dauder se archivaría definitivamente en 1977. Los cuerpos del carpintero y de su primera mujer, la que fuera su víctima, descansan en el cementerio municipal de Bolscan, a escasas calles uno de otro. Sus destrozados cráneos reposando para el resto de la eternidad... ¿Quién mató al carpintero? Misterio. Uno o varios asesinos quedaron libres. Supongo que seguirán llevando una existencia normal, como si nada hubiese ocurrido. Fascinante, ¿no cree?

Martina contestó, cáustica:

—Mi barco está a punto de salir. Volvamos al muelle, si ha terminado.

La subinspectora había iniciado el camino de vuelta. De nuevo parecía irritada.

Muñoz renqueó hasta ponerse a su altura.

—¿No le ha interesado mi historia?

—¿Por qué habría de interesarme? Me habla de un caso archivado, del que han transcurrido quince años.

—¿Le parecen demasiados?

—Para establecer un nexo causal, sí.

—Permítame darle un consejo y proporcionarle un último dato, subinspectora. El consejo: desconfíe de las alianzas entre el tiempo y la muerte. La muerte está contenida en el tiempo como una araña en un frasco de cristal. Para aplastar a la araña, deberá abrir el frasco en el sentido contrario a las agujas del reloj.

—¿Qué demonios pretende sugerir?

—Que la explicación última, o primera, siempre hay que rastrearla en el pasado. En la ciencia criminal, el futuro no existe.

—Lo tendré presente. ¿Y el dato?

—Jerónimo Dauder era un carpintero muy hábil. Una de sus especialidades consistía en calafatear las embarcaciones de las últimas rutas fluviales. En su taller fabricaba laúdes, chalupas cangrejeras y los tradicionales lanchones que todavía se pueden admirar en las marismas costeras y en el estuario del río Madre.

Martina se detuvo en seco. Su mirada se había iluminado.

—¿Ese carpintero mantenía contacto con los pescadores del delta? ¿Jerónimo Dauder construía y reparaba sus barcas?

—Así lo hizo, hasta que le sorprendió la muerte.

—¿Qué fue de esa mujer, Rita Jaguar?

Horacio sonrió como debía hacerlo Mefistófeles cuando iba a devorar un alma.

—Empieza a dejarse seducir por mis viejas historias, ¿no es así, subinspectora? A finales de los años sesenta, Rita se trasladó a Portocristo, y abrió un nuevo club. El Oasis. Parecido al Deportivo, pero a la orilla del mar.

—¿Cómo lo sabe?

—Digamos que la he visitado alguna vez. Para brindar por los viejos tiempos. ¿Puedo darle una opinión, subinspectora?

—¿No lo va a hacer, en cualquier caso?

Al sortear un noray, Muñoz había apoyado el peso sobre su bota ortopédica, y a punto estuvo de resbalar al agua. La subinspectora le ayudó a recuperar el equilibrio.

—Si yo estuviera en activo...

—¿Acaso no lo está?

—No se apiade de mí. Si pudiese volver a patrullar, como lo hice a conciencia a lo largo de un cuarto de siglo, desempolvaría el expediente del carpintero y reabrirla el caso. Me gustaría que lo llevase consigo. No necesita formalizar solicitud.

—Ya tengo su dossier. Guarde esos otros papelajos, Horacio. Cuando disponga de

tiempo les daré un vistazo, pero no ahora.

El ferry hizo sonar su bocina. Martina de Santo corrió por el muelle, pisó la colilla con el tacón y subió a bordo.

SEGUNDA PARTE

Durante los meses de otoño e invierno, el ferry de Bolscan registraba escasa demanda.

La Compañía Marítima del Norte tan sólo dejaba en servicio uno de los barcos pequeños, capaz para un centenar de pasajeros, entre camarotes y butacas de cubierta. Disponía de una reducida bodega con un garaje para transportar unos cuantos automóviles, pero en ningún caso material de construcción o maquinaria pesada para la residual industria pesquera y conservera del delta. La ruta, paralela a la costa, a prudente distancia de los acantilados, era siempre la misma. Salvo con mar gruesa, se mantenía la frecuencia diaria de la travesía.

Carlos Martel, aquel hombre de baja estatura, había adquirido su pasaje a Portocristo en el puerto de Bolscan, en la terminal de la compañía transbordadora, que ofrecía descuentos por temporada baja.

Martel había llegado a la capital norteña a primera hora de la tarde de aquel lunes de diciembre, en un automóvil que había alquilado muy lejos, más allá del otro extremo del país; en Ceuta, para ser exactos. Después de cruzar en barco el Estrecho de Gibraltar, hasta Algeciras, había atravesado la península conduciendo hora tras hora, sin apenas detenerse, salvo para reponer combustible en áreas de servicio. Llenaba el depósito, dormitaba un rato recostado contra el volante y proseguía el viaje mientras en la radio los programas matinales sucedían a las tertulias nocturnas y él combatía el sueño encendiendo un cigarrillo negro cada tres cuartos de hora.

Debía conocer bien el centro de Bolscan porque se orientó con facilidad. Sorteó el tráfico y aparcó sin vacilaciones en el hangar de la agencia de alquiler de vehículos.

Al salir del coche notó las piernas entumecidas por el largo viaje. Para oxigenarse y estirar los músculos, se puso a practicar flexiones. Ante la asombrada mirada de una señora que esperaba ser atendida, Martel tomó carrera, cruzó la nave, dio una voltereta en el aire y ejecutó una serie de acrobacias, hasta quedar apoyado contra la pared, en la posición del pino. Después recogió las monedas que se le habían caído de los bolsillos, fingió agradecer con una reverencia las ovaciones de un público imaginario y abrió el maletero. Dos grandes daneses saltaron como enjaulados demonios. Eran casi tan altos como su dueño. Cuando se encaramaron sobre sus hombros, lamiéndole con sus sucias y grisáceas lenguas, rebasaron su talla. Uno, el macho, era negro con manchas blancas. La otra, la hembra, blanca con pintas negras.

Un empleado apareció en la puerta de una oficina anexa.

—¡Eh! ¿Quién es usted?

—Un cliente que suele tener razón —adujo con desparpajo aquel hombre que parecía escapado de un mariachi, y que desdobló y entregó al empleado la póliza de alquiler.

—Prohibimos viajar con animales. ¿No se lo advirtieron mis compañeros de... — el encargado consultó la sede de expedición— Ceuta?

—Tal vez —repuso Martel—. Pero no lo recuerdo. La memoria no es mi fuerte. Soy hombre de futuro. Y ahora estamos todos aquí. La cosa ya no tiene remedio, ¿verdad, jefe?

El viajero permanecía junto al coche. Mientras hablaba, no había dejado de acariciar la chapa como si fuese el lomo de uno de sus perros. Martel era tan pequeño que su coronilla apenas sobresalía de la portezuela, pero poseía un tórax ancho, de boxeador o de levantador de pesas. Para superar el complejo de su baja estatura, usaba botas camperas, con tacón. Cuando deseaba encararse con su interlocutor, por lo general más alto que él, se elevaba disimuladamente de puntillas.

Las carreras de los perros pusieron nervioso al empleado. El más grande, el macho, que alzaba la envergadura de un caballo enano, ladraba sin cesar. Asustada, la señora se había desplazado al otro extremo del hangar, desde donde contemplaba con aprensión el bigote mexicano de Martel.

—Revisaré la tapicería, si no le importa —dijo el agente.

—¿Por qué desconfía? Mis pequeñuelos están acostumbrados a viajar en el maletero. Lo encontrará limpio. En realidad, hemos parado en demanda de información. Quiero proseguir viaje.

—¿Hacia dónde se dirige?

—A Portocristo, en la costa. Olvidé preguntar en Ceuta si su agencia disponía de sucursal allí, a fin de devolver el vehículo.

—No, no tenemos delegación. Además, la carretera está cortada por las inundaciones. El buen tiempo ha derretido la nieve de las montañas.

—¿Cómo podré llegar? ¿En ferrocarril?

—Las vías han sufrido daños. Le aconsejo que tome el ferry. Sale del muelle. Está a tiempo de cogerlo.

Martel devolvió las llaves, recuperó la fianza y el saldo del combustible y pagó la factura. Caminando a buen paso, cruzó el casco antiguo y se dirigió hacia el puerto. Por todo equipaje, atravesada en la espalda, a modo de fardo, acarreaba una bolsa de lona.

Hacía un tiempo brumoso, pero la temperatura era grata. Sujetos por correas de cuero, los perros arrastraron a su dueño hacia las glorietas del paseo marítimo. Martel atribuyó su excitación al prolongado encierro y al exuberante estímulo de las alamedas de Bolscan, bendecidas por el clima atlántico. Refrenándolos, se detuvo para secarse el sudor y respirar el perfume de las lilas.

El mar golpeaba los espigones de una ciudadela militar. Una pareja de guardiamarinas custodiaba la entrada al recinto portuario. Sobre una plataforma de cemento atravesada de cabestrantes y grúas, se alzaban las bordas de los cargueros.

Anochecía. Faltaban unos minutos para la salida del ferry. Martel los empleó en tratar de vencer la oposición del sobrecargo, que se resistía a embarcar a los perros.

—Son animales de compañía, apenas unos cachorros —argumentaba su propietario, gesticulando con un aire histriónico—. Bien adiestrados. Inofensivos, se lo puedo jurar. Y, naturalmente —agregó, agitando dos rígidas estructuras de cuero y acero—, disponen de sus reglamentarios bozales. Respóndame a una cuestión, almirante: ¿por qué nos considera indignos de viajar en su barco? Soy contrario a la anarquía, un ciudadano respetuoso con la ley.

La compañía marítima era mercante, desde luego, pero aquel oficial, pensó Martel, perfectamente podía haber sido educado en la disciplina de la marina de guerra. De hecho, los galones bordados en su chaquetilla evocaban un eco castrense. Sin embargo, poco a poco, la terquedad del viajero, dispuesto a cualquier cosa con tal de no abandonar a sus animales en tierra, fue conquistando un terreno más propicio. Debió favorecerle el hecho de que, al ser frías las noches de invierno, no se hubiesen vendido butacas de cubierta, por lo que difícilmente sus perros iban a molestar al pasaje.

Estalló una sirena, y ronroneó un motor. El ferry iniciaba la maniobra. Como recogidos por fantasmales manos, los cabos fueron desovillándose de sus recios amarres. Martel se arrodilló e imploró al sobrecargo. Acodados a la borda, los marineros del ferry acogieron burlones la cómica escena. Magnánimo, el oficial accedió al fin. El viajero recogió su bolsa y, agitando las traillas, subió la pasarela. A punto estuvo de tropezar con una pasajera alta y delgada, cuyo pálido rostro quedaba un tanto enmascarado bajo el ala de un borsalino de fieltro.

—Le debo una, almirante —dijo, en medio de un coro de ladridos.

—No quiero líos —le advirtió el sobrecargo—. Mantenga a esos chuchos atados durante toda la travesía.

Martel se dirigió a la cubierta de popa y amarró las correas a los remos de un bote salvavidas. Los daneses parecían hambrientos. Su amo sacó un abollado plato de aluminio y los alimentó con pienso artificial.

Zarparon despacio, tras la estela del práctico, entre buques-cisterna, petroleros y el transatlántico de la ruta americana, cuyas amuras se alzaron sobre ellos como rascacielos de una ciudad de cristal.

Caía la noche, y la niebla con ella. En la cubierta comenzaba a notarse frío. El pasajero desenterró del fondo de su equipaje una arrugada gabardina y se la puso sobre su traje de desfasado patrón, con solapas demasiado anchas y pantalones entallados como los que estuvieron de moda a principios de los años setenta.

Carlos Martel había pasado en África la mitad de su turbulenta vida. Había sido cazador furtivo, importador de vinos y traficante de armas. Con las privaciones y la edad, pero sobre todo con su desprecio al pasado, que sólo le devolvía aromas de

derrota, restos de un naufragio personal, su memoria se había tornado frágil. ¿Cuánto tiempo había transcurrido desde que un sastre de Tánger confeccionara para él, sobre una pieza de algodón egipcio, aquel terno de coloniales hechuras?

Dejaron atrás los muelles, el astillero, los fanales del puerto pesquero. De la lonja, a través del contaminado brazo de mar, llegaba un olor ácido, una pestilencia a pescado podrido, a redes arrastreras tendidas a secar.

Salieron a mar abierta. Martel estaba solo en la plataforma de popa. Cuando unas olas negras encrespaban el océano, comprendió por qué nadie había adquirido billete de cubierta. Resignado a pasar la madrugada a la intemperie, se arrebujó en la manta de viaje. Las toldillas cazaban el viento y lo expulsaban con un eco. Plop.

A medianoche, con violenta marejada y una neblina rasa que cegaba los ojos, el sobrecargo subió a cubierta. La oscuridad era tan densa que tuvo que ayudarse con una linterna para localizar al pasajero. Ajeno a la inestable navegación, y al desasosiego de los perros, que gruñían ovillados para darse calor, Martel, tumbado entre dos butacas, roncaba con la cabeza torcida en una inverosímil postura. Sus insensibles dedos sostenían una colilla apagada.

—¡Despierte!

El hombre del bigote tardó unos segundos en situarse, en comprender por qué aquel piso resbaladizo se inclinaba bajo sus botas vaqueras.

—¡Tenemos galerna! Estará mejor abajo. ¿Viene conmigo?

—¿Y mis perros?

Detrás de la cortina de bruma no se veía nada. El viento borraba las voces.

—¿No puede vivir sin ellos? —gritó el sobrecargo, aferrándose a la borda.

Descendieron por una escotilla. Forrado de planchas de acero, el pasillo de camarotes hacía de caja de resonancia al temporal.

En la diminuta cafetería, el humo del tabaco flotaba alrededor de las lámparas.

—Tomaré orujo —decidió el oficial—. ¿Me acompaña?

—Coñac —prefirió Martel—. Tres palitos.

—¿Cómo dice?

—Una copa doble de Carlos III. Ter-ce-ro. Tres palitos.

Algunos miembros de la tripulación jugaban a las cartas. La galerna no parecía inquietarles. Estirándose sobre sus cabezas, en puntas de pie, Martel indagó:

—¿Guiñote?

—Tute —repuso uno de los marineros—. ¿Se anima?

—No quisiera arruinarles la partida. Verán: los juegos de mesa no son mi fuerte. Pero les puedo formular una proposición deshonesta: póker.

—¿Por qué no? —Suscribió otro de los tripulantes—. Estoy harto de esta mariconada del tute.

—He traído baraja —aseguró el pasajero, quitándose la gabardina, tan arrugada y

sucia que con ella parecía haber lavado un coche—. Por si me aburría. Está nuevecita, sin estrenar. A propósito: me llamo Martel, Carlos Martel. No confundir con el de los tangos.

Nadie rió, pero él había soltado una carcajada gangosa. Se sentó y alisó unos billetes sobre la mesa. Desprecintó el mazo y barajó. El corte de los naipes sonó como el rasgido de una guitarra.

—Podemos empezar con prudencia, hasta que nos vayamos conociendo mejor. ¿El descarte a mil?

—A doscientas —moderó el sobrecargo.

—Como quiera. Usted sale, almirante.

Tras los ojos de buey, el temporal desataba su ira. La nave cabeceaba como una atracción de feria. El segundo de a bordo se ausentó durante un par de manos. Cuando volvió no daba muestras de intranquilidad, pero no habló y se descartó pésimo en la siguiente ronda.

Otros pasajeros se habían refugiado en la cantina. Entre ellos, una mujer alta, vestida con elegancia, aunque con un estilo excesivamente masculino para el gusto de Martel. Había ocupado la mesa del rincón y tomaba café sumergida en la lectura de un libro cuya portada mostraba la imagen de un hombre prácticamente desnudo, a excepción de un lienzo —«un taparrabos», pensó Martel— que le envolvía la cintura. La ilustración era realista, impactante. Con el torso atravesado por sangrantes puntas de flecha, el apóstol del libro recordaba a los mártires cristianos.

También de la lectora emanaba un aura espiritual. «Como si estuviera mal follada», sentenció Martel. Mientras saboreaba a pequeños sorbos su copa de balón, miró con descaro a la silenciosa pasajera. Pero Martina de Santo, tras sostener su mirada con indiferencia, dejó el libro y cogió un grueso dossier. Como si a su alrededor nada existiera, se puso a revisarlo con total concentración.

La información de Horacio Muñoz resultaba bastante reveladora. Según los datos recopilados por el archivero, otros hombres habían perdido la vida en el delta, en accidentes de navegación, o ahogados por las corrientes costeras. Entre ellos, el invierno anterior, corroborando la versión de su hijo Daniel, un varón llamado Gabriel Fosco, farmacéutico de profesión, cuyo hinchado cadáver había aparecido flotando en la marisma.

El informe de Muñoz incluía, además de un censo de la población de Portocristo, diversas monografías del estuario, fotocopiadas y subrayadas en sus aspectos de mayor utilidad. La subinspectora se consideró satisfecha. Había suficiente lectura como para mantenerla ocupada durante las horas muertas de la travesía marítima.

A su lado, continuaba la partida. El capitán bajó a la cantina para templarse con un carajillo. A consulta de la subinspectora aseguró que arribarían a Portocristo sin novedad, si bien con demora sobre el horario previsto. El norte polar, advirtió,

soplaba con fuerza. Los señores pasajeros debían abstenerse de salir a cubierta.

Al ver entrar al capitán, Martel se había apresurado a recoger el dinero de la mesa; idéntico reflejo apresuró las callosas manos de los tripulantes. Si el capitán se había percatado de la timba, supo disimularlo. Nada más apurar su taza, y salir, se reanudaron las rondas.

—Subo a mil —se estiró Martel—. Para comprobar si me estoy jugando los cuartos, o no, con marineros de agua dulce.

—Le atrae el riesgo, ¿verdad? —comentó el sobrecargo, que atravesaba una mala racha.

Martel había ganado varias vueltas seguidas.

—Iguale mi apuesta y saldrá de dudas, almirante.

Con el cambio de guardia, terminó el póker. Los marineros se levantaron de mal humor. Habían perdido unos pocos miles de pesetas; una minucia en comparación con la suerte corrida por el segundo de a bordo.

Martel fue recogiendo sus cuantiosas ganancias. Apuró su copa y la alineó en la contraventana, junto a la vajilla que tintineaba con los bandazos del barco. La pasajera del libro de estampas religiosas debía haberse retirado. En el cenicero de su mesa habían quedado media docena de colillas sin filtro, teñidas de carmín. Martel cogió una y se la guardó en el bolsillo.

—Ha sido un placer, caballeros. Yo pagaré las bebidas. ¿Se ofenderán si añado una ronda a cuenta? Disfrútenla a mi salud en la travesía de vuelta.

Desoyendo los consejos del capitán, Martel subió a popa. La noche era aún más gélida y oscura. El viento lo despejó. Los perros temblaban. Al reconocerlo, ladraron salvajemente. Martel se arrodilló entre las brasas de sus ojos, y les habló.

Los rayos iluminaban el mar con eléctrica claridad. Sin embargo, no rompería a llover. A la luz de los fogonazos, hacia la costa, se distinguían montañosas sombras, dramáticas como el decorado de un ballet o de una ópera fantástica.

El ferry se acercó a los acantilados. Pasada la medianoche, se adentró en la bahía de Portocristo. El viento había amainado, pero la niebla hubiera podido cortarse con un cuchillo. Estremecido bajo sus ropas húmedas, Martel gozó de una sensación de paz, como si navegaran sobre un estanque.

Apenas se distinguían los contornos del muelle. Al desembarcar, Martel se despidió del sobrecargo.

—Ha sido un honor viajar bajo su bandera. Un último viático, hágame el favor. ¿Sería tan amable de recomendarme alojamiento en el pueblo?

—La posada del Pájaro Amarillo —repuso el oficial; su hosca mirada evidenciaba que no se había recobrado de sus pérdidas—. Una castiza hostería, con una tasca más típica aún y jugadores de cartas a quienes podrá desplumar. Tiene jardín, se lo digo por sus chuchos. No es barata, pero usted podrá pagarla —añadió, vengativo.

Vio cómo Martel desaparecía en la niebla. Su equipaje de lona le desbordaba la espalda. Caminaba con agilidad, fumando y gritando consignas a sus animales. El sobrecargo se preguntó qué podría llevar a Portocristo a un hombre como aquél.

«Maldito tahúr», masculló.

Carlos Martel preguntó por la posada a un pescador que aparejaba para el cabotaje nocturno. Salió a las fantasmales praderías y, orientándose por una luz sobre el farallón, recorrió una pista de tierra, hasta llegar al albergue, que se erguía sobre una colina. El viento silbaba en la cumbre; el rocío humedecía la fachada de piedra sillar cubierta de hiedra. Arcos y gárgolas aportaban a la hostería un aire eclesiástico, de edificio abacial.

Martel llamó a un timbre. Transcurrió un rato antes de que abrieran.

—Habitación para mí —dijo en recepción.

—¿Para esta noche? —preguntó el posadero, adormilado.

—¿Siempre es usted tan curioso?

El hostelero le dedicó una pesarosa mirada. Era un hombre decrepito, con aspecto de encontrarse a un paso de la tumba. Contando con el dedo pulgar, Martel murmuraba una especie de letanía, como si calculase fechas o plazos.

—¿Ya es martes? ¿Todo el día? —Martel reía, gansa mente—. Dos noches, jefe. Está decidido.

—Firme aquí.

Encima del mostrador, junto al libro de reservas, descansaba una bandeja de alpaca con una hoja de pésame encabezada por una cruz. El nombre de Dimas Golbaro se leía en góticas y luctuosas mayúsculas. Dos columnas de firmantes habían expresado ya sus condolencias.

—¿Algún paisano ha pasado a mejor vida? —indagó Martel.

El posadero se secó los ojos con la manga de un jersey de punto que se había puesto encima del pijama.

—Dimas, a él le ha tocado... ¿Por qué? Era muy querido en Portocristo. Nadie le deseaba mal alguno. ¿Cómo ha permitido el buen Dios que un sádico lo haya cortado en pedazos?

Fuera, los perros ladraban, asustando a los caballos que piafaban en una cuadra cercana. Martel los había atado a un árbol, mientras se registraba. En un abrir y cerrar de ojos, los insaciables daneses habían devorado las castañas que se pudrían en la hierba.

—Soy forastero —dijo Martel—. ¿Qué ha sucedido? ¿Es que se ha cometido un crimen?

El posadero lo miró con ojitos líquidos.

—Dimas apareció cosido a puñaladas. El juez y la Guardia Civil investigan el crimen. El entierro será pasado mañana, en la isla. —Su propia impotencia le proporcionó vigor para exclamar—: ¡No sé si tendré estómago para asistir!

—Pobre hombre —musitó Martel, cerrando los ojos como si la desdicha le

afectase—. ¿Deja familia?

—Un hijo, Teo. Mañana le saludará a usted. Suele mostrarse obsequioso con nuestros clientes. Igual que hace... que hacía su padre. Yo mismo soy... era hermano de Dimas. De los cuatro, ya sólo quedo yo. Alfredo Golbardo, para servirle.

—Déjeme añadir mi pésame, qué carajo —decidió Martel, empuñando un bolígrafo atado con sedal a la bandeja de alpaca.

El huésped garabateó una ilegible rúbrica. Extrajo unos billetes del fajo que había ganado en la partida del ferry y los fue alisando sobre el mostrador.

—¿Será suficiente?

Sin tocar el dinero, Alfredo Golbardo asintió.

—Lo que sobre, para que coman los perros —dijo Martel—. Y el resto para usted, maestro.

El posadero organizó una sonrisa servil.

—Me ocuparé de que sus perros no molesten a los caballos de Teo. Hay una habitación amplia en la primera planta, que será de su agrado. Tiene terraza con vistas y escalera de salida al prado. Subiré su equipaje.

Martel se encerró en su habitación y durmió lo que restaba de noche, hasta pasadas las diez de la mañana.

Una vez despierto y vestido se animó a dar una vuelta por la villa. La niebla seguía prendida a las calles. Había salido de la posada con los perros, que ladraban con fiereza a todo el que se les acercaba. El día era triste, frío. Su mortecina luz le hizo añorar las salinas de su Andalucía natal. Toros bravos. Trenes lentos. El sol haciendo brillar los raíles. A Martel siempre le habían gustado los ferrocarriles. Le proporcionaban sensación de hogar.

Al pasar por una barbería, recordó que no se había afeitado desde su salida de Ceuta. Entró. El establecimiento olía a linimento, a polvos de talco. Dio los buenos días y trepó a la butaca.

—¿Un poco alta, la silla? —Cuestionó el peluquero, evaluando su talla; las botas camperas de Martel se columpiaban a un palmo del suelo—. Aguarde, bajaré el estribo.

El barbero se inclinó. Al elevar el escabel, chirriaron las palomitas.

—¿Afeitado y corte de pelo?

El cliente convino.

—¿Lavamos el cabello del señor?

—Si tiene que bajar y volver a subir el trono, no se moleste ni me incomode a mí.

—En seco, entonces —murmuró el barbero, sin dejar de advertir que del forastero emanaba tensión, una acumulada energía. Se concentró en descargarle el pelo con unas tijeras no demasiado limpias. Oía respirar a los perros, enroscados bajo los taburetes.

Martel había desplegado un ejemplar de *Ecos del Delta* y lo leía con minuciosa lentitud, artículo por artículo.

—¿Recortamos el mostacho?

—Sólo las puntas. A las mujeres les gusta así, tupiendo el labio.

El peluquero escogió una tijera extendida sobre un paño brillante de grasa, y se concentró en descargarle el bigote. Martel prosiguió, campechano:

—Hablando de mujeres. ¿Usted me orientaría de qué modo trabar conocimiento con alguna señorita, digamos, poco o nada recomendable?

Empuñando un cepillo, el barbero se dispuso a sacudir los pelos de la toga. Aquel tema le gustaba más.

—No deje de visitar El Oasis. En la playa que llaman del Puntal. Un establecimiento caro, según me dicen; no puedo hablar por experiencia propia. ¿Laca?

El sol se esforzaba en brillar cuando Martel, con el pelo ondulado y oliendo a colonia, se detuvo en la Taberna del Puerto. Las palmeras se inclinaban suavemente hacia el brazo de mar. Eligió mesa y pidió un menú marismeño: arroz con marisco, lirios fritos, pastel de sidra y turrón. Se disponía a atacar el primer plato cuando la mujer con la que había coincidido en el ferry ocupó una mesa vecina a la suya. Martel la saludó con una inclinación de cabeza, pero ella, aunque le miró durante un instante fugaz, decidió seguir ignorándole. Martina de Santo pidió café y se concentró en la revisión de un grueso fajo de papeles, en cuyos márgenes iba anotando observaciones con una pluma de plata.

Martel comió con apetito y bebió el vino del país, ligero y dulce, con un vago sabor a jarabe. Antes de abonar la cuenta pidió una copa de coñac. «Tres palitos», indicó al camarero, que tardó un rato en entender. Saboreando su Carlos III, se quedó atontado contemplando los barquitos de pesca, las planeadoras y alguna embarcación de recreo.

De pronto, un ruido lo espabiló. La mujer del ferry se había levantado tan bruscamente que había derribado la silla, y corría hacia el muelle. Al llegar a la dársena se quedó inmóvil, sin aliento, contemplando una barcaza que en ese momento doblaba la punta del espigón.

Martel se fijó en la embarcación, cuyo casco, rojo escarlata, parecía recién pintado, pero no pudo entender por qué motivo su tranquila navegación había alarmado de esa manera a su altiva compañera de viaje. Cuando la barcaza desapareció en la bahía, la mujer regresó a su mesa y volvió a concentrarse en sus papeles. Pero parecía nerviosa y constantemente levantaba los ojos hacia el espigón, como esperando que esa lancha regresase de un momento a otro.

Martel reclamó al mesonero un cigarro habano, mordió la punta, lo encendió, intentó relajarse. Un sol de invierno asomaba entre los mástiles. «Es casi perfecto»,

pensó Martel, metiendo la mano en el bolsillo para toquetear la colilla manchada de carmín que su vecina de mesa había tenido en su boca. «Sólo me faltaría un coño», pensó, contemplando sin remilgos, con un espeso deseo, a Martina de Santo. «Pero se puede comprar. Casi todo en esta vida se puede comprar».

Pasada la una y media de la madrugada del martes, nada más desembarcar, más pálida aún de lo habitual, Martina de Santo se había dirigido al destacamento de la Guardia Civil de Portocristo, que quedaba cerca del muelle.

En medio de la oscura noche, la subinspectora rompió a caminar con paso vivo, celebrando que la brisa de la bahía la fuera despejando de las claustrofóbicas horas sufridas a bordo, con el incesante vaivén del casco y los relámpagos rasgando la penumbra de su camarote a través de un ojo de buey.

De una sola planta, el acuartelamiento se levantaba en medio de un tétrico arenal, sobre un plafón de cemento crudo. A su alrededor, las dunas, tapizadas de jirones de niebla, modulaban un espectral paisaje nocturno.

La subinspectora entró al patio del cuartel. Un Land Rover cubierto de barro estaba aparcado junto a una galera cuyo caballo permanecía atado de las riendas a un poste de luz eléctrica. Detrás del acuartelamiento se erguía un pequeño y feo bloque de viviendas, con la pintura descascarillada por la humedad y ropas tendidas a secar. Martina supuso que debía albergar a las familias de los guardias, aislándolas de la población. En medio de ambas construcciones, decorado por un ralo jardín, se erguía un mástil con la bandera de España.

La subinspectora se identificó y preguntó por el sargento. Un guardia de retén le informó que su superior estaba despierto, trabajando en su despacho, y pasó a notificarle su presencia.

El sargento Romero la recibió tendiéndole una curtida diestra. Martina de Santo había elaborado una teoría sobre las distintas maneras de dar la mano. Un viril apretón como el que acababa de recibir por parte de aquel suboficial de castrense bigotito y vellosas matillas asomándole por los conductos auditivos le inspiraba confianza, una suerte de solvencia profesional. El flojo saludo, en cambio, de una diestra sudorosa o blanda la retraía instintivamente. Tampoco le agradaba que retuvieran la suya más tiempo del debido, como pretendiendo establecer una conexión, afluentes de simpatía o complicidad. Prefería las manos femeninas, sutiles y delicadas como divagantes pájaros.

Al saludarla, el sargento había mostrado un instante de vacilación, como si le desagradara el hecho de que la Jefatura de Policía de Bolscan hubiese destacado a un investigador para resolver casos acaecidos en áreas de su competencia.

La tarde anterior, el sargento Romero había recibido una llamada de su teniente coronel. El comisario Satrústegui había advertido a la Comandancia que enviaba un agente. Satrústegui se había abstenido de comentar que se trataba de una mujer, pero esa clase de ayudas, en cualquier caso, solían afectar al orgullo del sargento, pues las interpretaba como una velada acusación de incompetencia. Percatándose de ello, y

recordando los consejos del comisario, la subinspectora se apresuró a invocar la mutua colaboración entre ambos Cuerpos, la necesidad de aunar fuerzas.

Romero se mostró solidario.

—Ningún inconveniente, subinspectora. Trabajaremos juntos, si lo desea. Tan sólo le pediré que me mantenga informado de cualquier progreso que pueda hacer. ¿Por dónde había pensado empezar?

—Pretendo examinar los cadáveres y entrevistarme con el juez de instrucción, así como con el marino que encontró los primeros restos. Doy por supuesto, sargento, que fueron sus hombres, mientras peinaban la zona, quienes hallaron el segundo cadáver, el de Santos Hernández.

El sargento lo confirmó. Martina siguió sondeándole:

—¿Qué han averiguado en los escenarios de los crímenes?

—Nada de relieve. La patrullera puede llevarla en cualquier momento, pero no vale la pena que se desplace hasta allá, se lo puedo asegurar. Mis hombres han recorrido las playas, sin incorporar nada nuevo a la investigación.

—De todos modos, creo que visitaré esos parajes.

—Como guste, subinspectora, pero no encontrará allí otra cosa que insalubres marismas y unos pocos embarcaderos y cobertizos para resguardar artes de pesca. Esa parte de la costa es muy solitaria. Hacia la sierra subsisten algunas parroquias y vaquerías aisladas, pero apenas mantienen población estable. En un radio de treinta kilómetros no viven cuatro gatos.

El sargento ofreció asiento a Martina, señalándole una de las duras sillas de su oficina, pero la subinspectora, un tanto decepcionada por la vaga explicación que el mando acababa de ofrecerle, prefirió permanecer en pie.

Detrás del escritorio, sujeto a la pared con chinchetas, se extendía un mapa del delta. Al discurrir por las tierras bajas, los canales dibujaban una especie de cáliz. Ese plano era más preciso aún que el proporcionado por el comisario a Martina. Registraba las curvas de nivel, los campos de arroz, las parcelas de labrantío, las pistas forestales y los caminos de carros. La subinspectora se acercó para estimar la distancia entre Portocristo y el cabo oriental del estuario, Forca del Diablo. Cuando se hubo situado espacialmente, comentó:

—Si las áreas próximas a los escenarios de los crímenes están semidesiertas, eso debería reducir la búsqueda.

El sargento fingió no haber captado la crítica implícita en esa observación, y repuso:

—Las marismas cuentan con una población flotante, por así decirlo. Y están los cazadores de patos, los pescadores de bajura, o los serranos, que bajan con sus galeras al mercado dominical de Portocristo.

—¿En serio no tenemos ningún sospechoso, sargento? —Insistió Martina—.

Usted debe conocer bien a la gente de aquí.

—Nadie acaba de calar a estos lugareños. Son peculiares, una mezcla curiosa. Sus ancestros proceden de la sierra, pero la precariedad de recursos acabó convirtiéndolos en lobos de mar. Con ellos, como con los gallegos, nunca se sabe si vienen o van. No señalo a nadie. Mentiría si le dijese lo contrario.

Martina hizo un ademán de impaciencia.

—No pretendo realizar un estudio antropológico. Tampoco le estoy pidiendo que me revele a ciencia cierta el nombre de la persona capaz de clavar un arpón en el pecho de Santos Hernández, o de torturar a Dimas Golbardo hasta la muerte, seccionando sus manos y abandonando sus despojos en las rocas, pero lógicamente deberemos ponernos a trabajar sobre quienes mantuvieron con las víctimas algún tipo de relación conflictiva. Empecemos por Dimas Golbardo, si le parece. ¿Estaba atravesando alguna tragedia personal? ¿Tenía deudas? ¿Pleitos familiares? ¿Líos con mujeres?

Romero se rascó uno de sus peludos tímpanos.

—No lo creo. Apenas le traté, para serle sincero. En apariencia, era un hombre tranquilo. Tengo otra teoría, subinspectora. ¿De verdad no quiere sentarse?

Martina agradeció su insistencia, pero volvió a declinar la invitación. El sargento presumió:

—Ese crimen y el de Santos Hernández pueden guardar relación con el tráfico de estupefacientes. Antes o después, los escarmientos y ajustes de cuentas tenían que llegar incluso a este lugar apartado del ojo de Dios.

—¿Está sugiriendo que Dimas Golbardo y Santos Hernández formaban parte de un cártel?

—Sería prematuro afirmarlo, pero en los últimos tiempos hemos interceptado alijos de cierta importancia. No hace mucho, si recuerda, abordamos aquel mercante de bandera albanesa que transportaba quinientos kilogramos de coca. Estaba a punto de desembarcar la mercancía. Necesariamente tenía que contar con secuaces en tierra, pero nadie cantó. Ese pelo se nos quedó en la gatera.

Martina tenía conocimiento de esa acción gracias al dossier de Horacio Muñoz. Además de las aprehensiones de alijos, el archivero había elaborado un informe de la actividad criminal en la costa, a partir de los años cincuenta. En total, había inventariado tres asesinatos, ninguno de ellos debido al narcotráfico. Tales homicidios abundaban en los estigmas del crimen rural, a cuyo clásico esquema se remitían sus móviles. Pleitos familiares, retorcidos litigios de lindes o servidumbres de paso que acabaron resolviéndose, sin previo aviso, con el estampido de una escopeta de caza.

La subinspectora presumió:

—Dimas Golbardo debía conocer la costa como la palma de su mano, pero era

demasiado viejo para andar trapicheando. ¿Tenía antecedentes?

—No. En principio no encaja en ese perfil, aunque nunca se sabe —vaciló el sargento—. De Santos Hernández ya tendría alguna duda.

—Hábleme de él.

—Era una especie de chamarilero, de buhonero ambulante. Poseía un carro, que apareció junto a su cuerpo sin vida. El carromato está en el patio, a la espera de que alguien lo reclame. Quizá lo haya visto al entrar. —La subinspectora afirmó—. Santos comerciaba con ropa, con ganado, levantaba refugios y muros con piedra de las canteras de la sierra. No me extrañaría que se dedicase a pasar pequeñas cantidades de hachís. Sigo pensando que en Portocristo no se han radicado aún traficantes a gran escala, pero otra cosa muy distinta son nuestras aguas jurisdiccionales. Como sabe, las operaciones de mayor envergadura suelen realizarse en alta mar. Los alijos cambian de barco, o se distribuyen en lanchas rápidas capaces de almacenar la droga en escondrijos costeros. Los acantilados de Forca del Diablo y de Isla del Ángel están plagados de grutas de muy difícil acceso. Si yo fuera un narco, lo tendría en cuenta. En tierra, la actividad es menor. La droga sale rápidamente hacia las grandes ciudades. Aquí tan sólo hemos detectado camellos de poca monta, que abastecen el mercado doméstico. Santos Hernández bien pudo ser uno de ellos. Pero el futuro es incierto. Que comiencen a actuar delincuentes autóctonos de mayor vuelo será sólo cuestión de tiempo. El dinero a ganar es mucho. La tentación, permanente.

La subinspectora sacó su pitillera. Ofreció un cigarrillo al oficial, pero éste lo rechazó. Sólo fumaba farías, dijo.

—Aparquemos por ahora esa hipótesis —propuso Martina—. ¿Han encontrado el arma con que descuartizaron a Dimas Golbardo?

—No.

—¿Qué tipo de hoja cree que fue utilizada?

—Con toda seguridad, un cuchillo de gran tamaño. Que, a estas horas, descansará en el fondo de las marismas. Mis hombres están drenando la ría del Muguín, pero me temo que no aparecerá fácilmente.

—¿Además de un cuchillo, el criminal pudo usar, también, un hacha?

—¿Por qué lo pregunta?

—De las fotografías que nos han enviado saqué la impresión de que a Dimas Golbardo no le cortaron o serraron las manos, sino que sus extremidades fueron amputadas de un solo tajo. Con un golpe seco, de arriba abajo. Si el asesino actuó con tanta contundencia, habrá dejado marcas en la roca.

—Suponiendo que lo descuartizaran en la Piedra de la Ballena —dudó el sargento—. Pudieron matarlo en cualquier otro lugar y, posteriormente, trasladarlo allí.

—¿Con qué propósito?

—¿Confundir a la Guardia Civil y a la enviada especial de la Policía de Bolscan, quizá?

Martina se inclinó por obviar la ironía. Algo más crudamente, cuestionó:

—¿Ha reconstruido los últimos movimientos de Dimas Golbardo?

—Por supuesto. Según su hijo, Teo, el viejo Dimas tenía previsto desplazarse a la ría del Muguín, hasta unas cabañas de las que son propietarios, a fin de inventariar las reparaciones necesarias de cara a la temporada turística, que no empieza hasta Semana Santa.

—¿Dónde queda esa ría?

Romero se arrimó al mapa.

—Junto a Forca del Diablo. Aquí.

—Desde Portocristo hay un buen trecho. ¿Cómo se desplazó Dimas hasta allá?

—En barca. Los Golbardo siempre han sido pescadores, pero cuando el viejo Dimas se retiró por causa de una artritis que le impedía maniobrar y manejar las redes, vendieron su embarcación y adquirieron la casa cural para restaurarla como posada. Hará unos cuantos años que la abrieron. Se llama El Pájaro Amarillo. Si no tiene alojamiento, le recomiendo que se hospede en sus habitaciones. Porque —añadió Romero, con aire de resignación— supongo que piensa quedarse algunos días entre nosotros.

La subinspectora replicó, con frialdad:

—Así es. Continúe.

—Como le decía, Dimas y su hijo Teo vendieron su barco pesquero, pero conservaron una pequeña barca con motor. Cangrejeras, las llaman en el delta. Teo solía acompañar a su padre cuando sentía nostalgia de la mar. Sin embargo, y a pesar de su artritis, el viejo Dimas seguía siendo capaz de aparejar la canoa, y a veces salía a navegar solo. El pasado domingo, antes de ayer, el día en que iba a morir, Dimas Golbardo se presentó en el muelle a primera hora de la mañana. Otros pescadores lo vieron, hablaron con él. Subió a la cangrejera y se dirigió hacia la desembocadura del Muguín. Nadie lo volvería a ver. Vivo, quiero decir. La barca, o lo que quedaba de ella, apareció ayer, lunes, destrozada contra los acantilados de Isla del Ángel. La marea debió arrastrarla.

—Lo que quiere decir que Dimas Golbardo no fue abordado en las marismas, sino mar adentro.

—Entraría en lo posible, en efecto.

—Por alguien que sin duda no le era desconocido.

El sargento se encogió de hombros.

—Está usted conjeturando.

La subinspectora porfió:

—Alguien que le obligó a abandonar la barca y lo retuvo contra su voluntad,

hasta que decidió matarlo.

—Sigue especulando usted. También pudieron soltar el esquife y abandonarlo a merced de la corriente.

Martina le dio la razón. A veces, en su heterodoxia, cedía a la tentación de aplicar a los mandos el mismo tipo de técnicas de interrogatorio que utilizaba con los sospechosos.

—¿Cómo amaneció el domingo? ¿El tiempo era bueno?

—Un brumoso y fresco día de invierno.

—Ayer, en alta mar, hubo tormenta eléctrica —recordó la subinspectora—, pero no llovió. ¿Y en tierra, ha llovido desde el domingo?

—Tampoco.

Martina presionó el mapa. Se había fijado en un serpenteante camino de carros que bordeaba la sierra, hasta morir en las rías orientales, junto a Forca del Diablo, a la orilla del mar. Señaló una pequeña playa, entre las marismas.

—El nombre de este lugar, la Piedra de la Ballena, al fondo de la ría del Muguín, ¿qué significa, exactamente? ¿Qué tiene de especial?

—Si exceptuamos su configuración geológica, una losa de sílex pulida y plana, alabeada por las mareas, nada —comentó el sargento—. Creo que antiguamente los pescadores de ballenas, y Dimas Golbardo era uno de ellos, y acaso, por cierto, el más legendario, remolcaban hasta allí sus capturas. Pero de eso debe hacer medio siglo. Desde que estoy destinado aquí, y va para tres lustros, ese paraje no se ha vinculado con investigación alguna. De forma anecdótica, figura en las guías como información turística, junto a los milagros de Escolástica General, la beata, y otras curiosidades del delta.

—Hablando de curiosidades, sargento. En el expediente de Pedro Zuazo, el farero que se desnucó el pasado verano al caer por los acantilados de Isla del Ángel, se afirmaba que fue un marino quien encontró su cadáver.

Romero asintió.

—Creo recordar que así ocurrió, en efecto.

—¿Podría facilitarme los datos de ese marino?

—Naturalmente. José Sumí. Gobierna una embarcación llamada *La Sirena del Delta*. Por si iba a preguntármelo, le diré que se trata del mismo patrón que descubrió los restos de Dimas Golbardo en la Piedra de la Ballena.

La subinspectora sonrió melosamente, como adulando la capacidad de su interlocutor.

—Me lee el pensamiento, sargento. ¿Ha interrogado a Sumí?

—Desde luego.

—¿Sacó algo en limpio?

—No mucho. José Sumí sale a navegar casi a diario. De hecho, su embarcación es

la única que se atreve a desatracar incluso con mal tiempo. Nadie domina la costa como él. No tiene nada de extraño que socorra a algún accidentado, o que se tope con alguien que, por desgracia, ya no necesita auxilio de ninguna clase.

Como ausente, Martina encendió un cigarrillo.

—¿El capitán Sumí conocía a los hombres cuyos cadáveres rescató?

—De hecho, eran amigos suyos. El impacto emocional de ver sus cuerpos deshechos, tener que cargar con ellos y trasladarlos a puerto le ha mermado el ánimo.

—¿Quiere decir que está enfermo? ¿Que padece una depresión clínica?

—Yo no diría tanto. Algo trastornado, quizá. Desde que enviudó, José Sumí no ha vuelto a ser el mismo. En los últimos tiempos ha envejecido, y apenas se relaciona con nadie. Con Dios, en todo caso.

—¿El capitán Sumí es viudo?

—Sí.

—¿Cuándo murió su mujer?

—Hará unos años.

—¿De muerte natural?

—Se ahogó en las marismas, delante de él. Habían salido a navegar, y ella se empeñó en lanzarse al agua, para nadar. Las corrientes la arrastraron hacia la desembocadura.

—¿Cuántos hijos tenían?

—Uno solo.

—¿Elifaz?

—¿Le conoce usted? —se asombró Romero.

La subinspectora aplicó una calada a su cigarrillo y clavó los ojos en los del sargento.

—¿Qué más puede decirme del capitán Sumí, sargento?

—Es, ¿cómo le diría?, un patriarca. Organiza travesías marítimas por el estuario y dirige el club parroquial, una asociación católica. Ahora está alicaído, según le comentaba, pero si cree que puede ser necesario siempre se le encontrará dispuesto. De manera desinteresada, desde que murió el farero se ocupa de mantener limpio y en condiciones el vetusto cementerio de Isla del Ángel. Si no fuera porque de vez en cuando José Sumí va por allá para arreglar las tumbas y arrancar la mala hierba, no sé qué sería de aquello.

—¿El capitán Sumí está deprimido, trastornado por las muertes de su mujer y de sus amigos, pero se dedica a limpiar tumbas en un remoto cementerio?

—Es un ferviente católico. Supongo que la religión le sirve de consuelo. Oiga —dijo el sargento, cambiando súbitamente de expresión—, ¿no estará pensando que José Sumí pudo hacerlo?

—No he dicho eso.

—Pero ha considerado la posibilidad, ¿no es cierto?

—No sé si lo hizo, sargento. No al menos, todavía. Pero sí sé que pudo hacerlo.

El sargento se sobó los carrillos. Martina se limitó a mantener su mirada, que comenzaba a brillar con un desafío contenido.

—No tiene sentido, subinspectora. ¿Por qué iba a matar a Dimas, con quien siempre le unió una estrecha amistad? ¿Y qué móvil podría impulsarle contra Santos Hernández?

—Yo no puedo saberlo. Respóndase usted mismo, sargento.

—La respuesta es obvia: ninguno. José Sumí no los mató.

—¿Por qué está tan seguro?

—Porque me lo juró sobre las tapas de una Biblia, y sobre la memoria de su esposa.

—¿Y usted le creyó?

—El capitán es hombre de una pieza. De los que ya no quedan. Un caballero.

Martina iba a hacer un comentario burlón, pero reparó a tiempo en que podía ofender a Romero.

—Espero que no todos los sospechosos se comporten de la misma manera, o jamás resolveremos el caso.

—Confíe en mí, Martina —apostilló el sargento—. Y en José Sumí. Puede ayudarnos, y lo hará.

Su propio nombre, en boca del guardia civil, le sonó ajeno. Por unos segundos, la devolvió a su intimidad. Experimentó un intenso deseo de llamar a Berta y preguntarle cómo estaba. ¿Se acordaría de ella? ¿Se habría preocupado de alimentar debidamente a la garita *Pesca*?

Romero parecía haber dado por zanjada la cuestión anterior, pero la subinspectora volvió a la carga:

—Entonces, sargento, y a pesar de que fue un mismo testigo, José Sumí, la primera persona en localizar los cadáveres de Pedro Zuazo, el farero, y de Dimas Golbardo, el pescador de ballenas, ¿descartaría usted que ambas muertes pudieran estar relacionadas?

—¿A qué viene tanta obcecación? Por supuesto que no lo están. Pedro Zuazo se cayó accidentalmente. A Dimas lo abrieron en canal. ¿Dónde está la relación?

Martina permaneció pensativa.

—Volvamos a la Piedra de la Ballena. El cadáver de Santos Hernández apareció en la playa, a bastante distancia del de Dimas Golbardo. A varios kilómetros. Aunque el capitán Sumí no se hubiese entretenido con el traslado del primer cadáver, difícilmente hubiera encontrado también el segundo.

—No entiendo Adónde quiere ir a parar.

—Al hecho de que José Sumí no pudo advertir la existencia de un segundo cadáver.

—¿Y bien?

—Lo que intento decirle, sargento, es que el criminal pudo haber planificado sólo uno de los crímenes, el que deseaba que fuese rápidamente descubierto, para que causase su efecto. De lo que podría deducirse que, en principio, el pasado domingo pensaba matar a un hombre, no a dos.

—¿Y cuál de esos dos desdichados era su objetivo?

—Dimas Golbardo, obviamente. Su cuerpo apareció en un lugar que reúne un cierto ritual, la Piedra de la Ballena. Sabemos que los arponeros desguazaban las ballenas sobre esa losa de sílex. El propio Golbardo debió destazar allí a sus capturas. Esos días habría fiesta en la ría del Muguín. Se comería en abundancia, y se bebería más aún. Dimas Golbardo jamás pudo sospechar que un día él mismo sería sacrificado en ese lugar, que su sangre correría sobre la sangre. ¿Le preguntó al capitán Sumí en qué posición encontró el cadáver?

—Boca abajo —precisó el sargento—, con las piernas unidas y los brazos extendidos.

—¿En forma de cruz?

—Sí.

—¿Alrededor del cuerpo había manchas de sangre?

—Ya lo creo. Todavía seguirán ahí.

—¿Encontraron rastros de sangre en otros lugares? ¿En el embarcadero, en las cabañas, en la barca de Dimas?

—No.

Martina fumó con calma.

—En la antigua Roma, las mutilaciones estaban relacionadas con el delito de hurto. Y lo mismo podría decirse del castigo de la cruz.

—¿Está sugiriendo que Dimas Golbardo era un ladrón? ¿Que robó algo valioso y que por eso lo liquidaron?

—Es posible. ¿Y los ojos, cómo aparecieron?

—Sobre la cabeza, uno a cada lado.

—¿Invertidos, como si mirasen desde el cogote?

El sargento afirmó. La subinspectora sacó su libreta de notas y pergeñó un rápido boceto.

—¿De esta forma? ¿Extirpados y prendidos sobre el occipital?

—Más o menos.

—El asesino quiso privarlo de la vista y del tacto —murmuró Martina—. Tal vez la culpa de Dimas Golbardo, su hurto o traición, estuviese relacionada con esos sentidos.

—¿Qué clase de culpa?

Martina suspiró.

—Todavía no puedo saberlo, sargento.

Romero esbozó una mueca levemente despectiva.

—¿Y por qué lo desnudaron de cintura para arriba y le abrieron el vientre de una cuchillada?

La subinspectora le destinó una mirada vacía.

—Si lo que quiere insinuar es que hay muchas preguntas sin respuesta, no necesita formulármelas una detrás de otra. Por ahora, limitémonos a considerar que Dimas Golbardo era la víctima elegida. Fueron a por él, deliberadamente, y lo sacrificaron de manera ritual.

—¿Y qué me dice de Santos Hernández? ¿No podría también significar algo el arpón que acabó con su vida?

—Esa muerte debió ser mucho más rápida —le contradijo Martina—. No se entretuvieron con él. Tenían prisa por huir.

—¿Opina que Santos Hernández murió porque fue testigo involuntario de la muerte de Dimas?

—Me parece la hipótesis más acertada. Supongo que el arma homicida que acabó con Santos Hernández obra en su poder, sargento. Quisiera ver ese arpón.

Romero ahogó un suspiro. Aquella mujer policía comenzaba a producirle una migraña feroz. Se tomó su tiempo para encender una faria, cuyo extremo, previamente, mordió. Escupió al suelo una hebra de tabaco, y transigió:

—Aguarde.

El sargento salió de la oficina con semblante adusto. A través de la puerta entreabierta, Martina lo oyó conversar con el retén de guardias. Romero desapareció por otra oficina y regresó sosteniendo un largo arpón enfundado en una bolsa de plástico.

—Mañana lo enviaré al laboratorio. Tenga, póngase estos guantes.

El arma quedó depositada sobre su escritorio. Martina protegió sus manos y la sacó de la funda. Había restos de sangre en la hoja dentada y a lo largo de la estaca. La subinspectora distinguió mínimos jirones de tejido humano, asimismo ensangrentados, adheridos a la hoja de hierro fundido.

—Al pobre Santos no hubo más remedio que arrancárselo del pecho —recordó el sargento—. Lo habían ensartado como a un pez espada. La punta asomaba por la espina dorsal.

—¿Se encargó usted de hacerlo?

—Varios de mis hombres se ocuparon de ello. El arpón se había clavado con fuerza. Como si hubieran querido partirle el alma.

—¿A Santos Hernández le causaron una herida, sólo una?

—Fue más que suficiente.

—¿Amputaciones?

—No.

—¿Está seguro? ¿Le arrancaron los ojos?

—No, ya le digo.

—¿Algún apéndice? ¿Revisó su aparato sexual, los testículos, el pene?

Romero meneó la cabeza, aborrecido. Estaba claro que aquella detective no iba a darle cuartel.

—El doctor Ancano fue quien lo examinó en profundidad. Me lo hubiera advertido.

—Debería haberlo hecho usted mismo. No se preocupe, yo lo haré en su lugar. El arpón parece bastante antiguo. Presenta herrumbre, de hecho. ¿Sabe a quién pertenece?

—El hijo de Dimas, Teo Golbardo, lo reconoció durante su declaración —desveló el sargento—. El arpón era de su padre. Un recuerdo de sus tiempos de cazador de ballenas. El viejo Dimas guardaba sus aparejos en un cobertizo de las cabañas del Muguín. Alguien debió sustraérselo.

La subinspectora ensayó otra opción:

—Quizá Dimas lo llevaba consigo cuando salió en la barca el domingo por la

mañana. El asesino, después de abordarlo, pudo utilizarlo más tarde en la comisión de su segundo crimen. Para ensartar con él a Santos Hernández, en su calidad de inoportuno testigo.

El sargento guardó silencio. Su migraña iba en aumento. Temió soñar con aquella mujer, y no precisamente fantasías eróticas.

Martina siguió preguntando:

—¿Dónde encontraron sus hombres el cuerpo de Santos Hernández, exactamente?

—En las playas del Muguín, cerca de Forca del Diablo. Un paraje desértico, a unos tres kilómetros de la Piedra de la Ballena, bordeando la ría. Estaba tendido de lado, junto a su caballo y su carro, con el arpón clavado.

—El asesino pudo recorrer ese trecho en poco tiempo.

Romero le dio la razón.

—La secuencia está clara, subinspectora. En primer lugar, pasado el mediodía del domingo, el criminal acabó con la vida de Dimas Golbardo. Lo siguió hasta las cabañas, se ocultó en los cañaverales, o en el bosque, lo asaltó y lo ejecutó. Abandonó su cuerpo mutilado sobre la Piedra, para que fuera más fácil de descubrir. Quería que alguien lo encontrara. Y que lo hiciera pronto.

—Eso es evidente. Pero, ¿por qué? ¿Para promulgar un escarmiento, para advertir o atemorizar a una futura víctima?

—O para llamar la atención sobre el segundo cadáver —insistió el sargento, resistiéndose a desvincular el móvil de ambos asesinatos—. Después de liquidar a Dimas Golbardo, y de soltar su esquife, el asesino cogió del cobertizo uno de sus arpones, se emboscó en la senda, esperó a Santos Hernández y se encargó de despacharlo.

—¿Cuánto tiempo esperó?

—Alrededor de una hora.

La subinspectora estaba redactando algunas notas en su libreta. Alzó la frente y preguntó:

—Estamos dando por supuesto que Dimas Golbardo fue asesinado en primer lugar. ¿Podemos deducirlo de la hora de sus respectivas muertes?

—Así es. El doctor Ancano lo certificó. Golbardo cayó primero, hacia las dos de la tarde del domingo. Una hora más tarde, sobre las tres, le tocó a Santos.

—¿Ese médico es forense?

—No.

—¿Qué especialidad tiene? ¿Medicina general?

Una tormentosa expresión nubló el rostro del sargento. La subinspectora prosiguió, inalterable:

—¿A qué hora de la tarde del domingo encontró el capitán Sumí el cadáver de

Dimas Golbardo?

—Justo antes del anochecer. Sobre las seis.

—¿Qué hacía el capitán allí?

—Había salido a navegar sin rumbo, como muchas otras jornadas.

Martina guardó unos segundos de silencio, como para evidenciar lo endeble de esa coartada.

—¿Existía alguna conexión entre ellos?

—¿Entre quiénes?

—Entre Dimas Golbardo y Santos Hernández.

—Aparentemente, ninguna. Como ya le he dicho, Santos era un tipo solitario, sin ocupación estable. Vivía a las afueras de Portocristo, junto a la marisma, pero pasaba temporadas en la sierra, comerciando con los canteros, o con partidas de ganado vacuno, nomadeando para ganarse la vida... Quizá tenía alguna deuda, y se la hicieron pagar.

La subinspectora insistió:

—¿Dimas y él ni siquiera se conocían?

El sargento estalló.

—¿Cómo quiere que lo sepa? Le recuerdo que sólo llevo día y medio investigando los casos. ¿Sabe cuántas horas he descansado? Ni una sola. Me parece que es poco plazo para resolver dos crímenes violentos. ¿O es que ustedes, los listillos policías de Bolscan, los habrían resuelto ya?

Martina adoptó un tono exculpatorio.

—No pretendo presionarle. Formamos un equipo, recuérdelo. Déjeme preguntarle otra cosa. Después me voy.

El sargento aplicó una furiosa chupada a su faria.

—Trato hecho, subinspectora. Última pregunta.

—¿Tiene noticia de un grupo de jóvenes que se hacen llamar los Hermanos de la Costa?

Romero elevó los ojos al cielorraso.

—Como no me dé más pistas.

—Por lo que sé, que es muy poco, integran una especie de cofradía o secta de artistas. En principio, los juzgué como una pandilla de alocados adolescentes, pero ciertos detalles me han hecho pensar que algunas de sus actividades podrían guardar relación con los crímenes. Para divertirse, se reúnen en la Piedra de la Ballena, entre otros lugares abruptos, al menos dos veces al año, coincidiendo con las noches de solsticio. Al grupo pertenecerían, entre otros, Elifaz Sumí, Daniel Fosco, Gastón de Born y el hijo del farero, un tal Heliodoro Zuazo, burlona mente apodado por sus camaradas como El Quemao. Sus propios colegas lo definen como una suerte de monstruo.

—Ah, esos payasos —sonrió Romero, con suficiencia—. Yo en su lugar no perdería ni un minuto con ellos.

—No he venido a perder el tiempo, sargento. Intento establecer vínculos en una comunidad humana entre la que se oculta un criminal. Le pondré un ejemplo. Elifaz Sumí es hijo del patrón que encontró los restos de Dimas Golbardo en la Piedra de la Ballena. Y, antes, el pasado verano, los de Pedro Zuazo, en Isla del Ángel. Los Hermanos de la Costa celebran sus orgías en esos lugares. En los mismos parajes que han servido de escenario a los crímenes.

El sargento emitió otra carcajada.

—¡Los Hermanos de la Costa! ¡Por el mismo precio podrían hacerse llamar los Gilipollas de la Playa!

Romero celebró su propia gracia, pero Martina se mantuvo impertérrita. Cuando el sargento dejó de reír, y se hubo sonado la nariz con un pañuelo de dudosa blancura, se dirigió a él fingiendo humildad:

—Le quedaría muy agradecida si me cuenta lo que sabe de ellos.

Romero suspiró.

—Los Hermanos de la Costa, vaya por Dios. Ni siquiera sabía que se hicieran llamar así.

—¿Nunca había oído ese nombre?

—No. Y ésta, subinspectora, es su última consulta por esta noche, recuérdelo. Estamos hablando, sin más, de una pandilla de chicos maleducados y demasiado aficionados al porro y al licor pendenciero. Algunos viven en Bolscan, pero, como usted parece haber averiguado, cada cierto tiempo se reúnen en Portocristo para hacer de las suyas. Cuando se ponen ciegos de marihuana y alcohol resultan difíciles de controlar. Varios de ellos han sido detenidos por escándalo público. La semana pasada, sin ir más lejos, Gastón, el hijo de Mesías de Born, el director de *Ecos del Delta*, durmió la mona en el calabozo. Unos vecinos lo denunciaron por pasearse desnudo en pleno paseo marítimo, a la luz del día. Con esas borracheras que se agarran, bebiendo y fumando marihuana toda la noche, no es raro que le den la vuelta al marcador. Mesías de Born, abochornado, vino a recoger a su hijo. Como no teníamos ropa de civil, mientras el chico roncaba a pierna suelta le pusimos un uniforme nuestro. No se imagina la que montó al despertar, cuando se le pasó la trompa.

Martina decidió que la aportación informativa del sargento merecía una sonrisa cortés. La ejecutó con diplomacia, percibiendo que Romero acababa de atisbarle los pechos a través del escote. Le pareció que ese gesto de familiaridad le daba derecho a formular una nueva consulta.

—¿Conoce a Daniel Fosco, sargento?

Romero se rascó la nuca, exasperado.

—Está rompiendo nuestro trato, subinspectora.

—Oh, vamos, ayúdeme un poquito más. ¿Conoce a Daniel Fosco?

—Sí. ¿Y usted?

Martina encendió un cigarrillo con la brasa del anterior. Aspiró una profunda bocanada y retuvo el humo en sus pulmones.

—También es de Portocristo, según me dijo. Y otro de los Hermanos de la Costa. El segundo de la trinidad... ¿Trató usted al padre de Daniel Fosco?

Romero apeló a su paciencia. Que estaba a punto de acabarse.

—Un poco. Gabriel Fosco. El farmacéutico.

—¿Se llevaba bien con su hijo Daniel?

—Con todo el mundo. Era hombre bondadoso, ascético. Y un sabio con las plantas. En una ocasión estuve en su rebotica. Tenía la trastienda repleta de frascos con semillas, raíces, bulbos, flores secas.

—¿Quiere decir que era aficionado a la botánica, un naturalista?

—Eso es. Siempre estaba de excursión, por ahí, recogiendo especímenes.

Las estrechas fosas nasales de la investigadora expulsaron dos chorros paralelos de humo.

—¿Gabriel Fosco, el padre de Daniel, murió ahogado?

—Cierto.

—¿Accidentalmente, también?

El mando no vaciló:

—¿Quién iba a desearle nada malo a un hombre como el boticario? ¡Si era un beato!

—¿Como el capitán Sumí? —El sargento no contestó, hastiado; la subinspectora reincidió—: ¿Quién alertó de la desaparición del farmacéutico? ¿Fue su hijo Daniel?

De pésimo humor, el sargento frunció el ceño. Sus cejas, espesas y negras, casi llegaban a unirse sobre el puente de la nariz.

—No lo recuerdo. Alguien de su familia debió hacerlo, por supuesto. Su mujer, probablemente. Ocurrió... Sí, en las pasadas Navidades. Una patrulla encontró a Gabriel Fosco en las lagunas. No había señales de agresión. Todavía llevaba puestas sus botas de agua y el anorak que utilizaba para sus excursiones invernales. Pudo quedar atrapado en un lecho pantanoso mientras buscaba hacerse con nuevas especies.

La subinspectora aplicó una larga calada a su tabaco inglés. No había comido prácticamente nada desde el día anterior. Notaba el estómago como si fuera una bolsa de papel. Temía que, de un momento a otro, sus tripas comenzasen a gruñir en demanda de alimento. Sacó del bolso una barrita de cacao y se la pasó por los labios.

—Le propongo que hagamos un recuento de víctimas, sargento. Además de los dos últimos crímenes, todavía calientes, tenemos a un farero desnucado en Isla del

Ángel y a otro hombre, Gabriel Fosco, el farmacéutico, ahogado en la marisma.

—Está viendo fantasmas, subinspectora. Sólo trabajaré sobre dos casos, recuérdelo: las muertes violentas, inducidas, recientes, de Dimas Golbardo y Santos Hernández. Los únicos casos que ahora mismo tengo sin resolver.

Como si no le hubiera oído, Martina preguntó:

—¿Gabriel Fosco sabía nadar?

—Lo desconozco.

—Desde que el farmacéutico murió, ¿quién regenta la botica? ¿Su viuda?

—Así es. De Pascuas a Ramos, el hijo se persona por aquí para echarle una mano.

—¿Daniel? No es posible. Vive en Bolscan. Es artista.

El sargento soltó un bufido.

—Eso dirá él, haciéndose la ilusión de ser un Dalí. No creo que haya vendido un cuadro en su vida. Tampoco es verdad que resida en Bolscan. Va y viene, según le da. Su madre acaba de despedir al mancebo que despachaba en la farmacia, por lo que ese maula de Daniel no tendrá más remedio que arrimar el hombro. Tampoco vaya a creer que tienen mucho trabajo. Aquí la gente es escéptica con los fármacos. Prefieren visitar a los curanderos de la sierra... ¿Se va?

Martina estaba recogiendo su gabardina y su sombrero.

—Ya le he distraído bastante. Tiene usted demasiados frentes abiertos. Debo buscar alojamiento. Creo que probaré en esa posada del Pájaro Amarillo regentada por la familia Golbardo. Estaremos en contacto. Porque somos un equipo, ¿no?

Romero asintió, con alivio. Casi no podía creerlo. Al fin iba a verse libre de aquella mujer.

—Por descontado, subinspectora. Una piña.

—Le llamaré.

—No se moleste en hacerlo antes del mediodía. Voy a estar muy ocupado.

—Creí que se sentía exhausto.

Romero le destinó una mirada admonitoria.

—Descansaré cuando hayamos solucionado los crímenes.

—Que tenga suerte.

—Lo mismo le deseo.

Martina abandonó el cuartelillo y salió a la noche. Miró el reloj. Eran las tres y media de la madrugada del martes 20 de diciembre. Se acercó al carro de Santos Hernández y acarició al caballejo. La galera estaba vacía, con unas pocas briznas de paja pegadas al fondo. Las ruedas del carromato eran anchas, con gruesos radios y llantas reforzadas por una banda de hierro remachada con clavos cuadrados.

La subinspectora tomó unas fotos del carromato y del dibujo de las llantas y empezó a desandar el camino en dirección al pueblo.

Portocristo se recortaba como una sombra encastillada contra la luna enferma que

blanqueaba el arenal.

En la cumbre del acantilado, el viento soplaba con fuerza. Martina arribó a la posada helada hasta los huesos. Llamó al timbre, esperó a que le abrieran y entró a una sombría recepción.

—Necesito hospedaje. Me han recomendado este establecimiento.

La macilenta figura de un hombre mayor cerró la puerta.

—¿Viene recomendada? ¿Puedo saber por quién?

—Por el sargento Romero, de la Guardia Civil. ¿Tiene habitación?

—Lo comprobaré.

El posadero pasó detrás del mostrador y abrió el libro de reservas. Martina se dio cuenta de que esa semana de diciembre estaba en blanco. Sólo había registrado un nombre, inscrito en torpes mayúsculas que ella pudo leer al revés: Carlos Martel.

—Ha tenido suerte. Me queda una, en la primera planta. Con vistas al mar y a la sierra.

—Estoy segura de que me gustará.

Colgada en la pared, bajo un aplique de luz, destacaba una antigua fotografía. Una hilera de niños posaba delante de un aeroplano, en compañía de un piloto con polainas y gafas de aviador. De la mano del piloto se veía a una sonriente niña, de unos ocho o nueve años, con un menesteroso vestido y traviosos bucles enmarcando su carita de ángel.

La subinspectora comentó:

—Qué foto más curiosa.

—Cierto. Suele llamar la atención. Pero yo no puedo contemplarla sin que se me salten las lágrimas.

—¿Por qué lo dice?

—Porque ese niño de la izquierda, el que se apoya en la hélice, era mi hermano Dimas, que en paz descansa.

—¿Dimas Golbardo? En el pueblo dicen que...

—La verdad. Que lo han asesinado.

Martina fingió un horrorizado asombro.

—¿Asesinado?

—Digo mal. ¡Lo han cuarteado, descoyuntado! Lo han... La subinspectora guardó una respetuosa pausa, antes de inquirir:

—¿Es usted pariente suyo?

—Su hermano menor. Alfredo. Deberíamos haber cerrado el establecimiento, pero en honor a Dimas decidimos mantenerlo abierto. Él lo hubiese preferido.

—¿Su hermano era el dueño de la posada?

—Nos pertenecía a los dos.

—Lo siento mucho.

—Agradecido —murmuró Alfredo Golbaro, secándose los ojos con la manga del jersey—. Quiera el justo Dios que atrapen pronto a ese mal nacido.

—¿Quién ha podido hacer una cosa así?

El posadero se santiguó.

—El diablo. ¿Quién, si no?

Martina lo dejó con sus fúnebres reflexiones y subió a su habitación. La monacal alcoba, con suelos de loza, era muy amplia. Una cama con almohada de lana apoyaba en la pared su cabecero de forja. No había televisión ni teléfono. En el descomunal armario de roble se habría podido ocultar un cadáver.

El cuarto de baño estaba forrado en teca, como un camarote. Martina se quitó la ropa y se sumergió en una ducha caliente que inundó de vapor sus dos dependencias. Tuvo que abrir las ventanas y desempañar el espejo frotándolo con una toalla. Afuera, la oscuridad era absoluta. Silbaba el viento, y el mar golpeaba las rocas con un sostenido fragor.

Luego se tumbó desnuda sobre la cama y abrió el libro de Elifaz Sumí, *La herida celeste*. Una cita de Ezra Pound iluminaba la página de respeto: «Y si una nota falsa el tímpano golpea, al instante este paraíso se precipita hacia la nada». Leyó varios poemas seguidos, pero ni el ritmo ni las imágenes lograron despertar su interés. En contraste con la temerosa personalidad que su autor había manifestado en su casa, las estrofas de Elifaz Sumí le parecieron pretenciosas, huera. Eran versos a un amor no correspondido, lamentos y súplicas dirigidos a una mujer ideal que, al parecer, ignoraba o menospreciaba al autor.

Dejó a un lado *La herida celeste* y se dispuso a leer los cuentos de Gastón de Born, que había hojeado superficialmente en el ferry. Contrariamente a lo que le había sucedido con las composiciones poéticas de Elifaz Sumí, muy pronto el contenido de esas páginas la sumergió en un estado de ansiedad.

Las narraciones de *Los Hermanos de la Costa y otros relatos de terror* estaban relatadas en primera persona. Sus protagonistas eran jóvenes asesinos cortados por un mismo patrón. Las invariables víctimas eran sus padres. Gastón de Born había ambientado sus sanguinarios argumentos en las marismas de Portocristo, transformadas por su pluma en tenebrosos lagunares animados por amenazas ocultas, por seres abocados al rencor, al odio, a la sed de venganza. En el libro, escrito con vigor, y con un cierto estilo, no había caracteres femeninos. Ni uno solo. Ninguna mujer.

Los relatos de Gastón de Born carecían de título. El primero de ellos arrancaba con la siguiente frase: «La noche en que por fin maté a mi padre, sentí tanto placer que me consideré desdichado por no haberlo hecho antes».

Martina leyó el libro hasta su última línea, tomando algunas notas sobre cada uno

de los cuentos, hasta que se reafirmó en que todos obedecían al mismo esquema, el de un hijo desdichado que acababa matando a su padre en rebelión contra su despótica autoridad.

Después, aunque ya lo había expurgado, volvió a sumergirse en el catálogo de Fosco, *Insania*.

Alguien, cuya firma no constaba en parte alguna, había compuesto unos breves textos, cuyo estilo recordaba al de los relatos de Gastón de Born, para acompañar a las ilustraciones. El tormento estaba presente en la totalidad de ellas, pero la expresión de los desnudos mártires que soportaban el castigo era casi feliz, como si a través del dolor hubiesen alcanzado el éxtasis.

Los ojos se le cerraban. Encendió un cigarrillo para intentar mantenerse despierta, pero al poco rato se quedó dormida con el libro de Fosco abierto a un lado de la almohada.

Una serie de furiosos ladridos la despertó a eso de las ocho de la mañana. Apenas había dormido cuatro horas. Se cambió y bajó a la recepción. La cocina estaba cerrada, pero un legañoso Alfredo Golbaro accedió a prepararle unos huevos fritos que le supieron a gloria. En el vacío comedor, de ambiente marinero, la subinspectora se sorprendió devorando con ansia, hasta mojar el pan en un resto de aceite y deliciosas yemas. En cuanto terminó su desayuno, se dirigió a recepción y ofreció un cigarrillo al menor de los Golbaro. Alfredo lo aceptó con temblorosos dedos.

—Quisiera ver esa fotografía de cerca, si no le importa —dijo la subinspectora, aludiendo a la imagen que decoraba la pared, junto al cajetín con las llaves de las habitaciones.

—Claro que no.

Martina pasó al interior del mostrador. La foto que la noche anterior había despertado su interés era de color sepia. La suciedad velaba el cristal.

—Debieron hacerla con una de esas antiguas cámaras de magnesio.

Alfredo había vuelto a abismarse en el acta de pésames. No se había afeitado. Era evidente que no había conseguido descansar.

—La máquina del pajarito, la llamaban.

Martina sonrió.

—¿Es usted alguno de esos niños?

—No. Yo acababa de venir al mundo cuando el *Pájaro Amarillo*, el primer artefacto volante en acometer la ruta transatlántica, ese cacharro que ve usted ahí, tuvo que aterrizar de emergencia en nuestras playas. Creo que fue en 1929. Mi hermano Dimas me llevaba diez años. En esa foto, él debía tener alrededor de doce. Yo todavía estaría en pañales.

—¿Quiénes son los otros chicos?

Sin necesidad de contemplar la imagen, Alfredo recitó, dándole la espalda:

—Rapaces del pueblo. Mesías de Born, el del pelo a cepillo. Gabriel Fosco, con esos anticuados bombachos. Pedro Zuazo, que a falta de algo mejor se haría farero de Isla del Ángel. Antonio Cambruno, el más serio, el juez. Y José Sumí, el capitán. Que siempre fue el jefe.

—Quizá le estoy despertando malos recuerdos.

—Todo lo contrario, señorita.

—¿Cómo sabe que no estoy casada?

Alfredo se volvió con una sonrisa conspicua.

—Cuando una mujer tan guapa viaja sola...

Martina le interrumpió:

—Hay una niña en la foto. ¿Quién es?

El posadero se frotó los párpados, pero no se giró.

—Sara María Golbardo, mi prima hermana. Corriendo el tiempo, llegaría a casarse con José Sumí. Murió hace unos años, la pobrecilla. Ahogada en los canales. Y eso que era una gran nadadora. Tenía que haberla visto buceando en los acantilados. Bajaba a pulmón hasta los criaderos de langostas. Ahora mismo la estoy contemplando con su bañador de cintas y aquellas lentes de buceo que se le enredaban en los tirabuzones... Y estoy viendo al capitán Sumí, muchos años después, con el cadáver de Sara María en brazos, entrando en la bahía a bordo de *La Sirena*... A veces pienso que ésta es una tierra maldita. Maldita por la misma muerte, mil veces maldita...

Martina abandonó la posada y, a buen paso, se dirigió al pueblo. La mañana era brumosa, fresca y gris, con grandes y pesadas nubes moviéndose sobre el plumizo mar. La parte antigua de Portocristo se cerraba en un laberinto de casas de piedra tan pegadas unas a otras que los vecinos podrían pasarse la sal a través de las ventanas. La niebla apenas permitía ver los tejados.

La sede del Juzgado se alzaba en la plaza José Antonio Primo de Rivera, junto al Ayuntamiento. Según pudo comprobar Martina, algunas de las calles principales de Portocristo continuaban ostentando los preconstitucionales nombres de Francisco Franco o Millán Astray. A la subinspectora le pareció como viajar hacia atrás por el túnel del tiempo.

Un ordenanza le informó de que el señor juez no se había presentado aún. Tras identificarse, Martina insistió en que debía entrevistarse con él por un asunto de la máxima urgencia, y solicitó sus señas particulares. El conserje vaciló. Como ella porfiase, y de una manera que al ordenanza le resultó perentoria, decidió consultar con el secretario, Luis Gámez, un funcionario de unos cuarenta años, con entradas en la frente y un apagado traje de color nazareno, quien accedió a proporcionarle la dirección de Cambruno.

—El señor juez vive en la plaza 18 de Julio. Justo encima del periódico local, sin pérdida posible.

Martina sacó la pitillera y encendió un cigarrillo. No se tomó la molestia de ofrecer a su interlocutor.

—¿Es cierto que no tiene teléfono en su domicilio particular?

El secretario hizo un gesto de resignación.

—El señor juez es así.

—¿Cómo dan con él cuando hay una emergencia?

—Es persona de costumbres fijas. Siempre sabemos dónde encontrarle.

La subinspectora se despidió con sequedad del secretario Gámez y abandonó el Juzgado. Un dédalo de callejuelas la desorientó. Le llevó un rato localizar la plaza 18 de Julio. Una vez en su perímetro distinguió enseguida el rótulo de *Ecos del Delta*,

cuya redacción ocupaba la primera planta de la casa más alta.

No había ascensor. Martina atacó las escaleras. A la altura del entresuelo se detuvo porque había oído voces en el piso superior, el que debía corresponder a la gaceta comarcal.

En ese momento, la puerta de la redacción se abrió para dar salida a un hombre de majestuoso aspecto, con abrigo de paño y melena blanca, y, detrás de él, a un muchacho con el pelo largo y rizado, y aspecto de reportero, que llevaba una cámara de fotos en bandolera.

Ambos se detuvieron en el rellano y comenzaron a discutir agriamente. La subinspectora retrocedió unos peldaños, pegándose a la pared para impedir que su presencia fuese advertida. Pudo escuchar cómo el hombre mayor, en tono áspero, se dirigía a gritos al más joven.

—¡Estoy harto de ti, Gastón! —Vociferaba el viejo—. ¡De tus borracheras y de tus impresentables amigos! ¡Harto de que me pongas en evidencia y me avergüences ante la gente de bien!

La réplica de Gastón se desgranó en un murmullo ronco:

—No tienes por qué aguantarme, padre.

—¡Lo hago porque eres mi hijo, pero te juro que si vuelves a montar un escándalo más, uno solo, te echaré de mi casa! De momento, voy a imponerte un castigo que no olvidarás. ¡Presentarse ebrio a trabajar! ¡Y en el aniversario de la muerte de tu madre! ¡Hasta aquí podríamos llegar! No quiero que vuelvas por la redacción, Gastón. Eres un mal ejemplo para el resto del personal. Ahora vete a donde te dé la gana, hasta que se te pase la trompa. No hace falta que me acompañes al cementerio. A tu madre no le gustaría verte en ese estado. ¡Borracho!

El padre comenzó a descender las escaleras. En el vestíbulo se cruzó con Martina de Santo, que fingía comprobar los buzones.

—Tenga usted buenos días, señora —la saludó el hombre de la melena blanca. A pesar de su esfuerzo por mostrarse cortés, seguía bajo los efectos de una notoria alteración.

—Discúlpeme. ¿El domicilio del juez Cambruno, si es tan amable?

—Tercer piso, izquierda.

—Gracias.

—A sus pies, señora.

Martina supuso que aquel alto y venerable caballero bien podía encarnar a Mesías de Born, el director de *Ecos del Delta*. Siguió subiendo las escaleras. Gastón se había derrumbado sobre uno de los peldaños. No se levantó ni se apartó para cederle el paso. La subinspectora lo orilló. El muchacho tenía la mirada surcada de rojas venillas, y el crapuloso aspecto de quien lleva demasiado tiempo sin dormir.

Dos plantas por encima de la redacción, Martina oprimió un timbre junto a una

abrillantada chapa de níquel en la que podía leerse el nombre del juez.

Una anciana decrepita, con la espalda deformada por una joroba, le abrió la puerta. La subinspectora fue invitada a pasar al vestíbulo, tan oscuro y húmedo como la caja de escaleras.

Desde el fondo del pasillo se oyó una voz masculina.

—¿Quién es, mamá?

Como si estuviera sorda, la anciana se limitó a dirigir una seña a Martina y a precederla por el corredor.

El juez estaba sentado en su biblioteca, desayunando. Una bata de lana abrigaba su cuerpo enjuto. La invitó a sentarse, pero la subinspectora prefirió permanecer en pie, cerca de una mesa camilla envuelta en una atmósfera de calor debido a la combustión de un brasero de carbón. El despacho, atestado de libros jurídicos, olía a tabaco de pipa. «Y a vejez», pensó Martina.

Sin mayores rodeos, la subinspectora expuso al titular del Juzgado de Portocristo los motivos de su desplazamiento.

—El comisario Satrústegui me informó ayer de su llegada —dijo el juez—. Le respondí que su concurso no era necesario, pero él persistió. No conozco al comisario en persona, pero me pareció un hombre constante, inmune al desánimo. De hecho, estuvo llamándome toda la mañana, hasta que dio conmigo.

—La gravedad de los casos justificaba su insistencia —arguyó Martina, con aspereza.

—Tal vez —concedió el juez—. Es evidente —sostuvo mientras bebía a sorbitos su taza de té y secaba con pulcritud sus cárdenos labios—, que se trata de sendos crímenes. Dimas Golbardo y Santos Hernández han sido asesinados, pero aún no sabemos por quién ni por qué.

—La Guardia Civil no baraja ningún sospechoso. ¿Tampoco usted?

—No, tampoco yo.

—¿Dimas Golbardo, el pescador, era un hombre conflictivo? ¿Tenía enemigos? ¿Alguien que le odiase lo bastante como para atormentarlo hasta la muerte?

El juez descartó esa posibilidad.

—¿Conflictivo, Dimas? Un evangélico varón, eso es lo que fue durante toda su existencia. Que debería haber sido más larga, si en este mundo existiera caridad... No... Jamás le oí discutir. Ni siquiera cuando perdía al dominó.

El juez sonrió con amargura. No se había afeitado; la piel de su cara amasaba una blanquecina tirantez, como si nunca la expusiera al sol ni a la brisa de la costa.

—Dimas solía integrar nuestra partida de la Casa del Mar, los domingos por la tarde. Siempre era puntual. Antes de ayer, sin embargo, no acudió a nuestra cita habitual. Pensé que estaría enfermo, que habría sufrido otro de sus agudos ataques de artritis. Pero cuando, por la noche, me convocó el sargento, y encontré a mi

compañero de partida tirado en el muelle, despedazado, muerto... Dios misericordioso... ¡Habría estrangulado con mis propias manos a quien lo masacró de ese modo!

Cambruno elevó hacia el techo sus flacos brazos, que temblaron a través del batín. La subinspectora dudó que con ellos pudiera causar el menor daño a nadie. El juez se santiguó, lo que pareció sosegarle. Después eligió una magdalena, la despojó con ceremonia de su envoltorio y la empapó en el té.

—¿Gusta?

Martina rehusó la invitación.

—¿Ha desayunado?

—En la posada. Que regenta, por cierto, un hermano de Dimas.

El juez masticaba. Hasta que no se hubo limpiado las migas de la boca, no habló.

—Alfredo, sí. Es un simplón, pero buena persona. Aquí la gente es sencilla. Por encima de todo, esté usted segura de una cosa, subinspectora: ningún vecino de Portocristo pudo haberlo hecho. Ni en un caso, ni en el otro. Tuvo que ser alguien de fuera. Uno de esos narcotraficantes que desembarcan alijos de cocaína. Un preso fugado. Un extranjero. Pero, no, nadie de aquí.

—¿Por qué está tan convencido?

—Porque conozco la villa en la que nací. Soy portocristiano por los cuatro costados. ¿Sabe? Ese amor a mi tierra fue uno de los impulsos que me hizo optar por la judicatura. Estudié Derecho en la facultad de Bolscan, pero durante décadas no llegué a ejercerlo. Tuve que hacerme cargo de mi madre. Hace tantos años que se encuentra mal, la pobre, que no descartaría que acabe por enterrarme. Está sorda, reumática y enferma del corazón, pero goza de una salud de hierro. En fin... Me ocupé de un negocio familiar hasta que, vencidos los cincuenta, y cansado, como tantos otros convecinos, de esos jueces jovenzuelos que sólo paraban por aquí para medrar, me animé a desempolvar los libros de leyes. Aprobé la oposición y ocupé una plaza que nadie pretendía. Soy juez de instrucción de Portocristo desde hace una década, por eso sé muy bien de lo que le estoy hablando. Ninguno de nuestros ciudadanos acabó con las vidas de Dimas Golbardo y Santos Hernández. Tuvo que ser un forastero.

—Plantea usted una visión idílica del pueblo, pero aquí hay traficantes de drogas, aunque sea en pequeña escala. Y, existe, por lo menos, un burdel.

Cambruno carraspeó.

—¿Se refiere al Oasis?

La subinspectora asintió.

—¿Qué me dice de una mujer llamada Rita Jaguar?

El juez Cambruno se pasó los dedos por las cejas.

—¿Por qué lo pregunta?

—Simple curiosidad femenina.

—Regenta el club, ese prostíbulo de mala muerte. Ha sido detenida en alguna ocasión, pero nunca por un período superior a veinticuatro horas. Si por mí fuere, hace tiempo que ese lupanar se habría clausurado. Usted sabe que la prostitución se mueve en un terreno legal muy ambiguo. Sin embargo, a instancias mías el sargento Romero ha practicado varios registros. Y no serán los últimos.

—Tengo entendido que esa mujer, Rita Jaguar, procede de Bolscan. Bailaba en un *cabaret*, allá por los años cincuenta.

—No lo sabía. No alterno en su local, como puede imaginar.

—Ya lo supongo. Decía usted que la Guardia Civil ha registrado ese establecimiento. ¿Encontraron drogas?

—No.

—¿El local está en regla, paga sus impuestos, garantiza la atención médica de sus trabajadoras?

—¿Ahora se llaman así? —ironizó Cambruno.

Martina pensó en los nombres de las calles del pueblo. En cómo la historia parecía haberse detenido en ellas, y en aquel retrógrado juez.

—¿No opina que esas mujeres cumplen una función social?

—Vamos, subinspectora, no me obligue a teorizar sobre la sociedad en que vivimos. De ninguna manera puedo aprobar ese perverso esparcimiento. Una de mis obligaciones, judiciales y cristianas, consiste en contribuir a depurar las costumbres.

Crispada por la oratoria del juez, Martina propuso:

—Cambiemos de tema.

—Se lo agradeceré.

—¿Dimas Golbardo hizo testamento?

Cambruno estaba manipulando una cucharilla de plata. Rescató de la taza un pedazo de magdalena, lo engulló y volvió a secarse los labios. Terminó su taza y procedió a armar meticulosamente una pipa.

—No. Según su hijo, Teo, que está muy afectado, por cierto, el difunto ni siquiera se planteó la conveniencia de formalizar su última voluntad. Verá, subinspectora, aquí la gente es muy poco dada a esa clase de previsiones. No se imagina la cantidad de herencias intestadas que acaban en litigios familiares. Lo único que, de manera verbal, Dimas Golbardo había expresado a los suyos, fue su voluntad de ser enterrado en Isla del Ángel, en lugar de en el camposanto moderno, que opera en las afueras del pueblo desde hace sólo un lustro. El nuevo cementerio municipal se construyó para evitar las molestas travesías hasta la isla, pero la mayoría de los ciudadanos, a la hora de presentar cuentas ante el juez supremo, siguen prefiriendo el peñón, haciéndose acompañar en el sueño eterno por las tumbas de sus mayores. Si le digo la verdad, a mí tampoco me importaría que me sepultasen en la roca. Isla del Ángel es un lugar

muy agreste, pero tiene su encanto. Le recomiendo que no deje de visitarla.

La subinspectora aseguró que pensaba hacerlo. Después preguntó:

—¿Alguien ha reclamado el cadáver de Santos Hernández?

—No. Vivía como un hurón, y lo mataron igual que a un perro. No me había recuperado aún de lo de Dimas cuando la Guardia Civil me trajo a ese pobre diablo atravesado por un arpón. Hubo que arrancárselo del pecho en la lonja de pescadores. Fue algo dantesco. La sangre le brotaba a borbotones, como una fuente.

La subinspectora expresó su interés por examinar los cadáveres. El juez le informó:

—Los hice trasladar a la funeraria. Sólo hay una, en la calle Mayor. Me queda de camino al Juzgado. Puedo acompañarla, si lo desea.

Martina le agradeció la deferencia. Cambruno anunció que iba a vestirse y desapareció por un pasillo. La subinspectora quedó sola en el salón.

Mientras esperaba, se puso a curiosear las estanterías, agobiadas de libros jurídicos, pero también de novelas de evasión, en su mayoría de intriga criminal. En un rincón de la librería había una muñeca de trapo. Tenía el pelo castaño y un vestidito largo, de algodón, con una lazada roja. Los ojos eran dos puntos de lana. Una luna en cuarto menguante le dibujaba la sonrisa. Martina cogió la muñeca y la sostuvo en las manos. Por alguna razón, se sintió extrañamente conmovida. Acababa de dejarla en su sitio cuando oyó un ruido a su espalda. Se volvió, con el corazón latiendo deprisa, como si la hubieran sorprendido en una falta. Embutido en un traje príncipe de Gales, el juez la observaba con severidad, desde la puerta. Cerrando el cuello de su camisa destacaba una pajarita de terciopelo. Se había afeitado y peinado hacia atrás el canoso pelo.

—¿Le atrae la literatura, subinspectora?

—Desde luego.

—¿La intriga policial, quizá?

—Prefiero otros géneros.

—Me encantan las novelas policíacas. Ya sé que no son reales, pero a menudo plantean esquemas psicológicos de notable interés. Tengo que confesarle que casi nunca adivino la identidad del asesino. Supongo que eso me inhabilitaría para llegar a ser un perspicaz detective, como tengo entendido que es usted. Si desea algún libro, puede cogerlo. Ya me lo devolverá.

—Estos días no tendré tiempo para leer. Podemos irnos, si está listo.

Bajaron las escaleras, apoyándose en un bastón, el juez. Dos plantas más abajo, el joven reportero de *Ecos del Delta* continuaba en el mismo lugar. Se había quedado dormido, con la cabeza apoyada sobre uno de los fríos peldaños. Tiritaba. El juez le rozó con la contera de su bastón.

—¿Gastón?

El chico se hallaba semiinconsciente. Cambruno mascullo:

—Qué juventud. Todo es libertinaje. Y lo que mal empieza, mal acaba. Nada me extrañaría que este desgraciado muchacho termine sentándose en un banquillo, frente a un tribunal. Su padre, Mesías de Born, tuvo que ir a rescatarlo recientemente del calabozo. Está advertido, pero no puede con el chico. Desde que murió su madre, Gastón anda por el mal camino. Mesías ha sido demasiado blando con él, y, ahora que pretende mostrarse autoritario, ya es tarde. Pena me dan los dos.

Martina se ratificó en que aquel Gastón de Born no podía ser otro que el autor de la crónica de la muerte de Pedro Zuazo, así como del libro de relatos cuyos argumentos denotaban una imaginación enfermiza, fuera de lo común, una obsesiva creatividad en torno al parricidio.

Cambruno abrió la puerta de la calle. Un haz de luz le aclaró la mirada.

—Convendrá conmigo, subinspectora, en que no existe oficio tan duro e ingrato como el de padre. Ni siquiera el de juez. Y se lo dice alguien que no ha tenido hijos. Creo que nunca hubiera podido soportar que me trataran como a un rival. O como a un enemigo.

Salieron a la plaza. La subinspectora tuvo que acoplarse al ceremonioso paso del juez. Algunos vecinos saludaron a Cambruno con el debido respeto. A una velocidad que exasperó a Martina, recorrieron el laberíntico barrio del Mercado, hasta la más ancha y recta calle Mayor.

La funeraria se acogía a un eufemístico rótulo: La Buena Estrella. En su escaparate se exhibían distintos modelos de ataúdes y lápidas. Las coronas de flores de lis estaban de oferta.

Cambruno agitó una campanilla que colgaba sobre el tirador. Les recibió el dueño, un individuo de cabello incoloro, alto y cargado de hombros, ataviado con un guardapolvo y un absurdo pantalón verde quirófano.

—De nuevo por aquí, Sobrino. En tareas de reconocimiento.

—Está usted en su casa, señor juez.

Cambruno empezó a descender los peldaños de una cripta excavada en roca viva. La subinspectora bajaba tras él. Preguntó:

—¿Se va a practicar la autopsia a los cadáveres?

—El hijo de Dimas, Teo, se ha negado en redondo —reveló el juez, mientras el lúgubre Sobrino, deslizándose como a impulsos de su grupa, procedía a conectar una serie de interruptores; desde las telarañas de la bóveda, tubos fluorescentes irradiaron una intensa luz blanca—. Caso contrario, tal vez habría autorizado el traslado al tanatorio de Bolscan, pero, en honor a la verdad, esa medida no me pareció imprescindible. Según el doctor Ancano, la autopsia de Dimas Golbardo, que por otra parte, y no lo interprete como una muestra de humor negro, ha venido a practicársela su sádico asesino, no nos revelaría nada más sobre los traumatismos de su muerte. En cuanto a Santos Hernández... La causa de su óbito también es obvia, subinspectora. Compruébelo usted misma.

La temperatura en la cripta era gélida. Martina pensó que ese frío hálito cuadraba bien a la muerte.

Cubiertos por lienzos, los cuerpos sin vida de Dimas Golbardo y Santos Hernández yacían sobre una ancha mesa de acero.

A pesar de la nube de pegamento y formol que flotaba en el subterráneo, y de un vago perfume a cera quemada, o a flores muertas, el olor a carne en descomposición, sin resultar insoportable, se percibía. Arrugando la nariz, el magistrado decidió permanecer a cierta distancia, junto al inexpresivo embalsamador.

En primer lugar, la subinspectora examinó las ropas y objetos personales. Apilados en dos montones, los haberes de ambos difuntos descansaban en cajas de cartón. El pantalón de Dimas Golbardo, la única prenda suya que se había podido conservar, junto con un raído calzoncillo de algodón, estaba manchado de sangre.

Asimismo, la sangre había salpicado la camisa de Santos Hernández, aunque sus pantalones y zapatillas, según especificó el juez, aparecieron secos y en buen estado. Las zapatillas eran unas deportivas bastante nuevas, con cierre de velcro y un dibujo de rombos mallados en las suelas de goma. Dentro de la cartera de Santos había un carnet de identidad, caducado, una estampita de la Beata Escolástica, patrona de Portocristo, y cinco arrugados billetes de mil pesetas.

—¿Esto es todo? —Preguntó Martina—. ¿No encontraron nada más? ¿Anillos, monedas, llaves, medallas?

—Santos Hernández solía lucir un cordón de oro —apuntó el juez—, pero no ha aparecido. Se lo hurtarían.

—Siempre iba despechugado —agregó el embalsamador—, haciendo ostentación.

La subinspectora concedió un desdeñoso interés a este último comentario. Abrió su maletín, se dirigió a la mesa de acero y retiró las sábanas para iniciar el análisis de los restos.

Decidió comenzar por Dimas Golbardo, cuyas heridas habían sido suturadas con hilo quirúrgico.

La larga cuchillada del vientre y las torpes costuras de las articulaciones cercenadas deparaban una repulsiva visión. Martina pensó en un desmadejado muñeco de guiñol, en un roto títere.

El intestino grueso se conservaba a la vista, en un rincón, bajo la pila de un lavabo. Alguien lo había introducido en un recipiente colmado de líquido conservante. Encima de su hermético cierre, un vulgar frasco de vidrio contenía los globos oculares, que le habían sido limpiamente extirpados. La subinspectora observó que para ese cometido se había reciclado un bote de tomate envasado. Reprimiendo un comentario irónico, tomó fotos desde distintos ángulos. Redactó algunas notas en su libreta y pidió ayuda al silencioso dueño de la funeraria, a fin de invertir la posición del cadáver.

La espalda, los glúteos y la cara posterior de las piernas no presentaban otras heridas.

El cadáver volvió a quedar en posición supina. Tras un minucioso recorrido visual por la superficie de su piel, la subinspectora reparó en unos rasguños bajo la tetilla derecha de Dimas Golbardo. Diminutas marcas en forma de un ocho tumbado, o de dos eses mayúsculas, trabadas y cruzadas entre sí. Tan superficiales, que su trazado no había traspasado el subcutáneo. Podían haber sido grabadas con la punta de un cuchillo, o tal vez con un instrumento más fino.

—¿Había reparado en esas incisiones, juez?

Cambruno sacó de un estuche unas gafas de pasta y se inclinó sobre el tórax del muerto.

—No, no me fijé. Curioso.

—No tiene sentido que se las hiciera él mismo. Evidentemente, pretenden comunicar algo. ¿Qué le sugieren?

El juez aproximó la vista a escasos centímetros de las leves señales. El rigor mortis había extendido franjas azuladas por los cerúleos costados del pescador.

—Podrían ser un par de víboras reptando por la arena. Un pez. O las olas de un mar. Como esas olas de los retablos medievales. Un mar de Galilea sobre el que caminase nuestro Señor Jesucristo.

La subinspectora notó que el aire helado se le encogía en los pulmones. Acababan de asaltarle imágenes de los cuadros de Daniel Fosco. Mártires, santos, profetas. Esotéricos ecos de una religión pervertida.

—O el símbolo del infinito —apuntó la subinspectora.

—También —concedió el juez.

—¿La firma del asesino, quizá? —sugirió Martina.

El juez guardó un prolongado silencio. La subinspectora estaba tomando nuevas fotografías. La flatulenta sonrisa de Daniel Fosco seguía flotando delante de ella, en el espacio frío y vacío de la morgue. Intentó apartar al pintor de su mente.

—¿Había visto con antelación esas marcas, juez?

—No, ya le digo.

—¿Tampoco en el cadáver de Gabriel Fosco, el farmacéutico que resultó ahogado en la pasada Navidad?

Cambruno carraspeó, contrariado.

—Acaba de fallar el tiro, subinspectora. Aquel caso no presentaba complicación, lo recuerdo bien. Los síntomas de ahogamiento eran palpables. No concurrió violencia externa. Sin albergar la menor duda sobre la causa del deceso, ordené su inhumación. ¿Por qué lo pregunta? ¿No estará pensando que la muerte de esa excelente persona que fue Gabriel Fosco pueda guardar alguna relación con estos trágicos asesinatos?

—Tal vez. Los tres eran varones en edad madura. Los tres han perdido la vida en las marismas en un corto intervalo de tiempo. ¿Existían entre ellos vínculos que puedan ayudarnos a establecer un móvil común?

El juez se quitó las gafas y adoptó un tono sentencioso.

—Dimas Golbaro y Gabriel Fosco eran amigos de toda la vida, pero eso ¿qué prueba? Con Santos Hernández no creo que mantuvieran lazos ni obligaciones de ningún tipo. Que Dimas Golbaro y Santos Hernández han sido asesinados resulta tan obvio como el hecho de que Gabriel Fosco falleció de modo fortuito. Opino que este punto debería quedarle perfectamente nítido, subinspectora.

Martina ajustó un teleobjetivo, disparó el flash e inquirió:

—¿Dónde está enterrado Gabriel Fosco? ¿En Isla del Ángel?

—Así es.

—¿Quién lo decidió?

—Su viuda, María, y su hijo Daniel.

Martina respiró hondo. Tuvo la sensación de que el oxígeno se le solidificaba en el pecho.

—¿Qué respondería si le solicito formalmente una orden de exhumación del cadáver de Gabriel Fosco?

El juez hizo un molinete con las gafas.

—Podría usted tramitarla, desde luego, pero si a sus sospechas no añade hechos probados me ampararé en mi potestad de negársela. No existen motivos para alarmar a la población.

Martina esbozó una mueca sarcástica. Dio la vuelta a la mesa y se concentró en el cadáver de Santos Hernández, bastante más corpulento y obeso que el de Dimas Golbardo.

Una costura irregular, con los bordes tumefactos, se extendía desde su clavícula izquierda hasta las costillas flotantes, atravesando en zigzag la piel que había cubierto el corazón. El arponazo había causado una herida circular del tamaño de un puño. En esa zona había sido necesario coser con doble hilo. «O remendar, más bien», pensó Martina, a la vista del grotesco resultado.

—¿Le parece a usted un argumento menor, juez? Quien haya cometido estos salvajes crímenes anda en libertad. Llevando una vida normal, seguramente. ¿Volverá a matar? ¿Lo hará pronto? ¿Puede usted ofrecer garantías a la población, a fin de no alarmarla, de que nada de eso va a ocurrir de nuevo?

Había levantado la voz, lo que debió molestar al magistrado. Apoyado en su bastón, Cambruno permaneció tras ella, amparándose en una reserva hostil. Martina pidió unos guantes desechables, que Sobrino, sin pronunciar palabra, se demoró en prestarle, seleccionándolos con equina lentitud de una vitrina donde se alineaban sus pócimas e instrumentos de momificar.

La subinspectora se puso los guantes y fue palpando con detenimiento el velludo pecho de Santos Hernández, hasta separar con sumo cuidado los bordes de la herida mortal.

—¿Y el corazón?

—Quedó como un colador —dijo Sobrino—. He rellenado estéticamente el hueco. No era imprescindible, y tampoco resulta barato, pero me precio de ser perfeccionista.

Martina le dedicó una sonrisa glacial.

—Veo que disfruta con su oficio. ¿Cuál es su nombre?

—Juan Sebastián Sobrino.

—¿De qué manera le llaman sus amigos, si es que tiene usted alguno?

Tragándose la humillación, el propietario de la funeraria repuso:

—Por lo común, Sebastián.

—Encantada, Sebastián. Ayúdeme otra vez a incorporar el cadáver.

Los restos de Santos Hernández quedaron en decúbito prono. En la parte posterior del tronco, al margen del gran desgarró, toscamente cosido, ocasionado por la punta del arpón al horadar la espalda, no había incisiones ni heridas. Insatisfecha, Martina procedió a examinar el cuerpo con una atención microscópica, deteniéndose en cada pliegue de la piel, en las orejas, en las uñas, en el falo, que colgaba a un lado, y cuyo balano procedió a retirar, enrollándolo delicadamente con el pulgar y el índice. No dejó de escrutar los testículos, ni el orificio anal.

En la planta del pie izquierdo descubrió dos serpenteantes marcas, hechas con el mismo finísimo instrumento que se había utilizado para grabar la piel de Dimas Golbardo. La subinspectora comprendió en el acto que esa prueba vinculaba ambos asesinatos, modificando su teoría inicial.

—Un ocho tumbado, un pez, o bien otras dos eses mayúsculas cruzadas entre sí —murmuró—. Como sus iniciales, señor Sebastián Sobrino.

El embalsamador abrió la boca, lívido, pero nada llegó a decir. La subinspectora fotografió repetidamente el enigmático icono y se situó luego junto al primer cadáver, el de Dimas Golbardo, para concentrarse en sus manos. Restos de un polvo mineral habían quedado adheridos a las uñas. Martina tomó una muestra. Después, con ayuda de una linternita, examinó su garganta. Hizo lo propio con la cavidad bucal de Santos Hernández y volvió a palpar y examinar ambos cuerpos, hasta hallarse convencida de no haber pasado por alto ningún otro indicio.

—El asesino pretende decirnos algo —concluyó—, ¿pero qué? ¿Tiene usted alguna idea, juez?

—Ni la más remota.

La subinspectora se quitó los guantes y los arrojó a una papelera.

—Una marca en el cadáver de Dimas Golbardo. Otra, parecida, aunque no idéntica, en el de Santos Hernández. Grabadas ambas con un mismo objeto punzante. ¿No se da cuenta? Se trata de un código. La representación del infinito sugeriría un proceso seriado, sin principio ni fin.

—¿Pretende establecer que nos enfrentamos a un asesino en serie?

—Eso es algo que está claro como la luz del día. Por otra parte, la infinitud revelaría una potestad más allá de lo humano. Una acción sobrenatural, de inspiración divina.

Cambruno sonrió, incrédulo.

—Y, dígame, ¿cuál fue el móvil que inspiró la venganza de ese ángel exterminador?

—A nosotros nos compete esclarecerlo. Si fue el asesino quien hizo esas marcas, el sargento Romero tendría razón al sostener que las víctimas debían estar

relacionadas entre sí. Habrían pagado por la misma causa, o de lo contrario, el criminal no se habría atribuido los códigos de su piel. También cabe la posibilidad de que esos tatuajes hubiesen sido grabados con posterioridad a los crímenes, lo que explicaría que ni el doctor ni usted reparasen en las marcas al examinar en una primera instancia los cadáveres. En cualquier caso, la violencia de las ejecuciones resulta inquietante. Mucho me temo, juez, que el criminal, o criminales, volverán a actuar. Y nada me extrañaría que lo hubieran hecho con anterioridad, en un pasado más o menos cercano.

Cambruno manifestó su desacuerdo.

—Está usted yendo demasiado lejos, subinspectora. Y demasiado deprisa.

—¿Por qué? ¿Simplemente porque la cadena de eslabones escapa a su experiencia? Medite conmigo en voz alta, juez. Es mucho lo que sabemos ya. Tenemos ante nosotros los cuerpos sin vida de dos varones de la zona. Ambos mayores de edad, y asesinados de forma violenta, con ensañamiento y crueldad. El criminal, o bien alguno de sus cómplices, se ha tomado la molestia de dejar su rúbrica, lo que implica un desafío racional. No vamos a perseguir a un lunático, a un fantasma, sino a una mente lógica y fría, capaz de responsabilizarse de la acción de matar, y de envanecerse de ello. En la sombra se oculta alguien que nos está desvelando, de manera explícita, de su puño y letra, por así decirlo, que Dimas Golbaro y Santos Hernández han sido dos de sus víctimas. Nuestra obligación, juez, además de resolver la autoría de los asesinatos, y prevenir futuras agresiones, deberá remontarse a las actividades criminales que hayan podido preceder a éstas. Porque, respóndame, si puede: ¿cómo sabemos que otros no han caído bajo la misma mano?

Cambruno emitió una suerte de jadeo.

—Posee usted una fantasía desbordante, subinspectora.

Martina no se inmutó.

—Esos otros a los que me refiero tan sólo hablarán desde el sepulcro. Quisiera pensar que no se debió a incompetencia en la investigación, pero desde este mismo momento me temo que podemos empezar a lamentar lo contrario. Estoy casi segura de que interpretaron ustedes por muertes accidentales lo que en realidad fueron, también, homicidios.

Cambruno carraspeó hasta encontrar el tono. Que fue desabrido:

—Me parece inaudito que usted, una simple subinspectora de la Jefatura de Policía de Bolscan, que jamás había puesto un pie en el delta, venga a darnos lecciones de instrucción criminal. ¿Quiénes, por cierto, fueron las víctimas desapercibidas por la Guardia Civil y por este viejo y torpe juez de Portocristo? ¿Y por qué habla en plural, como si estuviésemos rodeados de un número incierto de asesinatos sin resolver, y de criminales en régimen de libertad?

Martina encendió un cigarrillo.

—Aquí dentro no se permite fumar —relinchó Sobrino.

La subinspectora expulsó una argolla perfecta. La gélida atmósfera la compactó, antes de deshilarla en serpientes de humo. El timbre de Martina repercutió contra la clave de la cripta.

—Que yo sepa, juez, al menos otros dos varones han muerto en el plazo de un año. Gabriel Fosco, el farmacéutico, del que ya hemos hablado. Y el farero de Isla del Ángel, quien, al parecer, se despeñó desde un acantilado.

—¿Zuazo? —Estalló el juez—. ¿Se ha propuesto meter a Pedro Zuazo en el mismo saco?

—¿No contaría el farero, por casualidad, alrededor de sesenta y cinco años, como los demás? ¿Y, también por causalidad, no se despeñaría en una fecha coincidente con alguno de los últimos solsticios?

—¡Usted no está en sus cabales! —Bramó Cambruno, adelantándose hacia las escaleras—. ¡No me deja otra salida que hablar con sus superiores! ¡No pienso tolerar que siga jugando a la caza de brujas!

Sobrino, el embalsamador, intentó ayudarlo a ascender los empinados peldaños, pero el juez, espoleado por la ira, lo hizo por sus propios medios. Y no se detuvo. Cruzó la tienda sorteando los ataúdes y abandonó la funeraria como si tuviera urgencia de respirar aire puro.

Martina cubrió los cadáveres con los lienzos, apagó las luces de la cripta y subió las sórdidas escaleras de caracol. Sobrino se había parapetado tras el mostrador de la funeraria, desde donde la despidió con una mirada hostil. Cuando la subinspectora salió de La Buena Estrella, Antonio Cambruno se alejaba por la calle Mayor. Martina tuvo que correr para darle alcance.

—Aguarde un instante, juez. ¿Le he ofendido?

—¡Usted qué cree! —protestó Cambruno, sin mirarla ni dejar de caminar. Ahora lo hacía con mucha más viveza que antes, a tal punto que la contera de su bastón golpeaba con furia los adoquines de piedra—. Le recuerdo que no se encuentra en la capital, con todos esos ordenadores y expertos forenses. Aquí tenemos una determinada manera de hacer las cosas. Un poco lenta, quizá, pero eficaz.

Martina lo cogió por un codo. Unos paisanos transcurrían a su lado. De todos modos, la subinspectora alzó la voz:

—¿Por qué se resiste a investigar? Deje que los demás lo hagamos. Y colabore. Es lo mínimo que puede hacer.

El semblante del juez había palidecido. Se detuvo y dijo:

—En mis años de magisterio nunca me habían tratado con semejante falta de respeto. Nadie. Jamás.

La subinspectora lo vio alejarse por el centro de la calle, que, a pesar de su estrechez, era de las más anchas del pueblo. En el reloj de la iglesia parroquial

sonaban las doce. A Martina le pareció que el tañir de campanas emitía un eco fúnebre, como un toque de difuntos. Portocristo se le impuso como un lugar inhóspito, habitado por seres de otro tiempo que respondían al pulso de pasiones primarias, la venganza, el odio, un atrabiliario sentido del honor.

Se sentía agotada. Le fallaban las fuerzas.

Tuvo que apoyarse contra la pared de un estanco. Vio su rostro duplicado en la vitrina, entre las cajas de puros, y se preguntó si, en realidad, Martina de Santo sería sólo ese reflejo, la ilusoria proyección de otro ser desconocido.

El vértigo se le pasó, pero su paladar seguía exudando un sabor a hiel. El juez era sólo una mancha al fondo de la calle, que daba a las escaleras del Juzgado, cuando lo abordó el secretario Gámez. Ambos se volvieron a mirarla. Cambruno la señaló y agitó su bastón en el aire. ¿Era posible que la estuviera amenazando? ¿No estaría soñando?

Como para confortar su debilidad, acudió a su memoria una imagen de su amiga Berta jugando con la gatita *Pesca* en el jardín de su casa. Por un momento, le conquistó la idea de abandonar la investigación, coger el primer barco y regresar junto a ella, a la calidez y seguridad de su ámbito doméstico.

Pero un resto de obstinación ayudó a la subinspectora a recuperar su fuerza de voluntad. Encendió un cigarrillo, cuyo ardiente humo abrasó sus pulmones, y se encaminó a la posada. Necesitaba un café, hacer algunas llamadas y, sobre todo, pensar.

Regresó al Pájaro Amarillo por el camino de los acantilados. Desde lo alto se divisaba una mágica vista de la costa, el mar rompiendo con fuerza y, hacia el sur, los picos de la sierra, coronados por sombreritos de nieve como cucuruchos de limón.

—Tengo que usar el teléfono —dijo la subinspectora, frente al mostrador de recepción.

—En la sala —repuso Alfredo—. Le pondré línea.

El receptor era de baquelita, una auténtica antigualla. Al descolgarlo, una blanda sensación de cansancio invitó a Martina a descansar. Atribuyó su decaimiento a la falta de sueño. Desde que el ferry la había depositado en el puerto apenas habían transcurrido doce horas, pero era como si llevase en Portocristo jornadas enteras. En aquel húmedo paraíso de agua y luz el curso del reloj era mucho más lento que en la ciudad. «También para el asesino», pensó. «Ha tenido todo el tiempo del mundo para preparar sus crímenes. Y para ejecutarlos».

Marcó el número de la Jefatura de Policía de Bolscan. Desde centralita, un agente le comunicó con Adela. El comisario se encontraba en su despacho, pero en ese momento no podía ponerse. «Acabo de pasarle otra llamada», dijo la secretaria de Satrústegui. «Del juez Cambruno», añadió, con un cínico barniz.

La subinspectora dedujo que el juez había hecho real su amenaza. Aquella llamada a su superior sólo podía obedecer a su decisión de instruir una queja. Imaginó a Cambruno despachándose a gusto contra sus agresivos métodos, advirtiéndole a Satrústegui que en su jurisdicción no iba a tolerar desplantes como el que acababa de haber sido objeto. Sin embargo, no se alteró. Confiaba en el comisario. Satrústegui tenía a gala respaldar a su gente.

Marcó el número de Homicidios. El inspector Buj parecía encontrarse de mejor humor de lo que en él era habitual, pero enseguida la subinspectora pudo comprobar que se trataba de una falsa alarma. El Hipopótamo no se iba a convertir de la noche a la mañana en un príncipe azul.

—Se te echa en falta, encanto —dijo la pastosa voz del inspector, tomada por el alcohol—. Nuestra leonera no es lo mismo sin ti. Todos nos sentimos un poco huérfanos. Como si nos faltara una hermana.

—¿Ahora me ve como a una compañera? ¿Ya no soy un pedazo de carne?

—La hermana Martina... Me gusta. ¿Alguna vez quisiste ser monja, De Santo? A lo mejor en un convento encontrabas las respuestas a tus grandes preguntas.

—Ésta es una llamada de trabajo, inspector.

—Claro que sí, ricura. Ya sé que siempre estás de servicio. Que eres una adicta al Cuerpo. Pero algún día me gustaría saber qué hay realmente debajo de esa dura piel de mujer policía.

—Ya basta, inspector. No siga pasándose conmigo. Se lo advierto por última vez.

—No vayas a pensar que soy tan mala persona —rió Buj—. Yo también tengo sentimientos, aunque no lo parezca. Y no he descartado por completo que en un futuro no muy lejano lleguemos a apreciarnos sinceramente. Pero mientras llega esa fecha feliz cuéntame qué has estado haciendo en ese pueblaco, además de pasear el palmito.

Con frialdad, pero sin omitir ningún dato relevante, Martina le hizo un resumen de las pesquisas realizadas. Incidió en las marcas de los cadáveres, aquellos irregulares peces tatuados a punzón en el pecho de Dimas Golbardo y en la planta del pie de Santos Hernández.

—Quiero ver esas señales —dijo Buj—. Positiva las fotos y envíamelas. ¿Algún sospechoso?

—El asesino o los asesinos podrían ser pescadores del pueblo —reflexionó la subinspectora, subrayando el condicional—, pero también algunos de los jóvenes de la localidad, que han formado una especie de secta.

—¿Una secta? ¿De qué clase?

—No estoy muy segura. Algo así como una liga de artistas fracasados que organizan aquelarres y se imponen unos a otros pruebas físicas de admisión. Vigilancias, ayunos. Tal vez, torneos de resistencia al dolor.

—¿Cuántos miembros componen esa secta?

—Por lo que sé, alrededor de media docena de muchachos.

—¿Edades?

—La mayoría, en torno a los veinte años. Pero hay uno mayor, de unos cuarenta.

—¿El jefe?

—No lo sé.

—¿Cómo se llama?

—Heliodoro Zuazo. Lo apodan El Quemao.

—Búscalos y exprímelos. ¿Esos pardillos consumen drogas?

—Es posible.

—Quiero saberlo todo de ellos. Ponte las pilas.

La subinspectora colgó y marcó de nuevo el número de Jefatura. Desde la sección de archivo, Horacio Muñoz se alegró de oírla, pero pronto dedujo que el ánimo de la subinspectora se hallaba enervado.

—¿Dónde se aloja, por si tengo que localizarla?

—En la posada del Pájaro Amarillo.

—Suenan muy pintoresco.

—Aquí casi todo lo es. La hostería tomó el nombre de un biplano que cruzó el Atlántico en 1929. El piloto se fotografió con un grupo de niños del pueblo. Sospecho que, además de Dimas Golbardo, algunos de ellos han muerto en circunstancias poco

claras. Gabriel Fosco, farmacéutico. Pedro Zuazo, farero, y Sara María Golbardo, esposa del capitán Sumí. Anote estos nombres y procure reunir información.

—Ya veo que no va a darme respiro.

—Eso no es todo, Horacio. Necesito saber dónde y cuándo se han editado tres volúmenes de un sello editorial desconocido, Libros del Ángel. Un poemario de Elifaz Sumí, el catálogo de cuadros de Daniel Fosco y el libro de cuentos de Gastón de Born que usted mencionó en nuestra conversación de ayer.

—Tomo nota, subinspectora.

—Y una última cosa, Horacio. Quiero que averigüe todo lo que pueda sobre un individuo llamado Carlos Martel. Ha venido en mi barco y se aloja en mi posada.

—¿Demasiadas coincidencias, en tan poco tiempo?

—Hay algo raro en ese tipo.

—Quizá se trate de un secreto admirador. De otro hombre que lo deja todo por seguirla al fin del mundo.

—Hasta el fin del mundo, usted lo ha dicho. En eso último no le falta razón.

Martina colgó e intentó de nuevo comunicar con el comisario. Esta vez Adela, a regañadientes, le pasó con él. Satrústegui le comentó que no había novedades respecto a los crímenes, pero que, en otro orden de cosas, los muchachos de Estupefacientes estaban tras la pista de un desembarco de coca en esa zona de la costa.

—Un viejo conocido suyo, Pico Uriarte, podría estar detrás de la operación —agregó el comisario—. Debe contar con un enlace en tierra, de modo que abra bien los ojos. ¿Quién sabe? A lo mejor tienen ustedes un encuentro inesperado, y se le presenta la ocasión de saldar esa antigua deuda. ¿Cómo le va con el sargento Romero, Martina? ¿Mejor que con el juez Cambruno?

Martina justificó su comportamiento con el magistrado en base a su escasa colaboración. Después, reveló al comisario que en los cadáveres habían parecido unas extrañas marcas.

—Acabo de hablar con el inspector Buj. A lo largo del día intentaré enviarle las fotografías.

Satrústegui se mostró alarmado.

—Describame esas incisiones, subinspectora.

Martina lo hizo minuciosamente.

—Se trata del sello del criminal, con seguridad —opinó Satrústegui—. ¿Cuál es su interpretación?

—Por el momento —arriesgó Martina, pero con un fondo de prudencia en el tono—, me inclinaría a pensar que se trata del signo del infinito.

—Eso supondría que nos enfrentamos a un proceso seriado.

—Así es, señor. Su deducción coincide con la mía. Tengo la impresión de que

esto no ha hecho más que comenzar.

—No se exponga para nada, Martina —le aconsejó el comisario—. Limítese a trabajar con el sargento. Voy a enviarle refuerzos.

—Con el debido respeto, señor. Creo que puedo manejarme sola.

—Obedézcame, Martina. Limítese a secundar a la Guardia Civil. ¿Ha surgido alguna pista fiable?

—Ninguna. Romero y sus hombres dan palos de ciego. Aunque el sargento me ha asegurado que no encontraré nada, pretendo desplazarme a los escenarios de los crímenes, para comprobar si se les escapó algún detalle.

—Hágalo, pero no vaya sola. Y regrese de inmediato al pueblo.

La subinspectora colgó y volvió a descolgar para llamar a Berta, pero la línea se había interrumpido. Tuvo que salir de la cabina y solicitarla de nuevo, en recepción. Al ir a marcar se dio cuenta de que había olvidado su propio número. Esa clase de amnesias pasajeras únicamente solían afectar a sus datos personales: cuenta corriente, matrícula del coche, número del pasaporte. Rebuscó en su cartera hasta encontrar una hojita con sus códigos, número telefónico entre ellos, y marcó intentando despejar la premonitoria sensación de que algo anómalo había sucedido en su ausencia.

Nadie contestaba en su casa. Dejó sonar la señal, colgó y volvió a marcar. Transcurrido un rato, una voz masculina, que le resultó vagamente conocida, preguntó:

—¿Eres tú, querido?

—He debido equivocarme, lo siento.

—¿Martina? —la reconoció el dueño de la voz, cuya identidad fue abriéndose paso en el cerebro de la subinspectora—. ¿Es usted?

—¿Con quién hablo?

—Con su amigo Daniel Fosco. Sabrá perdonar mi confusión. Estaba esperando una llamada de mi compadre Elifaz. Desde anoche no sabemos nada de él. ¿Pero cómo está usted? ¡Cuánto me alegra oírla! ¿Se encuentra ya en Portocristo?

La subinspectora no acertó a replicar. Intentaba representarse al pintor en las habitaciones de su propia casa. ¿Desde qué supletorio estaría hablando? ¿Desde el salón, desde el dormitorio de Berta? La boca se le había quedado seca. Tragó saliva.

—¿Está Berta?

—Oh, claro. Pero, ahora mismo... Aguarde un segundo. Creo que iba a darse una ducha. Anoche, Berta, Elifaz y yo estuvimos de copas con ese marchante, Gustavo Adorno. Un falsario, ya le adelanto, como todos esos buitres... Me temo que Berta bebió demasiado. En realidad, todos lo hicimos. Cócteles margarita, nada menos... Yo mismo tengo la cabeza como un campanario. He venido temprano, para comprobar cómo se encontraba nuestra común amiga, si necesitaba algo. Ayer, créame, se puso enferma de verdad... No se retire. Acabo de oír un pestillo.

El supletorio hizo un chasquido. Martina recordó que la mesilla de noche de Berta tenía la superficie de chapa. Se trataba de un mueble exclusivo que su amiga había adquirido a un diseñador especializado en convertir domicilios en decorados de ciencia ficción. Contuvo el aliento porque le había parecido distinguir la voz de Berta. Muy tomada, como si estuviera afónica. No pudo entender sus palabras.

—Verá, subinspectora —dijo Fosco, en su lugar—. El caso es que Berta no está en casa. Supongo que habrá salido a despejarse al jardín, o a dar una vuelta. ¿Desea que le transmita algún recado?

—No será necesario —repuso Martina, esforzándose por aparentar indiferencia; en realidad, sentía una amarga decepción—. Volveré a llamarla esta noche.

—Es probable que tampoco estemos —adelantó Fosco.

El plural se clavó en alguna víscera de Martina. Su interlocutor pudo ser consciente de ello, porque, acto continuo, su tono se hizo más dulce, casi tierno. «Como el de un médico informando a su paciente de un mal irreversible», sentenció Martina.

El pintor añadió:

—Hemos quedado en el centro con Gustavo Adorno, para cenar. Está loco por Berta. Por su obra, no vaya a pensar.

A más de ciento veinte kilómetros de allí, Fosco emitió una risa álgida. Martina sintió que su mundo se tambaleaba. Fue consciente de lo lejos que se encontraba de su centro de gravedad.

—¿Sigue ahí, subinspectora?

Martina colgó y se dejó caer en uno de los sillones de cuero que conferían al salón de la posada una eclesial severidad. Los postigos, salvo uno, por el que se transparentaba una luz litúrgica, estaban cerrados. Un loro, cuya jaula no había visto antes, partía con el pico pipas de calabaza.

La fantasmal presencia de Alfredo Golbardo se materializó bajo el umbral.

—¿Pudo hablar? ¿Le dejó el lorito?

Martina no contestó. El cigarrillo le quemaba las puntas de los dedos. En su mente se iba formando una imagen de Berta desnuda, envuelta en toallas, mientras Fosco, tumbado en su cama, se burlaba de ella, de ellas...

—¿Cargo las llamadas a su habitación?

—Como quiera.

La subinspectora se hundió en el sofá. Para liberarse del peso que le oprimía, le hubiese gustado llorar.

No lo hacía desde la muerte de su padre. En aquella ocasión, tuvo que apelar a toda su entereza para no exteriorizar sus emociones.

Se había mostrado estoica frente al cadáver que ya no podía verla desde su capilla ardiente, pero después lloró la muerte de Máximo de Santo sola, en el coche aparcado

bajo los cipreses del cementerio, mientras los amigos del embajador entraban a dedicarle el último adiós, o salían de velarle. Su padre no había conseguido superar la muerte de su esposa, la madre de Martina, fallecida tan sólo unos meses antes que él, de un cáncer que la devoró con inusual rapidez. A partir de ese momento, Máximo de Santo apenas salió a la calle. Ocupaba el día bebiendo ginebra y pasando las páginas de álbumes de fotos en los que se sucedían paisajes de sus destinos diplomáticos, Mozambique, Chile, Filipinas. Alguna vez su hija conseguía arrastrarlo a un cine, o a un estreno teatral, pero era como si acomodara a su lado a una figura de cera. Mientras duró el buen tiempo, Martina lo instalaba en el jardín, en una mecedora, con una manta sobre las rodillas. Allí, bajo los tuliperos, contemplando sus ramas con una mirada ausente, volvía a encontrarlo al regresar de comisaría, la taza de manzanilla o el vaso de ginebra junto a sus pies, invadidos por las hormigas, y en el rostro aquella mórbida expresión resignada a dar la bienvenida a la muerte.

El embajador no podía dormir. Por las noches se encerraba en la biblioteca del ático —donde más adelante Berta dispondría su estudio—, para seguir bebiendo a escondidas y releer su carpeta de correspondencia, aquellas cartas de cancilleres y ministros cuyos remotos testimonios le devolvían restos de su pasado esplendor. Martina se esforzó hasta el final por combatir su apatía, pero todo fue inútil. Su padre había perdido las ganas de vivir.

Pronto iba a cumplirse el tercer aniversario de aquel día de Navidad en que le administraron la extremaunción. Máximo de Santo murió en sus brazos. Martina quiso creer que lo había hecho confortado por la perspectiva de reunirse con su madre... De no ser así, ¿por qué no luchó como le había enseñado a batallar a ella?

La muerte de su padre sumió a Martina en una cierta depresión. Rompió con Mario, un joven cónsul, destinado en Brasil, con quien venía manteniendo una intermitente relación por la que apostaba su padre —no en vano fue el embajador quien los había presentado en una recepción diplomática—, pero en la que ninguno de los dos protagonistas creía demasiado. Hasta entonces, la religión le había parecido a Martina una ingeniosa excusa para aceptar las miserias, el horror del mundo. Sin embargo, obsesionada por la estéril corrupción de los cuerpos de sus padres, llegó a establecer, bajo una sensación de culpa, que su agnosticismo les privaba del consuelo de la eternidad. Antes de depositar en el panteón claveles frescos, predilectos de su madre, y las rosas amarillas que el embajador cultivaba en el jardín, leía en voz baja unos versículos del Evangelio. Empeñada en la búsqueda de respuestas, discutió largamente con el cura comunista del distrito marginal de Montemolín, al sur de la ciudad, cuyas conflictivas calles, en largas jornadas de lluvia o sol, le tocaba patrullar de uniforme.

Su retorno a la fe sería breve.

Martina de Santo dejó de creer en nada que no pudiese ver o tocar, que no se

alzase a unos palmos sobre la tierra cuando su compañero de ronda y ella misma descubrieron en varios contenedores el cadáver troceado y envuelto en bolsas de basura de una niña de trece años, cuya desaparición había alarmado al arrabal. Por toda la piel se distribuían quemaduras y golpes. El asesino la había violado y sometido a tales vejaciones que los agentes más curtidos dudaron de su condición humana. Pero, como ya otras veces había ocurrido, el autor de la barbarie resultó ser un individuo normal, un tendero sin antecedentes delictivos, dueño de un establecimiento de ultramarinos que hacía las veces de panadería y charcutería. Un hombre casado y con hijos que vendía globos y tabletas de chocolate a la multirracial chiquillería de Montemolín. Sería capturado gracias a un testigo que lo había sorprendido con la niña por las inmediaciones de la estación suburbana. En un principio, se declaró inocente. Después, bajo la presión de los interrogatorios, empezó a contradecirse, a blasfemar y llorar, hasta que pidió perdón y confesó. ¿Por qué lo había hecho? No lo sabía. Dijo que, cuando caminaba con la chiquilla por las vías del tren, sintió deseos de acariciarla. Ella se resistió y echó a correr, gritando, hacia un túnel. En la oscuridad, la amordazó y la violó. Al darse cuenta de que había dejado de moverse, la golpeó y abrasó sus miembros con un mechero de alcohol. Regresó a su tienda, cogió el cuchillo que utilizaba para despiezar canales y segmentó el cuerpo. Envolvió los pedazos en bolsas, esperó a que cayera la noche y los fue desperdigando por distintos contenedores. Volvió a su casa, cenó y vio la televisión en compañía de sus hijos. Antes de irse a la cama, bebió un vaso de leche. Y pasó la noche durmiendo plácidamente junto a su mujer.

No sabía por qué lo había hecho... Era, dijo, como si una cortina de sangre le hubiese velado la mente...

Martina asistió al entierro de la pequeña. Todavía no habían atrapado al culpable. Durante el funeral, el odio de familiares y vecinos flotaba en la iglesia. La subinspectora sabía muy bien qué había dentro de aquel ataúd.

En lo más profundo de su ser esperaba algo, una súbita revelación, la promesa de una cierta justicia, pero cuando un muro de ladrillos terminó de sellar el nicho de la niña asesinada decidió no seguir engañándose. Allí no había nada más. Nadie más. Sólo la muerte y su repugnante cortejo. Entonces, un brazo la zarandeó. Hubo de soportar los improperios de la familia, cuyos miembros se sublevaban frente a lo que para ellos era una muestra de pasividad policial. Una más, acusaron.

Esa noche, Martina cenó en un restaurante chino. Todo el rato pensaba en la chiquilla muerta. Tuvo que esforzarse para tragar los bocados de cerdo con miel a través del nudo que se le había formado en la garganta. Luego se emborrachó en un bar y a punto estuvo de terminar acostándose con el primer hombre que puso empeño en ello. Aquel desconocido la besó en un coche del que al final tuvo que salir de manera violenta. Paradójicamente, cuando despertó, se sintió liberada de una pesada

carga. La sensación de culpa se había diluido y ella recuperaba su básica e imprescindible ambigüedad. Las cosas no eran blancas y negras, sino rosadas y grises como un fundido atardecer.

Una cierta melancolía se había apoderado de ella. Para sacudírsela, se esforzó en retomar la actividad. Descolgó de nuevo el teléfono para contactar con el sargento Romero, pero en el cuartelillo le dijeron que había partido en la lancha guardacostas; no había regresado aún. En ese momento, desde el salón de la posada, a través del ventanal, Martina vio a un joven que llegaba a caballo por la senda del acantilado.

El jinete apenas debía haber cumplido los veinte años. Dueño de una figura atlética, era delgado y bien parecido. El pelo, largo y oscuro, le caía por la espalda. Usaba botas, pantalones de montar y una sudadera de una universidad americana. Descabalgó de un salto y condujo la montura hasta la cuadra. Junto a las pacas de heno, en compañía de sus perros, fumando tranquilamente un cigarrillo, paseaba Martel.

La subinspectora pudo observar cómo ambos conversaban durante unos minutos. El joven jinete se agachó y, con un palo, dibujó unas rayas en la tierra. Martel borró las señales con las puntas de sus botos vaqueros, palmeó los hombros del otro y se marchó con sus perros, prado abajo.

Alfredo Golbardo, el posadero, volvió a entrar a la amplia estancia que hacía las veces de sala de estar. Lo acompañaba el muchacho del pelo largo y los pantalones de montar.

—Soy Teo Golbardo —se presentó—. Bienvenida a la posada del Pájaro Amarillo.

Martina se preguntó si sólo sería casual que todos los jóvenes del delta con los que había trabado contacto, Daniel Fosco, Elifaz Sumí, Gastón de Born y, ahora, Teo Golbardo, ofrecieran ese mismo aspecto desafiante y altivo, y, a la vez, sutilmente perverso, como el de ángeles caídos. La subinspectora se levantó y le estrechó la mano. Su viscoso tacto le inspiró prevención.

—He sabido lo de su padre. Lo lamento sinceramente.

Teo retuvo su mano.

—Ha sido algo horrible. Inimaginable. De una crueldad diabólica. Nunca imaginé que tendría que enfrentarme a una situación como ésta. Al ser hijo único he tenido que hacerme cargo de... Bueno, ya me entiende. Estamos conmocionados.

A la subinspectora no se lo pareció. Ciertamente, una intensa palidez acusaba en el rostro de Teo la gravedad de los acontecimientos, pero ese aire macilento, pensó Martina, podía deberse a que apenas habría descansado en las últimas horas.

La mano del joven se desprendió al fin de la suya, abandonando en su palma una pátina de sudor.

—Mi tío me ha dicho que piensa quedarse unos días. ¿Puedo ayudarle en algo? ¿Ofrecerle alguna travesía por las marismas, excursiones por la sierra?

La subinspectora reflexionaba a toda velocidad. Ni el joven Teo Golbardo ni su tío Alfredo habían dado muestras de saber quién era. Existían bastantes posibilidades de que se enterasen en muy pocas horas, en cuanto alguien, por ejemplo, les advirtiese de que la habían visto en compañía del juez, pero, pensando que le extraería más información, se decidió a correr el riesgo de adoptar una personalidad falsa.

—Tal vez. Soy documentalista. Tengo la intención de recopilar materiales para escribir unos cuantos reportajes sobre el delta.

El hijo de Dimas mostró un moderado interés.

—¿Para quién trabaja?

Martina citó media docena de revistas y publicaciones especializadas en temas de ecología y viajes.

—Permaneceré en Portocristo alrededor de una semana, a fin de estudiar sus ecosistemas. Es poco tiempo, pero no dispongo de más. En breve deberé partir hacia Namibia, para fotografiar sus parques naturales.

Aparentemente impresionado, Teo afirmó:

—El delta le gustará. Es muy rico en especies.

—Lo sé. He traído conmigo abundante documentación. Pero pretendo exponer a mis lectores algo más que un muestrario gráfico de la fauna y la flora. Otros temas me interesan desde un punto de vista antropológico. La pesca de ballenas, por ejemplo. Pero en este capítulo la información de que dispongo es escasa.

—Podría ayudarla a completarla.

—En sus actuales circunstancias, sería un abuso por mi parte.

—No diga eso —la contradijo el joven Golbardo, educadamente—. Mi padre era apreciado por el trato que destinaba a sus huéspedes. ¿Sabía que dedicó a las ballenas una buena parte de su vida? De grumete estuvo enrolado en barcos balleneros. Dio la vuelta al mundo en varias ocasiones. Después se estableció en Portocristo, pero el gusanillo de la caza podía con él. Cuando se oteaban ballenas, solía salir desde la costa con una cuadrilla de valientes que no dudaban en arponear lo que se les pusiera por delante.

—De eso debe hacer mucho tiempo.

—La caza de ballenas cesó hacia los años cincuenta —calculó Teo—, cuando se extinguieron los últimos ejemplares de la ruta migratoria, que discurría a escasas millas de la ría del Muguín. Mientras el negocio fue lucrativo, aquella playa tuvo bastante actividad. Llegaron a construirse embarcaderos y hórreos de utillaje. Mi familia acondicionó esos refugios como cabañas para turistas, que arrendamos a precios muy módicos.

—Podría servirme como base de operaciones. ¿Me alquilaría uno de esos bungalós?

—Por mí no habría inconveniente, pero le prevengo que no se han limpiado ni reparado desde que acabó la temporada. Solemos emplear los inviernos para ejecutar tareas de mantenimiento. De hecho, mi padre se dirigía hacia allí cuando...

Teo se interrumpió, entristecido. Martina sacó su pitillera y le ofreció un cigarrillo.

—Gracias. Entonces, ¿cuándo quiere ir?

—En cuanto esté lista.

—Le daré la llave de una de las cabañas. Acostumbramos formalizar un contrato y exigir por adelantado la mitad del abono. En su caso, bastará con que me facilite un número de tarjeta de crédito. Ya pagará a la vuelta, no se preocupe. Acompañeme al despacho de dirección.

Martina se dejó conducir hasta un angosto habitáculo con una pesada mesa atestada de papeles y una lámpara cuya pantalla arrojaba una verdosa claridad.

De las paredes de la oficina colgaban sencillas acuarelas y fotografías de época como la que decoraba la recepción. Una de ellas reproducía la imagen de un escuálido pescador enarbolando un arpón a horcajadas sobre una montaña de carne. La ballena cobrada reposaba a escasos metros de la orilla de una ría, sobre una superficie de piedra plana y brillante, como lavada por la marea.

Mientras se esforzaba por identificar el extraño olor, espeso y dulzón, que flotaba en el despacho, Martina señaló la instantánea.

—Dimas, mi padre —sonrió Teo, limpiando el cristal con un pañuelo que humedeció con su aliento—. Me concibió con más de cuarenta años, pero la diferencia de edad nunca supuso un obstáculo entre nosotros. Por desgracia, no conservamos muchas fotos tuyas. Ésta es mi preferida.

—Era guapo —sonrió Martina—. ¿De qué año es la foto?

—Debieron tomarla a finales de los cuarenta. Ésa fue una de sus mejores capturas. Vaya ejemplar, ¿no es cierto? La arponeó él solo, y sin ayuda la arrastró hasta la costa. No me pregunte cómo, porque no lo sé. Esa clase de hombres no ha vuelto a nacer.

—Ese lugar... parece fascinante. Me encantaría escribir sobre él. ¿Tiene algún nombre?

Teo hizo un gesto de aprensión.

—La Piedra de la Ballena. ¿Había oído hablar de ella?

Martina acababa de reconocer el olor adherido al tapiz de las butacas. Era marihuana, sin duda.

Teo apagó la voz.

—Mi padre apareció muerto allí. Lo asesinaron. Lo mutilaron. ¿Está segura de que todavía quiere alquilar la cabaña?

Martina fingió un desasosiego que estaba lejos de padecer.

—Si usted insiste en que un criminal anda suelto por esos parajes...

Teo volvió a cerrar los párpados. Cuando los abrió, sus pupilas irradiaban determinación.

—No lo estará por mucho tiempo. Voy a organizar una batida. Acabaremos con esa mala bestia en cuanto se nos ponga a tiro.

—¿No sería mejor que la Guardia Civil se ocupase del caso?

—Usted no se imagina el nivel de incompetencia. Los picoletos serían incapaces de encontrar una piedra en su propio zapato. ¿Por qué no se sienta?

La subinspectora permaneció en pie. El techo de la oficina era muy bajo. Detrás de la butaca que ocupaba Teo, en una estantería con libros de teatro y archivadores contables, distinguió, medio vacía, una botella de absenta.

El joven Golbardo mantenía las manos apoyadas sobre la mesa. Había enlazado los pulgares y los hacía rotar, exactamente como Conrado Satrústegui cuando comenzaba a irritarse.

—¿Se decide a alquilar la cabaña, entonces?

—Creo que sí. Debo hacer mi trabajo.

—Alerte al puesto de la Guardia Civil, si con eso va a quedarse más tranquila, pero sepa que nosotros andaremos cerca.

—¿Nosotros?

—Mis amigos y yo —aclaró Teo.

—¿Puedo preguntarle algo?

—Desde luego.

—¿Quién cree que mató a su padre?

Teo se tomó unos segundos.

—No lo sé, pero déjeme advertirle sobre un siniestro personaje que vive en Forca del Diablo, a unos pocos kilómetros de nuestras cabañas. Heliodoro Zuazo, el hijo del farero. Se quemó de niño, y quedó desfigurado. Físicamente, es un desecho. Me cabe la duda de que mentalmente también lo sea.

—¿Sospecha de él?

Teo respiró. La subinspectora tuvo la impresión de que necesitaba meditar las respuestas más de la cuenta.

—A mi padre lo mataron el pasado domingo. La noche anterior, la del sábado, yo había bajado al pueblo con un amigo, Gastón de Born. Estuvimos en la Taberna del Puerto, tomando unas cervezas y charlando de nuestras cosas. A eso de medianoche vimos aparecer a Heliodoro con una borrachera que no se tenía. Lo echaron del local, y él se dirigió a su barca, tambaleándose. Estaba en pésimas condiciones, pero es duro de pelar y pudo arribar a Forca del Diablo unas horas antes de que mi padre apareciese por las cabañas.

—¿Insinúa que le estaba esperando?

—No puedo asegurarlo, pero El Quemao tendrá que responderme a ésas y otras preguntas.

—¿Su padre se dirigió solo a la playa ballenera?

—Si yo hubiese ido con él, tal vez estaría vivo. Pero el domingo por la mañana no me encontraba demasiado bien. Me había acostado tarde, y con tragos. Imagino que mi padre prefirió no despertarme.

—No vale la pena que se atormente. En el caso de que le hubiese acompañado, a lo mejor también usted estaría muerto.

El rostro de Teo se coloreó de ira.

—No lo creo. Cuatro brazos... Mi padre ya no tenía vigor para repeler una agresión.

—Pero sí para patronear una lancha —observó Martina, atenta a sus reacciones.

—Así es. Lo hizo siempre, durante toda su vida. Verá, su aliento vital pertenecía al mar. En cuanto dejaba atrás la bocana del puerto, renacía. Por eso, cuando decidía llevar a cabo una travesía por su cuenta todos mirábamos hacia otro lado. Le aseguro que no corría peligro. Dominaba estas aguas.

El hijo de Dimas Golbardo abrió un cajón y entregó a Martina una llave de hierro.

—Tenga. Le proporcioné un juego al sargento, el único que estaba numerado, para facilitarles la investigación. Por lo que me ha contado el juez, han batido los bosques y la ría del Muguín, sin resultado alguno. Ya le dije que nuestro destacamento no se caracteriza por su eficacia.

—Sin embargo, no hace mucho intervinieron un buque cargado de cocaína. Lo sé porque salió publicado.

—Fue mérito de la Interpol. Los picoletos se limitaron a abordar el mercante. No puedo recordar a cuál de las cabañas corresponde esta llave, pero no importa, todas son iguales. Pruebe las cerraduras. Alguna abrirá.

—¿Cómo llegaré hasta la Piedra de la Ballena?

—Por tierra, no se lo aconsejo. Creo que hay tramos de carretera inundados. La mejor manera de arribar a la ría del Muguín sería contratar una lancha, y costear.

—¿Me recomienda los servicios de algún patrón?

Teo Golbardo no vaciló.

—El capitán José Sumí sería el más indicado para llevarla.

—¿Dónde puedo localizarle?

—Lo encontrará en la Casa de las Bugarvillas, a las afueras del pueblo, a unos dos kilómetros por el viejo camino de sirga. Dígale al capitán que va de mi parte. Es tío mío, y la tratará como merece.

La tarde caía sobre el delta.

Martina necesitaba respirar aire fresco, por lo que salió a caminar por los alrededores de la posada. Se alejó hacia los prados. Frente a ella, el mar se iba cubriendo de una espesa bruma. Anduvo un cuarto de hora por serpenteantes caminos. Más abajo, en la playa, ya lejos del pueblo, distinguió una edificación encalada, rectangular, de dos plantas, con un rótulo de neón en la fachada.

Descendió por una senda escarpada y se acercó al club. Un hombre de unos treinta años de edad y pelo rubio, corto y duro, estaba barriendo el balasto que daba acceso al Oasis. Se había quitado la cazadora, que colgaba del mango de un rastrillo. Su cuello brillaba de sudor.

La puerta del garito se abrió para dejar salir a una mujer envuelta en un quimono con un dragón bordado. Iba despeinada, como si acabara de levantarse, o no se hubiera acostado aún.

—¡Mueve el culo, Cayo! —gritó—. ¡Hay mucho que hacer en mi casa! ¡Que también es la tuya, para desgracia mía!

El tono, más que imperioso, despótico, pareció intimidar a su destinatario. Cayo dejó lo que estaba haciendo y desapareció en el interior del antro.

Puesta en jarras, con la cabeza ladeada como un ave de presa, la matrona se quedó mirando a Martina de Santo; preguntándose, tal vez, qué andaría buscando por aquellos parajes una elegante señorita de ciudad ataviada con sombrero y una gabardina entallada que hacía destacar la esbeltez de su cintura. Después se retiró y cerró de un portazo.

Aunque ya no era la bailarina en plena juventud que sedujo a Horacio Muñoz, Martina había reconocido en el acto a Rita Jaguar. Eran sus mismas facciones, aunque abotagadas por la obesidad y el paso de los años. La misma salvaje melena pelirroja que debió lucir en sus tiempos de gloria, junto a sus serpientes y sus biquinis de lentejuelas, antes de casarse con aquel desdichado carpintero de Bolscan y abandonar las candilejas. La subinspectora no tuvo ninguna duda. Se trataba de aquella misma leona que bailaba desnuda ante un escenario con palmeras pintadas, y que sabía sojuzgar a los hombres.

La subinspectora decidió dar un vistazo al local.

Tras cerciorarse de que nadie la veía, rodeó un seto de castigados ailantos, cuyas raíces se hundían en un compacto albero, allá donde la agreste playa había sido nivelada y aplanada para cimentar la construcción. A través de sus ramas se distinguía otro seto, éste más tupido. Martina avanzó hasta la parte trasera, protegida con una valla de ladrillo erizada de cristales y un cerrado portón que sólo debía poder abrirse desde el interior. Empujó un contenedor repleto de botellas rotas y lo apoyó

contra la pared para usarlo como atalaya. Por encima de la valla vio un jardín seco, una especie de estanque, o de fuente, con cuatro ranas de hierro expulsando chorritos de agua hacia los puntos cardinales y, en el centro, junto a una destartalada pérgola, un mísero escenario de café-concierto, con un piano y otros instrumentos abandonados al aire libre, como si los músicos fueran a regresar de un momento a otro. Una desvaída playa y dos marchitas palmeras, una a cada extremo, decoraban el pintado telón, anclado al escenario con una estructura de forja.

—¿Estás buscando algo, guapa?

Martina resbaló, y a punto estuvo de caer. Para evitarlo, se agarró a la tapia. Un dolor agudo la hirió. La punta de un vidrio se le había clavado.

—¿Ves, monina, lo que pasa por ser tan curiosa?

La voz, más bien masculina, había vuelto a sonar detrás de ella. Cayo la miraba con una tímida expresión, pero no era él quien había hablado, sino la mujer del quimono y el dragón bordado en el busto, que parecía ser su jefa. «O su dueña», pensó Martina.

—Buscaba la casa de un amigo —se excusó la subinspector, una vez en el suelo, frente a ellos.

La mano le sangraba. Se arrancó el cristal con los dientes, y con el pañuelo improvisó un rápido vendaje.

—¿Y a casa de un amigo entras a robar, so ladrona? —le espetó Rita Jaguar—. ¿Tendré que poner un cartel para gente de tu calaña? ¿No se te ha ocurrido pensar que ésta es una propiedad privada?

—Se trata de un error, créame.

El borsalino se le había caído. La subinspectora lo recogió y lo sacudió de arena.

—Mi amigo se llama Fosco, Daniel Fosco. Me proporcionó una dirección que he debido interpretar mal. Quizá ustedes le conozcan. Éste es un pueblo pequeño, al fin y al cabo. ¿Podrían decirme dónde vive? Y, de paso, ¿dónde queda el cuartelillo de la Guardia Civil?

—No conocemos a ningún Fosco —dijo Cayo, separando unos labios de color miel.

—¿Para qué quiere ver a los picoletos? —gruñó la madam.

—Para denunciar un robo —improvisó la subinspector—. Mi maleta desapareció del ferry nocturno. Mucho me temo que uno de los estibadores se la haya apropiado. Acepte mis disculpas, se lo ruego. Creo que encontraré la casa de los Fosco. Mi amigo me indicó que lucía dos palmeras en la entrada. Como las que tienen ustedes ahí pintadas, en el telón del jardín. Bonito escenario. ¿Hay fiesta por las noches? ¿Conciertos al aire libre?

—Una señorita como tú sabrá encontrar otras distracciones —opinó Rita—. A menos que estés buscando trabajo. —Sonriendo con lascivia, se ajustó el quimono.

Globosos y flácidos se insinuaron sus senos—. ¿Sí? ¿Era eso, gatina? Haber empezado por ahí. ¿Tenemos algún puesto vacante, Cayo?

—Aquí siempre hay trabajo, madre. Nos vendría bien otra camarera.

—¿Has oído? Si lo quieres, el puesto es tuyo.

—Lo pensaré —repuso Martina. Sentía deseos de alejar se, y de encender un cigarrillo, pero preguntó—: ¿Cuánto?

—Hablaríamos de un fijo, más comisiones y propinas.

—¿Qué tendré que hacer? ¿Poner copas? ¿Sólo eso?

—Déjame ver. Creo que debajo de esos trapos de marca se esconde algo que vale la pena.

Rita Jaguar la obligó a alzar la barbilla y le abrió la gabardina. Martina percibió su espeso aliento. Olía a tabaco y a algún licor dulce, pipermín, quizá.

—Podría servir. ¿Qué opinas, Cayo? ¿Cuánto pagarías por pasar un rato agradable con ella?

—Por favor, madre. Déjala ir.

Martina coincidió con su inesperado paladín en que había llegado el momento de retirarse y apartó las manos de la mujer, que se habían instalado en sus caderas con una posesiva presión.

—Volveremos a vernos, señora.

—Te estaremos esperando, bombón. No nos defraudes.

La subinspectora asintió, navegando sobre un océano de vejación, y se alejó por la playa. Cuando se dio la vuelta, Rita Jaguar y Cayo habían desaparecido.

Examinó su herida. Había dejado de sangrar, pero tardaría en cerrarse. Martina remontó una duna y se acercó a la orilla. La brisa marina le acarició la cara. Imaginó que a Berta le gustaría aquel paseo. «Tal vez podamos hacerlo juntas, más adelante», pensó. «Pasar unos días aquí cuando todo esto haya terminado».

Pero su mente no lograba fijar una cadena lógica. Su cerebro vagaba y cambiaba de orientación como las nubes del horizonte, prendidas de las bajas presiones en una línea de vapor azulado. Si había algo que la subinspectora, hecha al rigor, a la disciplina, odiara, era la tiranía de la dispersión. Aquel caso se estaba revelando cada vez más complejo. Martina tenía la intuición de que todo cuanto había sucedido en las últimas horas estaba relacionado entre sí, como las piezas de un rompecabezas, según diría su amigo Horacio. Pero, ¿cuál sería la clave principal, la llave maestra?

La subinspectora caminaba ahora más deprisa. Había sepultado la cabeza entre los hombros, como acostumbraba hacer cuando necesitaba concentrarse. Apenas reparó en que sus pies se hundían en la arena húmeda. Las vueltas de su impecable pantalón se habían chipiado, pero se limitó a quitarse los zapatos y a continuar andando, ensimismada.

¿En qué año habían asesinado al carpintero? ¿Cuándo se había sobreseído el

caso? Tenía que existir una razón por la que esa mujer, Rita Jaguar, hubiese abandonado la ciudad para comenzar una nueva vida en un pueblo perdido, lejos de la capital, más lejos aún de su pasado. Un misterio que permanecía sepultado en la tumba del carpintero. ¿Dónde había dicho Horacio que estaba enterrado Jerónimo Dauder? En el cementerio de Bolscan, sí, a pocas calles del nicho donde reposaba el cuerpo de su primera mujer, a la que él había dado muerte. Alguien la vengaría, años después. Alguien sorprendería a Dauder en su carpintería y le rompería el cráneo a martillazos. ¿Quién?, había preguntado Horacio Muñoz.

El sol se ocultó tras las nubes, oscureciendo el agua y provocando un efecto de cónica luminosidad. En el centro de ese reflectante vértice, mar adentro, una líquida sombra nadaba sorteando las grandes olas. La subinspectora admiró su arrojado, pues el agua estaba fría y las corrientes debían implicar un serio peligro. La cabeza aparecía y desaparecía, pero los brazos no cejaban en su rítmico movimiento.

Cuando estuvo más cerca, a unos cincuenta metros de la orilla, la subinspectora adivinó que la nadadora era una mujer.

La espuma azotaba su melena, confirmando a la natación una plasticidad heroica, de desigual enfrentamiento con el mar. A ratos daba la impresión de que iba a desaparecer, arrastrada por la resaca, pero volvía a emerger una y otra vez. Cuando hizo pie aprovechó el impulso de una ola para deslizarse hasta la playa.

Martina vio salir del agua, a la carrera, alzando con sus rodillas espumones de agua, a una chica morena, apenas una niña. Estaba desnuda, y sonreía, feliz.

Pero esa sonrisa, intuyó la subinspectora, no iba destinada a ella, sino a alguien que debía estar situado en algún lugar a su espalda. Martina se giró, convencida de no hallarse sola en el arenal; sólo pudo ver las ondulantes dunas y, a lo lejos, la fachada blanca de la casa del placer, con su rótulo de neón encendido.

—Hola —dijo la chica.

Su belleza resultaba casi dolorosa. Tenía el pelo negro y la piel bruniada por el sol y la sal, pero en el centro de su hermoso rostro los ojos eran como piedras gastadas. Martina había aprendido en las calles a distinguir el origen de ese mortecino resplandor. Las miradas de los jóvenes marginales emitían esa misma y opaca luz.

Un poco más allá, junto a las dunas, la nadadora había doblado su ropa y una desteñida toalla. La desplegó y empezó a frotarse. Martina se acercó a ella lentamente, con una sensación de pudor frente a su desnudez.

—Hubo un momento en que creí que la resaca iba a poder contigo. Decidí quedarme cerca, por si necesitabas ayuda.

—Ah, no. Conozco el mar. De todas formas, gracias.

—¿No tienes frío?

—Siempre me baño desnuda, excepto cuando estoy enferma. Aunque, en realidad, nunca lo estoy. —La niña adoptó un tono sarcástico—: Mamá se preocupa

de darme mis medicinas.

Volvió a reír. Pero era una risa cansada, que burbujeaba en su garganta, propia de una persona de más edad.

Martina comentó:

—El agua debe estar helada.

—Todavía guarda el calor del verano. A partir de enero estará aún más fría. No eres de por esta parte, ¿verdad?

—Soy de Bolscan. Trabajo en una revista.

—Me chiflan las revistas. En casa recibimos algunas. Todas de cotilleo. Modelos y toreros, y también todas esas putitas que salen a pescar millonarios con yate.

—En realidad, mi publicación se dedica a otros temas. Ecología, naturaleza... He venido a observar a los pájaros. ¿Puedo preguntarte a qué te dedicas?

La niña dejó de secarse los muslos y señaló el arenal.

—Trabajo allí.

—¿En ese club, El Oasis?

—Ajá. Si alguna vez vienes, no tienes más que preguntar por Celeste.

La subinspectora encendió un cigarrillo. Las manos le temblaron ligeramente.

—Perdona, no te he ofrecido.

—Aguarda a que me vista y te cogeré uno.

Frente a la belleza bruta y natural de la chica, la subinspectora se sintió insegura, como si su sofisticación de mujer urbana, en lugar de proporcionarle confianza, la enconsertara. De repente, vio algo que la conturbó. La mujer-niña tenía señales cárdenas en las muñecas, y un hematoma en el cuello en forma de argolla.

—¿No te importa que te vean desnuda?

Celeste sonrió.

—Al contrario. Me gusta.

Había terminado de secarse el pelo. Su cuerpo, proporcionado y elástico, turbador, abundaba en las formas rotundas de una muchacha. Tenía unos pechos perfectos. Comenzó a vestirse. Primero, unas diminutas bragas blancas. Después, un sencillo vestido de algodón y unas alpargatas de esparto.

Al ajustarse el vestido, un pasador de pelo que debía haber guardado en uno de los bolsillos cayó a la arena. Martina lo recogió. Tenía un diseño llamativo, con una serpiente enroscada cuya bífida lengua sobresalía en dorados filamentos. La subinspectora había intervenido en numerosos casos de robos de joyas. Aquella pieza tenía toda la apariencia de ser auténtica.

—¿Oro? —preguntó Martina, sosteniendo el pasador entre los dedos.

Celeste asintió.

—Los ojos de la serpiente son dos brillantes. Me lo regaló Rita, hace unos días, para mi cumpleaños. Ella sigue siendo muy guapa, pero apenas se pone sus joyas.

Dice que en mí lucen mejor.

—Debe apreciarte mucho para hacerte un regalo tan personal.

—Supongo que sí. Pero no tiene nada de raro. Es mi madre.

—¿Siempre lo dejas así, en la playa, escondido entre la ropa? ¿No temes que te lo roben?

—La gente es legal. Venga ese cigarrillo. Tengo unos minutos, antes de volver. ¿Me ayudas con el pasador?

La subinspectora se situó detrás de ella y le recogió la melena, que le caía en húmedas crines.

—¿En qué te ocupas, en el club?

—Siempre hay faena. Mi hermano Cayo ayuda bastante, pero hay que hacer las camas, el bar, la comida para las chicas... Y luego están la lavandería, la costura... En fin, que soy una esclava.

—Tantas mujeres lo son —divagó Martina—. Por eso, a muchas les gusta estar solas. Resulta más positivo que mal acompañadas. No te conozco, pero aseguraría que te atrae la soledad.

Celeste fumó con ansiedad. La nicotina avivó sus pupilas con un resplandor febril.

—Mi madre siempre está gritando. A Cayo, a las chicas, a esos horribles hombres que... Me gusta el silencio. Huyo de las voces, de los gritos. Es una suerte que al mar nunca le hayan enseñado a hablar.

Celeste hizo una pausa para atarse las cintas de las alpargatas, y añadió:

—No sé explicarme. Al nadar es como si me limpiase por dentro. Como si todo lo sucio desapareciera en cuanto entro en las olas. No hay nada que se le pueda comparar. ¿Por qué no vienes a nadar conmigo?

—No creo que fuese capaz.

—¡Vamos! Nadaré todo el rato a tu lado. Si te encuentras mal, me haces una señal y te arrastro hasta la costa. Eso, o nos ahogamos juntas.

Martina sonrió. Acababa de tener una romántica visión de dos mujeres sumergiéndose con las cabelleras enredadas hasta el fondo del mar. No había dejado de observar el rostro de la niña, cuya espontaneidad invitaba a asomarse a su interior. Sin embargo, dentro de aquel pozo el agua no era clara.

La subinspectora decidió levantar de golpe una baza:

—No me gustaría protagonizar un nuevo accidente. Parece que en los últimos tiempos se están produciendo demasiados percances en el delta. El sargento de la Guardia Civil, con quien acabo de hablar, para denunciar un robo, me ha dicho que algunas de esas muertes podrían responder a crímenes premeditados. Pero no deben tener ni la menor idea de quién los ha cometido.

Intuyó que la niña se ponía en guardia. Celeste hizo ademán de despedirse, pero

todavía preguntó:

—¿Qué te han robado?

Martina se encogió de hombros.

—Objetos personales, sin mayor valor. Parte del equipaje que traía conmigo en el ferry. El sargento y sus hombres van a estar dedicados a resolver esos horribles asesinatos que les traen de cabeza, por lo que no creo que piensen ocuparse del hurto de mi maleta. ¿Para qué quejarse? Es comprensible que la Guardia Civil conceda prioridad a resolver las muertes de hombres del pueblo. Se los cargaron el domingo, creo. ¿Cómo dijo ese sargento que se llamaban? Sí... Dimas Golbardo y Santos Hernández... ¿Te suenan?

La chica palideció bruscamente. Fue como si de sus mejillas se hubiese retirado la sangre.

—¿Alguno de esos nombres te dice algo? —insistió la subinspectora.

—Ahora tengo que marcharme —murmuró Celeste, mirando por encima de los hombros de Martina, hacia el horizonte de arena.

A sus oscuros ojos había aflorado un huidizo reflejo, como el de un cervatillo acechado; otra vez Martina tuvo el palpito de que cerca de allí había alguien más, vigilándolas. Pero el arenal, salvo unas cuantas gaviotas, estaba desierto.

—Rita me espera. Me ha gustado conocerte.

—Y a mí.

Celeste le apretó la mano.

—No tengo demasiadas amigas.

—Tampoco yo —repuso la subinspectora, pensando en Berta. Cada vez estaba más segura de que algo se estaba rompiendo definitivamente entre las dos.

Celeste echó a correr por la playa. Martina se quedó quieta, sintiendo en los dedos el calor de su piel. Iba a gritarle que se detuviera, que deseaba seguir hablando con ella, pero otra vez el pudor la detuvo.

La mujer-niña se volvió para decirle adiós con un gesto. Luego siguió corriendo y desapareció detrás de las dunas.

Carlos Martel pasó la tarde durmiendo. Al caer la noche, se puso otra de sus camisas de hilo y un pantalón que había hecho planchar y abandonó la habitación.

En la recepción del Pájaro Amarillo volvió a coincidir con la mujer del ferry. Supuso que también ella se alojaría en la posada. Debía regresar de la playa, porque llevaba los zapatos y los pantalones calados. Acababa de pedir línea telefónica, y parecía agotada.

Martel salió a la oscuridad. Orilló el pueblo por la senda de los acantilados, apenas iluminada por la luz de la luna. Siguió por las praderías, cuyo mar de hierba el viento hacía ondular, y fue descendiendo hacia la playa del Puntal, hasta El Oasis.

El interior del local estaba en penumbra. Olía a una mezcla de sexo y serrín.

Martel atravesó la sala, se dirigió a la barra y trepó a un taburete, del que quedaron colgando sus botas vaqueras. Saboreó un Carlos III —«Tres palitos», había ordenado— y, sin darse respiro, un ron con hielo y una deshilachada rodaja de limón que antes debía haber flotado en otros vasos. El trago era costoso, y de marca incógnita, pero no le importó.

Una de las putas se le acercó para darle carrete. Martel la invitó a un benjamín. Ella estuvo un rato tanteándole. Luego, con el pretexto de que dentro de la sala hacía calor, lo atrajo a una suerte de pérgola.

Una tarima se erguía bajo las estrellas, sobre la pura playa. Aquel tenderete recordó a Martel las fiestas de los pueblos, el olor a churros, las trompas de moscatel. El telón, acariciado por la brisa nocturna, lucía una playa amarilla, un cielo azul y, a los lados, palmeras pintadas de verde aceituna. La orquesta languidecía. «De hambre, de frío», pensó Martel. Sólo la cantante, una mujer pelirroja, gastada, de profunda y rascada voz, defendía la magia de las melodías de amor.

—¿Y esa reinona? —preguntó Martel, calibrando los grandes pechos de la intérprete, que oprimían su escote de lamé.

—Rita, la madam —contestó la chica.

—¿Por qué actúa a la intemperie?

—Se empeña en hacerlo. Cada noche, aunque no haya nadie. Le gusta cantar bajo las estrellas.

Martel pareció aprobar esa costumbre.

—Me va el romanticismo en la mujer. Todavía no me has dicho tu nombre.

—Nadia.

—Me refería a tu verdadero nombre.

—Ése es.

—Todas os lo cambiáis.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—¿Cuántos años tienes?

—Adivínalo.

—¿Veinte?

—Tengo suficiente edad para saber qué me conviene.

—La gatita enseña sus uñas. Demasiado vieja para mí.

«Y decididamente vulgar», pensó Martel. La voz gutural de la madam entonaba un bolero. Nadia le sacó a bailar. Hacía frío. Martel la atrajo hacia sí, aburrido. Antes de besarla, le dijo que le recordaba a una novia con la que anduvo encelado. Nadia no permitió que la besara en los labios.

—¿Te parece que vaya a contagiarte alguna enfermedad? —se airó Martel.

—Bailas muy bien —dijo ella, sobándole la nuca, para calmarlo.

—Tengo otras habilidades —se engalanó el hombre—. Vamos a dar una vuelta y te las mostraré.

Salieron del club por la puerta de atrás. Entre el burdel y el mar se extendía un oscuro arenal.

El resplandor de la pérgola se desvaneció en la negrura de la playa. Nadia se protegía los hombros con un chal. Después de caminar un rato, Martel se sentó en la arena.

—¿Tienes miedo?

La chica negó con la cabeza, pero estaba asustada.

—Quiero que bailes —dijo Martel—. Y que lo hagas desnuda.

Ella vaciló.

—¿A qué esperas? Desnúdate.

Nadia dejó resbalar el vestido y empezó a moverse al ritmo de la lejana música. Se oía el rumor de sus pies cepillando la arena. Se oía el mar.

Martel encendió un cigarrillo. La brasa hizo brillar sus ojos. Se puso a hablar solo, inaudiblemente.

La música cesó.

—Debe ser medianoche —dijo Nadia—. Rita y los músicos hacen un descanso, para cenar.

Los ojos de su cliente la hicieron temblar.

—Estoy helada —murmuró—. ¿Qué más quieres que haga?

Martel la miraba en silencio.

—Tú eres la profesional.

—Deberíamos volver. Hay habitaciones en el club. Puedo conseguir una. Te haré lo que quieras. Dicen que soy muy buena.

—A lo mejor luego me apetece.

Martel se puso en pie.

—¿Has estado en África?

—No —repuso Nadia, sin poder controlar un escalofrío—. Nunca he salido de aquí.

Recogió el vestido y se lo fue poniendo. Primero, una manga; luego, despacio, la otra. De improviso, rompió a correr hacia las luces. Martel le dio alcance sin dificultad. Para tranquilizarla, le contó que las playas africanas no se parecían a las de Portocristo. Le habló de las mujeres árabes. De cómo se podían comprar. De su sumisión. De cómo sabían odiar.

Regresaron al club por la puerta trasera. Martel atravesó el jardín, enderezó la barra y pidió a la camarera una copa de Carlos III. «Tres palitos», dijo, encaramándose a otro taburete.

La gramola emitía un pasodoble. Varias de las chicas bailaban apretadas en el centro de la pista, bajo una bola espejada de estroboscopios reflejos. Nadia se había sumado a ellas.

Apenas había clientes. Unos pocos hombres mataban el rato al abrigo de los reservados, conversando, bebiendo, eligiendo mujer.

La pelirroja madam se arrió a Martel. El vestido de lamé dejaba al descubierto unos hombros grasos.

—¿Qué veo? ¿Un corazón solitario anda suelto por mi club?

Martel la invitó a sentarse.

—Quizá la estaba esperando. Me he entretenido en calibrar el género. ¿Una copa?

—No acostumbro a beber con los clientes.

—A veces es bueno hacer excepciones.

Martel sacó un fajo de billetes e indicó a la camarera:

—Sírvale a la emperatriz, hágame el favor.

Bajo la capa de maquillaje, Rita Jaguar sonrió. La camarera le preparó un cóctel de pipermín. La madam aceptó un cigarrillo y se humedeció los labios en el líquido verde y brillante.

—¿Cuánto? —preguntó Martel.

—Esta noche me siento generosa. Debe ser por la Navidad. Ahórreselo. Pague lo suyo.

Martel apuró media copa de brandy.

—Me refería a usted. ¿Cuánto?

—Ah, era eso —rió Rita, echando atrás la melena aleonada—. Acabo de decirle que no suelo alternar. Mucho menos lo otro.

—Todo tiene un precio —insistió Martel.

La mirada de la madam era impávida. Martel se atusó el mostacho.

—Usted elige siempre, ¿no? Para eso es la reina del lugar.

—Sólo necesito macho cuando otro me ha bajado la guardia —repuso Rita, jugando con los flecos de su vestido de noche—. Me gusta el hombre entero, que no

se achanta.

—Tengo más —dijo Martel, desplegando los billetes encima del mostrador, como una baraja—. Para algo que sea realmente especial. Yo también quiero celebrar la Navidad.

Rita lo miró morbosamente.

—¿Cómo de especial? ¿Un trío?

—Estoy seguro de que es usted una mujer de recursos. ¿Por qué no me sorprende con algo más original?

Una mirada canalla anidó en los ojos pintados de la madam.

—¿Le gustaría hacérselo con una virgen?

Martel estalló en una risotada.

—¿Es que hay alguna, por aquí?

—Mi alcoba puede ser una caja de sorpresas.

La madam bebió un sorbo, sacó del cóctel el sombrerito de papel y lo alisó con una uña rota. Utilizó un pintalabios para escribir una cifra de cinco números.

—Precio de amiga —dijo—. Por una virgencita de quince años, linda y pura como una diosa. Piénselo con calma. Estaré arriba, en mi habitación. No tenga prisa.

Al cruzar la pista de baile, Rita susurró algo a Nadia. La chica observó de reojo a Martel y siguió bailando con su compañera, otra muchacha de piel reluciente, mulata clara, con el pelo en trencitas y unas corvas altas de hembra encendida. Asegurándose de que Martel las miraba, Nadia la ciñó por la cintura y la besó en la boca. En la caleidoscópica penumbra, Martel pudo ver cómo las manos de la mulata buscaban los pechos de Nadia y los acariciaban debajo del vestido. La bragueta se le alborotó. Agarró la botella de coñac y saltó del taburete.

—Andando, morita. El amor es tirano.

Nadia le siguió. Martel la había cogido de la mano. Abandonaron la sala por una puerta forrada de cuarteles de eskay punteados con clavos dorados y subieron a la segunda planta por una escalera angosta, mal iluminada por una bombilla desnuda.

—¿Dónde? —preguntó el hombre.

—La habitación de madam es la última.

Nadia llamó con respeto. Mientras aguardaban, Martel deslizó la yema de un dedo por su mejilla, satinada de maquillaje.

—No quisiera dejarte tan pronto, pero me han ofrecido un bocado más exquisito.

—Los viejos prefieren la carne tierna —repuso ella, sin expresión—. Los que pueden pagarla, claro.

La puerta se abrió. Una luz rosada bañaba la estancia. La madam había sustituido su vestido de lamé por un quimono con un dragón bordado y unas recamadas chinelas. Sus piernas eran fuertes y cavas, como de bailaora. El busto pugnaba por desbordar el escote, lo que le obligaba a ajustarse el batín.

Por las paredes, del suelo al techo, se veían fotos de Rita Jaguar actuando en escenarios de café concierto. Más joven, exhibiendo un cuerpo pleno y elástico, aparecía sin ropa, o en tanga de lentejuelas, como una libidinosa Kali. La avidez sexual se adivinaba en sus dientes. Y una enorme boa se enroscaba a su cuerpo.

—Eva y la serpiente —dijo Martel—. Sólo falta el paraíso, pero se puede comprar. Casi todo se puede comprar.

Avanzó hacia la cama y, como quien deposita una ofrenda, se inclinó para repartir un abanico de billetes a los pies del edredón. Pero tuvo que retroceder de un salto. A la vera del lecho, un crótalo acababa de estrellar su amarilla cabeza contra la urna de un terrario.

—Se llama *Leila* —musitó Rita—. Es un amor. Mi mejor amiga. Ha estado siempre conmigo. En los malos y en los buenos momentos.

La madam recogió el dinero, lo contó y lo guardó en un cofre, sobre el tocador.

—Puede ponerse cómodo, el caballero.

Martel se repantigó en un descalzador. No había lámparas. Las pantallas debían estar ocultas detrás de los muebles. Rita encendió palos de sándalo y los cirios de un candelabro.

—Vete, Nadia.

La muchacha obedeció y abandonó la alcoba. A su vez, Rita desapareció tras una cortina de terciopelo. La rosácea emanación lumínica se extinguió; sólo restaron las parpadeantes llamas de las velas para conferir a la estancia un aire de capilla consagrada a los afiches que enaltecían a Rita Jaguar, felina y sensual, y a sus inseparables víboras, profanando su carne. Los cirios iluminaron un anaquel con vírgenes de escayola. Lejos de purificar la estancia, esas tallas acentuaban el perverso ambiente del santuario.

La cortina de terciopelo osciló y una niña apareció en el dormitorio. Llevaba un camisón blanco y el pelo recogido por una corona de flores.

—Se llama Celeste —dijo Rita, empujándola hacia el lugar de Martel—. Desnúdate, pequeña.

Se hizo tal silencio que el camisón, al caer al suelo, sonó como una tela rasgada.

Celeste empezó a moverse con una sensualidad ensayada, como si estuviera luciéndose ante un público. Cuando bailaba, se imaginaba a sí misma nadando en el mar. A medida que un inaudible ritmo crecía en su interior, según escuchaba la música de las olas, el compás de la marea o los submarinos ecos del arrecife se contoneaba más y más, sinuosamente, como un pez pugnando por escapar de la red. A Martel le fascinaron sus brazos como algas flotantes, sus temblorosos pezones de muchacho.

La madam abrió una cajita de aluminio y acercó una vela a una cucharilla que al calentarse al fuego fulgió como si fuera de cobre. Luego, con parsimonia, preparó la

aguja.

A un gesto de su madre, Celeste se tumbó en la cama y se dejó inyectar. Inmediatamente, se abandonó a una soñadora languidez. Rita desanudó la cinta de su antebrazo, donde había bombeado la vena, y volvió a colgársela a una de las vírgenes, como si fuera un amuleto.

—Están bendecidas —dijo, sosteniendo la jeringuilla vacía—. ¿Usted?

Martel se opuso con un vigoroso movimiento.

—¿Heroína?

—Morfina.

—¿Quién le pasa el material?

—Eso no es asunto suyo.

Rita guardó el estuche metálico en un cajón del secreter.

—Le ayuda a olvidar.

—Es tan joven —reprobó Martel—. ¿Para qué necesita el olvido?

—Hay cosas que usted no sabe. Que nadie sabe ni debe saber.

—¿Secretos de familia?

—Caliente —sonrió la madam; a Martel le pareció que con un jerárquico orgullo, como si fuese depositaria de un secreto cuya transmisión dependiera de su voluntad.

El quimono se abrió y fue resbalando por las carnes de la madam. Martel pudo ver las fauces del dragón arrugándose como una máscara de papel.

Desmedido, blanco, el cuerpo de Rita exhibió unos pechos caídos y una grieta cárdena, sin vello, señalando su caverna sexual. Mientras Celeste gemía y se retorció en la cama, la cabaretera bailó con torpeza, acariciándose las tetas, las nalgas.

—Es hora de dar de comer a *Leila* —anunció.

Se inclinó sobre el terrario y abrió la urna. Martel observó al crótalo reptar sobre sus hombros, en la bicéfala ilusión de un diablo repetido. Rita permitió que el reptil se enroscara alrededor de su cuello, animándole a deslizarse hacia su sexo la dura viscosidad de su lengua.

—Es hora de comer, *Leila*. Hora de comer... Martel no fue consciente de que el cigarrillo se le había caído, ni de que él mismo había resbalado del descalzador. Las rodillas se le clavaron al suelo de mosaico, que transmitió un frío agudo a su médula espinal.

La madam se le fue acercando, insinuándose, hasta que la cabeza del reptil estuvo tan cerca de él que Martel pudo leer la muerte en sus pupilas de metal lavado. Quiso salir de allí, abandonar aquella cárcel de repulsión y locura, pero se quedó quieto, hipnotizado por el peligro. Un aliento insano como la caricia del mal pareció flotar en la alcoba, pero era tan sólo la brisa nocturna, cuyo soplo acababa de abrir una ventana. Al fondo se adivinaban unas nubes rojizas flotando entre la fantasmagórica luna. Martel cerró los párpados, atemorizado. Cuando volvió a abrirlos, la serpiente

avanzaba hacia la cama donde Celeste se agitaba en visiones que parecían habitarla.

Rita Jaguar permanecía inmóvil, desnuda y grotesca junto al candelabro, como una vigilante vestal.

—Es hora de comer, *Leila*. Hora de comer...

De pronto, la madam se fue hacia el hombre, se arrodilló, le abrió el pantalón, le sacó el miembro, lo templó, lo engulló. Martel dio un grito de salvaje placer.

Leila reptaba sobre el lecho. Con sus escamas de oro líquido cubrió a Celeste, montándola como un amante dominador.

La niña la rodeó con sus piernas. El monstruo disparó su cuello entre sus muslos. Martel volvió a gritar, pero esta vez su voz, ahogada por una materia gelatinosa que le crecía en la garganta, apenas brotó.

Ese quejido suyo se confundió con los agónicos jadeos de Celeste. La mujer-niña había puesto los ojos en blanco y era presa de espasmos. Su negra melena golpeó a uno y otro lado de la cama, hasta que sus manos se aflojaron sobre el viscoso lomo que la estaba poseyendo, y pudo desvanecerse en un sueño intranquilo.

La madam encerró a la serpiente en el sarcófago de cristal e indicó a Martel que había llegado su turno.

—La pequeña es suya. Haga con ella lo que le plazca. Puede montarla por detrás, no se rebelará. Puede azotarla.

Martel parpadeó, excitado. Seguía con el miembro erecto y la piel del escroto tensa como un tambor. Bebió un trago de la botella de coñac y se palpó los muslos, como si quisiera evaluar su propia potencia. El licor le resbalaba por la barbilla y el pecho, humedeciendo su vello púbico y haciéndole arder la base del pene. Bebió un trago y otro, hasta aturdirse, y se arrancó.

Mientras el hombre avanzaba hacia la cama, la alcoba quedó en un silencio desprovisto de cualquier significado, de toda esperanza, seco y mortal como el que debe reinar en el infierno. La carne inocente recibió toda su desesperación y su odio. Rita tuvo que frenar el brazo de Martel, para que dejase de azotar a la niña. Después la montó una vez más y siguió bebiendo hasta caer redondo.

Cuando despertó, en la habitación no había nadie. La cera de los candelabros se había derretido. El reptil dormitaba ovillado en su sepulcro de cristal. Las arrugadas sábanas testimoniaban el salvaje encuentro que sobre ellas había tenido lugar. Unas gotas oscuras sobre la almohada removieron la conciencia de Martel, acusándole de la violencia con que había sometido a la criatura. La madam la había encadenado del cuello, como a un animal núbil.

Martel recuperó sus ropas, amontonadas a los pies del descalzador, comprobó que nada faltaba en su cartera y se fue vistiendo. Aturdido por la resaca salió de la alcoba, recorrió el pasillo, con las puertas de las habitaciones cerradas, y bajó a la sala. Apenas había luz. Un hombre taciturno, de pelo rubio muy corto, recogía los vasos de

la barra. Martel tropezó con las mesas antes de encontrar la puerta de salida.

Una racha de viento frío lo despejó como para atreverse a enderezar el sendero que ascendía al acantilado. Tenía prisa por regresar a la posada, darse una ducha caliente y tumbarse a dormir.

En la cima, el viento arreció. Martel escuchó el sonido del mar, que rompía en marea alta. El club quedaba abajo, en la playa, apenas una blanquecina mancha sobre la arena iluminada por el fulgor de neón. Por aquel tramo, el más alto, la senda caía a pico sobre el farallón. Una barandilla de madera protegía a los viandantes del amenazador vacío. Martel, tal era su inestabilidad, tuvo que agarrarse a las estacas para no caer.

No pudo distinguir la sombra que se deslizaba tras él, acechando su inseguro paso. Cuando sintió la opresión en su pecho, y la mano que le aferraba el cabello como si fuera a arrancárselo intentó ofrecer resistencia y golpeó el rostro de un hombre cuyos borrosos rasgos se le revelaron durante un segundo. Pero el suelo cedió bajo sus pies, su mandíbula golpeó contra un saliente, arañaron sus uñas una superficie rocosa y ya sólo fue consciente del grito inhumano que brotaba de su garganta mientras caía hacia las negras olas que parecían abrirse para recibirle en su tumba.

Martina despertó de golpe de una pesadilla atroz. Estaba soñando que una sombra armada con un hacha ensangrentada la seguía por las marismas, en mitad de la noche. Con esa clase de certeza de que adolecen los sueños supo que su perseguidor era el autor de los crímenes del delta, pero, para su desesperación, no conseguía verle el rostro, ni tan siquiera intuir de quién se trataba. Resbaló en el lodo. Cuando la silueta del asesino se cernió sobre ella emitió un grito que la hizo incorporarse en la cama a la espera del golpe mortal. Pero ese aullido siguió sonando dos, tres segundos desde algún lugar exterior, hasta convencerla de que la voz no era la suya.

Una serie de furiosos ladridos contribuyó a persuadirla de que algo grave ocurría. La subinspectora se levantó de la cama y abrió los postigos. Aunque la noche era densa, tanto o más que en su pesadilla, pudo ver a los enloquecidos perros del otro huésped luchando por soltarse del árbol al que permanecían atados. Una de las bestias, la más grande, hizo saltar la correa y, hundiendo la cabeza entre los poderosos omóplatos, rompió a galopar por el sendero en dirección a los acantilados.

Martina se vistió con rapidez, cogió su linterna y bajó a toda prisa las escaleras del albergue. El farol que iluminaba la posada la alumbró durante un corto trecho, pero después tuvo que prender la lámpara para no caer acantilado abajo. El fuerte viento transportaba los ladridos, que le sirvieron de orientación. Cuando la bruma se espesó, comprendió que había llegado a la parte más escarpada de la senda, la que bordeaba las rompientes. Respiró hondo y avanzó con una mano rozando la escarpada pared.

El gran danés negro con pintas blancas, el macho de la pareja, ladraba en dirección al mar. Martina se detuvo a unos metros del animal, vigilándolo con el rabillo del ojo, y enfocó al farallón. En un primer momento no vio nada, pero al cabo del rato pudo adivinar un contorno humano tendido sobre las rocas.

El corazón le dio un vuelco: otra sombra acababa de pasar junto a ella, rozándola con su áspera carne. Martina se desequilibró; sintió crujir las estacas y su torso se inclinó hacia el agujero negro de las olas. Era el segundo perro, la hembra, que acudía junto a su compañero. Muy cerca de ella, los daneses removían la arenilla, encogiendo el pecho como si estuvieran reuniendo valor para saltar. Pero no se decidían, y empezaron a aullar lastimeramente.

Martina retrocedió algunos pasos, en busca de un escarpe para descender la pendiente. En la loma más próxima a la posada creyó descubrir un abrupto corte que, si bien muy arriesgado, aparentaba permitir el descenso. Apenas había empezado a bajar cuando oyó ruido de cascos. La sombra de un caballo negro, sin bridas ni montura, ocupó la senda. El viento arremolinaba la melena de Teo, que montaba a pelo.

—¿Qué ha pasado? ¡Oí un grito!

—¡Alguien ha caído a las rocas! ¡Intentaré bajar!

—¡No se arriesgue!

—¿Se le ocurre algo mejor?

—¡Espere ahí! ¡Iré por una cuerda!

Martina negó con la cabeza.

—Creo que podré. Avise a la Guardia Civil.

El caballo volvió grupas y se dirigió al pueblo atravesando los prados. Martina se quitó los zapatos, sostuvo la linterna entre los dientes e inició el descenso. El viento la sostenía contra la pared. Avanzaba muy lentamente, colocando un pie delante de otro y asegurándose de que sus manos encontraban algún punto de apoyo, una raíz, una hendidura. Bajar hasta la misma orilla no debió llevarle más de diez minutos, pero le parecieron un siglo. Después, todo fue más fácil. Simplemente tenía que esperar a la vaciante de la ola para saltar de una roca a otra.

Cuando llegó junto al lugar donde se había despeñado el cuerpo, la resaca amenazaba con arrastrarlo mar adentro. Milagrosamente, estaba vivo. Tuvo que tirar de él para arrastrarlo hasta una piedra más plana y a salvo del oleaje.

A pesar de las heridas, de la sangre que le bañaba la cara, identificó a Martel. Buscó el pulso en su muñeca; latía con debilidad.

En el acantilado sólo se distinguían las borrosas sombras de los perros, que seguían aullando. La subinspectora registró los bolsillos de Martel. En uno de ellos encontró una colilla de la misma marca que ella fumaba. La guardó, asombrada, y abrió la cartera. Había un carnet de identidad, una fotografía del propio Martel que parecía tomada en alguna ciudad del norte de África, abundante dinero y un sencillo plano de la costa de Portocristo, con una cruz marcada en el litoral oriental, a la altura de un punto situado entre Forca del Diablo y la Piedra de la Ballena.

Contemplando con una suerte de fascinación la rompida de las olas, y cómo la espuma, al restallar, se elevaba sobre ellos, derramándose en miríadas de gotas, la subinspectora permaneció junto al cuerpo inmóvil. Lo había cubierto con su chaqueta, de manera que su delgada blusa se iba empapando.

Al cabo de media hora se escucharon gritos en la cumbre. Dos guardias comenzaron a bajar por el mismo lugar por donde había descendido la subinspectora. Alcanzaron el arrecife y se aplicaron a la tarea de izar el cuerpo. Martina les precedió en la subida, remontando con agilidad las puntiagudas rocas. Arriba, en la senda, con una faria apagada entre los labios, los esperaba el sargento Romero.

—¿Se encuentra bien?

—Creo que sí.

—Se ha jugado la vida.

—Había una posibilidad de que ese hombre no hubiera muerto.

—¿De quién se trata?

—De un individuo llamado Martel —dijo la subinspectora, tras aceptar la mano que le tendía el sargento para salvar el último repecho—. Le oí caer y acudí en su ayuda. He revisado su documentación. Lleva mucho dinero, y un plano marcado.

Romero dio un vistazo al mapa. Junto con la cartera que acababa de entregarle Martina, lo guardó en un bolsillo de su guerrera.

El joven Golbardo estaba un poco más allá, observándoles con curiosidad. Había desmontado, y sostenía a su caballo por la brida. Martina se acercó al sargento y le susurró al oído:

—¿Sería posible, para un hombre joven y atlético, empujar a un hombre al vacío, regresar al extremo del sendero, montar un caballo, rodear los prados y fingir que acababa de despertarse en la posada, alarmado por un grito desgarrador?

Romero no respondió. A una indicación suya, Teo Golbardo se aproximó a él. Los guardias acababan de tender el cuerpo de Martel en una camilla. Respiraba a estertores, como si tuviese algunas costillas rotas. El sargento iluminó la cara del herido con una potente linterna.

—¿Conoces a este hombre, Teo?

—Se hospeda en el Pájaro Amarillo.

—¿Desde cuándo?

—Desde la noche de ayer.

—¿Lo habías visto antes?

—No.

—Trasládenlo al ambulatorio —indicó Romero—. Que el doctor Ancano lo examine de urgencia. ¿Llegaste a hablar con él, Teo?

—Por pura cortesía. Nada de particular.

—¿Tuvo contacto con alguien, realizó llamadas telefónicas?

—Que yo sepa, no.

—Vamos a tener que registrar su equipaje, si no hay inconveniente en que mis hombres entren en su habitación.

—Por mí, ninguno. ¿Tiene más preguntas?

—Por el momento, no.

—¿Puedo marcharme? Deberé madrugar, si quiero ocuparme del entierro de mi padre.

El sargento lo consintió.

—¿Qué hacemos con los perros? —le preguntó el cabo.

Los daneses corrían por el sendero, arriba y abajo. Intentaron arrimarse a la camilla, pero los guardias los habían espantado. Teo Golbardo se alejaba con su caballo embridado. La subinspectora había decidido acompañar a Martel y debía estar llegando al Land Rover. El cabo y el sargento estaban solos.

—Su dueño ya no podrá ocuparse de ellos, y podrían volverse peligrosos —dijo Romero—. Descerrájeles un tiro y arrójelos por las rocas. La marea se encargará del resto.

Mientras el sargento revisaba las estacas, el cabo, fumando un cigarrillo, esperó a que el motor del Land Rover dejara de oírse. Después desnudó su pistola y apuntó a los perros. Dos estampidos los enviaron al paraíso animal. Sus cuerpos rodaron por la pendiente, como caballitos de cartón.

Cuando el aparato se elevó, la subinspectora tuvo la impresión de que penetraba en un mundo acolchado, hecho de algodón, regido por leyes físicas que nada tenían que ver con las que sostenían a los hombres en su penoso discurrir por la superficie de la tierra. Se sintió ligera, imaginativa, como desprendida al fin de las pesadas sensaciones que venían lastrándola en las últimas horas transcurridas en Portocristo. También su cerebro flotaba entre esas nubes a las que el faro de la aeronave arrancaba extraños colores, reflejos de un gaseoso universo.

El helicóptero siguió ascendiendo hasta dejar abajo la barrera de niebla, y estabilizarse en un cielo insondable. La luna brillaba sobre ellos. Parecía estar muy cerca, casi al alcance de la mano. «Bastante más cerca que la solución de los crímenes», pensó Martina, experimentando un leve vértigo, un cierto decaimiento y, al mismo tiempo, la renovada impresión de que la solución al enigma se encontraba delante de ella. Sólo que no acertaba a verla.

La subinspectora se desabrochó el cinturón de seguridad y se desplazó hasta la cola del aparato. Carlos Martel permanecía tendido en una camilla. Le habían lavado la sangre de la cara, pero seguía teniendo el rostro contusionado, hinchado, y el labio inferior, partido por la mitad, deformado por los puntos que el doctor Ancano le había aplicado en el ambulatorio mientras aguardaban la llegada del helicóptero procedente de la Unidad de Salvamento de la Guardia Civil, con sede en Bolscan, hacia cuyo helipuerto se dirigían ahora.

Manuel Ancano, el director del ambulatorio de Portocristo, era un hombre de unos cincuenta y cinco años, con el cráneo desprovisto de pelo y una protuberante boca que generaba una salivilla blanca al hablar. A la subinspectora le extrañó que en plena noche vistiera un elegante traje de alpaca de color perla y una impecable corbata de listas rojas y azules, y que sus zapatos negros de marca refulgieran como si acabara de aplicarles betún y una vigorosa friega de cepillo abrillantador. Cuando la camilla de campaña que había transportado a Martel ingresó en la sala de urgencias del ambulatorio, tras un accidentado periplo por la senda del acantilado y las irregulares pistas de tierra que jalonaban las praderías, el doctor había ordenado que le quitaran la ropa, se había despojado él mismo de su americana y había reconocido las heridas de Martel con un aire profesional no exento de preocupación.

—Tiene múltiples fracturas, y no descarto que sufra lesiones internas —diagnosticó—. Hay que intervenir, pero no dispongo de medios, ni de personal especializado. Convendría trasladarlo. Cuanto antes, mejor.

La subinspectora se había responsabilizado de llamar al helicóptero. Efectuó la llamada desde el despacho de dirección. El ambulatorio quedaba en la parte norte del pueblo, rodeado de estrechas calles y casas de piedra, por lo que indicó al piloto que

aterrizase en la playa del Puntal, en la parte más ancha de la bahía, a unos dos kilómetros del muelle. El helicóptero medicalizado estaba siempre a punto para despegar en tareas de rescate, y con mayor motivo en invierno, debido a los frecuentes percances de montaña, pero la distancia entre Bolscan y Portocristo era considerable, y la espesa niebla de la costa no iba a contribuir a acelerar la travesía aérea. Calculando que deberían esperar al menos un par de horas, la subinspectora salió al pasillo a fumar un cigarrillo. El doctor Ancano se reunió con ella.

—Le he dado un calmante, para el dolor. Espero que resista hasta que lleguen al Hospital Clínico. Dígale al piloto que lo trasladen a ese centro. Avisaré al servicio de traumatología.

—Últimamente están teniendo mucho trabajo, doctor —observó la subinspectora. Ancano se encogió de hombros.

—¿Lo dice por los crímenes? La práctica forense no es exactamente mi especialidad, ni plato de mi gusto, pero alguien tiene que hacerse cargo, cuando toca.

—Pude examinar en la funeraria los cuerpos de Dimas Golbardo y Santos Hernández. Los habían adecentado y cosido. Sin embargo, usted no realizó las autopsias.

El director del ambulatorio la miró con reproche.

—Si tiene en cuenta que el propósito de la necropsia no es otro que establecer la causa de la muerte, creo que se equivoca hasta cierto punto, subinspectora.

—No obstante, la ley...

—Sé lo que dice la ley, y también supe enseguida cómo los mataron. Tendría que haber visto el cadáver de Dimas cuando fue desembarcado en el puerto. Sus intestinos, sus vísceras. Y ese arpón clavado en el pecho de Santos Hernández. Me pudo la certeza de que ya habían sufrido bastante. Certifiqué la hora de los óbitos, así como las causas de ambos fallecimientos, y ordené al embalsamador que recompusiera los cuerpos, a fin de que los familiares no padecieran un tormento añadido.

—Quisiera ver esos certificados, doctor.

Manuel Ancano la contempló con cierta desconfianza. Martina se apresuró a ofrecerle un cigarrillo, que el médico aceptó.

—Como es preceptivo, obran en posesión del juez. Puede solicitárselos a él. Por lo que sé, ha decretado secreto de sumario, pero supongo que no tendrá inconveniente en facilitárselos a los investigadores.

La subinspectora le dio fuego con su encendedor de plata.

—¿Hizo constar en esas memorias que en ambos cadáveres figuraban unas extrañas señales?

—¿A qué se refiere?

—Marcas tatuadas en la piel. Prácticamente idénticas en ambos cuerpos.

El doctor se la quedó mirando con absoluta extrañeza. Entre sus gruesos labios pendía un filamento de saliva, que después iría acumulándose en las comisuras. En contraste con su elegancia, los dientes del médico estaban renegridos por el tabaco, y su aliento exhalaba un acre olor procedente de las profundidades de su estómago. La subinspectora enderezó su espalda para alejarse unos centímetros de él.

—Le juro que no las vi. ¿Qué forma tenían?

—Un dibujo parecido al signo del infinito. Del tamaño de una moneda, más o menos. El tatuaje de Dimas Golbardo estaba bajo su tetilla derecha. El de Santos Hernández, en la planta del pie izquierdo. Debieron ser trazados casi al mismo tiempo, y lo hizo un zurdo.

—¿Cómo lo sabe?

—Por la presión del objeto punzante que fue utilizado.

—No puede ser —murmuró el médico—. Examiné los cadáveres con todo detenimiento.

—Quizá alguien dibujó esas marcas después de que los reconociera usted.

—Tal vez, pero no tiene demasiado sentido. ¿Por qué razón? ¿Y quién pudo hacerlo?

—Alguien que tuviera acceso a la funeraria, evidentemente.

—Esa lista es muy reducida, subinspectora. Sólo abarcaría al juez, al sargento, al propietario del establecimiento y a los deudos de las víctimas. Que se limitan a la familia Golbardo, puesto que, por el momento, nadie se ha tomado la molestia de reclamarlos restos de Santos Hernández.

—¿El chamarilero no tenía parientes?

—Al parecer, no.

—De los Golbardo, ¿quiénes fueron llamados a la funeraria para reconocer el cadáver?

—Su hijo, Teo, y su hermano Alfredo.

—¿En algún momento permanecieron a solas en el interior de la cripta?

El médico fumó reflexivamente.

—Tendría que hacer memoria. Creo que no. El pobre Alfredo lo pasó muy mal. Se abrazó al cadáver de su hermano, llorando desconsoladamente. Sobrino, el embalsamador, tuvo que retirarlo.

—¿Estaba presente el juez?

—Desde luego. Se encontraba conmigo, a mi lado.

—¿Alfredo Golbardo sufrió una crisis de histeria?

—Tuvimos que sacarlo a la calle, para que le diera el fresco. Le hice tomar un valium.

—¿El juez Cambruno le ayudó a atenderle?

—Subió las escaleras con él, y lo estuvo consolando unos minutos.

—¿Mientras eso sucedía, el hijo de Dimas, Teo, quedó solo en la cripta?

—Es posible, pero no podría recordarlo con precisión. Todo sucedió muy deprisa, y ya se puede imaginar la tensión emocional que nos embargaba a todos. ¿No estará pensando que ese muchacho pudo marcar los cadáveres?

Martina replicó, con suavidad:

—Alguien lo hizo, antes o después de los crímenes.

—¿Con qué propósito?

—Bien para reivindicar sus muertes, bien para confundir la investigación.

Ancano bajó la voz.

—Entonces, ¿el autor de esos símbolos es el asesino?

—No podría afirmarlo con rotundidad.

El médico se quedó mirando fijamente la brasa de su cigarrillo. Tenía unos ojos redondos, algo saltones.

—Acabo de recordar que hubo alguien más en la funeraria.

—¿Quién?

—El capitán Sumí.

—¿El patrón que había encontrado los restos de Dimas?

—Exactamente. Después de depositar el cuerpo en el muelle y de atracar en su embarcadero, volvió para ofrecerse a prestar declaración.

—¿El juez lo había requerido?

—Sí.

—¿Lo interrogó en la funeraria?

—No. Los vi marcharse juntos, con el secretario del Juzgado. Era ya de noche cerrada. Imagino que abrirían las oficinas de la sede judicial, y que Cambruno le tomaría declaración allí. En cualquier caso, tendré que examinar de nuevo los cuerpos.

—Hágalo, doctor. E infórmeme de cualquier otra observación que pueda incorporar. Me propongo acompañar al herido al hospital de Bolscan, pero intentaré estar de regreso mañana por la noche, o pasado mañana. En ese momento volveré a hablar con usted. Hasta entonces, intente recordar el aspecto de otros dos cadáveres sobre los que, en los últimos meses, dictaminó su escrutinio forense: el de Gabriel Fosco, el farmacéutico, a quien doy por supuesto que usted conocía, y el del farero de Isla del Ángel, Pedro Zuazo.

—Esas muertes fueron accidentales, subinspectora.

—El juez opina lo mismo, pero yo no me encontraba presente para corroborarlo. Algunos elementos de la investigación me han hecho contemplar la posibilidad de que Gabriel Fosco y Pedro Zuazo fueran asimismo asesinados. ¿Reparará sus notas, doctor?

—Lo haré, por supuesto, si con ello voy a ayudarla, pero le adelanto que puede

descartar la intriga criminal. Ninguno de ellos tenía enemigos. No hubo amenazas, ni les robaron nada. Y los síntomas eran claramente fortuitos, créame. Gabriel Fosco se ahogó. Pedro Zuazo se despeñó. Eso fue todo.

Una hora más tarde, hacia las cinco y media de la madrugada del miércoles, el helicóptero sobrevolaba las luces de Bolscan. La niebla se había despejado un rato antes, en cuanto se alejaron de los acantilados costeros y de la fría corriente polar que bañaba la desembocadura del delta, provocando las alteraciones térmicas típicas del estuario.

Como si regresara de un largo viaje, Martina tuvo la impresión de que había abandonado la ciudad mucho tiempo atrás. Intentó distinguir su casa cuando el aparato discurrió ruidosamente sobre las alamedas del paseo marítimo, pero las luces de su urbanización estaban apagadas, y apenas vislumbró la chata colina sobre la que se levantaban las antiguas mansiones modernistas en las que residían algunas de las más acomodadas familias de Bolscan. Intentó imaginar a Berta, en su estudio, trabajando a la luz de un flexo, o dormida en su habitación, con los ojos blandamente cerrados, respirando mal por la entreabierta boca, pero algo le decía que en los hábitos que regían su vida, y la de ambas, se había producido un cambio. Temió que Berta estuviese por ahí, bebiendo, divirtiéndose. O en la cama con cualquier hombre. Con Daniel Fosco, pensó, dándose cuenta de que había empezado a odiar su flácida cara, la cínica sonrisa del pintor.

Una ambulancia los estaba esperando en la Unidad de Salvamento. El aparato aterrizó en el helipuerto, levantando una bolsa de aire caliente en derredor suyo. Casi de inmediato, los dos sanitarios que habían atendido al herido durante el vuelo, y ella misma, se encontraron en el interior de un vehículo cerrado, claustrofóbico, donde les aguardaba una doctora muy joven, con una cola de caballo y un chaleco de color naranja sobre su camisa de invierno. Martel se quejó durante todo el trayecto, pero no llegó a recuperar la conciencia.

Cuando llegaron al Hospital Clínico, un equipo médico se hizo cargo de Martel. La subinspectora vio desaparecer su cama rodante hacia las plantas de quirófanos, situadas en el subsuelo.

Esperó hasta las siete de la mañana, hora en que abrieron la cafetería, y desayunó sin ganas, obligándose a tomar con el café con leche unas insípidas galletas que, en lugar de aportarle energía, la sumieron en una sensación de lentitud y fatiga. Se quedó adormilada en las sillas del vestíbulo, entre otros usuarios que parecían esperar turno de llamada. A eso de las ocho y media, después de asearse en un lavabo, bajó a urgencias y solicitó información sobre el estado del herido. El médico de guardia le informó que el paciente seguía siendo intervenido.

—Su estado es grave —añadió el médico—. Tiene varios huesos rotos y hemorragias internas. ¿Es cierto que rodó por los acantilados de Portocristo? Si se

trata de las mismas paredes por las que yo he descendido, debió caer desde una enorme altura.

—¿Conoce la costa?

—Soy aficionado a los deportes de aventura —repuso el médico, con una limpia sonrisa; era atractivo, musculoso; no tendría más de treinta y cinco años. Martina lo imaginó en una casa de las afueras, con una mujer pulcra y rubia, y tal vez con algún niño de corta edad—. Cuando puedo escaparme del hospital practico el rápel o la escalada libre. A veces elegimos los acantilados, por eso le decía. Un descuido en cualquiera de esas paredes puede resultar mortal de necesidad.

—Ese hombre es un testigo. ¿Cuándo podré hablar con él?

—Dependerá del cirujano. Esta tarde, quizá.

—Le llamaré antes, para saber cómo ha ido la operación.

El médico de guardia le dedicó una deslumbrante sonrisa. Martina supuso que a las enfermeras de la planta no les desagradaría recibir de vez en cuando una gratificación como ésa. Quizá a alguna no le importaría aceptar una invitación a cenar. Para repasar los fallos y necesidades del servicio, simplemente.

—Será un placer atenderla, subinspectora.

—Puede llamarme Martina.

—Desde luego, Martina. Si me deja un número, yo mismo le informaré en cuanto sepa algo.

La subinspectora le facilitó el número de Jefatura y salió a la agradable mañana. La temperatura superaba en varios grados a la que enfriaba las brumosas marismas del delta.

En la puerta del hospital cogió un taxi y se dirigió a comisaría.

Conrado Satrústegui ocupaba su despacho desde primera hora. La recibió abandonando su mesa con la mano extendida, como aliviado de volver a verla sana y salva.

—Siéntese, Martina.

La subinspectora permaneció en pie.

—No estoy cansada.

—Su aspecto la desdice. ¿Un café?

Martina sonrió, débilmente.

—Me temo que no he avanzado demasiado, comisario.

—Eso lo decidiré yo. Veamos qué me trae.

—No mucho. En realidad, tan sólo una pista sólida. Esas marcas en los cadáveres de las que le informé en nuestra última conversación.

—¿Las que fotografió? ¿No quedó en enviármelas?

—No tuve ocasión de revelarlas. El carrito sigue en la máquina.

—Démelo.

El comisario llamó a su secretaria. Adela entró con la misma expresión con que había saludado a Martina: como si estuviera en un funeral.

—Que revelen esta película, y amplíen las copias. Llame al inspector Buj.

El Hipopótamo no tardó más de treinta segundos en aparecer. El esfuerzo de recorrer el pasillo y las escaleras que separaban su oficina del despacho del comisario le había hecho aflorar un brillo de sudor en las patillas. Sus ojillos paquidérmicos taladraron a la subinspectora con una mirada en la que se desbordaba el recelo. Sin decir palabra, tomó asiento frente a la butaca de Satrústegui.

—Adelante, Martina —indicó el comisario.

La subinspectora inspiró el viciado oxígeno.

—Como le decía, esas marcas suponen nuestra única pista. Debieron realizarse con un punzón o un instrumento muy fino, y las ejecutó un zurdo. El doctor Ancano, el médico que examinó los cadáveres, no las advirtió, pero yo no descartaría por completo que pudieran habersele pasado desapercibidas; tan leves son. Forzosamente tuvo que dibujarlas el criminal, o uno de sus cómplices. Otra hipótesis carecería de significado.

—Estoy de acuerdo —murmuró Satrústegui.

—¿El sol sale por la mañana? —se preguntó el Hipopótamo, ahogando una risita.

El comisario le destinó una mirada represiva.

—Ahórrese las coñas, Buj. Avanzaremos más deprisa. Continúe, Martina. ¿Fue el médico de Portocristo quien realizó las autopsias?

—Las estimó innecesarias.

—¿Porqué?

—Las cosas, en una pequeña población como Portocristo, son de otra manera. El doctor Ancano renunció a las necropsias para aliviar el sufrimiento de los familiares. En parte —estimó Martina—, puedo coincidir con él. No creo que nos hubieran revelado mucho más.

—Volvamos a esas señales sobre la piel de las víctimas —dijo Satrústegui—. Apuntaba que tal vez fueron hechas a posteriori del examen médico.

—Es una posibilidad. Que habría tenido lugar a partir del momento en que los cuerpos descansaron en la funeraria, a la espera de ser restaurados.

—Esa teoría depara algunas lagunas —opinó el comisario—. Presupondría que el asesino, en lugar de marcarlos en la escena del crimen, apuntándoselos como trofeos, aguardó a que los cuerpos fueran descubiertos, trasladados y examinados, para tatuarlos posteriormente.

—A lo mejor el coco de Portocristo es el hombre invisible —rió Buj—. Por eso no lo cogemos nunca, desenlace para el que la subinspectora nos está preparando meticulosamente. Su coartada es espléndida, Martina. Supera a la del propio criminal. Quien, no por desconocido, está dejando de revelarse como más competente que

usted.

El comisario terció, francamente irritado:

—Ya basta, Buj.

La subinspectora había retrocedido un paso. Seguía de pie, pálida.

—¿Quién pudo hacer las marcas, Martina? —preguntó el comisario.

La subinspectora tuvo que hacer un esfuerzo para proseguir su argumentación.

—En el supuesto caso de que dichas señales hubieran sido impresas después de que tuviera lugar el reconocimiento médico, tan sólo cinco o seis personas tuvieron la oportunidad de hacerlo. Aquéllas que, en un momento u otro, bajaron al depósito de la funeraria y se acercaron a la mesa de acero donde descansaban los cadáveres.

—Sería, en principio, su lista de sospechosos —adujo el comisario; Martina desprendió que intentaba animarla, y se sintió todavía peor.

—Sí.

—Vamos con ellos.

—Teo y Alfredo Golbardo, en primer lugar. Hijo y hermano de Dimas, respectivamente. El hermano sufrió una crisis, y tuvo que salir a la calle. Teo pudo quedarse solo en la cripta.

—Teo Golbardo —repitió el comisario, apuntando el nombre—. Más.

—José Sumí. El marino que halló a Dimas Golbardo en la Piedra de la Ballena, y lo trasladó a puerto. Esa misma noche se presentó en la funeraria para declarar ante el juez. Estuvo solo un rato. Unos minutos, tal vez.

Satrústegui anotó la referencia. Martina completó su lista:

—Además del doctor Ancano, del sargento Romero y del juez Cambruno, también permaneció lógicamente en contacto con los restos el propietario de la funeraria: un tal Juan Sebastián Sobrino. Fue él quien cosió y adecentó los cadáveres.

—Seguro que le gustará la música clásica —bromeó el Hipopótamo, fingiendo que tocaba amorosamente un violín.

Satrústegui volvió a advertirle. Después anotó el nombre de Sobrino junto a los otros dos.

—Tres sospechosos, en definitiva.

—No tape todavía la pluma, jefe —dijo Buj—. Hay más. La pandilla de mocosos del delta.

—Informé al inspector Buj de la existencia de una secta cuyos miembros se hacen llamar los Hermanos de la Costa —explicó Martina al comisario—. Me inclinaría a pensar que se trata de una inofensiva y casi histriónica agrupación de artistas si no fuese porque las actividades de esos jóvenes rondan una y otra los crímenes. A veces tengo la impresión de que se limitan a jugar con fuego, pero otras sospecho que han tenido algo que ver con los asesinatos. He establecido contacto con algunos de ellos. Están llenos de contradicciones y caprichos.

—¿Cómo se llamaba el de más edad? —Preguntó Buj, con sorna—. ¿Cara Quemada? No, eso es de alguna película. ¿El Quemao?

—Heliodoro Zuazo —musitó la subinspectora; sabía perfectamente que el inspector intentaba ridiculizarla delante de Satrústegui, pero ya era tarde para dar marcha atrás—. Reside en un paraje conocido como Forca del Diablo, cerca de los escenarios de los crímenes. Todavía no he tenido ocasión de hablar con él.

—Esto es de locos, comisario —dijo Buj, poniéndose serio—. ¿Cuánto tiempo vamos a seguir hablando de gilipollices? Le propongo que enviemos de inmediato a un par de nuestros mejores hombres. Carrasco y Salcedo están libres. Concédales carta blanca y verá qué pronto se deshace este entuerto.

—He confiado el caso a la subinspectora —replicó el comisario—. Por el momento no veo razones para revelarla. Díganos qué pasos piensa dar a partir de ahora, Martina.

—He regresado con un testigo, para trasladarlo al Hospital Clínico, pues se encuentra herido. Han tenido que intervenirle. Podré hablar con él dentro de unas horas, en cuanto supere el efecto de la anestesia. Lo interrogaré y regresaré al delta.

—¿De vacaciones? —preguntó Buj.

La subinspectora iba a replicar, pero estaba afectada, y se limitó a inclinar la cabeza. El comisario se resolvió a cortar por lo sano.

—Punto final, inspector. Quédese un minuto conmigo, quiero hablarle. Usted continúe con su trabajo, Martina. Manténgame informado de ese interrogatorio, y de los avances que pueda suponer.

—Gracias, señor.

—Retírese.

La subinspectora salió del despacho con la autoestima por los suelos. La propia Adela debió captar su estado de ánimo, porque la dejó salir sin someterla a sus habituales pullas.

Martina descendió las escaleras que conducían al archivo. El comisario la había defendido de los despiadados ataques de Buj, pero era obvio que no se sentía satisfecho de su labor. ¿Había cometido errores? ¿Debería haber orientado la investigación en distinta dirección?

Horacio Muñoz estaba sentado al ordenador. Enseguida se dio cuenta de que la detective De Santo no traía buenas noticias.

—¿Cómo le fue por Portocristo, Martina?

—Supongo que mal. Buj acaba de darme un buen revolcón delante del comisario.

—Eso quisiera ese perro. Vamos, ánimo. Puedo hacerle un café cargado, si le apetece.

Martina se encogió de hombros.

—Necesitaría algo más fuerte.

—¿*Whisky*, entonces? Tengo una botella escondida por alguna parte.

La subinspectora sonrió, pero su entereza de ánimo se había esfumado. Se sentía insegura y débil, como una adolescente. Horacio le sirvió en un vaso chato que tenía toda la pinta de haber sido sustraído de un bar. Martina bebió el *whisky* de un trago, echando la nuca atrás.

—Póngame otro.

Separó los labios y se lo bebió del mismo modo que el anterior.

—Otro.

—Déjelo, Martina, o se caerá redonda y deberé recogerla en mis brazos y someterla a la respiración artificial.

—He dicho que me ponga otro.

—Está bien, pero será el último. Después se portará como una buena chica. Se tranquilizará y me contará todo lo que ha pasado.

Martina liquidó el tercer trago y dejó que un calor abrasador le quemase el estómago y fuese ascendiendo hasta empañar la mirada, que afloró un destello de humedad, como si fuera a llorar. Tuvo que apoyarse en el filo del escritorio hasta que esa abrasadora sensación dio curso a un grato abotagamiento. Después encendió un cigarrillo y comenzó a hablar. Punto por punto, refirió a Horacio cuanto había hecho en Portocristo. Sus entrevistas con el sargento y con el juez. El examen de los cadáveres. Las marcas en la piel.

Sin embargo, no lo contó todo. Como había hecho en el despacho del comisario, omitió hablar de esa barcaza que había vislumbrado el lunes al amanecer, entrando al puerto de Bolscan, y que después volvería a ver, reconociéndola por el color del casco y la forma del mascarón, en el muelle de Portocristo. *La Sirena del Delta*, del capitán Sumí. Tampoco se detuvo Martina en la conversación con Elifaz Sumí y Daniel Fosco, previa a su partida, ni desgranó el contenido de las obras de los Hermanos de la Costa. No sabía de qué manera encajar esos elementos aleatorios y temía en revesar el relato, así como ahondar en su propia desorientación, distanciándose de la línea correcta a seguir. Mientras Horacio guardaba silencio, limitándose a afirmar de vez en cuando, Martina siguió hablándole de Carlos Martel.

El archivero le permitió expresarse sin interrumpirla, hasta que la detective, exhausta, hubo concluido.

—De manera que ha venido escoltando al señor Martel —dijo Horacio, tras una pausa que empleó en manipular su ordenador—. No me parece que se trate de una compañía recomendable, precisamente. Tiene su historial en pantalla. Échele un vistazo.

La subinspectora consultó la ficha. Martel había estado encarcelado en varias ocasiones, todas ellas por delitos relacionados con el tráfico de drogas. Cocaína y hachís, fundamentalmente.

—Dos cadáveres y un traficante —susurró Horacio, detrás de ella, tan cerca que Martina pudo distinguir el olor de su loción—. Podría ser una conexión.

—Martel llevaba un mapa de la costa, señalado con una cruz.

—El lugar de la entrega, tal vez. Apriétele las tuercas.

—A estas horas no sé si está vivo o muerto.

—Ese acantilado por el que cayó estaba cerca de la posada, ¿no es cierto?

—Así es. El pueblo queda más abajo, junto a la playa, algo alejado.

—Conozco el paraje —reveló Horacio—. Ya le dije que alguna vez he visitado la zona para saludar a una vieja amiga. Rita Jaguar. No me ha revelado si tuvo el placer de saludarla.

Brevemente, la subinspectora le relató su encuentro con la cabaretera.

—No entiendo cómo esa mujer pudo sorberle el seso, Horacio. Tiene un aspecto terrible, con la desgredada melena pelirroja y esas piernas de bailaora retirada.

—Los años no la han respetado, pero tampoco a mí. Eso tenemos en común: que somos dos fracasados.

—No hable así.

—¿Por qué no? Nuestro tiempo pasó, y sólo nos dejó aromas de derrota.

—Parecería un bolero, si...

—¿Si qué? —sonrió Horacio, con tristeza.

—Si esa mujer no diera la impresión de ser muy capaz de hacer daño.

—¿A quién, a sus clientes? No dramatice. En el fondo, no es más que una puta vieja a la espera de su jubilación. ¿Ha vuelto a preguntarse por aquella historia que le conté en el puerto? La del crimen del carpintero, ¿recuerda?

—Apenas he tenido tiempo para pensar en ello. En cuanto me concedan unos días libres me ocuparé de ese asunto, según le prometí.

—Suponía que no iba a disponer de un segundo. Por eso he releído en su lugar el expediente de Jerónimo Dauder. Hay cosas curiosas, Martina. El libro de asientos de la carpintería, por ejemplo, registra movimientos y cargos de reparación y construcción de embarcaciones fluviales, hasta el año 1950, cuando Dauder ingresó en prisión. Muchas de esas lanchas procedían del delta.

—Hágame un favor, Horacio —cedió Martina, para terminar de una vez con aquel enojoso asunto—. Foto cópieme ese expediente. Lo llevaré conmigo.

En ese instante sonó el teléfono de la sección. Muñoz descolgó el receptor.

—Está aquí, sí. Un momento, por favor. Es para usted, Martina.

La voz procedía del Hospital Clínico, y era pausada y sonora. La subinspectora pensó que aquel tono poseía algún tipo de cualidad balsámica, como si pudiese penetrar bajo la piel y expandirse como una suerte de dulce calor.

—Tengo buenas noticias para usted —dijo el médico de guardia que la había atendido antes—. El paciente por el que se interesaba ha sido trasladado a planta. La

operación ha debido ser compleja, pero parece que se ha resuelto con éxito.

—¿Cuándo podré hablar con él?

—En cuanto salga de la anestesia. Un par de horas, más o menos.

—Allí estaré. Le agradezco la llamada.

—De nada. Si no tiene nada mejor que hacer, y le apetece compartir conmigo el modesto menú hospitalario, puedo invitarla a comer.

Martina iba a rechazar la invitación, pero lo pensó mejor. Pensó que necesitaba seguir escuchando esa voz.

—Muy bien. ¿A qué hora?

—¿Sobre la una y media?

—Perfectamente.

Eran las doce cuando Horacio Muñoz acabó de fotocopiar el expediente de Jerónimo Dauder. Mientras el archivero se ocupaba de ello, la subinspectora hizo un par de llamadas para completar la información de que disponían sobre Carlos Martel.

A partir de la relectura de su ficha policial, consiguió hablar con un inspector sevillano, Francisco Belmonte. Años atrás, ese inspector había detenido a Martel en aguas del Estrecho, a bordo de una motora que intentaba pasar un contrabando de hachís. Por aquel delito, Martel había dado con sus huesos en el penal del Puerto de Santa María, donde permaneció ingresado durante treinta y tres meses. Belmonte le dijo a la subinspectora que Martel solía trabajar por libre, aunque a veces se enrolaba en alguna operación con bandas colombianas, en particular con el cártel de Pico Uriarte, que operaba indistintamente en el norte y en el sur del país. Paralelamente, Martel había llegado a acuerdos con los gallegos, introduciendo a algunos de sus capos en el negocio del Estrecho. Era malagueño, pero vivía a caballo entre Ceuta y Tánger. No resultaba infrecuente sorprenderlo por Marbella, cuyos clubs solía visitar cuando disponía de dinero fresco. No se le conocía familia, ni relaciones estables.

—Un putero, si me entiende, con hechuras de proxeneta, y un tipo duro —recordó Belmonte—. Nada sofisticado, pero muy eficaz. Desde que salió del Puerto sabía que le seguíamos los pasos, que su capacidad operativa se había limitado considerablemente. De ahí, quizá, que haya buscado en el norte nuevas oportunidades.

La subinspectora le dio las gracias por la información. Se despidió de Horacio y abandonó el archivo. Salió a la calle y cogió un taxi en la avenida del Príncipe.

En su casa no había nadie. La puerta principal estaba cerrada con doble vuelta, tal como ella solía dejarla cuando se marchaba por algunos días. La señora que les venía a limpiar también cerraba de esa manera. Esa mujer acudía los martes y los jueves. Había estado el día anterior, por tanto. Desde entonces, no parecía que alguien más hubiese entrado.

La gatita *Pesca* la recibió en el salón. Martina no necesitó llamar a Berta, porque

sabía que no se encontraba allí. La subinspectora recorrió la planta baja buscando inútilmente alguna nota de su amiga. Entró en la habitación de Berta. Todo estaba en orden. Abrió su armario, que seguía tan revuelto como de costumbre, y subió al ático. Las fotografías que había visto fugazmente en la tarde del lunes, antes de partir en el ferry, permanecían colgadas de las cuerdas de secar. Se trataba de una serie. Las observó con mayor detenimiento. Llevaban el inconfundible sello de Berta, pero los motivos eran nuevos para ella. En las imágenes, deliberadamente difusas, se veía la sombra de una mujer con los brazos encadenados en forma de cruz. Aunque la melena le ocultaba el rostro, Martina pudo reconocer la boca de Berta dilatada en una expresión de fiereza o placer, y sus pequeños dientes, regulares y blancos, destacando contra el fondo oscuro del paladar. El equipo fotográfico seguía en el mismo sitio. Las cámaras, los negativos, las cajas con obras enmarcadas, los sobres plastificados con impresiones de su archivo particular. Eso le hizo pensar que quizá su amiga no se había marchado definitivamente.

Entró a su dormitorio, se desnudó y se regaló una larga ducha de agua hirviendo. Frotó su cuerpo con un guante de crin, como si quisiera depurar su piel, se lavó el pelo y se arregló las uñas pensando vagamente que aquella higiene podía tener algo que ver con su cita en el hospital. Después se cambió de ropa, llamó a la gatita, salió de la casa y volvió a cerrar con doble vuelta. Con *Pesca* entre los brazos, llamó a la verja de la viuda Margarel y le pidió que cuidara a su gata hasta su regreso.

—¿Tu amiga tampoco va a estar en casa? —preguntó su vecina.

—No sé nada de ella.

—Se marchó el lunes por la noche —dijo la viuda Margarel—, poco después de que te despidieras de mí. La acompañaban dos jóvenes. Uno vestido de negro, otro de claro. Los dos altos, delgados y con el pelo largo. Se fueron andando, calle abajo. ¿Quiénes eran, artistas también? Ella les cogía del brazo y parecía muy contenta de...

La subinspectora la ayudó a terminar la frase:

—¿De alejarse?

—Líbreme el Señor de meterme en tus cosas, Martina.

—Cuide de *Pesca*, Julia.

—Puedes ir tranquila. No va a pasarnos nada. ¿Te aviso si... si ella vuelve a aparecer?

—No creo que regrese tan pronto. De todas maneras, le facilitaré un teléfono.

Martina escribió en una hojita de su agenda el número de la posada del Pájaro Amarillo y descendió la calle casi sonámbula, como si flotara sobre el asfalto, entre los tilos y plátanos que sombreaban el barrio residencial.

Otro taxi la dejó en la puerta del Hospital Clínico.

Era la una y media en punto cuando entró al comedor de la cafetería. El médico de guardia la estaba esperando en una mesa del fondo. Las restantes estaban ocupadas

por personal sanitario. Los cubiertos resonaban contra las bandejas de acero inoxidable.

—Patatas y carne, el menú de hoy —la saludó el médico—. Todavía está a tiempo de mirar por su salud y elegir otro restaurante.

—La verdad es que tengo hambre —sonrió ella, sentándose a su lado.

Se llamaba Juan Cortés. Estaba separado. Vivía en un adosado de las afueras, con garaje y jardín, y, cuando le correspondía la custodia, con una niña de seis años, fruto de su matrimonio con una de las enfermeras del hospital, con la que seguía manteniendo una aceptable relación.

—¿Por qué se ríe, Martina?

—Porque lo había adivinado casi todo.

—Menos la razón que nos impide tutearnos.

—Eso tiene fácil solución.

Cuando Martina volvió a mirar el reloj, eran las tres. Se asombró de lo rápido que se le había pasado el tiempo de esa comida informal, la mayor parte de la cual continuaba en la bandeja. No habían parado de hablar. Martina le contó cosas de la comisaría, de Ernesto Buj y de Adela, la secretaria de Satrústegui. Le habló de su padre, Máximo de Santo. Y le confesó por qué se había hecho policía.

Juan Cortés abrió un yogur, hundió la cucharilla de plástico y se la llevó a la boca.

—Me gustaría volver a verte.

Ella se puso súbitamente en pie.

—Es hora de trabajar. Quiero ver a ese hombre.

—Está en trauma, en la 404 —dijo el médico, algo turbado por su reacción—. Te acompañaré.

—No hará falta. Gracias por todo.

Lo dejó allí, apoyado contra la pared del comedor, con la cucharilla de yogur entre los dedos, y subió en el ascensor hasta la cuarta planta. El celador la dejó pasar en cuanto le mostró la placa.

La subinspectora abrió sin ruido la puerta de la habitación 404.

Blanco como la sábana, desnudo de cintura para arriba, Carlos Martel estaba tumbado en una cama con el respaldo alzado. Tenía entre las manos el mando de la televisión, y estaba viendo las noticias. Sin pronunciar palabra, Martina se dirigió al aparato, que colgaba alto en la pared, cerca del techo, como los de los bares, y lo apagó.

—¡Eh, oiga! ¿Qué está haciendo?

—Asegurarme de que va a entender lo que vengo a decirle.

—¡Hice poner una moneda! —exclamó Martel, incorporándose con tal brusquedad que a punto estuvo de derribar los goteros. Las heridas debieron producirle un dolor insoportable, porque se derrumbó en la almohada con el rostro

crispado.

—Tómeselo con calma —le aconsejó Martina—. Deberá permanecer en el hospital varios días. Semanas, quizá. Tendrá tiempo para ver la televisión. Yo, en cambio, apenas dispongo de margen. Por eso he venido a proponerle un trato.

—¿Quién es usted?

—Subinspectora De Santo, Homicidios.

El hombre hizo una mueca de desdén. Sin embargo, su expresión fue atemperándose, como en un rápido proceso de adaptación a la nueva situación.

—La recuerdo borrosamente... ¿Fue usted quien me rescató de las rocas?

Martina hizo un gesto afirmativo.

—Oí sus gritos al caer por el acantilado, y corrí desde la posada. ¿Qué ocurrió?

—Alguien me empujó.

—¿Pudo verle, o estaba usted demasiado borracho?

Martel la miró con una expresión de astucia.

—¿Qué importa si lo estaba? Dijo que había venido a proponerme algo. ¿De qué se trata?

—De un acuerdo amistoso.

—No hago tratos con policías.

La subinspectora hizo chasquear la lengua.

—Sé quién es usted, Martel, y para qué fue a Portocristo. Un transbordo en alta mar nunca resultaría seguro de no contar con un grupo de apoyo en tierra. Usted iba a coordinar ese grupo. El desembarco de la mercancía va a hacerse efectivo en un paraje de la costa oriental, en algún punto entre Forca del Diablo y la Piedra de la Ballena. Tengo razones para sospechar que la operación se ejecutará muy pronto. Seguramente a estas horas alguno de sus amigos se estará preguntando por qué han perdido contacto con usted. Quizá decidan suspender la entrega, pero lo más probable es que se resuelvan a sustituirle por cualquier otro. Pico Uriarte es un hombre práctico. Seguirá adelante con o sin su ayuda.

Martel guardó un silencio huraño. La subinspectora le dio la espalda y se dirigió a la ventana de la habitación. Desde allí, entre las manzanas de casas, podía verse el puerto. Los mástiles de un buque escuela asomaban entre los edificios, como si los barcos estuvieran enterrados a la altura del asfalto. Martina recordó que el ferry salía a las seis, y que debía cogerlo.

—¿Cuál es el trato?

La subinspectora no se volvió. Su aliento empañaba el cristal de la ventana. Encendió un cigarrillo, y dijo:

—Voy a permitir que esa operación se lleve a cabo. Nadie lo sabrá. Tampoco que tuvieron que intervenirle en un hospital, ni que habló con la policía.

—Pero yo no estaré allí, en Portocristo.

—Su gente, sí. Arrégleselas con ellos. Estoy segura de que Teo Golbardo sabrá sustituirle. Me pareció un muchacho muy competente. Ambicioso y frío, nada temperamental. Conocedor de la costa. El lugarteniente ideal. ¿Vamos con la otra parte, con lo que quiero de usted?

Martel no contestó. Miraba la pantalla apagada de la televisión. La voz de la subinspectora se hizo más persuasiva cuando se acercó a su cama.

—Algunos hombres han muerto asesinados en el delta. Se trata de crímenes violentos, sin explicación aparente. Todas las víctimas son varones de cierta edad. Honrados ciudadanos que en apariencia llevaban vidas corrientes y que se conocían entre sí, al menos de vista. Pero ahora usted, un forastero, ha estado a punto de engrosar esa fúnebre lista, y no creo que los nombres de quienes han perdido trágicamente la vida le digan nada. Usted supone una excepción, Martel, y por eso debo saber todo lo que hizo en Portocristo, desde el momento en que bajó del ferry el pasado lunes por la noche. Absolutamente todo, sin omitir detalle. Tiene que existir un punto que le relacione con los demás, ¿me sigue?

La subinspectora se había sentado en el filo de la cama, y jugaba con su cigarrillo. Martel pareció meditar durante un minuto eterno. Martina le tendió el pitillo. El hombre lo aceptó y se lo llevó a los labios.

—Usted me gusta —dijo Martel—. Tiene un corazón de hielo. ¿En qué cree? En nada, ¿verdad?

—Sólo en mi instinto.

—¿Su olfato le dice qué fue de mis perros?

—No lo sé. Supongo que alguien se habrá encargado de ellos.

Martel fumó y volvió a refugiarse en el silencio. Finalmente, dijo:

—¿Sólo quiere eso, un relato de mis andanzas en Portocristo?

—Nada más.

—¿Y saldré de esto sin cargos?

—Le doy mi palabra.

—De acuerdo. Le contaré lo que hice, Adónde fui, con quién hablé, con quién me acosté. Pero encienda la televisión. Así olvidaré más fácilmente que estoy delatando a alguien. Pensaré que fue un mal sueño, y que usted nunca existió. Que jamás recibí la visita de una mujer policía ni me dejé engañar por una cara bonita y un cigarrillo manchado de carmín, como si fuera Carlos Gardel.

Martina sonrió.

—Le escucho.

TERCERA PARTE

Durante los meses de temporada baja, hasta Semana Santa, *La Sirena del Delta* se limitaba a navegar por el estuario, absteniéndose, por lo general, de emprender travesías hacia Isla del Ángel. Pero en circunstancias poco comunes, un naufragio, o si había que celebrar un entierro en el camposanto del peñón, el capitán no dudaba en aparejar su barcaza y desafiar las rompientes más allá de las barras de arena.

José Sumí vivía a dos kilómetros del pueblo, pero sólo a un centenar de pasos del embarcadero donde amarraba su lancha. En Portocristo, a causa de las serpentinas de flores que alegraban los muros de piedra y trepaban por el torreón, entrelazándose con la hiedra, se conocía a la residencia indiana de los Sumí como la Casa de las Bugarillas.

Aquel perla amanecer del jueves 22 de diciembre, junto a las insalubres lagunas de la desembocadura del río Madre, el capitán se levantó con reuma. Rara era la noche en que podía dormir. Angustiado por la larga vigilia, supo que ese dolor anunciaba galerna.

«Ha llegado el invierno», pensó.

Al incorporarse de su lecho de viudo, un calambre recorrió su espina dorsal con caligrafía de hielo. José Sumí se acostaba siempre, incluso en los meses crudos, como lo echaron al mundo. Cubrió con una manta su nudosa desnudez, se calzó unos zuecos y tranqueó por el suelo de jatoba.

Abrió el ventanal. Una esfumada bruma velaba la marisma. El lagunar, de un suave color violeta, como las uvas maduras en los parrales de la sierra, estaba en calma. Pero intuyó que al atardecer, antes, tal vez, a mediodía, el Abrego cedería paso al viento que en el delta llamaban gallego, más tumultuoso y frío.

Adormilado, contempló el tejo y la palmera que crecían junto al seto. Respetando una secular tradición, su padre, Isaac Sumí, también marino, los había plantado el día en que él nació de nalgas, agravando el parto con un prolongado tormento. Los árboles sumaban, como su edad, sesenta y cinco años; y tampoco debían tener intención de abandonar aquella salitrosa tierra, en cuyo pobre fermento tanto les había costado crecer.

Meses atrás, en una hora desamparada, José Sumí se había decidido a formalizar su última voluntad.

Redactó las cláusulas de su testamento ológrafo con la estilográfica de su abuelo Abraham, una pluma de laca china que el patriarca de la familia había adquirido en La Habana, donde hizo fortuna. Mirando discurrir la tinta con una tristeza honda, José Sumí dispuso que a su muerte todos sus bienes, a excepción de medio millón de pesetas que legaba al Círculo de Amigos Devotos de Escolástica General, la asociación católica que él mismo presidía, pasaran a su hijo Elifaz. Que fueran

recitados tres padrenuestros, uno por su abuelo, por su padre el segundo, y un tercero para redimir sus pecados. Que le diesen tierra en el jardín de la casona, a la sombra de sus árboles patronos, bajo lápida y cristiana cruz. Y encarecía, para concluir, que bajo concepto alguno abandonasen sus huesos al amparo de una tumba en Isla del Ángel, cuyo cementerio medieval, a pesar del mimo que él dedicaba a los difuntos, le daba mal fario.

No todos sus mayores, sin embargo, habían sido inhumados. En el año de 1940, el cadáver de su abuelo Abraham fue incinerado.

El patriarca de los Sumí sentía terror al ataúd. Temía despertar en la asfixiante caja, para sufrir el martirio de una segunda agonía. De manera que, cuando expiró, su hijo Isaac, padre de José y abuelo de Elifaz, instaló sus restos mortales en *La Sirena* y navegó hasta el puerto de Bolscan. Al regresar, portaba un ánfora de asas doradas. Por entonces, José era ya su grumete. Entre sus recuerdos de juventud había conservado una estampa de su padre, Isaac, frente a los acantilados de Isla del Ángel, con los ojos cuajados de lágrimas a la espera de esparcir, en la invisible bandeja de la brisa, las cenizas de Abraham Sumí. El horno funerario había reducido los huesos del primer patrón de la saga a un polvo blanco que flotó en el aire salado, y que mansamente, como polen de una lejana orilla, se fue posando en la líquida mortaja de las olas.

De esa manera había dicho adiós Abraham a su agitada vida de patrón mercante y héroe condecorado en la guerra de Cuba. Pero incluso ahora, casi medio siglo después, cada vez que su nieto José intentaba imaginarse su propio cadáver, rígido en su pijama de pino, con una legión de gusanos hartándose de su carne, la despedida terrenal de su abuelo Abraham, una caricia así, mórbida, etérea, de su alma a las divinidades del mar se le antojaba una despedida más digna y grata a la eternidad.

Desde que la muerte, enarbolando su negra guadaña, se paseaba por las marismas del delta, José Sumí estaba inquieto. Tal como le sucedía a su abuelo Abraham, la sola imagen de un ataúd le inspiraba un pánico cerval. Jamás pasaba por delante de La Buena Estrella, la funeraria del pueblo, así tuviera que rodear su manzana. ¿Y si muriese sin haber muerto y despertara bajo tierra, acolchado en un féretro, a solas con el ángel y el diablo que se disputarían su alma? ¿Debería hablar con el juez Cambruno para otorgar otro testamento y hacerse incinerar, como el padre de su padre?

Esa mañana de adviento, José Sumí dejó a Sara María Golbardo, su esposa, dormida en una extraña postura. La pobre mujer no debía haber encontrado la paz en el sueño eterno, pues tenía la piel azulada, como los ahogados del piélago, y se agitaba en sueños aferrando entre sus marfileños dedos el rosario de pétalos de rosa de las monjitas Escolásticas que él le había regalado el día de su petición.

El capitán no podía ignorar que Sara María estaba muerta, pero a menudo la

sorprendía por la casa, subiendo o bajando escaleras, vigilando en el fogón sus masas de crema pastelera, despidiéndole en la vereda con una expresión afilada en su rostro de arroz. El tardío parto de Elifaz, cuando ya ellos se resignaban a no concebir hijos, le había dañado el útero y apresurado la vejez, pero Sara María debía pensar que sería eternamente joven, pues siguió empeñándose en nadar en las lagunas, como hacía cuando era niña, hasta que un mal día sus pulmones no fueron capaces de sacarla a la superficie.

Antes de lavarse en el aguamanil del dormitorio, José Sumí rezó una oración. Cuando terminó de secarse la cara, el espectro de su mujer se había desvanecido.

Su hijo Elifaz había heredado su inclinación a padecer visiones. Entraba y salía de la casa como un fantasma, hablaba solo y escribía profanos versos que un cristiano cabal, como el capitán, jamás podría aprobar. Su padre sabía que el muchacho andaba por malos caminos, y en peores compañías, pero atribuía esos excesos a los ardores de la juventud, que también a él lo habían desviado hacia la intemperancia y el pecado carnal con mujeres impuras.

De vez en cuando, Elifaz regresaba de la ciudad. Apenas estaba con él. Todo el tiempo se le disipaba en vagar con sus amigos por las tabernas y meterse en líos. El capitán le daba unas llaves de la puerta trasera, por si se presentaba de madrugada, al regreso de otra parranda. Y le impartía, invariablemente, el mismo consejo: «Hagas lo que hagas con tu alma o con tu cuerpo, recuerda siempre, Eli, que Dios y tu madre te estarán observando».

José Sumí bajó a la cocina. Coló café. Se puso las botas de agua. Salió al jardín. Abrió la valla cancel.

Canales de agua poco profunda rodeaban la Casa de las Bugarvillas. Una garza picoteaba en las burbujas de fango.

En el embarcadero, balanceándose al compás de la marea, junto a una barquita con motor que solía utilizar Elifaz para sus correrías nocturnas, *La Sirena* lo recibió con su quilla pintada de rojo escarlata.

El capitán encendió el primer cigarro del día y subió al puente. Las pasarelas deberían estar barnizadas, pero el mal tiempo le había impedido trabajar. «Tengo los huesos llenos de agua», se había quejado al doctor Ancano durante su revisión anual en el ambulatorio de Portocristo. El dolor reumático se le concentraba en una insoportable lumbalgia.

Además de sus calzones largos y los pantalones de paño, el capitán llevaba un jersey de cuello cisne y un capote mariner, pero en cuanto empuñó la brocha empezó a tiritar. Buscó refugio en la bodega del lanchón, cuya panza conservaba una sofocada tibieza, y se puso a reparar el alambique. El sargento Romero había ordenado una batida para acabar con la destilación clandestina de licor, pero no se le había ocurrido revolver allá dentro.

Tampoco el espectro de Sara María Golbardo había encontrado aún la manera de bajar a la sentina. A veces, si se pasaba con el anís navegando en soledad por las irisadas marismas, José Sumí la sorprendía en cubierta, acodada a la borda, permitiendo que el viento alborotara su cabello gris e hinchase las mangas del mismo vestido rojo coral que llevaba la tarde en que se ahogó.

Respirando el olor de la brea, en medio de aquella soledad que tanto amaba, el espíritu del capitán, como *La Sirena* en el chapaleo de la pleamar, se mecía en una tenue felicidad. En aquella cálida matriz, el tiempo dejaba de existir. Sólo latían los recuerdos, los pulsos de sus manos trabajando a la luz de un fanal.

Cuando terminó de limpiar el alambique, José Sumí volvió a subir al puente para cepillar las pasarelas.

La brocha estaba apelmazada del último uso. La introdujo en un cubo de aguarrás y aplanó las pegajosas cerdas. Barnizó los mástiles del toldo y empuñó el hacha para desbastar una tabla que había que sustituir en cubierta.

Entonces, entre la niebla, vio a la mujer.

Martina de Santo debía llevar un rato al pie del embarcadero, inmóvil junto a la cabina de expedición de pasajes. La subinspectora había reconocido el mascarón, la toldilla, la rabiosa pintura escarlata del casco.

Lo primero que a José Sumí le llamó la atención, además de su sombrero y su estilizada figura, fue lo natural de su presencia, como si no concurriera nada de extraordinario en el hecho de que una atractiva forastera hubiera decidido aparecer en un embarcadero remoto, al norte del país, con los oleajes y el relente del invierno en ciernes.

—¿Se le ofrece algo? —voceó el marino.

Caminando con cierta dificultad por las resbaladizas tablas, la subinspectora avanzó hacia la sirenita de proa, que parecía mirarla con su expresión de ángel ciego.

—¿Es usted el marinero?

José Sumí replicó:

—Soy el capitán, no sé si para servirle a usted.

Con su envergadura y sus barbas blancas, el patrón parecía un oso polar. El hacha se veía pequeña en su mano.

—Disculpe.

—Perdonar es fácil, como herir.

Un tanto asombrada, pero alerta, Martina encendió un cigarrillo.

—Tengo que ir a un lugar llamado la Piedra de la Ballena. ¿Hace esa ruta?

El capitán recogió el hacha en el puente, acabó de limpiar la brocha en el filo del impermeable y la arrojó al cubo de aguarrás. Martina se preguntó si ese mismo capote habría servido para envolver los restos de Dimas Golbardo, sus manos cortadas, sus intestinos, sus ojos.

José Sumí la medía con mirada torva.

—Nunca la había visto por aquí.

—Estoy de paso.

—¿Para qué quiere ir a la Piedra?

—Me han dicho que ese paraje está rodeado de misterio. Tal vez escriba algo para mi revista.

El patrón no se decidió a responder hasta pasado un rato, cuando la hubo calibrado a su gusto.

—Verá. No me importaría llevarla a la Piedra de la Ballena, a cualquier orilla del delta, incluso al fin del mundo, pero es temporada baja. Estamos cerrados. No habrá servicio hasta Semana Santa.

—He alquilado esa propiedad —le informó la investigadora—. Su propietario, Teo Golbardo, me previno que la carretera del estuario está cortada por las

inundaciones, pero me aseguró que su lancha podría trasladarme hasta la playa ballenera.

—¿Eso le dijo mi sobrino? ¡Buen tunante está hecho! Mejor haría en no meterse donde nadie le llama. ¿Supone que me ha indemnizado por los pasajes del último verano? Por supuesto que no. A Teo todo le da igual. Debe pensar que *La Sirena* y yo sólo aparejamos para él. ¡Cuán diferente era su padre, el noble Dimas, a quien Dios tenga en su gloria! Después soy yo quien tiene que quedar mal con gente como usted. Vamos a dejarlo, si le parece. O si no le parece.

Pero la subinspectora no había llegado hasta allí para arrojar la toalla.

—Me siento incómoda hablándole desde aquí abajo. ¿Le importa que suba al puente?

El capitán se limitó a señalarle una escala. El viento del amanecer rizaba la superficie del estuario. Una familia de cormoranes chapoteaba en la laguna, cuyas aguas, del color de la mirada del capitán, eran de un verde óxido. Los ribereños juncos dejaban asomar bancos de arena. Al fondo se transparentaban rocas oscuras y un peñón batido por las olas.

—Parece una postal —dijo Martina, deslizándose bajo la toldilla.

José Sumí acababa de descubrir en el bolsillo de su pantalón restos de un cigarro puro; prendió la pava con un mechero de alcohol.

—Veinte mil —dijo, tras expulsar el humo.

—¿Cómo dice?

—Si quiere que la lleve a la Piedra de la Ballena tendrá que abonarme veinte mil pesetas.

—¡Es un abuso! ¿Me ha tomado por una cándida?

—Puede regresar a Portocristo y contratar una cangrejera —repuso el patrón, con cuajo—. Cualquiera pescador la llevará por la cuarta parte. Sólo que, si el gallego se pone a soplar en serio, como él sabe hacerlo, demorará una jornada, o no llegará. El río baja desbordado, y las rompientes imponen.

—En la taquilla figura el precio del billete —dijo ella. Agitó el cigarrillo y apuntó con la brasa el mostrador donde se expedían pasajes para las travesías panorámicas—. Acabo de comprobarlo. Cuesta mil pesetas. Novecientas noventa y cinco, exactamente.

—Precio de temporada, señora.

—Señorita.

—Señorita —repitió el capitán, sarcástico—. Cobramos esa cantidad por la travesía hasta las barras, ida y vuelta. Apenas cuarenta minutos. Pero usted pretende llegar bastante más lejos. ¿Le dijo mi sobrino Teo dónde queda su propiedad? De la Piedra de la Ballena nos separan dos o tres horas de navegación. Hay que remontar el estuario, evitando el reflujó de las barras. Salvar el arrecife, costear y otra vez

adentrarse por la ría del Muguín. Si viajase acompañada podría partir gastos, y le saldría más económico. Así le resultará caro, lo sé. Siempre cobro por adelantado, no recuerdo si se lo he advertido.

—La memoria debe ser su punto débil, porque descaro le sobra a usted.

—En el delta somos francos, señorita —dijo el patrón de *La Sirena*; no parecía ofendido—. Aquí la vida es difícil. Lo toma o lo deja.

Martina abrió una cartera. En el espacio que los separaba extendió dos billetes nuevos.

—Sabia decisión —aprobó el marino, arrugándolos por sus bolsillos—. Hay café en el camarote. Si abre la alacena, descubrirá una caja de galletas. Coja una, o las que le apetezcan. Puede que estén rancias. De ser así, las arrojaremos a las gaviotas. Esas inocentes avecillas son criaturas predilectas de Dios. No en vano el Supremo creó antes a las aves que al imperfecto Adán. ¿Ha leído el Génesis, señorita? El cielo bendice la mano que les da de comer. Permítame. Subiré a bordo su equipaje.

Martina suspiró, agotada. En el ferry no había conseguido descansar. Tampoco en su habitación de la posada del Pájaro Amarillo, a la que arribó pasada la medianoche, pudo dormir. Al rayar la aurora, se vistió. Había descendido por la senda del acantilado y recorrido el camino de sirga hasta la Casa de las Buganvillas, donde nadie contestó a la aldaba. Razón por la cual se había encaminado al embarcadero de *La Sirena*.

José Sumí baldeó la cubierta, sucia de guano. Lustró sus botas con una gamuza, se puso una gorra que había pertenecido al legendario Abraham y liberó las maromas. El motor hizo un ruido infernal, como si una bestia se desperezase en la sentina, pero no arrancó.

—No hay combustible, por todos los diablos —masculló el capitán—. Juraría que quedaba medio depósito.

Moviéndose con pesadez, acarreó un bidón desde la caseta. *La Sirena* comenzó a deslizarse por la laguna.

—¿Es usted extranjera? ¿Italiana? ¿Argentina?

A Martina le tranquilizó el hecho de que no supiera quién era. José Sumí admiraba el óvalo de su rostro, la palidez de su piel.

—No, claro, no tiene acento. Ya ve: como arúspice, no me ganaría el cocido. ¿No procederá de la capital central? En ese caso, debo advertirle que sus paisanos no suelen ser bien recibidos. Demasiados siglos de explotación. Portocristo existía mucho antes, señorita, escrito está. Cuando Madrid no era corral de comedias. En toda mi existencia he pisado sus calles. Y tengo la sensación de no haberme perdido nada. Corrijame si me equivoco.

—Nací en Filipinas —repuso ella. Estaba intentando establecer si se las había con un hombre inteligente, capaz de matar, o con un charlatán—. Resido en Bolscan. Pero

me he criado aquí y allá.

La laguna se ensanchaba. El canal por el que se alejaban del embarcadero acababa de unirse a otro afluente de cenagosas aguas. Vieron el mar. Su turquesa claridad perfiló un rectángulo de luz bajo el encapotado cielo.

—¿A qué se dedica usted? —siguió preguntando el patrón, pero Martina fingió no escucharle.

El capitán sacó la cabeza:

—¿Le gustaría pilotar mi *Sirena*?

La subinspectora entró a la cabina. El angosto compartimento olía a una mezcla de caldo de gallina y gasoil sin refinar.

En la contrachapada pared, colgadas junto al hacha, podían apreciarse fotografías en blanco y negro de los patrones del barco: Abraham, Isaac, el propio José Sumí.

Los dos primeros habían posado a bordo de la barcaza, que parecía no haber cambiado desde el día en que la botaron del astillero. Abraham lucía mostacho; Isaac, una perilla que le aportaba un aire velazqueño. Pero José Sumí, mucho más joven, y con la barba todavía oscura, se había retratado en dique seco, junto a otro hombre de sencillo aspecto que sostenía un martillo en la diestra.

—Esa foto suya no está tomada en el delta —apuntó Martina—. Yo diría que es el puerto de Bolscan, con el astillero al fondo.

José Sumí le dio la razón.

—Acertó. De vez en cuando se hacía necesario remendar a la pobre *Sirena*, y hasta allá nos íbamos.

—¿Quién es ese hombre que está junto a usted, con aspecto de artesano?

—Calafate. Buena gente. Jerónimo Dauder, se llamaba.

Martina notó como si una pinza le pellizcara las vértebras cervicales. En la posada, insomne, había comprobado el libro de asientos contables de la carpintería de Dauder, cuyas fotocopias le había facilitado Horacio Muñoz. *La Sirena* aparecía registrada en numerosas ocasiones. Entre los años 1947 y 1950, concretamente, no menos de una docena de veces.

—¿Vive?

—Ah, no. Murió. Y, con él, su artesano oficio. Desde entonces, yo mismo tengo que embrear las tablas de encina del casco. Echo de menos al buen Jerónimo, ya lo creo. Dejó un gran vacío.

—¿Ese carpintero no tuvo hijos que continuaran su labor?

—Creo que fue progenitor de uno, pero no debió heredar su ciencia, qué le vamos a hacer. En cambio, el mío, Elifaz, sí ha sentido la llamada del mar, aunque no la del trabajo. En cuanto puede, sube a su chalupa y sale a navegar sin rumbo. Pero dudo mucho que Eli me suceda al timón. Tiene la cabeza a pájaros. Cuando el Señor me llame a su vera, ignoro qué será de *La Sirena*. Supongo que alguien la comprará y

montará un restaurante con lo que quede de ella.

Martina observó las fotografías. Jerónimo Dauder, el calafate, tenía un aire inofensivo y pulcro. Nadie habría adivinado que había cometido un asesinato. Mucho menos que, a su vez, había sido víctima de un crimen sin resolver.

Por su parte, los varones de la familia Sumí compartían la misma mirada aguada. Plebeyos trazos les dibujaban la nariz y la boca. *Ecos del Delta* había entrevistado a los marinos de la saga. Amarillentos reportajes que, como las fotos, se exhibían clavados a un panel, junto a un jirón de bandera republicana y una caricatura de Alfonso XIII, que había navegado a bordo.

—Corona de España —canturreó Sumí—, caballitos de mar... ¿Qué diadema brilla más?

—¿Qué está cantando?

—¿Preferiría un salmo?

—No, gracias. Hábleme de ellos —le invitó Martina, señalando a sus mayores.

Con el paso del tiempo, para distraer a los turistas durante la travesía de las barras, el capitán había ido elaborando un discurso. Erguido en el puente, con grave voz a la que el megáfono prestaba difusión tonante, describía a sus pasajeros el ritmo de las mareas, la matemática de los astros, las cacerías de cachalotes y ballenas cuando aquellas ensenadas eran tumbas de agua y arena. Entreveraba episodios, quién sabía si fantásticos, sobre *La Sirena* y su propia familia. En la genealogía de los Sumí, como esos canales confluyentes en las lagunas, la barcaza y sus tripulantes venían a compartir un mismo destino. Cuando hablaba de los suyos, del abuelo Abraham, quien, a su regreso de Cuba, había construido *La Sirena* con sus propias manos, a José Sumí le daba pálpito al corazón.

—Por el dinero que usted ha pagado, bien merece que le resuma alguna de las heroicas batallitas de mi abuelo Abraham —accedió el capitán, atento a los bancos. La subinspector estaba pensando que en aquel hombre no se adivinaba la menor huella de abatimiento o depresión, según le había apuntado el sargento Romero, sino más bien una dionisiaca vitalidad—. Permítame. Esta embarcación ha hecho aguas en varias ocasiones. La más gloriosa, en el 38, durante la guerra civil. El buen Abraham pilotaba un pasaje de exiliados republicanos, en su mayoría mujeres y niños, cuando fueron ametrallados desde aquel islote que se ve allá. —Indicó un promontorio que sobresalía como una concha de tortuga en el centro de la laguna—. Mi abuelo, con la pistola en una mano y la caña en la otra, maniobró para ganar mar abierta. Debió ser una travesía infernal. Un día después, achicando agua, escorada a babor, y con la cubierta llena de heridos, *La Sirena* arribó a puerto francés. Salvas de pólvora y vítores a la República aclamaron a los héroes.

Los nietos de aquellos milicianos, continuó exponiendo José Sumí, habían oído hablar del combate. Uno de ellos, profesor en un instituto de Argenta, le había

asegurado que cierto libro glosaba la hazaña. Aquel profesor se había comprometido a enviarle un ejemplar, pero pasaron los meses sin que a la estafeta del capitán llegasen otros volúmenes que ediciones de poetas malditos, a nombre de su hijo Elifaz; tampoco regresó el docente erudito. El capitán llegó a obsesionarse con esas supuestas páginas que inmortalizaban la participación de los Sumí en la guerra civil. Preguntó en el quiosco de Portocristo. Indagó, en la sede de *Ecos*, a su director, Mesías de Born, quien tampoco supo darle razón. Desorientado, escribió a Elifaz.

El capitán reveló a su pasajera que su único hijo estudiaba filología clásica. Quería ser literato. Vivía en Bolscan, en un piso de alquiler, con otro muchacho, Daniel Fosco, el hijo del farmacéutico, pero retornaba al delta en las vacaciones de verano, por Semana Santa y Navidad, o cuando necesitaba dinero. Elifaz leyó la carta de su padre, alambicada y retórica, como todas las suyas, y se aplicó a visitar las bibliotecas y el rastro de libros antiguos. Sin embargo, el precioso ejemplar no apareció. Pese a ello, el capitán, dando por buena la información de aquel profesor a quien nunca volvería a ver, pero cuyas lentes de alambre le inspiraron confianza, había decidido incluir en su guía la referencia a un capítulo documentado de la guerra civil, con *La Sirena* navegando como un símbolo de libertad entre el plomo enemigo.

El gallego había empezado a soplar. Destemplada, la subinspectora tragó una aspirina a palo seco. Coquetamente, extrajo del bolso una pomada hidratante y se la aplicó al cutis.

—¿Se marea? —Preguntó el capitán—. Hágamelo saber. Si se indispone, le daré un remedio. No debe avergonzarse. Al fin y a la postre, es mujer.

Aquel tono ofendió a Martina. Le hizo recordar las maneras del inspector Buj.

—Creí que era usted un caballero.

José Sumí no se ofuscó.

—¿Le incomoda mi charla, señorita? Lo entendería si fuese aún un jovencito. Pero ya tengo una edad. Y mala memoria. Los turistas quieren saber cosas que he olvidado. Ni siquiera recuerdo cuando empecé a tripular este cascarón. Fui grumete de mi padre, Isaac. No me pregunte más. Pero de algo sí estoy seguro. De las reglas de educación. En el momento en que alguien pone los pies en mi barco, yo pregunto y el pasajero responde. Son las normas a bordo —concluyó, guiñándole un ojo—. Y, ahora, explíqueme cómo se gana la vida.

—Soy documentalista.

—¿Seguro que no es actriz? ¿De cine, de teatro? ¿Una famosa actriz de incógnito por estas tierras? Podría darle clases a mi sobrino Teo, que actúa como un autómatas.

—¿Su sobrino es actor?

—Eso dice. ¿Quiere una galleta? En el camarote. ¿Café? Es de puchero. Sírvese, aún estará caliente... Adoro el teatro. Lustros habrán pasado desde que asistí a la última obra. En Bolscan, en el Monumental. Un clásico —recordó con una

turbulencia de sus pobladas cejas—. ¿Lope? Ah, esta cabeza mía...

—¿Hace mucho que no va por Bolscan?

—Años.

—¿Usted asistía al teatro? A la vista de sus modales, le cuadraría más andar huroneando por los *cabarets* del puerto.

José Sumí explotó en una desagradable carcajada.

—De solteros frecuentábamos la revista —admitió—. Qué pandilla aquélla. Pedro Zuazo, Mesías de Born, hasta Antonio Cambruno, que hoy es todo un señor juez... Tiempos vacíos. Estaba lo bastante ciego como para desnortarme por cualquier hembra bien armada. Pero hice propósito de la enmienda, y Dios supo perdonarme. Él está ahí, ¿lo ve? Sobre las aguas. Aprenda a oír su voz, señorita.

La subinspectora removió su café y encendió un cigarrillo. Continuaron navegando en silencio. El cielo se iba despejando, pero hacia el horizonte, cuando los cañaverales permitían una visión panorámica, flotaban nubarrones en panza de burra.

El canal por el que avanzaban con lentitud, sondeando, murió en el cauce del río. El estuario se ensanchaba como una vena rota. José Sumí carraspeó. Una hebra de tabaco se le había trabado en el paladar. Escupió al cubo, pero no atinó. El marino siguió con su juego:

—Lo supe en cuanto la vi en el embarcadero. Ese porte. Su gabardina. El borsalino. Sólo podría llevarlo una actriz. Y luego están sus zapatos de tacón.

Volvió a guiñarle un ojo. Martina hizo un esfuerzo por sonreír.

—Sospecho que no me servirán de mucho. Esta región parece inhóspita.

Se agachó para quitárselos. Estiró el brazo y los arrojó a cubierta.

—Cogerá una pulmonía —le advirtió el patrón.

Ella puso las manos sobre el timón. José Sumí aprobó el gesto.

—¿Acepta el reto? ¡Bien hecho!

El capitán se apartó de la rueda, pero permaneció a su lado, dispuesto a intervenir. El hacha estaba justo detrás de él.

—¿Me presta su gorra?

El marino se descubrió y la ayudó a ajustarse la visera. La gorra de Abraham le quedaba airosa.

—Por la Beata Escolástica, está usted divina. Como...

Ella se humedeció los labios.

—¿Como quién, capitán?

José Sumí tragó saliva.

—Como un lirio de agua.

—¿Todos los hombres del delta son tan aduladores como usted?

—Algunos sabemos inclinarnos ante la belleza.

Ella emitió una risa cómplice.

—¿Le recuerdo a alguna de las artistas de los *cabarets* de Bolscan? ¿A aquella famosa vedette de El Deportivo, quizá? ¿La que bailaba con serpientes?

El capitán palideció.

—No sé de quién me habla. Ya le he dicho que yo también tuve veinticinco años, y la sangre caliente.

—Apuesto a que a un viril marino como usted se lo rifarían esa clase de chicas.

José Sumí se envaró.

—Desde que me iluminó la fe, jamás volví a pecar.

A la subinspectora se le resbaló la caña.

—¡Cuidado! —exclamó el patrón.

—Lo siento.

—Tranquila, está en buenas manos. Ponga rumbo a esas rocas.

Olas más bravas leían la tensión de las corrientes. Cerrando la desembocadura, una formación rocosa sobresalía del arrecife. Sus dientes de sierra rompían en paredes de espuma.

—¿Pretende que pasemos por allí?

—Apártese.

—Ah, no, capitán. Usted ha confiado en mí.

La Sirena fue virando hasta cabecear frente al arrecife. Una brusca resaca se dejó sentir en el casco, que progresaba con denuedo y crujía como si fuera a partirse. Al avanzar hacia las rompientes, Martina vaciló. El color del agua cambiaba. *La Sirena* se elevaba y hundía.

La agitada navegación se prolongó hasta que dejaron atrás el arrecife. Después, se estabilizó.

—Lo ha hecho muy bien, ¡bravo! —aplaudió el capitán. Una salpicadura había apagado su cigarro; volvió a prenderlo con el mechero de alcohol, que olía como el combustible del barco—. Es usted una mujer con personalidad. Una actriz de carácter.

—Después de esta interpretación, creo que saldré a proa. Me sentará bien un poco de aire fresco.

—No tengo champán, pero brindaremos con mi anís de fardacho. Lo destilo según una fórmula secreta.

—¿Anís de fardacho?

—Llamamos así al lagarto del país. Es grande como una rata. No sirve para nada, aparte de papar moscas, pero fía regusto al licor. Permítame.

La costa iba quedando atrás. El tiempo mejoraba. La pasajera se quitó la gabardina. José Sumí admiró su garganta, sus manos suaves como piedras pulidas.

Martina se acodó en la borda para recibir los tímidos rayos de sol. El viento le agitó la melena, y fue justamente entonces cuando la clarividencia de José Sumí se

cegó con la aparición del espectro de Sara María Golbardo. Su mujer lucía el vestido rojo coral y le tendía los brazos en demanda de auxilio, como había hecho cuando se estaba ahogando. El patrón cerró con fuerza los ojos. Al abrirlos, el espíritu de su esposa había regresado al lugar desde donde proseguía atormentándole.

Cabizbajo, José Sumí bajó a la bodega. Al pasar junto a la subinspectora pudo atisbarle el busto: encajes de un sujetador cereza enmascarando apenas el bulto inocente del pezón.

El patrón subió con un frasco y dos catavinos de latón. Al ver al lagarto ovillado en el interior de la botella, Martina no pudo disimular un acceso de asco. El capitán le aseguró que su digestivo licor acreditaba propiedades medicinales. En la comarca, añadió, al paso de las generaciones, ese anisete se había consumido siempre.

La subinspectora bebió. De inmediato, asomaron lágrimas a sus ojos. Hizo señas de que la garganta le ardía.

La Sirena discurría frente a un colmillo rocoso.

—¿Y esa peña? —preguntó Martina, entre náuseas.

—Isla del Ángel.

Ella tosía. El capitán, como ausente, contemplaba el peñasco.

—Siglos atrás, en la época de las invasiones, la isla fue temida a causa de los naufragios, pero hoy es ámbito de recogimiento y oración. ¿Distingue esas manchitas blancas sobre el acantilado? Tumbas. Cruces. Lápidas. Para dar sepultura a restos humanos, la isla sigue siendo un lugar más soleado que la marisma. En los arenales laguneros todo se descompone y hiede. Un cadáver se pudriría antes de que el diablo viniera a recoger su alma.

José Sumí guardó silencio, estremecido. Acababa de recordar su testamento. Cerró los ojos porque le asaltaba una visión atroz: bajo la hierba de su jardín, entre las raíces de la palmera y del ciprés, las lombrices cavaban las arterias de su carne muerta. Peor opción, empero, sería la de un entierro en la isla. Allí, por las cosas que le había contado Pedro Zuazo antes de precipitarse al vacío, el reposo eterno no estaba garantizado.

Martina se animó a tomar otro trago.

—¿A qué cadáveres se refiere? ¿A los de los ahogados?

—A esos desgraciados, sí, fallecidos sin el sacramento de los santos óleos.

—¿Es fácil ahogarse en estas aguas?

—Mucho. Hay remolinos, fangos.

Martina bebió un nuevo sorbo.

—¿Vive alguien en la isla?

—A menos que crea en la resurrección de los muertos, nadie —replicó el capitán. Tenía la sensación de que una de esas imaginarias larvas se le había incrustado en la garganta. Escupió de nuevo, apuntando al cubo; tampoco acertó esta vez—. Hay

quien jura que en las noches de solsticio se escuchan lamentos y gritos, como si los espíritus quisieran regresar al festín de la vida... Pero no, ya no... El farero, Pedro Zuazo, a quien Dios tenga en su seno, murió este verano. Yo mismo lo enterré. Dejó un hijo, Heliodoro. Un día fatal, hace ya muchos años, se abrasó en las hogueras que su padre prendía en las noches de niebla para avisar del paso de las ballenas. El chiquillo quedó desfigurado. Su carácter, como su piel, se oscureció para siempre. Pedro Zuazo bebía más de la cuenta. Pegaba al rapaz, y hasta repudiarlo quiso, pero algunos le persuadimos de que la desgracia de Heliodoro era también voluntad del sino y lo crió en el faro, sin permitirle poner un pie en tierra firme, supongo que para preservar su vergüenza. El chico creció como una alimaña. Ahora debe tener la cuarentena larga, pero sigue siendo un cachorro sin dueño. Se pasó años sin hablar con nadie, hasta que renegó de todo, de su padre y de Dios, y se hizo artista. Se fue a vivir a una vieja cuadra, en Forca del Diablo, cerca de su señor Luzbel, y de la cabaña que mi sobrino Teo le ha alquilado a usted. Esté ojo avizor con ese engendro, señorita. Suele vagar por la marisma, como el alma en pena que es y será hasta que Satán lo acoja en su reino.

—¿Es peligroso?

—Todos los endemoniados lo son.

—¿Usted cree en Satanás?

—En todos los dogmas. Luzbel existe, señorita, no le quepa la menor reserva.

La subinspectora fijó la vista en el faro.

—¿De qué manera murió el farero?

—Se despeñó. Cayó en aquella cala en forma de hocico de rata, y eso que conocía la isla como los pelos de su cabeza. La Parca está presente en el delta, señorita. Convive con nosotros, como el agua o la luz. Tras la muerte de Pedro Zuazo, el peñón quedó desierto. El faro dejó de emitir señales. Apenas costean barcos, por lo que la plaza de farero no se ha repuesto. El cementerio, según le decía, ha existido siempre, desde las epidemias de peste. Entonces morían a cientos, con las tripas ulceradas, en medio de atroces dolores...

—No siga, capitán.

—¿Por qué? ¿Es usted miedosa?

—Al contrario. Soy demasiado curiosa.

—Como todas las hembras.

Martina se indignó.

—Ya basta, capitán. No puedo soportar su machismo barato.

—En el camposanto medieval —prosiguió el patrón, haciéndole caso omiso—, se ha dado cristiana sepultura a hombres y mujeres, marinos, pescadores, pero también a serranos y vaqueros. Mi buen padre Isaac reposa allí. Fue su última voluntad. Quiso elegir la isla para descansar eternamente. Yo nunca se lo hubiera aconsejado. Es un

lugar solitario. Y no es bueno que los muertos estén solos...

—¿Acaso no lo están?

—Puede que no... Pero hay cosas de las que no siempre me apetece hablar. Admire el paisaje, señorita... La peña es de una belleza desnuda, lunar. Si nos acercásemos, podría ver nidos de águilas colgando del farallón.

Martina aguzó los ojos.

—¿Qué es aquello?

—¿El qué?

—¡Esa especie de cruz, sobre el acantilado!

—Nada veo. Se habrá sugestionado usted. En la marisma ocurre a menudo.

—¿Qué quiere decir?

—Espejismos, ilusiones. Los viejos acabamos creyendo en presencias. Como Pedro Zuazo, que sostenía haber visto vampiros desenterrando las tumbas del cementerio. ¿Le gustaría escuchar ese cuento?

—Preferiría saber qué es esa cruz, capitán.

Un cúmulo de niebla difuminaba la isla. La subinspectora insistió:

—Estoy segura de que era una cruz. Y yo diría que algo más. O alguien más.

El marino rompió a reír.

—¿Un vampiro? ¿El ángel que tutela el cementerio con sus alas de piedra? ¡Por la Divina Providencia, amiga mía! Será uno de esos pelados pinos que se aferran a las pendientes del acantilado. Presentan formas caprichosas entre la calima.

—Quiero visitar la isla.

—Puedo llevarla, si tanto lo desea.

—¿Ahora?

—Ah, no. Usted ha pagado un servicio, y eso obtendrá.

—¿Mañana? —insistió Martina.

—Tengo un entierro, ¿no se lo he dicho?

—No. ¿De quién?

—¡Qué curiosas son las mujeres! El de Dimas Golbaro, cuñado mío. No piense que me agrada el oficio de sepultar, y menos tratándose de un deudo, pero alguien debe apechar con ese caritativo deber. ¡Tendría que ver el paso de los cortejos avanzando por el borde de los acantilados! Hay sendas en que si se mira abajo... Uno creería estar caminando tras el mismísimo Caronte. Entre las lápidas, inclinadas hacia la pendiente, la vista es... ¡Ah, tenemos compañía!

Una manada de delfines saltaba a estribor. Estuvieron un rato jugando con la estela de la lancha. Tan súbitamente como se habían dejado ver, desaparecieron.

El sol salió, pero volvió a ocultarse detrás de las nubes. Martina sintió frío. Se puso la gabardina y buscó refugio en el puente.

Costearon hacia Forca del Diablo. Los alcatraces se sumergían como flechas de

plata.

Penetraron por la ría del Muguín. El gallego se calmó.

La subinspectora había perdido el sentido de la orientación. Los acantilados dieron paso a marismas que se extendían tierra adentro en una sucesión de espejos, de un opaco y vinoso añil. Como un cuchillo, la quilla destrozaba plantas de raíz acuática. Martina calculó que hacía más de dos horas que no veían a otro ser humano.

—La Piedra de la Ballena —informó al rato el capitán, girando hacia su pasajera su perfil de moneda, como tallado en una pipa de espuma de mar—. En condiciones normales arribaríamos al desembarcadero de Dimas, pero el Muguín baja revuelto.

La barcaza se había estancado en el centro de la ría, a contracorriente. Un tronco golpeó el casco. La soledad era plena. José Sumí pretendió abarcar con un gesto aquel prodigio de la creación y, como si recitara su guía oral ante un atento pasaje, declamó:

—Cuando en las atalayas de Isla del Ángel se prendían las hogueras, los balleneros de la costa, guiados por señales de humo, zarpaban en chalupas al encuentro de las bestias del mar. Dimas Golbaro, Isaac Sumí y otros bravos marinos de Portocristo hacían bogar los remos junto al arponero arrodillado en la proa con lanzas y cuerdas. Tanto se arrimaba la flotilla a las manadas que a menudo el oleaje o un golpe de cola las hacía zozobrar. El arponero alzaba el brazo. La mar se colmaba de roja espuma. ¡Cuánto tardaban en morir esas malditas! A golpe de remo, desangrándose, eran remolcadas hasta la Piedra, donde hachas y sierras desgazarían sus inmensas moles. Los pescadores, y también sus mujeres, se ataban espuelas a las botas de agua, a fin de no resbalar por las montañas de carne. Cuando habían destazado al animal, los trozos más grandes se ponían a hervir en calderos, para separar el aceite y la grasa. Por las descomunales bocas se extraían los huesos.

—¿Y el resto de la carne?

—Servía de alimento a los cerdos.

El acento del capitán se cerró como el de los arroceros del delta.

—Dimas Golbaro, el último arponero de Portocristo, se casó tarde, como en la edad madura lo hice yo con su hermana Sara María. Dimas tuvo un hijo, Teo. Orgulloso se sentía de él. ¡Incauto! ¡Tan ciego estaba como las ballenas frente al arpón que habría de sacrificarlas! Ignoraba Dimas que por las venas de ese ingrato sobrino mío corre la sangre de Caín. En vida le consagró su amor paterno. Lo educó. Pescó y construyó para él. Por él cumplió con escrúpulo sus deberes para con la comunidad cristiana. A cambio...

El sol brotó en una ráfaga, como una herida. Los ojos de la subinspectora se irritaron con la luminosidad. Buscó en su americana unas gafas oscuras y afirmó, casi con ternura:

—A cambio lo mataron. ¿No era eso lo que iba a decir, capitán?

José Sumí apuró el aguardiente de un trago.

—Así fue, señorita, y no de otro modo. Para ser forastera, está usted bien informada. Dimas apareció muerto ahí mismo, en la Piedra de la Ballena, a pocos metros de la cabaña que usted ha alquilado. Estaba desnudo como un bacalao. Sin manos, con los ojos arrancados de las órbitas y la barriga abierta en canal.

—¿Vio usted su cadáver?

—Yo lo encontré.

—Debió ser atroz.

—Lo fue.

—¿Cómo lo descubrió?

—Por pura casualidad.

—Las casualidades no existen, capitán. Los hechos están conectados entre sí. Todos. Siempre.

—¿Usted cree? —Reflexionó el marino, como si esa idea no fuera del todo nueva para él—. Es posible que tenga razón.

—Sospecho que así es. Dimas Golbardo estaba predestinado a morir de esa forma. Y usted lo estaba para encontrarlo.

El capitán mordió la punta del cigarro.

—Curioso. De hecho, yo también pensé que lo habían abandonado allí para que mi *Sirena* y yo nos topáramos con él.

—¿Antes de que el diablo bajase a recoger su alma?

—Dimas era un católico ejemplar, señorita. A esta hora estará contemplando el rostro del Señor.

—Y Teo, ¿también es un piadoso cristiano?

—Preferiría no hablar de mi sobrino, señorita.

—¿Tenía algo contra su padre?

—Le despreciaba. Debía ser poco para él. Ese muchacho es un resentido, pero no me obligue a seguir hablando.

Martina se apoyó en la caña. La diestra del marino era nudosa y rojiza como un sarmiento. La subinspectora casi pudo percibir su energía, poderosa, seca, contundente como un mazo. Pero fue la zurda la que empleó para anotar una observación en su cuaderno de ruta.

—¿Qué está escribiendo?

—Me gusta llevar un diario de las mareas. Por todo el estuario tengo puestas unas varas de nivel.

La subinspectora preguntó, aparentando indiferencia:

—¿Dimas Golbardo vivía cuando usted lo encontró?

El capitán escupió al cubo. Esta vez acertó.

—Si se puede llamar existir a padecer las convulsiones que sufriría un lagarto

después de arrancarle la piel, sí, alentaba.

Martina volvió a pensar en dos arrapiezos, Elifaz Sumí y Daniel Fosco, recorriendo los arenales en busca de cangrejos y víboras para capturarlos y someterlos a lentos tormentos. Y pensó en los ángeles, tan crueles y humanos, de los cuadros de Fosco.

—¿Dimas Golbardo alcanzó a decirle algo? ¿El nombre de su agresor?

José Sumí se puso rígido.

—¿A qué viene tanta pregunta?

—Quizá esta historia interese a mi editor.

José Sumí se limitó a acariciarse las barbas. La subinspectora comprendió que por el momento no iba a sonsacarle mucho más. Para reanimar su locuacidad, se resolvió a cambiar de escenario.

—¿También el farero estaba vivo cuando dio con él?

El capitán volvió a escupir. Se secó con la manga y dijo:

—Desnucado, con la cabeza girada como un trompo. Los pájaros le habían sacado los ojos. Y eso que él mismo los alimentaba y recuperaba las crías que caían farallón abajo, haciéndolas anidar en el faro.

—Quizá alguien les facilitó ese trabajo —apuntó la subinspectora.

El capitán enmudeció. Contemplaba a su pasajera con un cariz distinto. Abandonó la rueda para arrojar a las gaviotas un balde de pescado crudo. Sus crueles chillidos celebraron la ofrenda.

La barcaza se escoraba hacia la orilla. Martina sostuvo la caña.

—¿Cree que pudo existir alguna relación entre ambas muertes?

—En absoluto.

—¿Y en el hecho de que usted descubriera ambos cadáveres? ¿Quién sabía que se proponía llevar a cabo esas travesías?

El marino mordisqueó la punta de su cigarro.

—Esa pregunta sólo la haría un policía.

Martina dejó brotar una risa cándida.

—Soy actriz, ¿recuerda?

—Pudiera ser ambas cosas. Policía y actriz.

—¿Conoce a muchas mujeres policías?

—En Portocristo tenemos una guardia urbana. La hija de Rodolfo, el barbero. Pero no es tan bonita como usted.

La Sirena seguía deslizándose hacia las márgenes. Árboles muertos sobresalían del agua. Una garza se posó con majestad en el fango. El capitán aferró el timón.

—De seguir aquí, embarrancaremos. Vamos a virar.

El lanchón fue dejando atrás colonias de cormoranes y patos, hasta salir de nuevo a mar abierta. Siguiendo la línea de la costa, en la playa, a bastante distancia, se

perfilaba un palacete.

—El balneario —señaló José Sumí, aunque su pasajera no le había interrogado; Martina dedujo que deseaba relegar el tema de los crímenes—. Hace años que las termas son pasto de la mala hierba. Ya Alfonso XII se desplazaba en el yate real para tomar las aguas. Y también su hijo y sucesor. Mi abuelo Abraham solía transportar en *La Sirena* a parte del séquito. Camareros, doncellas, oficiales, secretarios... Por esta misma ruta, entre los traidores canales. Una mañana de bonanza pretendieron arribar ¡a Biarritz! Estos Borbones... Las termas siguieron abriendo en temporada, pero no eran rentables y la sociedad quebró. Descubriré las banderas del campo de golf enterradas en las dunas, entre las endemoniadas esculturas que ese poseso de Heliodoro Zuazo va erigiendo en homenaje al falo de Satán... ¿Piensa quedarse mucho tiempo?

—Depende.

—¿De qué?

—De lo que sea capaz de encontrar.

El embarcadero del balneario no estaba en mucho mejores condiciones que el de la Casa de las Bugarvillas. *La Sirena* se arrimó a las tablas, acolchadas con neumáticos.

—Feliz estancia, señorita. Espero que encuentre lo que anda buscando.

—Casi siempre lo hago. Regrese a por mí, para llevarme hasta la isla.

José Sumí soltó otra carcajada. Sus risotadas no se diferenciaron demasiado de los graznidos de las gaviotas.

—¿Ha olvidado que *La Sirena* y yo vamos de entierro? ¿Pretende que pasemos a recogerla con un muerto a bordo, el monaguillo y el cura?

—Déjelo, ya me las arreglaré. Algún pescador me llevará.

La lancha viró y puso proa a la ría. Desde la orilla, Martina pudo ver por última vez a la sirenita ciega, con su cola de pez, y la silueta del capitán Sumí, oscura y erguida en el puente, diciéndole adiós con la mano izquierda.

Eran las tres de la tarde. El sol se había vuelto a esconder. Una cenicienta luz alumbraba un mundo muerto y antiguo.

Martina de Santo permaneció inmóvil hasta que *La Sirena* se hubo esfumado entre la bruma, como una embarcación fantasma. Después, recorrió el destartalado embarcadero del balneario y descendió hacia la playa. Patos marinos flotaban en la superficie de las olas, como pájaros de corcho. La marea había arrastrado montones de algas.

Una senda parecía dirigirse hacia la ría del Muguín y la playa ballenera. Detrás de las dunas, en la hondonada, el pasto había estragado el césped de un antiguo campo de golf. Todavía podían apreciarse los mástiles de las banderas. Aquí y allá, entre los quemados hoyos, se levantaban grandes y husiformes piedras, menhires que dibujaban un círculo. La subinspectora estimó que debían estar relacionados entre sí, como piezas de una misma escultura.

Martina se aproximó a uno de esos monolitos. La hierba silvestre crecía a su alrededor, pero en la base hizo un descubrimiento que la dejó confusa: un ocho tumbado, grabado a cincel, parecía glosar la firma del escultor.

El signo, si bien de mayor tamaño, era similar a los que alguien había tatuado en los cadáveres de Dimas Golbardo y Santos Hernández.

Las restantes piedras talladas carecían de rúbrica. Pensativa, Martina hizo algunas fotografías y retomó la senda.

Desde las torrenteras de la sierra, entre encinares y bosques de eucaliptos, el río Muguín discurría por tierras bajas. Al desembocar en el estuario, su enlodado caudal se disolvía en el piélagos. La neblina difuminaba los contornos del paisaje, desnudándolo de cualquier referencia, salvo las ramas que emergían como muñones de las pútridas aguas. Olía a raíces podridas, a tierra enferma.

La subinspectora recorrió la playa ballenera, a trechos fangosa, y sembrada de podridos troncos, y se acercó a la Piedra de la Ballena.

La ancha losa de sílex parecía haber permanecido allí desde el principio de la creación. Pulida por la marea, su jaspeada superficie presentaba la forma de un trapecio irregular.

Martina imaginó una viva acuarela de chalupas remolcando ría adentro sus capturas. Sangre y espuma. Hogueras encendidas, marmitas con el rancho a punto. La aceitosa carne de las ballenas desparramada en trozos más grandes que un hombre. Y, en los lodazales, el impaciente mugir de los bueyes, asediados por las moscas.

Una lúgubre atmósfera pesaba sobre aquel lugar. La subinspectora encendió un cigarrillo y caminó en círculos sobre la Piedra, como si lo hiciera ritualmente. Luego subió a la linde de un bosquecillo de encinas y fumó a la espera de que el sol

apareciera entre las nubes. Cuando lo hizo, sus rayos arrancaron acerados reflejos a la plataforma rocosa.

Entonces, vio algo.

En el centro de la Piedra, junto a las pardas manchas que debían corresponder a la sangre vertida de Dimas Gol bardo, había una serie de muescas. Las marcas, de unos quince centímetros de longitud, y distantes entre sí, apenas se diferenciaban de las hendiduras entre las que prosperaban raquíuticos hierbajos.

Martina humedeció con saliva las yemas de sus dedos y las pasó por las muescas. Motas de polvillo mineral se adhirieron a ellas. Las cotejó con la muestra que había tomado de las uñas de Dimas Golbardo; esas mínimas esquirlas parecían coincidir en textura. Después colocó un cigarrillo sobre cada una de las marcas, se tumbó con los brazos en cruz y proyectó el cuerpo de Dimas a la espera de recibir el golpe de gracia. Quizá había perdido el conocimiento, a causa de las primeras heridas, o bien unos brazos lo sujetaron mientras él arañaba la roca, antes de que le cortaran las manos.

En el bosque, no lejos de la Piedra, a unos setenta u ochenta metros, encontró un semicírculo de quemados cantos y restos de leña y ceniza. ¿Algún cónclave de los Hermanos habría tenido lugar entre los claros del bosque? Daniel Fosco, recordó Martina, se había referido a los parajes idóneos para sus aquelarres. La Piedra de la Ballena era uno de ellos.

Junto al camino, impresas en la arena, la subinspectora distinguió huellas de herraduras y llantas de carreta. También se apreciaban pisadas. Unas, puntiagudas y lisas. Otras, redondeadas en la punta y con el tacón más señalado. Las terceras, finalmente, presentaban un dibujo en forma de malla romboidal, como las deportivas de Santos Hernández que Martina había visto en la funeraria, entre los objetos personales de las víctimas. Le llamó la atención que las llantas de carro se hundiesen profundamente, como si en ese lugar se hubiese detenido una galera muy pesada.

Se dirigió a las cabañas. Las tres parecían abandonadas. Compartían un porche corrido y un carcomido barandal. Debía hacer bastante tiempo que no recibían inquilinos.

Sacó la llave de hierro que le había entregado Teo Golbardo y probó a introducirla en la primera cerradura. La llave se resistió a girar. Lo intentó con la segunda. Empezó a abrirse, pero se atascó. Tuvo que empujar la hoja.

Entró. El interior estaba oscuro. Abrió los postigos. Una rústica mesa centraba la habitación. Intentó moverla, pero no pudo. Tampoco logró arrastrar una cómoda en cuyos cajones, en mohoso estado, se guardaba ropa de cama. Para evitar robos, alguien había clavado los muebles a la tarima del piso. Además del cuarto de estar, la cabaña disponía de una alcoba, con una cama de tablas, un mugriento colchón y un Cristo crucificado. No había baño.

La cocina estaba incorporada al salón. Un escarabajo, un ciervo volante, quizá,

intentaba escalar el fregadero. Martina lo rescató y lo expulsó al reino inferior de las arenas, entre los pilares de madera rezumada por la humedad. El insecto cayó boca arriba. Intentaba incorporarse, pero, cuando estaba a punto de recuperar el equilibrio, el peso del caparazón volvía a tumbarlo. Apiadada, Martina bajó las escaleras y lo auxilió con la uña del dedo meñique.

Volvió a entrar a la cabaña. En el piso, que estaba muy sucio, especialmente en los rincones, había huellas de botas militares, las de los hombres del sargento, pero también otras, más grandes, y de un dibujo ondulado, que tal vez podrían responder a las suelas de unas botas de agua.

La electricidad no llegaba hasta aquel remoto lugar. Martina abrió los grifos: borboteó un agua turbia con olor a huevos podridos.

Acabó de revisar la cabaña. Había un hornillo de gas, con una bombona de butano y, en la despensa, latas de mermelada y caballa envasadas en factorías de Portocristo, cuyas fechas de caducidad habían sido borradas por el óxido.

Poco más tenía que hacer allí. Recorrió el barandal y se dirigió a un cobertizo que se alzaba a unos veinte pasos de las cabañas.

Las aguas del Muguín se estancaban en la ría. Martina dejó posar su mirada en las pacíficas ondas de la laguna. Le pareció inverosímil que el mar batiera más allá, detrás de los cañaverales. Los bancos de arena debían ejercer como submarinas motas, como invisibles fronteras del país del agua.

Un cisne se deslizaba frente al embarcadero. A Martina le agradaba verlos en el Jardín Botánico de Bolscan, pero nunca le habían proporcionado tal sensación de libertad. El cisne batió alas. Su vuelo rasante lo fue elevando a contraluz, como una flecha naranja.

El portón del cobertizo estaba atrancado con una barra de hierro. La subinspectora la quitó, dejándola apoyada junto a la entrada, y empujó la puerta, que giró sin dificultad, como si no hiciese demasiado tiempo que la hubieran abierto.

El cobertizo no tenía ventanas, ni siquiera un ventanuco. Su fábrica se limitaba a un zócalo de adobe y a una cubierta de brezo. Todo en esa caseta de herramientas estaba desordenado, amontonado, cubierto de polvo. Había faroles de navegación, motores ligeros con las turbinas al aire, velas desgarradas, oxidados anzuelos, anclas, redes, nasas, boyas, ganchos, bicheros, hasta un tridente que parecía haber posado en manos de algún Neptuno.

Mientras sus ojos se acostumbraban a la penumbra, Martina se fue abriendo paso entre los aparejos de pesca, del difunto Dimas Golbardo, dispuestos de cualquier modo. Buscaba un arpón como el que le había mostrado el sargento Romero, una punta de hierro forjado parecida a la que había atravesado el corazón de Santos Hernández. En su lugar, fue desempolvando otras herramientas a las que la mano criminal que erraba por el delta, si había decidido armarse allí, podría igualmente

haberles destinado un uso predatorio: un cuchillo de desollar pescado, un hacha y, colgados de una panoplia, martillos, sierras, guvías.

Examinó el cuchillo y el hacha. No parecían haber sido utilizados hacía poco más de un par de días, cuando Dimas Golbaro fue asaltado y desventrado en ese mismo paraje.

La subinspectora apartó una pesada hélice y, pegándose a la pared, avanzó hacia el fondo del refugio. Súbitamente, su corazón dejó de latir: la puerta acababa de cerrarse de un golpe.

—¿Quién anda ahí? —exclamó.

Nadie contestó. Martina se abalanzó hacia la entrada. El sonido de la tranca de hierro al ocupar su posición le hizo maldecir por haber descuidado sus espaldas.

—¡Abra! ¡Vamos!

Empujó la puerta, pero su rudimentario pasador ofreció resistencia. El rumor de unos pasos merodeando alrededor del cobertizo le hizo comprender que, fuese quien fuese el que se encontraba al otro lado, no albergaba buenas intenciones. Martina apartó una montaña de trastos buscando un hueco en el muro, pero no existía otra salida. Aferró el hacha y golpeó la puerta. Al tercer impacto logró astillar un tablón. Por el hueco en forma de estrella hizo asomar la punta de su pistola.

—¡Tengo un arma! ¡Abra, o la utilizaré!

Martina disparó al azar, uno, dos balazos, más para confortarse que con la esperanza de alcanzar un blanco. Después se quedó quieta, escuchando. Al rumor de pasos se habían unido al menos dos voces y una serie de amortiguados chasquidos, como si afuera estuvieran acumulando alguna clase de material.

«Leña», presintió. «Están haciendo una pira. Van a quemarme viva».

Notando que rompía a sudar, y que su pulso se disparaba, continuó su esfuerzo con el hacha, hasta que la tensión la hizo jadear. Finalmente, el tablón saltó. Martina sacó una mano, en busca de la tranca, pero, aunque llegó a tocar la barra de hierro, no logró destrabarla.

—¡Abra la puerta!

La réplica fue un intenso olor a gasolina y, tras una sorda crepitación, las llamaradas.

En un lapso increíblemente breve, un humo acre invadió el cobertizo. Las llamas alcanzaron la techumbre, que comenzó a arder por los cuatro costados. Incandescentes fragmentos se precipitaron sobre los tesoros de Dimas Golbaro, prendiendo en los flotadores de corcho y en los ajados velámenes que el pescador de ballenas habría conservado por alguna razón sentimental. Hicieron combustión en el acto, como ígneas banderas.

Sintiendo que le faltaba el aire, la subinspectora siguió golpeando la puerta con el hacha. Otra tabla saltó bajo sus golpes. Pero, al otro lado, se elevaba un muro de

llamas.

El cobertizo ardía como una tea.

Desesperada, Martina cargó contra los tablones y disparó hasta cuatro veces. Se quedó escuchando, pero la crepitación del fuego, que tiraba como una inmensa chimenea, no le permitió oír nada. Estaba sudando de la cabeza a los pies. Su mente se debilitaba. Se dio cuenta de que no respiraba oxígeno, sino algo espeso y caliente que le abrasaba los pulmones como una candente garra.

Intentó taparse la boca con un pañuelo, pero las rodillas se le aflojaron y su visión se desvaneció en una cortina de humo.

Cuando volvió en sí, lo primero que vio fue un planeta de piel abrasada inclinándose sobre ella y dos ojos de un azul tan transparente que parecían de cristal. Encima de ellos, sin rastro de pelo, se abombaba un cráneo rugoso, de cuya nuca colgaban sucias guedejas. La barba, igualmente descuidada, era más clara, del color del *whisky* añejo. En medio de aquel rostro deforme se abría una boca sin dientes. Y esa boca, de la que emanaba un pestilente aliento, la había besado.

Una oleada de horror suspendió a Martina.

—¿Qué está haciendo? —acertó a balbucear.

—Tranquila —repuso el monstruo; tenía una nariz inconcebible, como una cercenada trompa, con dos orificios por los que el aire se filtraba angustiosamente—. Ha sufrido un *shock*.

La subinspectora tuvo la impresión de haberse convertido en algún personaje de cuento infantil, cuyos imaginarios druidas la hubieran narcotizado con sus pócimas. Pero alguien había intentado matarla. Y aquello no podía ser una fantasía.

El humo seguía irritándola cuando se incorporó sobre un codo. El cobertizo continuaba ardiendo. Una columna de humo se elevaba hacia el cielo. El ogro de los cuentos y ella se encontraban en la ladera del bosque, a cierta distancia del incendio, fuera de peligro.

—¿Quién es usted?

El hombre elefante hizo un lastimoso mohín.

—¿Eso qué importa?

—Si no fuera así, no se lo preguntaría.

—Heliodoro Zuazo. Puede llamarme Heli. O El Quemao, como prefiera.

Aquel repulsivo ser sólo llevaba, pese a la fresca temperatura, una rasgada camisa de leñador, por la que asomaba el hirsuto vello del pecho. En cuclillas a su lado, mantenía apoyada en su muslo una de sus manos, más parecidas a zarpas. Las uñas eran amarillas y negras, como las de un animal. La subinspectora sintió náuseas.

—¿Me ha estado practicando la respiración artificial?

Tal vez El Quemao intentara sonreír, pero sólo consiguió esbozar una simiesca expresión.

—No piense que he disfrutado. Escupa, si le doy asco.

Martina empezó a toser de manera convulsa. Con dificultad, se puso en pie. Tenía magullado el hombro contra el que había golpeado la puerta del cobertizo.

También Heliodoro se había incorporado. Su envergadura era poco común, pero globosa y blanda, como si su carne de maíz estuviera inflada.

En su zurda, El Quemao sostenía una hoz. Con un principio de pánico, recordando vertiginosamente el cuerpo mutilado de Dimas Golbardo, Martina pensó

que, mientras había durado su desvanecimiento, esa afilada hoja debió permanecer cerca de su garganta. De sus manos. De su vientre. De las cuencas de sus ojos.

Las vigas del cobertizo se derrumbaron con estrépito. Una lluvia de cenizas se dispersó hacia ellos.

—¿De qué modo escapé de ahí dentro?

—Usted no pudo salir —contestó El Quemao, con una voz de ultratumba—. Yo la salvé. Supe que había alguien atrapado porque oí disparos. Vi el fuego, y me asusté. Me trae malos recuerdos. Después escuché sus gritos, y derribé la puerta. Y ahí estaba usted, rodeada por las llamas. La cargué e intenté reanimarla. Pensé que estaba muerta. Por suerte, reaccionó.

—¿A sus besos?

Heliodoro pareció excusarse.

—No sabía qué hacer.

—Se lo agradezco —dijo la subinspectora, dulcificando el tono; pero acababa de darse cuenta de que le faltaba la pistola, y estaba tensa—. Ahora no tengo más remedio que volver a entrar.

—¿Al cobertizo? ¿Está loca?

—He metido la nariz en sitios peores, se lo puedo asegurar.

—Es imposible entrar.

—He perdido algo de valor, y quiero recuperarlo.

El Quemao levantó el faldón de su camisa y se palpó un costado. También su pantalón estaba desgarrado por varios sitios. Sus perneras se remetían en los caños de unas enormes botas de agua. Martina calculó que debía calzar al menos un cuarenta y seis.

—¿Se refiere a esto?

Sosteniéndola por el cañón, como si deseara librarse de un objeto contaminado, le tendía su pistola. No hizo ademán de pretender usarla. La subinspectora recuperó el arma y comprobó que el cargador estaba vacío. Ella misma lo había desperdiciado, alocadamente. Llevaba otro de reserva en el bolsillo de su americana, un poco más arriba de la franja de muslo donde se había apoyado la manaza de Zuazo.

—Estaba junto a usted. Imaginé que sería suya.

—De Dimas Golbaro, por supuesto, no iba a ser —replicó la subinspectora.

—Supongo que no.

—¿Cree que, de poseer un revólver, habría tenido más probabilidades de sobrevivir?

—No entiendo lo que quiere decir.

—¿Ah, no? ¿Para qué lleva esa hoz?

—Desbrozo los caminos. La mala hierba está creciendo siempre.

—¿Dónde vive usted? —Preguntó Martina después de una pausa, que empleó en

observar las cicatrices de su cuello—. ¿Cerca de aquí?

—En Forca del Diablo. Aquella casa que se ve en la cima.

—¿Qué es, un guardabosques?

Zuazo adoptó un tono modesto y orgulloso a la vez, como si estuviera desvelando un secreto personal, algo íntimo.

—Soy artista. Raquero. Trabajo con materiales naturales. Rocas, conchas, huesos. Amo la expresión plástica en su desnuda pureza. Detesto todo recurso, cualquier artificio. Aspiro a fundirme en la creación natural, de la que procedemos. A devolver al barro lo que del barro es. Y, al fuego, lo que del fuego fue.

Martina recordó que en alguna oportunidad su amiga Berta le había hablado de esa clase de chiflados. Los raqueros. Misántropos repartidos por los parajes más solitarios, empeñados en sustanciar la naturaleza con su vocación artística. «Normalmente, acaban en un manicomio», había comentado Berta.

—Admiro el arte —dijo Martina, destinándole una mirada algo más cálida.

Aquella declaración pareció complacer al raquero.

—¿Le gustaría contemplar mi obra?

—Desde luego. Pero, antes, no me importaría averiguar quién ha intentado matarme.

El Quemao abrió la boca. Su lengua era pastosa, como si se alimentase de bayas silvestres. Tenía la piel de los brazos manchada por las antiguas quemaduras.

—¿Matarla? ¿Habla en serio?

—¿No supondrá que no tenía nada mejor que hacer que jugar con cerillas en ese chamizo?

—Entonces, ¿no fue un accidente?

—Claro que no. Alguien apiló leña y le pegó fuego. ¿Pudo verle?

—Ahora que lo dice, puede que me pareciera ver una sombra huyendo hacia el bosque. Después oí un relincho.

—¿Cuántos eran? ¿Sólo uno?

—Creo que sí.

—¿Distinguió algún rasgo? ¿Era alto, bajo?

—Alto, creo.

—¿Declararía eso delante de un juez?

—Abomino de la justicia de los hombres. Una vez ya intentaron procesarme.

—¿Por qué motivo?

Heliodoro hizo chasquear la lengua contra el paladar.

—Me masturbé en una taberna del pueblo. Estaba borracho, muy borracho.

—Entiendo —vaciló la subinspectora; el hombre elefante la miraba con una expresión espantosamente risueña, como si acabara de cometer una travesura colegial—. ¿Preferiría hablar con la Guardia Civil?

El Quemao agitó su enorme cabeza. Las grasientas guedejas se le enroscaron al cuello.

—¿Por qué no responde? ¿Tiene miedo a los guardias? ¿Ha estado alguna vez en el calabozo, como su amigo Gastón de Born?

Martina tuvo la impresión de que Heliodoro Zuazo aferraba la hoz. Con un rápido movimiento, la subinspectora sacó el cargador de repuesto, montó el arma y le apuntó. En un bufonesco gesto, El Quemao se protegió la cara.

—¡No dispare!

—No lo haré, si no me obliga. Deje esa hoz en el suelo.

Martina la recogió y pasó un dedo por su filo. Aquella hoja era capaz de mutilar extremidades humanas. Con un golpe seco. De arriba abajo. Exactamente de la manera en que habían cercenado las manos de Dimas Golbardo.

—Camine hacia las cabañas. Delante de mí.

La subinspectora abrió la puerta del bungalow y le obligó a entrar. Las pisadas de Heliodoro quedaron impresas en el polvo junto a las otras, las que parecían corresponderse con unas botas de agua. Tanto el tamaño como el dibujo de la suela eran exactos.

Martina inquirió, a bocajarro:

—¿Mató usted a Dimas Golbardo?

—¡Yo no he hecho nada!

—¿Pretendía acabar conmigo? ¿Le pegó fuego al cobertizo?

La mirada del raquero manifestó una profunda decepción.

—¡Me arriesgué para salvarla!

—¿Sabe quién soy, y a qué he venido?

—¡No sé quién es usted! ¡Dígame!

Martina se abrió un botón de la blusa y le mostró su placa. Siempre la llevaba de ese modo, colgada de una cadena, pegada a la piel.

—Subinspectora De Santo, Homicidios.

El Quemao alzó los brazos y soltó un golpe que restalló en el aire. Una décima de segundo antes, Martina se había agachado. Moviéndose con agilidad, flexionó las rodillas y le apoyó el cañón en la sien.

—Tumbese. ¡Al suelo!

Heliodoro se dejó caer, como se habría derrumbado un saco.

—Las manos sobre la nuca. ¡Separe las piernas!

La subinspectora lo cacheó. De sus bolsillos sacó un manojito de llaves y un fajito de billetes.

—¿Cómo ha obtenido tanto dinero?

—¡Vendí una escultura, maldita sea!

—¿A quién?

—¡Al juez Cambruno! ¡Es todo lo que tengo! Lo llevo encima para evitar que me roben. Escuche... ¿es cierto que Dimas Golbardo está muerto?

—¿No lo sabía?

—No.

Sin dejar de apuntarle, Martina le clavó una mirada de hielo.

—Las botas. Quíteselas.

El raquero obedeció. Sujeto al gemelo, apareció un machete.

—Tire el cuchillo y empújelo hacia mí. ¡Despacio!

La subinspectora dio un puntapié al machete, lanzándolo al exterior de la cabaña.

—Boca abajo, otra vez. Las manos, en la nuca. A Dimas Golbardo lo mataron el pasado domingo con un cuchillo como ése. Y lo desmembraron con un hacha o con una hoz como la suya. ¿Dónde estaba usted en la madrugada del domingo?

Una de las pantorrillas del raquero comenzó a temblar.

—Ahora mismo no puedo acordarme.

—Voy a refrescarle la memoria. Estaba en la Taberna del Puerto, en Portocristo, emborrachándose. Al menos dos testigos, dos amigos suyos, le vieron: Gastón de Born y Teo Golbardo.

—Ésos que acaba de nombrar no son amigos míos.

—¿Qué hizo después? ¿Subió a su barca y la manejó de vuelta a casa?

—Es posible.

—¿Llevaba a bordo la hoz y el machete?

—Siempre van conmigo. De noche, la marisma es poco segura.

—¿Había amanecido cuando llegó aquí?

—¿Cómo quiere que me acuerde?

—¿Se cruzó en la laguna con Dimas Golbardo? ¿Dónde lo asaltó?

Heliodoro aplastó la cara contra el suelo y comenzó a golpearse el cráneo.

—¡Yo no le hice ningún daño!

—¿Tampoco se lo hizo a su padre, el farero? ¡Estése quieto!

Pero la crisis no había hecho más que empezar. Primero fueron los brazos; enseguida, el torso del Quemao se convulsionó en movimientos espásticos.

La subinspectora se inclinó sobre él. En ese instante, el raquero se incorporó de un salto.

—¡Me las vas a pagar, hija de puta!

Pero no llegó a agredirla. Presa de violentas convulsiones, se desplomó a sus pies.

Se estaba tragando la lengua. Martina abrió el cajón de la cocina, encontró un tenedor de palo y le separó las mandíbulas.

Los espasmos duraron varios minutos, hasta que se moderaron en leves temblores. El raquero había perdido el conocimiento. La subinspectora lo esposó a la mesa. Cogió sus botas y las comparó con las huellas de pisadas. Eran idénticas.

Martina encendió un cigarrillo, a la espera de que volviera en sí. Como no daba muestras de recuperar la conciencia, llenó un cubo de agua turbia, con un fuerte olor a putrefacción, y se lo arrojó encima.

Martina había dejado abierta la puerta de la cabaña. El oblicuo sol de la tarde iluminaba el interior.

Heliodoro Zuazo respiraba entrecortadamente. Iba volviendo en sí. La subinspectora le había quitado el tenedor de la boca, y le apuntaba.

—¿Se encuentra mejor?

El Quemao sacudió las muñecas.

—¿Por qué me ha esposado?

—¡No se mueva!

—No lo haré. ¡Pero se está equivocando conmigo!

—¿Sufre con frecuencia esos ataques?

—Desde pequeño.

—¿Desde que se cayó a una hoguera?

—¿Cómo lo sabe?

—Dispongo de una cierta información acerca de usted. ¿Toma fármacos?

—¿Para qué? El doctor Ancano dijo que me había convertido en un aborto de la naturaleza, y que moriría sin dejar de serlo.

—¿Por eso bebe?

—Sí —sonrió el raquero, horriblemente.

Martina apagó el cigarrillo con el tacón y encendió otro.

—Respóndame ahora a algunas preguntas, y procure hacerlo con sinceridad. ¿Cuándo fue la última vez que estuvo en esta cabaña?

—Nunca había estado aquí dentro.

—No mienta. Mire esas huellas, junto a la entrada. Son tuyas.

—Tienen que pertenecer a otro.

—Deje de fingir.

—No lo estoy haciendo.

—Claro que sí. Usted no está tan loco como pretende aparentar. No lo estaba el pasado domingo, cuando el viejo Dimas entró en esta misma cabaña para hacer un inventario de las reparaciones que debería llevar a cabo. Dejaría la puerta abierta, como ahora lo está. ¿Quién iba a querer molestarle en un lugar tan desierto? Usted pudo forcejear con él y arrastrarlo hasta la playa. Pudo acuchillarle el vientre y descuartizarlo en la Piedra de la Ballena.

El Quemao se había puesto a temblar de la cabeza a los pies. Sus dientes castañeteaban.

—¡Soy inocente!

—Tendrá que demostrarlo.

—¡Le repito que soy inocente!

—¿Le resulta familiar el nombre de Santos Hernández?

—Trae los bloques desde la sierra, para mis esculturas —barbotó Heliodoro—. Le esperaba hace unos días.

—¿El pasado domingo?

—Sí.

—¿A qué hora?

—A mediodía. Tenía que dejar los bloques de piedra en la hondonada del balneario, junto a las otras esculturas. Los desbaste allí, al aire libre.

—¿No le extrañó que no se presentase a su cita?

—Tampoco lo hice yo. Me olvidé. Estuve todo el día en la otra vertiente del cabo, recogiendo algas. Las destilo para fabricar pigmentos.

—¿Alguien más sabía que Santos Hernández iba a desplazarse por ese camino de carros?

—¿Quién iba a saberlo?

La subinspectora hizo una pausa. La mirada del Quemao era la de un animal acosado.

—La Guardia Civil ha batido la zona, buscando indicios de los crímenes. ¿No advirtió la presencia de los agentes?

—Le acabo de decir que estaba lejos, al otro lado de la Forca. Pasé la noche en la costa y no regresé hasta el día siguiente. ¿Qué ha sucedido con Santos?

La subinspectora respondió, con calma:

—Le clavaron un arpón en el pecho. Su cuerpo apareció a tres kilómetros de aquí, en la playa del balneario.

—Han vuelto a hacerlo —murmuró Heliodoro, como presa de pánico—. ¿Por qué tienen que mostrarse implacables? ¿No hay nada que pueda detenerles?

En el rostro de la subinspectora no se movía un músculo.

—¿Contra quiénes no se puede luchar?

—Contra los Hermanos. Ellos lo mataron.

—¿A Santos Hernández?

—A Santos, y también a Dimas.

—¿Puede probarlo?

El raquero asintió.

—¿Cómo?

—Venga a mi casa, en Forca del Diablo, y se lo mostraré.

—¿Qué es lo que va a enseñarme?

—Ya lo verá. Si es capaz de resistirlo.

—Iremos a su casa, pero antes quiero saber algo más. ¿Qué me dice de su padre, el farero, y de Gabriel Fosco, el farmacéutico? ¿Murieron accidentalmente, o alguien los despachó?

—Los Hermanos los liquidaron a todos.

—¿Por qué motivo?

El Quemao no vaciló.

—Para limpiar esta tierra de hombres mediocres.

Martina sonrió, fríamente.

—¿Como hacían los nazis?

—¡Debe creerme! ¡Me estoy jugando la vida al contárselo!

—¿A quién teme? Usted está metido en esto hasta el fondo. Daniel Fosco y Elifaz Sumí mencionaron su nombre en relación con esas reuniones que se celebran en las noches de solsticio.

—¿Esos miserables han hablado?

—Yo diría que no se fían de usted.

El raquero se estiró las guedejas.

—Estuve con ellos, no voy a engañarle.

—No lo intente. Teo Golbardo me contó algo más. Está convencido de que fue usted quien descuartizó a su padre, el viejo pescador de ballenas. Teo pretende tomarse la justicia por su mano, y enviarle a usted al otro barrio.

—¡Asesinos! —rugió Heliodoro, agitando las esposas—. ¿Por qué no me dejarán tranquilo? Se presentan de noche, a cualquier hora... ¿No entienden que he roto con todo? ¿Que he renunciado a sus macabras orgías?

Martina quiso atar otro cabo.

—¿Teo Golbardo pertenece a la Hermandad?

—Está con ellos. ¡Tiene que creerme, escúcheme!

—¿En calidad de artista incomprendido?

Un brillo de inteligencia asomó a los ojos azules del raquero.

—Le contaré lo que sé de ellos. Después me suelta, ¿de acuerdo?

La subinspectora asintió, imperceptiblemente. El Quemao, con aire delator, siguió diciendo:

—Teo es un actor mediocre. Las compañías de Bolscan lo han rechazado. Probó suerte en Argenta, pero terminó durmiendo en los bancos. Anduvo trapicheando con drogas, y pasó una temporada a la sombra. En la cárcel debieron romperle el culo. Lo tenía merecido. Regresó a Portocristo con el rabo entre las piernas, convertido en un fracasado. Como todos nosotros. Ha montado un grupo dramático con esa asociación católica del capitán Sumí. El día de Navidad pondrán en escena un auto sacramental. Los decorados corren a cargo de Daniel Fosco, ese pintorcillo de tres al cuarto. Patético, ¿no le parece? ¡Y esos ilusos se consideran artistas!

Heliodoro se echó a reír. Su risa tenía algo de desesperado y salvaje a la vez.

Martina preguntó:

—¿Cuándo se reunieron todos por última vez?

—En el solsticio de verano, en Isla del Ángel.

—¿Estuvo usted?

—Sí.

—¿Quiénes más?

—Daniel Fosco, Elifaz Sumí, Gastón de Born, Teo Golbardo y otro chico.

—¿Cómo se llama?

—No lo sé, no le conocía. Estaba oscuro, y llevaba una gorra calada.

—Cuénteme qué ocurrió.

—Yo estaba muy borracho. Habíamos fumado. Teo trajo una mierda que pegaba de verdad. Cuando llegamos a la isla era cerca de medianoche. Fuimos en mi barca, pero no sabría decirle cómo pudimos llegar. Las estrellas lucían en el cielo. Nuestras voces se perdían en el mar. Fosco estuvo a punto de caerse al agua, de lo pasado que iba. Elifaz era el único que se mantenía sobrio. ¡Él será quien venga a por mí si se entera que he hablado con usted!

—No lo sabrá. Continúe.

—Déme un cigarrillo.

Martina le puso un pitillo en la boca y se lo encendió. Frente a la llamita del encendedor, Heliodoro pestañeó temerosamente. El humo brotó por los caños de su nariz.

—Usamos mi linterna para trepar por el acantilado, pero al llegar a la cima me obligaron a apagarla. Fosco me la arrebató. Nos sentamos en círculo, en la oscuridad, junto al precipicio, delante del ángel de piedra del cementerio. El mar rompía abajo, muy abajo. Una botella pasó de mano en mano. Elifaz se levantó y tomó la palabra. Nos agradeció que estuviésemos allí, lejos de los vivos, en el mundo de los muertos, que era el nuestro. Elogió nuestra desesperación. Dijo que debíamos conjurarnos para alimentar nuestro odio, pero que ese sentimiento no era aún lo bastante fuerte como para eliminar a todos aquellos que nos habían vejado. A los viejos. A los jefes. A los padres. Elifaz dijo que había que clavar un arpón en el corazón de la humanidad. Debíamos actuar. Cercenar, mutilar. Eso dijo Elifaz. Y, entonces, señaló una tumba...

Mientras El Quemao hablaba, sus uñas habían arañado la madera del suelo.

—¿Qué es eso? —preguntó Martina.

—¿El qué?

—Las marcas que acaba de hacer en el piso.

—No me he dado cuenta —murmuró él.

—Parecen dos serpientes —observó la subinspectora—. O el símbolo del infinito. Vi ese signo en unas piedras talladas, cerca de aquí.

Heliodoro Zuazo la contempló con aprobación.

—Es mi firma.

—¿Qué representa?

—¿No se da cuenta?

—Dígame usted.

—Es muy fácil. Una ballena. Como las que vi de niño. Como las que mataban esos asesinos.

—Alguien grabó esas mismas marcas en los cuerpos de Dimas Golbardo y Santos Hernández. ¿Fue usted?

El raquero rompió a reír, demoníacamente. Un hilo de baba resbaló por su barbilla.

—¿No quiere saber cómo termina la historia de la isla? ¿No quiere saber lo que había en la tumba?

—¿Va a hacer una confesión?

—¡Un espectro nos observaba! —gritó El Quemao, enajenado—. Estaba sobre una lápida. Lo vi a la luz de la luna, y se me heló la sangre. ¡Fue como si la misma muerte hubiese acudido a buscarnos!

—¿Un espectro?

Heliodoro había comenzado a sollozar.

—En vida, fue un hombre. ¡Alguien, sí, me lo devolvió del infierno!

Se puso en pie, arrastrando la mesa, cuyos clavos habían saltado por la presión. Martina esgrimió la pistola.

—¡No se mueva!

Los ojos azules del raquero estaban cuajados de lágrimas.

—Un capote lo cubría. Fue Fosco quien le quitó la capucha. ¡La calavera tenía trozos de pelo y piel!

—¿Pudo reconocerlo?

—¿Acaso no reconocería usted a su propio padre? ¡Habían profanado su tumba, esas hienas!

Otro tirón acabó de liberar la mesa. La subinspectora retrocedió un paso.

—¿Con qué propósito?

—Era mi prueba de admisión en la Hermandad. Yo tenía que... juzgarle.

—¿Juzgar al cadáver de su propio padre?

—¡Debería haberlos matado! Pero estaba borracho, y tenía miedo. ¡Mi padre tenía razón! La última vez que hablé con él me dijo que había encontrado huesos humanos en el cementerio de la isla. Nadie le escuchó entonces. Serían los topos, llegó a decirle el capitán Sumí, las alimañas. ¡Los cárabos! ¡Las comadrejas! Sólo que aquellos vampiros tenían manos para empuñar palas y remover la tierra. Mi padre decidió informar al juez. Poco después, aparecería tendido en las rocas. ¿Qué quiere que piense? ¡Yo sé muy bien quien hizo aquello! ¡Los culpables estaban conmigo, y se burlaban de mí! ¡Los Hermanos lo empujaron al vacío, pero yo lo salvé de sus garras y lo cobijé! ¡Nadie volverá a profanarlo!

—¿Lo cobijó? ¿Dónde está el cadáver de su padre?

—¡Conmigo!

—¿Lo ha vuelto a enterrar?

El raquero se había puesto de rodillas y levantaba los ojos a la techumbre de la cabaña, como si estuviera rezando.

—¿Era ésa la prueba que quería enseñarme? —insistió Martina.

La pata de la mesa saltó, arrancada de cuajo, y el brazo del raquero se proyectó hacia adelante. La subinspectora sintió el golpe como una descarga en el interior de su cerebro. Cayó hacia atrás y perdió la pistola. Heliodoro se le echó encima. Martina sintió el acero de las esposas en sus mejillas. Golpeó a ciegas el rostro de su agresor y le clavó las uñas en la apergaminada piel, hasta que la sangre brotó y El Quemao se hizo a un lado. Martina corrió hacia la puerta de la cabaña, pero él le dio alcance en la pasarela, empujándola con tal violencia que el barandal se rompió y ambos cayeron sobre la arena. La atrapó y, a horcajadas sobre ella, siguió golpeándola con los esposados puños, hasta que la subinspectora perdió el sentido. De un tirón, el raquero desgarró la camisa y el sujetador de color cereza. Los pechos de Martina de Santo dejaron aflorar su rosada palidez. Heliodoro los contempló con fruición, sin tocarlos.

En ese momento sonó un estampido. El Quemao elevó los ojos al cielo. Durante tres segundos exactos contempló el vuelo de las grullas, asustadas por la detonación. Después se desplomó sobre la arena.

Rodilla en tierra, el sargento Romero sujetaba con ambas manos la culata de su pistola. Un solo disparo le había bastado para abatir al individuo que estaba atacando a la subinspectora. Detrás de él, a la carrera, dos guardias se aproximaban por la playa.

El Quemao agitó un hombro, pero después se quedó quieto. La bala le había entrado por un parietal, causándole una muerte casi instantánea. Romero se inclinó sobre la subinspectora, que volvía en sí. La ayudó a incorporarse, la cubrió con la gabardina y le hizo beber un sorbo de agua.

—¿Puede sostenerse?

—Estoy bien.

Pero tenía la cara tumefacta, y le costaba respirar.

—Necesita un médico —dijo Romero—. Regresaremos a Portocristo. Tengo la patrullera en la entrada de la ría. Por suerte, uno de mis hombres la vio a usted. Vinimos a toda prisa.

—Se lo agradezco. De no ser así, no sé qué habría ocurrido.

—Yo se lo diré, subinspectora: estaría muerta. Ese cabrón debía tener la fuerza de un toro. Ocúpense del cadáver —ordenó a sus hombres.

—Un momento, sargento —dijo la subinspectora; respiraba con avidez, y temblaba ostensiblemente—. Todavía estoy en condiciones de ir a Isla del Ángel.

—¿Con qué fin?

—Quiero constatar algo.

—Será después de que la atiendan.

—No tengo nada roto. Mis heridas son superficiales. Hay cosas más urgentes que hacer. En esa isla han levantado una cruz —desveló Martina—. Y mucho me temo que, clavado a esa cruz, esté agonizando un hombre.

—¿De qué me está hablando, por el amor de Dios?

—No perdamos el tiempo, sargento. Corramos a la patrullera. Que sus hombres registren la casa de Heliodoro Zuazo. Es aquella construcción, sobre lo alto del cabo. Es posible que encuentren un cadáver, el de su padre, Pedro Zuazo, el farero, que alguien previamente desenterró. Usted y yo desembarcaremos en la isla. Espéreme mientras me cambio en la cabaña.

—Subinspectora...

Pero Martina subía ya las escaleras del refugio. En cuestión de un minuto volvió a salir. Se había puesto un jersey negro. Llevaba el sombrero y la gabardina en la mano.

El sargento se limitó a seguirla, meneando la cabeza, como si no entendiera nada. Los agentes cargaron el cuerpo sin vida del Quemao. A juzgar por sus resoplidos, debía pesar lo suyo.

La patrullera los aguardaba con el motor encendido. El sargento ordenó a sus hombres que alistasen la zodiac y se dirigieran a Forca del Diablo para registrar la vivienda del raquero. En cuanto la zodiac hubo zarpado, el piloto del guardacostas puso rumbo a Isla del Ángel.

Martina se había acodado a la proa. Tenía el rostro desfigurado y sucio de sangre seca. Encendió un cigarrillo. El humo perforó algún punto sensible de sus pulmones, haciéndola toser.

—No debería fumar —dijo el sargento, acercándose a ella.

—Me ayuda a pensar.

—No creo que necesite hacerlo mucho más. Ese tarado los mató, ¿no es cierto?

Martina se limitó a castigarse con otra calada.

—Vamos, subinspectora. Iba a violarla. Después, habría acabado con usted. ¿Tan pronto lo ha olvidado?

—Era un enfermo.

—Y un criminal. ¿Logró que confesara?

—Hay detalles que no encajan.

—¿No lo hizo solo, quiere decir? ¿Tuvo algún cómplice?

Pero la subinspectora parecía encontrarse lejos. Abstraída, contemplaba la mole de la isla, que se acercaba con rapidez.

—Alcánceme unos prismáticos.

El sargento se los entregó. Martina fue graduando las lentes. De pronto, dejó caer los brazos.

—Mire.

Romero cogió los prismáticos y enfocó la isla.

—¡Un hombre! —exclamó—. ¡Los pájaros le atacan!

La patrullera trazó un arco, provocando atrás una furiosa estela, y se deslizó sobre las olas con su máxima potencia. Atracaron en una cala. Martina y el sargento se dejaron caer al agua, que les llegaba a los muslos.

—¿Cuál es el camino más corto hasta la cima? —preguntó la subinspectora.

—Hay dos. Uno, bastante seguro, y otro, por los acantilados, más peligroso.

Martina señaló una escarpada senda.

—¿Ése? Vaya delante. ¡Deprisa!

Bordearon el precipicio. Una sola vez miró abajo Martina, para prometerse que no volvería a hacerlo. Las olas rompían contra las paredes de roca. El ruido era ensordecedor.

—¡Cuidado! —exclamó.

El sargento había resbalado. A punto estuvo de caer, pero logró asirse a una raíz. La subinspectora tuvo una vivida imagen de Pedro Zuazo, el farero, despeñándose.

Alcanzaron la cumbre. La superficie era lisa, y mucho mayor de lo que se

adivinaba desde el mar.

El cementerio ocupaba una pradera ondulada. Decenas de lápidas y algún decimonónico panteón, con los sillares erosionados por el viento, se disponían sin orden. La efigie de un ángel de piedra contemplaba el océano con las alas extendidas, como si estuviera listo para arrancar el vuelo hacia la eternidad.

Una cruz de madera se erguía más allá, en la ladera sur. Martina corrió hacia ella procurando no tropezar con los escombros que rodeaban las tumbas.

Con su blanca melena al viento, el crucificado estaba desnudo. Dos enormes pájaros, dos águilas pescadoras, pensaría después Martina, se habían posado en el madero, una a cada lado, y picoteaban sus hombros sin piedad. Al oír gritos levantaron el vuelo, pero permanecieron planeando, a la espera de volver sobre su presa.

El sargento Romero parecía incapaz de asimilar lo que estaba viendo. La subinspectora notó que se le revolvían las tripas; tuvo que hacer un esfuerzo para no vomitar. Hacía poco más de veinticuatro horas, en Portocristo, en la sede del semanario, se había cruzado con aquel anciano.

—Mesías de Born —murmuró el sargento—. ¡Está muerto!

—No lo está —dijo Martina—. Aún respira.

De los vacíos ojos de Mesías de Born, como lágrimas negras, pendían coágulos de sangre, pero un temblor había estremecido su pecho. Un clavo de hierro remachaba sus pies descalzos. En el pecho, a la altura de las costillas, le faltaban trozos de carne, como si hubiesen empezado a descuartizarlo, o las aves se hubieran ensañado con él.

Los labios de Mesías de Born se abrieron para emitir un lamento.

—¡Hay que bajarlo de ahí! —apremió Martina.

—Intentaré tumbar la cruz —reaccionó el sargento—. El farero guardaba herramientas en uno de los panteones. Iré a buscarlas. ¡Vaya apartando esas piedras!

Romero regresó con un pico y una pala, y se puso a cavar. La cruz era alta, y había sido enterrada a bastante profundidad. A pesar del frío viento, la frente del sargento se perló de sudor. Martina iba retirando la tierra. Al cabo de un cuarto de hora, el madero osciló y crujió.

—¡Yo lo sostendré! —gritó Romero—. ¡Empuje!

La cruz se venció. El sargento tuvo que apartarse, para que no le aprisionara al caer. El brusco impacto hizo desprenderse los clavos de las manos, cuyas reavivadas heridas tornaron a manar. Romero utilizó el pico como palanca, hasta desprender las puntas.

Entre ambos recostaron a Mesías de Born sobre la hierba. Anochecía. Un crepúsculo de tabaco y oro se extendía sobre el mar.

El martirio había sido excesivo para aquel anciano. Martina trató de no mirar las

cuencas vacías de sus ojos.

—¿Quién ha sido? ¿Quién le ha hecho esto? —preguntó Romero, fuera de sí.

La exangüe boca de Mesías de Born se abrió. El sargento acercó el oído a sus tumefactos labios.

—Heli... —acertó a denunciar el anciano.

Un vómito borró sus últimas palabras. La subinspectora incorporó el cuerpo, cuya cabeza cayó rígidamente a un lado. «La quinta víctima», enumeró, desviando la mirada hacia el ángel de piedra que parecía querer volar hacia la puesta de sol.

El cabello del ángel era largo y rizado. Como el de Gastón de Born, pensó Martina. La subinspectora recordó que Mesías se proponía visitar el cementerio en el aniversario de su mujer. Y recordó también los cuentos que había escrito su hijo.

Era como si Gastón, con sus propias manos, hubiese clavado a su padre a esa diabólica cruz.

La punta de Forca del Diablo se adentraba en el mar. Sobre la cima, desafiando a los vientos, se elevaba la casa de Heliodoro Zuazo. Se trataba de una antigua cuadra de ganado, con el interior diáfano. El suelo era de tierra.

Los guardias echaron abajo la puerta. Al entrar, se enfrentaron a un singular museo compuesto por el esqueleto de una ballena, caracolas gigantes, esculturas de madera y hueso que representaban seres invertebrados, anémonas, peces ciegos, flores submarinas, estrellas de mar. Redes y aparejos de pesca colgaban del techo. Un banco de carpintero exhibía una panoplia de utensilios: guvías, cinceles, sierras... y un arpón como el que se había clavado en el corazón de Santos Hernández.

El esqueleto de una ballena brillaba con la última luz de la tarde. Un jergón, sobre el que debía acostarse El Quemao, se extendía en un rincón, con las mantas arrolladas y una almohada llena de manchas. En el interior de su funda, los guardias encontraron el collar de oro que había pertenecido a Santos Hernández.

Revolvieron después el contenido de unos cubos de pintura en los que se amontonaban trapos, ropas, pedazos de roca y conchas recogidas en la playa. En el fondo de uno de esos cubos apareció una bolsa de plástico con unos trescientos gramos de cocaína.

Ni en la casa ni en sus alrededores encontraron restos humanos. Los agentes batieron el terreno en busca de algún punto en que se hubiera removido la tierra, inútilmente. Recogieron las pruebas y retornaron a la zodiac.

La mar empeoraba por momentos. Los cadáveres de Mesías de Born y de Heliodoro Zuazo realizaron la travesía hasta Portocristo en la bodega del guardacostas, envuelto en lonas. La subinspectora apenas habló. Todo el rato, a pesar del fuerte viento, permaneció en cubierta, fumando un cigarrillo tras otro, inmersa en sus reflexiones. El sargento Romero renunció a sacarle palabra alguna.

Cuando arribaron a la bahía era de noche cerrada. La patrullera trazó un óvalo de espuma y penetró en la rada. Los guardias desembarcaron los cadáveres para depositarlos provisionalmente en la lonja de pescadores, a la espera de que los examinase el juez, a quien se partió de inmediato a convocar.

Media docena de marinos faenaban en el interior de la nave. La subinspectora preguntó por un teléfono. Uno de los pescadores señaló el receptor aplicado a la pared, junto a los precios de subasta de las especies de bajura.

Mientras la subinspectora marcaba el número de la Jefatura de Policía de Bolscan y comenzaba a hablar con el comisario Satrústegui, los guardias instalaron los cadáveres sobre unas redes arrastreras.

La subinspectora colgó el teléfono tras una conversación de cinco minutos con Conrado Satrústegui. El comisario escuchó con atención su relato y le aseguró que se

desplazaría a Portocristo en cuanto le fuera posible.

En el interior de la lonja, Romero se dirigía a los pescadores:

—Que alguien prepare unos cafés. Usted, cabo, comunique la noticia en casa de Mesías de Born.

—Vi a su hijo Gastón salir con él de la redacción del periódico —recordó Martina—. Ambos discutían. Quizá el chico pueda decirnos qué hizo su padre durante sus últimas horas.

El sargento asintió.

—Traigan al muchacho.

La piel de Mesías de Born estaba adquiriendo una tonalidad marfileña, casi translúcida. La blanca melena se había pegado a su frente como un sucio pedazo de algodón. De sus vacías cuencas irradiaba una acusadora luz negra.

Un pescador tendió a Martina una taza de un líquido que sólo remotamente sabía a café. La puerta de la lonja se abrió dando paso a una corriente de aire frío y al juez, acompañado por el médico. El sargento se encaró con los pescadores.

—Ustedes, largo de aquí. Y no se les ocurra comentar nada de lo que han visto.

El juez Cambruno pasó delante de la subinspectora, ignorándola, abrió las bolsas de los cadáveres y se inclinó sobre el cuerpo sin vida de Mesías de Born. Después hizo lo propio con los restos de Heliodoro Zuazo. Se retiró unos pasos, porque las heridas estaban vivas, y el hedor comenzaba a dejarse sentir, y dijo:

—Si desea proceder a su examen, doctor.

La subinspectora se acercó al juez.

—Quisiera informarle de lo sucedido.

—Podrá hacerlo mañana por la mañana.

—Tal vez entonces sea demasiado tarde —apuntó la subinspectora.

—¿Por qué dice eso, Martina? —preguntó el sargento.

—Porque no descartaría que se produjese algún otro asesinato.

—¿Más crímenes? —exclamó el juez—. ¿No basta con esta matanza?

—Imposible —aseveró Romero—. Hemos cazado al asesino. Lo tenemos ahí, con un disparo en la cabeza. Heliodoro Zuazo acabó con todos ellos.

—No vaya tan deprisa, sargento —le aconsejó Martina—. Ya le he dicho que hay cabos que no concuerdan.

—Por favor, subinspectora. Esa bestia asesinó el pasado domingo a Dimas Golbaro y a Santos Hernández, y, hace un rato, esta misma tarde, a punto estuvo de matarla a usted. Tenía antecedentes por conducta desordenada y violenta. El doctor Ancano podrá certificar que se trataba de un psicópata en potencia.

El médico, que seguía examinando las heridas de Mesías de Born, se giró para asentir.

—Las pruebas son abrumadoras —prosiguió Romero, dirigiéndose a Cambruno

—. En el cubil de Heliodoro Zuazo mis hombres han encontrado un arpón, el collar de Santos Hernández y un alijo de cocaína de extrema pureza. A eso hay que añadir una importante cantidad de dinero de dudosa procedencia. Me apostaría la extraordinaria de Navidad a que El Quemao era el enlace de los narcos, y que las muertes de Dimas Golbardo y Santos Hernández, tal como yo le apunté, subinspectora, están relacionadas con el tráfico y distribución de estupefacientes. Por si no le bastase tal cúmulo de cargos, le recordaré que Mesías de Born, en su último acto consciente, justo antes de morir, pronunció con claridad el nombre de su asesino.

—El asunto está claro —apostilló el juez—. Caso cerrado.

—No tan rápido —discrepó Martina—. Usted mismo, sargento, afirmó que entre Dimas Golbardo y Heliodoro Zuazo no existían vínculos personales. ¿Y cuál era su conexión con Mesías de Born?

—Me será fácil indagarla, no se preocupe por esos extremos. Claro que hay cabos sueltos, subinspectora, pero se irán esclareciendo. El Quemao disponía de los instrumentos y de la fuerza física para cometer los crímenes. En cuanto tuvo oportunidad, los llevó a cabo.

—¿También fue ese pobre diablo quien mató a su propio padre?

—¿Otra vez va a empezar con esa cantinela, subinspectora? —El rostro del juez expresaba una contenida indignación—. ¿Deberé recordarle que no se encuentra usted al frente de la investigación?

—Heliodoro Zuazo era inocente —insistió Martina.

—Pues alguien se ha tomado muchas molestias para tratar de incriminarle —dijo Romero.

—Así es. Alguien amañó sus huellas en la cabaña, y ocultó en su casa la droga y el colgante de oro de Santos Hernández.

—Demasiado rebuscado —opinó el sargento.

—Creí haberla recusado una vez, señora De Santo —le recordó el juez—. Me temo que sus servicios han dejado de ser necesarios. Le aconsejo que se limite a comparecer mañana en el Juzgado y a prestar declaración. Después podrá regresar a la ciudad. Estoy convencido de que, después de un merecido descanso, y en cuanto haya asimilado los numerosos errores que ha cometido, podrá demostrar sus facultades en nuevos casos.

Despechada, Martina salió a fumar un cigarrillo. Una bruma amarilla envolvía el puerto.

Los faros de un coche cortaron la niebla. Un automóvil grande avanzaba con lentitud hacia la lonja. Martina supuso que debía tratarse del Land Rover de la Guardia Civil, que regresaba del domicilio de los De Born, pero de repente algo le resultó extrañamente familiar en la silueta del vehículo.

—No puede ser —murmuró, incrédula.

Era su propio coche, el Saab deportivo, con la capota puesta. Martina no pudo distinguir a sus ocupantes hasta que se detuvo el motor y las portezuelas se hubieron abierto.

—Buenas noches, querida —dijo Berta, con naturalidad, como si estuviera saludándola en el porche de su casa.

La subinspectora se la quedó mirando, atónita.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Antes que nada déjame que te dé un beso. —Al ver las heridas que afeaban el rostro de la subinspectora, emitió un grito de horror—. ¿Qué te ha pasado?

—No me he dedicado precisamente a tomar el sol. Todavía no me has respondido qué haces aquí.

—He venido con Daniel.

La voz de Martina tembló.

—¿Fosco? ¿Es él quien conduce mi coche?

—Lo decidimos de pronto —dijo Berta—. Cogimos el barco en el último momento. Metimos el Saab en el ferry y ocupamos nuestros camarotes. Pero nadie se acostó. Hubo juerga toda la noche. Fue divertidísimo, no te imaginas. Un viaje de locos y ya estábamos los tres en este pueblecito encantador.

—¿Los tres?

—Elifaz ha venido con nosotros. Está en el asiento de atrás, dormido. Con una cogorza monumental. De absenta, nada menos.

—¿Tú también has bebido?

—He fumado un poco. Tendrías que probar la hierba de Fosco.

Martina se dirigió al Saab.

—Salga de mi coche.

Daniel Fosco apagó en el cenicero el canuto que estaba fumando y le dedicó una de sus viciosas sonrisas. Iba vestido completamente de rojo, salvo las botas, que eran de cuero, puntiagudas.

—Estoy encantado de volver a verla, subinspectora.

—Lamento no poder decir lo mismo. Indíquele a su amigo que salga. Ahora.

—Como usted mande. Espabila, Elifaz. ¡Despierta! Es inútil, ya ve. Duerme como un tronco.

Martina abrió la puerta de atrás y tiró de las ropas del autor de *La herida celeste*, hasta que un inconsciente Elifaz rodó por el mojado alquitrán. Después, la subinspectora se encaró con Fosco, que estaba ocupado en atusarse el pelo.

—Las llaves.

—Están puestas. Oiga, ¿no pensará que hemos hecho algo malo? Nos hemos limitado a vagar un poco por ahí. A enseñarle el pueblo a Berta.

La subinspectora preguntó a su amiga:

—¿Es eso cierto?

—Claro. ¿Qué te sucede? ¿Por qué te pones así? Estuvimos buscándote. Un amigo de Fosco, Teo...

—Golbardo —la ayudó el pintor.

—Sí —rió Berta; Martina se dio cuenta de que estaba muy pasada—. Qué nombres tan cachondos tiene esta gente. Teo Golbardo nos dijo que te alojabas en la posada del Pájaro Amarillo, pero que habías partido hacia una playa ballenera. Sonaba emocionante. Se asustó un poco cuando le dijimos que eras policía.

Martina hizo un gesto de exasperación.

—¿Hice mal?

—Todo lo contrario, Berta. Tu presencia me está resultando de gran ayuda. ¿Puedo saber qué más habéis estado contando? ¿Puedo saber dónde te hospedas?

—En casa de Daniel. Es fantástica, no te haces una idea. Tan gótica... Tienes que ver el estudio, con esos increíbles cuadros...

—Usted sigue estando invitada, por supuesto —dijo el artista, con amabilidad—. Tenemos habitaciones de sobra.

—¿Me va a ofrecer la de su difunto padre? —Estalló Martina—. Creo que seguiré en la posada. Ahora que medio pueblo conoce mi identidad, ya no necesitaré protegerme.

—¿Se ha sentido amenazada? —preguntó Fosco, un tanto alterado; evidentemente, no le había gustado la referencia familiar—. No me extraña. En el pueblo no se habla de otra cosa que de esos horribles crímenes. ¿Ha conseguido descubrir quién los cometió?

Elifaz comenzaba a despertarse. Se había arrodillado y se limpiaba la cara de un resto de barro. Tenía los ojos enrojecidos y el semblante lívido. La subinspectora repuso:

—Tal vez ustedes me ayuden a solucionar los casos. Para ello, cuento con su declaración.

—¿Es que va a interrogarnos? —saltó Fosco.

—Mañana, a primera hora, en el cuartelillo. Los dos. Elifaz y usted. Espero que para entonces se encuentren sobrios, y dispuestos a contar la verdad.

Berta intervino, alarmada.

—Por Dios, Martina, no sospecharás que...

—Harías bien en regresar a Bolscan en el primer barco, Berta. El coche se quedará conmigo. Voy a necesitarlo.

—No te hallas en disposición de conducir, ¿lo has olvidado?

—Creo que he comenzado a olvidar muchas cosas —repuso la subinspectora—. Y a superar algunas otras. Ahora, Berta, si me disculpas.

Sin embargo, la subinspectora se quedó quieta, escrutando la niebla. Acababa de oír un extraño rumor, como si un cortejo horadase la noche. Pronto comprendió de

qué se trataba. Un carro de bueyes avanzaba junto al malecón. Al pescante, con la cabeza cubierta por un sombrero, Juan Sebastián Sobrino, el embalsamador, agitaba un corto látigo. Su equino semblante conservaba vestigios de sueño. Amarró los uncidos bueyes a una columna y entró a la lonja.

El juez Cambruno y el doctor Ancano salieron poco después. Conversando en voz baja, aguardaron a que Sobrino, ayudado por los guardias, fuera depositando en el carromato los cadáveres del director de *Ecos del Delta* y de Heliodoro Zuazo. No habían cerrado las fundas. Las cabezas de ambos concentraban una tétrica luz.

—Elifaz —susurró Fosco—. Es Mesías de Born. Parece que lo han liquidado. Y también al Quemao.

Aturdido, sosteniéndose a duras penas en pie, el joven Sumí observó cómo el embalsamador terminaba de acomodar los cuerpos. Con el médico y el juez sentados en el pescante, uno a cada lado del dueño de la funeraria, el carro se fue alejando entre la niebla, hacia La Buena Estrella.

Era cerca de medianoche, pero la Taberna del Puerto aún estaba abierta. La subinspectora aparcó delante, entró y pidió un *whisky*. Lo consumió en una esquina de la barra, despacio, a pequeños sorbos. Tres o cuatro hombres ocupaban las mesas. Parecían tan solitarios como ella.

Se acercó al teléfono y pidió el número particular de Horacio Muñoz. Fue su esposa quien atendió la llamada.

—Soy Martina de Santo, de Homicidios. Discúlpeme por molestarles a estas horas.

—Espero que sea importante.

La subinspectora oyó cómo el receptor, bruscamente arrojado, aterrizaba sobre la almohada, y cómo su superficie raspaba la barba de Horacio Muñoz.

—¿Martina, es usted?

—Le he despertado, claro. Discúlpeme con su mujer.

—No tiene importancia. ¿Qué ocurre?

—¿Recuerda que el pasado lunes alguien me llamó para decirme que había oído el crimen de Golbardo en la radio?

—En el boletín de las once, lo recuerdo con claridad. Pero sus fuentes no le dijeron en qué emisora. En Radio Nacional no había sido, porque yo la escuché.

—Tuvo que ser en otra cadena, pero ¿en cuál?

—En ninguna, subinspectora. Ha hecho bien en llamarme para salir de dudas. Esta misma tarde estaba recopilando las noticias de los sucesos de Portocristo cuando me vino a la memoria ese comentario suyo. Llamé a las tres o cuatro cadenas que podían haber servido la noticia, pero todas informaron de los hechos a partir de las dos de la tarde, cuando nuestro servicio de prensa hubo hecho público un escueto comunicado. Fue Radio Nacional quien dio la noticia, y lo hizo a la una y media, lo que desmentiría a su fuente. ¿Le ayuda en algo?

—Creo que sí. Gracias, Horacio, y discúlpeme otra vez.

Como si quisiera ahogar sus penas, las burlas de Buj, la reconvención de Cambruno, la insoportable impresión de que la solución de los crímenes se le estaba escurriendo entre los dedos, Martina bebió una segunda copa, y una tercera, después, pero cuando sintió que el alcohol se estaba apoderando de su mente decidió parar. Pagó y preguntó por la casa de los Fosco. El tabernero le indicó la dirección: una mansión indiana, junto a la botica. Con un arco de piedra y dos grandes palmeras en la entrada.

Desde la calle principal, el camino que llevaba hasta la casa era de tierra. Martina lo recorrió a toda velocidad, rozando las estacas de los prados. Frenó y salió del coche.

No había luz en ninguna de las tres plantas, pero la puerta principal estaba entornada, como si alguien acabara de salir, olvidando cerrarla, o se esperase visita.

Martina entró a la casa y encendió la luz del vestíbulo.

El salón, enorme y desnudo, con unos pocos muebles de caoba y una mesa de cocina importante presidiendo una señorial chimenea en la que crepitaban las últimas brasas, estaba vacío. Sobre el mantel, platos y cubiertos sucios y una mediada botella de vino revelaban que acababa de compartirse una cena tardía.

La subinspectora investigó la cocina, con su horno de leña y su recogida caldera, y, sin hacer ruido, subió las escaleras hasta la primera planta, donde se disponían los dormitorios.

Todas las puertas, salvo una, estaban abiertas. Martina penetró en las habitaciones y abrió cómodas y armarios hasta encontrar la mochila que Berta solía utilizar cuando tenía que salir de la ciudad. Dentro del macuto había un par de camisas, unos pantalones vaqueros y ropa interior de su amiga.

Después franqueó la puerta del único dormitorio que permanecía cerrado.

La luz del pasillo iluminó tenuemente la alcoba. En el centro de una inmensa cama con dosel, roncando suavemente, dormía una mujer desdentada y flaca, tan consumida que su piel apenas resaltaba sobre la blancura de las sábanas. «La madre de Fosco», pensó Martina, echando un rápido vistazo a su cerúleo rostro. Reparó en los cuadros religiosos que colgaban de las paredes y repasó los objetos que descansaban sobre el tocador, estampitas, cepillos con fundas de plata, pastilleros con píldoras de distintos colores.

Salió del dormitorio principal y subió al piso alto, aislado del rellano por una maciza puerta de roble, que abrió.

Diáfano, abuhardillado, el ático condensaba una cálida humedad. Los ventanales filtraban la láctea penumbra de la noche. Paletas, espátulas y pinceles estaban tirados por el suelo, entre los caballetes con pinturas a medio fraguar alineados junto a las cristaleras que durante las horas del día debían proyectar el resplandor de la costa.

La subinspectora reconoció en las telas el arte de Daniel Fosco, esos cuerpos torturados, esos ángeles caídos bajo las cúpulas de siniestros crepúsculos, las impuras vírgenes que sangraban a través de sus estigmas mientras una sonrisa de doloroso placer se obstinaba en animar sus labios exangües.

Los gélidos ojos grises de Martina se empañaron al identificar con los rasgos de Berta el rostro de una de esas perversas doncellas. El pintor había representado a su amiga en el centro de un paisaje fantástico, con extrañas construcciones, animales y plantas, y había dorado su cabello, estilizado sus manos y redondeado su vientre, como si estuviera esperando un hijo. El grotesco retrato emanaba la limpia crueldad de un obsceno paganismo, pero la dulce mirada de la modelo era serena, casi feliz: la misma a la que Martina solía recurrir cuando vacilaba su confianza en sí misma.

Contempló el resto de los cuadros, trastornada. Aunque ninguno estaba concluso, sugerían una actividad incesante, simultánea, como si el artista, estimulado por un impulso febril, por una patológica creatividad, trabajase en ellos sin cesar.

Martina abandonó la buhardilla y descendió las escaleras, atenta a los ruidos de la casa. Pero eran sólo los crujidos de sus propios pasos, el viento que agitaba las ramas de los árboles, la leve crepitación de las brasas.

En el salón, que volvió a recorrer minuciosamente, encontró, arrugada sobre una mecedora de mimbre, una sudadera de Berta que conservaba el aroma de su perfume y, todavía, como si acabara de quitársela, un resto de su tibieza.

Salió de la casa. Pegándose al muro de piedra, recorrió la fachada y el chaflán, hasta la parte de atrás.

La puerta de la bodega se abría hacia una boca negra y profunda. Sobre una rampa de arenisca se habían tallado irregulares escalones. Desde el fondo, como el temblor de una llama, parpadeaba una luz terrosa.

La subinspectora sacó la pistola y bajó uno por uno los veinte peldaños del pasadizo. Las telarañas rozaban su pelo. Según descendía, un torvo resplandor, cada vez más vivo, anunciaba el lecho del caño.

Bruscamente, percibió un olor nauseabundo. El techo de roca viva se abodegó en una estancia que en otro tiempo debía haber servido de lagar, o de molino de aceite. Las prensas, rodeadas de mohosos toneles, ocupaban una vasta cuba. Entre polvorientos mazos, herramientas y útiles de labranza colgaban, brillantes de barniz, los últimos cuadros, ya terminados, de Daniel Fosco. Decenas de apóstoles, demonios y mártires asomaban su burlona concupiscencia a esos irreverentes lienzos.

Dos antorchas clavadas al suelo iluminaban la escena con un fantástico fulgor. El fuego alborotaba las sombras, y daba vida a los cuadros.

Pálida, desnuda, encadenada a la bóveda de la cripta, Berta estaba en pie delante de uno de ellos, un óleo que representaba la tentación diabólica de un débil Jesús orando en el desierto. El hijo del carpintero expresaba el tormento de la duda, la rebelión de su espíritu, y sus manos, rematadas en afiladas uñas, parecían implorar, elevadas al cielo, una fiera compasión, más allá de cualquier sentimiento humano. El semblante del Cristo, que parecía mirarla desde el término de una eternidad congelada en la humillación del dolor, era el de Elifaz Sumí.

A unos diez pasos de distancia, incapaz de seguir avanzando, Martina contempló a su amiga. Berta tenía la misma expresión que acababa de percibir en su boceto del atillo, y la piel cruzada a latigazos.

—Puedes guardar la pistola —dijo Berta, con un tembloroso susurro, agitando los brazaletes de hierro.

Martina enfundó el arma.

—¿Dónde están?

—¿Quiénes?

—Fosco y Sumí.

—Se marcharon hace un rato. Pero volverán. Siempre lo hacen.

La subinspectora avanzó unos pasos. Las satánicas figuras que tentaban al Mesías enmarcaban la faz de Berta como un coro infernal.

—No te acerques —le advirtió su amiga—. No vayas a tocarme.

—¿Qué han hecho contigo?

—Nada que yo no les haya permitido hacer.

Martina respiró hondo. El pestilente olor se infiltró en sus bronquios.

—Creía conocerte, pero no imaginé que pudieras llegar a caer tan bajo.

—Nunca es fácil conocer a nuestra otra mitad.

—¿Cuándo empezó todo esto?

—Hace ya algún tiempo.

—¿Antes de que tú y yo...?

—Sí.

—¿Habías estado aquí?

—Sí.

—¿Posando para Fosco?

—Así es.

—¿Te acostabas con él?

—De vez en cuando.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—¿Estás enamorada de él?

—No lo sé.

—¿Y de Elifaz, lo estás?

—Tal vez. Sólo lo hago con él cuando los dos quieren. Al principio me daba miedo. Temía que me hicieran daño. Pero nunca he disfrutado tanto. Nunca como al tenerlos a los dos dentro de mí.

—¿Lo habéis hecho ahora?

—Sí.

Martina se mordió los labios.

—De manera que sois una trinidad.

—He llegado a sentirlo.

La subinspectora dijo, muy despacio:

—Te han azotado, Berta.

—Lo merecía.

—¿Se trata de una prueba?

—Todavía tendré que superar otras peores. La última ordalía, la de Teo Golbardo, fue realmente dura. Y yo no iba a ser menos.

—¿Qué tuvo que hacer Teo?

—Eso es secreto de confesión.

—¿Y Gastón de Born?

Berta sonrió con desdén.

—Simplemente tenía que imprimir los libros.

—¿En la imprenta de su padre, donde se tira el semanario comarcal?

—Eso es.

—¿Clandestinamente?

—El viejo Mesías nunca lo hubiera autorizado. Gastón manejaba la rotativa de noche, cuando no había nadie.

—De modo que así fueron viendo la luz los Libros del Ángel.

—Justamente. Sabemos que los compraste.

—¿Por el librero?

—Ese detalle no tiene importancia. ¿Los has leído?

—Me gustaron las historias de parricidios. Las que firmaba Gastón. Sólo que no las escribió él.

—¿Ah, no?

—No. Leí una crónica de Gastón, y estaba mal redactada. En cambio, los relatos tienen tensión. No podían pertenecer al mismo autor. ¿Quién los escribió? ¿Elifaz?

—Son buenos, ¿verdad? Elifaz y Daniel tienen talento, al contrario que los demás. Ellos encarnan el ideal de la Hermandad: la fusión del arte y la muerte.

La ropa de Berta estaba desperdigada por el suelo. La subinspectora observó que el sujetador estaba rasgado.

—No estoy aquí para recibir lecciones de arte. Encontré tu sudadera en el salón. Dime cómo puedo soltarte y vístete.

Berta escupió al suelo. Su rostro se asimiló a las repulsivas caras del cuadro. A pesar del frío que hacía en la cripta, su frente estaba perlada de sudor. Basculó sobre sus pies, como si estuviera borracha.

—¿Prefieres interrogarme vestida? Porque has venido a eso, ¿verdad?

La subinspectora se dejó caer sobre el borde del lagar. Los ojos le ardían.

—He visto el retrato que te está pintando Fosco. Es repugnante, pero prueba muchas cosas.

—No deberías hablarle así a una mujer en estado.

El corazón de Martina golpeó en su pecho.

—¿Estás esperando un hijo?

—En el fondo, Daniel es un pintor realista.

—¿Quién es el padre?

—¿A quién le importa?

—Puede que a mí.

—¿Esa pregunta tiene que ver con tu investigación?

—Puede que sí. ¿Por qué no respondes?

—El padre de la niña podría ser cualquiera de los dos.

—¿Estás embarazada de una niña?

—Hemos pensado llamarla Martina, en recuerdo de una amiga que perdí.

Detrás de Berta, en el oscuro fondo de la cripta, aleteó una sombra. La subinspectora se volvió, con los nervios de punta, pero sólo era un murciélago.

—Dime qué es lo que desprende ese olor.

—Son los muertos —murmuró Berta, con una voz que no parecía la suya.

—¿Dónde están?

—Ahí, debajo de ti.

—¿Enterrados en la cuba?

—A poca profundidad. Así es más fácil desenterrarlos. Hemos llegado a conocerlos bien. Fosco los ha immortalizado en sus telas. Es un gran artista, aunque a nadie le interese. Yo los fotografié. Fue toda una experiencia. ¿Creías que la muerte era sólo un instante, una luz que se apaga? Descubrí que la muerte tiene vida propia. Que cada uno de esos cadáveres sigue muriendo hora tras hora. Que se mueven, Martina, que gimen y tiemblan, y que trozos de pelo y piel caen de pronto, como desprendidos por un aliento malsano. Crecen las uñas, palpitan los órganos, mutan sus olores, su pátina y coloración se alteran. Gusanos y larvas penetran los tejidos, la carne que se pudre y seca, hasta descubrir los esqueletos y abrillantar sus almas de marfil. ¿Habrán muerto, entonces? ¿Pero por qué crujen los huesos? Jamás capté imágenes como éstas. Nunca estuve tan cerca del destino del hombre, de la verdad.

A Martina le falló la voz. Un frío glacial le atenazaba la garganta. Tragó saliva y preguntó, vacilante:

—¿Hiciste aquí tus fotografías? ¿Tus *Restos de Serie*? ¿Las que yo vi por primera vez, el día en que te conocí en el Palacio de la Música?

—Muchas de ellas.

—¿Fosco desenterraba los cadáveres del camposanto de la isla?

—Acopia modelos para su juicio final —repuso Berta, riendo—. Se enamora de ellos. Los viste, disfraza, maquilla. En una ocasión me confesó que había llegado a probar su carne. Pero no todo es lúgubre en nuestra relación con los inmortales. Antes

de que se corrompan, solemos divertirnos un poco. Forma parte del proceso creativo. Como aquella ocasión en que decidimos enfrentar al pobre Heliodoro con el espectro de su padre. Tendrías que haberle visto en el cementerio, cuando le quitamos la capucha a la momia. Ese idiota se emborrachó tanto que difícilmente podría recordar el aquelarre. Le hicimos creer que él mismo lo había vuelto a enterrar. Pero lo trajimos aquí, y Fosco lo dibujó. Pedro Zuazo es uno de estos diablos, el más odioso de todos.

Martina notó un zumbido en el cerebro. La cripta se desdibujó ante sus ojos.

—Tú no has muerto. Sin embargo, él te ha representado. Y Elifaz le sirvió de modelo para ese Cristo.

—La necrofilia de Fosco no es exclúyeme. Su arte también se inspira en los vivos.

—¿En los Hermanos?

—Preferentemente.

—Supongo que los conoces a todos.

—Si lo que quieres preguntarme es si asistía a las ceremonias de los solsticios, no me las hubiera perdido por nada del mundo.

—Creía que en la Hermandad no había ninguna mujer.

—Y no la hay, todavía. Alguna vez me disfracé, para acompañarles. Ese patán del Quemao nunca me reconoció. —Berta sacudió sus cadenas—. Ahora ya sabes algo más de nosotros. ¿Quizá habrías preferido seguir a oscuras?

Martina se obligó a seguir, a pensar.

—Debo admitir que al principio conseguiste engañarme, Berta, pero no estoy ciega.

—¿Sólo al principio?

—Después cometiste algunos errores. Todos los cometisteis.

—¿Ha comenzado el interrogatorio?

—Considéralo así.

—Muy bien, subinspectora. ¿Qué errores cometí?

—No deberías haberme llamado a Jefatura. Nunca lo habías hecho. Pero el lunes, poco después de las once, descolgaste un teléfono para informarme de un crimen. Lo habías oído en la radio, dijiste. Debiste escuchar con mucha atención, porque retuviste el nombre de la víctima. Un pescador de Portocristo, Dimas Golbardo. Estabas impresionada por la barbarie del asesinato.

—Yo diría que fue una reacción muy humana.

—Eso pensé. Y por eso, acto seguido, ingenuamente, te confié que me habían encomendado el caso. En consecuencia, te pusiste en acción. Pero disponías de poco tiempo. De la misma manera que habías amañado la noticia del suceso, inventaste una cita en el centro de Bolscan con un marchante, un tal Gustavo Adorno. He

comprobado que ninguna emisora informó de la muerte de Golbardo hasta la una y media del mediodía, por lo que no podías tener noticia del asesinato a menos que alguien directamente implicado te hubiera puesto en antecedentes. Por otra parte, Gustavo Adorno nunca existió. No estuvo en casa, en nuestra casa, nunca admiró ni contrató tus fotografías. La viuda Margarel, nuestra vecina, permaneció toda la mañana podando el seto. Te vio salir poco después de que yo me marchara a comisaría, pero no te vio regresar. Tampoco pudo trasnochar Adorno en compañía vuestra porque los fantasmas, aunque Daniel Fosco, compinchado contigo, sostenga lo contrario, no toman cócteles margarita. Debo admitir que su interpretación ha sido ingeniosa. Casi tan convincente como la tuya.

—Estás celosa de él.

—Me engañaste, Berta, y eso, por encima de lo que hayas hecho, es lo que me seguirá doliendo cuando todo esto haya concluido.

—Aún no has resuelto nada.

Martina apagó el cigarrillo con el tacón y encendió otro.

—¿Me estás desafiando? ¿Crees que no conseguiré resolver los crímenes?

—Ya lo has hecho. El Quemao los mató.

—No estoy tan segura.

De una de las heridas de Berta brotó una gota de sangre que fue resbalando hasta deslizarse por su muslo, sobre cuya piel dibujó una serpiente bermeja. Martina sintió que una lágrima resbalaba por su mejilla. Sacó la pistola y la enjugó con la mira. Luego dijo:

—Todavía no sé exactamente dónde empieza y termina tu juego, Berta, pero sí sé que cometiste más errores.

—¿Cuáles?

—Además de tu llamada a mi oficina, y de la invención del personaje de Adorno, teñiste tu cabello y elegiste para tu falsa cita con el marchante una ropa que jamás te pondrías. ¿A qué venía ese súbito cambio de apariencia?

—Quizá pretendía sorprenderte.

—Más bien sospecho que querías evitar que alguien te reconociera mientras te dirigías al apartamento de Daniel Fosco y te reunías con él y con Elifaz Sumí. Esa reunión tenía que ser secreta. A fin de que vuestra coartada resultara creíble, yo debía seguir pensando que entre Fosco, Elifaz y tú nunca había existido otro vínculo que una mera relación de carácter intelectual, utópico.

—¿Y acaso ha sido de otra manera?

Martina exclamó, con rencor:

—¿También era idílica cuando te poseían los dos?

—Necesitaba nuevos estímulos. La rutina, contigo...

La subinspectora dejó salir el humo de su boca.

—Puedes hacerme daño, ya no me afecta.

—No mientas. Aún tengo poder sobre ti.

—¿De eso se trataba? ¿No estabas encubriendo a nadie? ¿Simplemente querías demostrar cuál de las dos era la más fuerte?

Su amiga había levantado los ojos. Miraba por encima de ella, hacia la boca del caño, donde se espesaban las sombras.

—Esa incógnita ha quedado resuelta —declaró—. ¡La imaginación ha derrotado a la inteligencia deductiva! La Hermandad tiene ya un nuevo miembro. ¿No es así, Fosco?

Berta agitó sus cadenas y rompió a reír alegremente. La subinspectora se volvió con los brazos caídos. Daniel Fosco y Elifaz Sumí estaban de pie en el último escalón, sonriendo con tranquilidad, y con una especie de lúcido y admirativo orgullo.

—¡Has estado maravillosa, querida! —proclamó Fosco—. ¡Estremecedora! Habías puesto el listón muy alto, pero te has superado. Realmente, tus límites son una incógnita. ¡Si hasta nos has hecho dudar!

El pintor atravesó la cripta jugueteando con una llave de hierro y la libró de sus cadenas. Berta comenzó a vestirse, agitada todavía por la risa. Sus heridas eran simples brochazos de pintura bermeja.

—Lo siento, Martina, yo...

—No se enfade con nosotros, subinspectora —dijo Elifaz, con dulzura, como si realmente quisiera consolarla.

—¿Le ha gustado la mansión? —preguntó Fosco; parecía exultante, como un anfitrión satisfecho—. Ya le comenté que era indiana, un tesoro. Mi padre ganó mucho dinero. Para mí, ¿se da cuenta? Ha visto la casa, ¿no es cierto? ¿Qué me dice del dormitorio principal, admiró el dosel? A veces me siento en el filo de esa cama, y veo dormir a mamá. Me pregunto cuánto tiempo vivirá.

El despecho ahogaba a Martina. Tuvo que apelar a un esfuerzo sobrehumano para dominarse, e ironizar:

—Podría dejar abierta una ventana, a fin de que la niebla encharque sus pulmones, o tomar prestado uno de sus almohadones y presionar sus vías respiratorias, hasta endulzar su tránsito. Sería como otro de sus juegos.

—No puedo desearle nada malo a mamá —protestó Fosco—. Vamos, subinspectora, sólo ha sido una broma. Pensamos que una prueba de este tipo era la que más se ajustaba a las condiciones de Berta. Si era capaz de jugarse su amistad con usted, podíamos estar seguros de que jamás nos traicionaría.

—Y lo estamos —subrayó Elifaz—. Plena, absolutamente seguros. La Hermandad ha perdido un socio, pero acaba de incorporar otro. Con toda justicia, diría yo. Creo que unos y otros hemos salido ganando. Usted también, Martina.

Anímese.

La subinspectora permanecía en pie, rígida, inmóvil, con la expresión vacía.

—De manera que todo ha sido una farsa. Todo el tiempo han estado burlándose. Y todavía sostienen que he sacado un beneficio.

—¿Pero es que nunca lo va a admitir? —dijo Fosco, separando los brazos—. ¿Quién la puso sobre la pista del Quemao?

—¿Acaso no fuimos nosotros? —coreó Elifaz.

—La única culpa de Heliodoro Zuazo consistió en creer en esa irrisoria Hermandad. Lo que terminaría costándole la vida.

—Él se lo buscó —acusó Berta.

—No. Un disparo del sargento acabó con su vida, pero la causa de su muerte fue otra.

—La partida ha terminado, subinspectora —dijo Fosco, con calma—. Por lo que a usted respecta, debo recordarle que el caso está cerrado. Creo que me iré a dormir. Necesito descansar. ¿Vienes, Berta?

—Claro. Yo también estoy cansada. Pero os quiero a los dos. A menos, Martina, que no prefieras tomar una copa de vino conmigo. Te sentará bien. Prometo darte toda clase de explicaciones. No ahora, quizá, pero espero que más adelante, poco a poco, sepas perdonarme. La vida seguirá. No tiene sentido que lo perdamos todo. Que tú y yo nos separemos.

La subinspectora asintió lentamente. Luego dijo, con acidez:

—Cometisteis otro error, Berta. Por eso puedo asegurarte que este juego, si lo es, no ha concluido.

Empezó a subir los escalones de arenisca. No había alcanzado el exterior cuando oyó unas risitas ahogadas. Los Hermanos de la Costa celebraban su solsticio de invierno a costa de una nueva y singular víctima. Alguien que llevaba placa de policía y que forzosamente debía sentirse en una situación ridícula.

La subinspectora acabó de subir los peldaños de la cripta, se dirigió a su automóvil y lo puso en marcha. Atravesó a toda velocidad las últimas casas del pueblo, aparcó el coche en la cumbre del acantilado, sobre la playa, y descendió una senda hasta la puerta del Oasis.

Cayo fumaba en la puerta, bajo el letrero de neón, con una mano en el bolsillo y las piernas abiertas.

—Lo he pensado mejor —dijo Martina—. Vengo a por ese puesto de camarera que me habían ofrecido.

Los tubos iluminaban con reflejos dorados el pelo rubio, corto y duro, de Cayo. Su expresión era pacífica.

—Hacía tiempo que no veía una paliza así. Te han caneado a fondo. ¿Quién fue? ¿Tu chulo?

Martina se acarició los hematomas de la cara.

—Eso es cosa mía —replicó.

—Tal como te han puesto la jeta no te darían empleo ni el peor puticlub. Y éste es un local respetable, no sé si te lo han dicho.

La subinspectora se pasó la lengua por los labios. La cara interna del carrillo le ardía. Sacó la cajita de aspirinas y deslizó un par en su boca.

—¿Con eso te colocas? —sonrió Cayo.

—En una habitación oscura ningún cliente protestará porque no le guste mi cara. Ni porque esté colocada.

Cayo se echó a reír. Tenía las pupilas dilatadas como las de un pájaro nocturno.

—Tampoco es que me disguste. Me sigue pareciendo que estás un rato buena.

Martina se abrió la gabardina. Sus pechos oscilaron bajo el ceñido jersey de pico.

—¿Te gustaría ver el resto?

—Oye, no sé si...

—Sería la mejor manera de convencerte de que vas a contratar carne de primera calidad.

Cayo echó un furtivo vistazo al interior del local. Apagó la colilla con la puntera de su bota y dijo:

—Vamos adentro.

Entraron al club. Media docena de chicas alternaban en la barra con clientes maduros, hombres del pueblo, o de la comarca; otras bailaban con languidez en la pista.

Cayo la condujo hacia una puerta situada al fondo de los reservados. Subieron una escalera mal iluminada. Contra las ventanas del pasillo golpeaba el viento.

El hijo de Rita Jaguar abrió la puerta de una habitación pintada en rojo burdeos.

La cama no era ancha, y estaba cubierta por una colcha de color negro. Había una sola lámpara rosada, un lavabo y un bidé, y, en la pared, una estantería metálica con cajas de preservativos y un bodegón de flores.

—Es... acogedora —opinó Martina.

—Las sábanas se lavan por la mañana —dijo Cayo—. Fijo que estarán usadas. Acércate, no te cortes.

—¿Qué te gusta que te hagan las otras?

Cayo vaciló.

—Que me la chupen.

—¿Nada más?

—Con eso tengo bastante.

—A mí me pedirás más.

El hombre se subió la camiseta y empezó a quitarse el cinturón. Martina se echó la melena hacia atrás.

—Voy a hacerte un trabajito que no olvidarás. Relájate. Ya no hará falta que bajas las manos.

Pasmadamente, Cayo volvió a abrocharse el cinturón. La subinspectora sostenía su pistola a un metro de él. Su rostro reflejaba una voluntad implacable.

—La última vez que tuve que usarla me encontraba en un lugar llamado la Piedra de la Ballena. Un paraje muy recomendable para ir a pescar, aunque no siempre resulte fácil regresar con vida.

Los ojos de Cayo se encogieron en la penumbra.

—¿Quién coño eres?

—Alguien que se interesa por vosotros —replicó la subinspectora—. Por tu madre y por ti. Y por un modesto carpintero, a quien asesinaron hace más de quince años. Se llamaba Jerónimo Dauder. Quizá lo recuerdes. Construía y reparaba lanchones en su taller del puerto de Bolscan. En sus ratos libres tallaba barquitos y títeres de madera, y durante algún tiempo fue tu padrastro.

Cayo esbozó una mueca de incredulidad. De pronto, se inclinó hacia la cama, cogió la almohada y se abalanzó contra ella. La subinspectora se hizo a un lado. Cayo se encontró con el cañón del revólver apoyado en su sien.

—Sobre el colchón —ordenó Martina; él se dejó caer, rígido como una tabla—. Boca abajo. Así, muy bien. Imagina que estás con una de esas pobres chicas a las que sometes a derecho de pernada.

Sin dejar de apuntarle, la subinspectora abrió los postigos y apagó la lámpara.

—¿Qué está haciendo?

—Hablaemos a oscuras, en voz baja. Te sentirás más cómodo, y nadie nos oirá.

—¿Quién es usted?

—Policía. Investigo los crímenes. ¿Dónde estabas el pasado domingo?

—Aquí.

—¿Tienes testigos?

—Sí.

—¿Quiénes?

—Rita y Celeste.

—Será mejor que hables con propiedad, Cayo. ¿Tu hermana y tu madre, has querido decir?

El hijo de Rita asintió.

—¿Quién fue tu padre, Cayo?

—No lo sé.

—¿Tu madre nunca te lo dijo?

—No.

El tono de Martina se aguzó hasta resultar hiriente.

—Debiste tener una infancia difícil, Cayo. Sin padre, con una madre que trabajaba en un *cabaret*. Una prostituta. Supongo que llegarías a tratar a alguno de sus clientes. Y que te preguntarías si éste o aquél podrían haberte engendrado. A lo mejor tenías tus preferencias. Puede que el capitán Sumí te resultara más simpático que otros.

—¡Ese hombre no es mi padre!

Martina encendió un cigarrillo. La llama del encendedor iluminó la mitad de su cara.

—José Sumí era un buen amigo de tu padrastro, el carpintero. Primero los unió una embarcación, *La Sirena del Delta*, que periódicamente había que reparar y calafatear en el astillero de Bolscan, en el taller de Dauder. Después, las alegres noches de farra por los garitos del puerto. Ambos conocieron a la que sería tu madre, a Rita, cuando ella bailaba en un club llamado El Deportivo. Ambos se encapricharon con ella. Rita debía ser un volcán. Pero Jerónimo Dauder tuvo que dejar de verla para pasar una larga temporada a la sombra. Un mal día, después de una discusión doméstica, se dejó llevar por un arrebato y mató a su esposa. Corría el año 1950. Tú no habías nacido aún.

—No sé de qué está hablando —masculló Cayo.

—No fue un crimen pasional, propiamente —continuó Martina, como si no le hubiera oído—, aunque la policía así lo creyó. Dauder había enloquecido por Rita, a tal punto que iba a ser capaz de apartar cualquier obstáculo que la separase de ella. Pero cuando se libró de su mujer y se dio cuenta de lo que había hecho, su pequeño mundo se derrumbó, y se entregó a la justicia. Más tarde, sin embargo, se le concedería una segunda oportunidad. Dauder salió de la cárcel en 1965, y poco después se casó con Rita. Para entonces tú ya debías ser un espigado muchacho de unos catorce años. Haz memoria, Cayo. Recuerda a aquel bien plantado José Sumí

que convidaba a tu padrastro a vinos y a putas. Alguien que no siempre fue un ciudadano ejemplar. Alguien que, antes de presidir el municipio y las asociaciones católicas debió ser un tipo atractivo y turbulento a la vez. ¿José Sumí es tu padre, Cayo, y el padre de Celeste? ¿Fue él quien mató a Dauder, quien le hizo trizas el cráneo y machacó sus manos con un martillo? ¡Habla!

La garganta de Cayo emitió un sonido áspero, pero no respondió. La subinspectora le clavó la pistola en los riñones y le conminó a que abriera la puerta.

Salieron al pasillo, Cayo delante. A lo largo del corredor se disponían seis habitaciones más, tres a cada lado. Todas estaban cerradas. De un par de esas alcobas brotaban jadeos, el lenguaje animal del amor. La subinspectora clavó con más fuerza el cañón en los riñones de Cayo.

—¿Cuál es la alcoba de Rita?

—La del fondo.

—Llama como acostumbres a hacerlo.

—No abrirá.

—Dile que han matado a otro cliente. A Mesías de Born. Y que la policía ronda.

Cayo tocó con dos suaves golpes de nudillos.

—¿Madre?

Al otro lado de la puerta se oyó un susurro, como de ropajes arrastrándose por el piso.

—¿Sí, hijo?

—Abre.

—Ahora no. Estoy ocupada.

—Se han cargado a otro. La policía sospecha.

La hoja se abrió apenas un resquicio, aunque fue lo suficiente como para que Martina pudiese entrar, empujando a Cayo y obligando a hacerse a un lado a la madam.

Decenas de velas multiplicaban las sombras de las vírgenes de escayola. Cera caliente resbalaba por los candelabros, hasta caer al suelo en dorados goterones. Olía a pachulí y a una acre pestilencia, como de jaula sucia. Martina avanzó en silencio por el santuario de Rita Jaguar. Los afiches de la cabaretera la contemplaban desde las paredes, en tórridas imágenes de un pasado ya lejano.

Sobre la cama, de espaldas, desnudo, un hombre montaba a una mujer. Sus blancuzcos glúteos empujaban con furia. Al oír un crujido detrás de él, irguió del lecho el cuerpo flaco, brillante de aceite. Estaba despeinado, y una lujuriosa expresión crispaba su macilenta cara, pero Martina lo reconoció al instante: era Luis Gámez, el secretario del Juzgado.

—Vístase —ordenó la subinspectora, después de una pausa cargada de electricidad.

Sobre los muslos de la mujer, Gámez parecía haberse paralizado en un grotesco escorzo. La subinspectora pensó en un fauno apurando los últimos sorbos de la vida.

—¡Usted! —Exclamó la madam, como si acabaran de violar su intimidad—. ¿Por qué lleva un arma?

—Es policía —repuso el secretario, trémulo.

Sin dejar de mirar con ferocidad a Martina de Santo, Rita Jaguar entregó al secretario su batín, un corto quimono recamado con pavos reales y montañas nevadas que erguían sus picos sobre sicomoros y campos de té. Gámez gateó sobre el cobertor para cubrirse con aquella absurda prenda. Atada al cabecero de la cama, Celeste tenía los ojos abiertos, pero no parecía captar lo que sucedía en la alcoba. Una bandeja con jeringuillas descansaba en el suelo, cerca del terrario. La subinspectora vio en el cristal el reflejo de un reptil.

—Suéltela —dijo Martina.

—¿A la serpiente o a la niña? —preguntó Cayo, con la cara encendida por el odio.

—No lo estropees todavía más —le aconsejó la subinspectora.

—¡Obedece, idiota! —le urgió la madam.

Cayo soltó las cuerdas. Los brazos de Celeste se desmayaron sobre el colchón.

—Siéntate contra la pared, Cayo —ordenó Martina—. Las manos donde yo pueda verlas.

La subinspectora pasó junto al secretario, que había retrocedido hasta la pared, junto a los candelabros. En la mesilla de noche descansaban una cinta de pelo y el pasador que Celeste había heredado de su madre. La subinspectora lo cogió y lo guardó en su americana.

—Eso no le pertenece —le advirtió Rita Jaguar.

—Son pruebas. Como esas sábanas, esas cuerdas, las jeringuillas.

Martina tomó el pulso a la chica. Debía haberle faltado poco. La subinspectora permaneció junto a ella, sin dejar de apuntar a Cayo.

A la luz de las velas, las sombras de las vírgenes se proyectaban sobre la cama. Martina dedicó a Gámez una mirada que combinaba la piedad y el desprecio.

—¿Hace mucho que dura esto, secretario?

La voz de Gámez sonó a remordimiento:

—He venido alguna vez, es cierto. Sabía que no estaba bien, pero...

—¿Por dónde suele entrar, para que no le reconozcan, por la puerta de atrás? ¿O se pone peluca?

—El señor secretario es un cliente ocasional —murmuró Rita—. Como tantos otros. Se asombraría usted, de acceder a sus apellidos. Ésta es una casa legal, con una clientela respetable.

La subinspectora emitió una risa irónica.

—Déjeme adivinar. ¿El señor De Born, el señor Fosco y otros caballeros de la tertulia dominical de la Casa del Mar también frecuentaban la casa?

La madam guardó silencio.

—¿Secretario?

—Venían.

—¿Todos juntos?

—Sé que venían, eso es todo.

—Parece que a los caballeros de Portocristo les unía algo más que las partidas de dominó. ¿Dimas Golbardo también participaba de estos secretos placeres?

Rita se ahuecó la melena, orgullosamente.

—No le daré nombres, pero... ¿qué hay de malo en un poco de expansión?

—¿Así llama a las degradantes prácticas a que somete a su hija? ¿De dónde saca la heroína?

—Celeste está enferma.

—¿La ha visto un médico?

—Necesita una dosis diaria de morfina. De lo contrario, enloquecería.

—¿Quién le proporciona la droga desde que el farmacéutico se ahogó en el estuario?

La madam aceró la mirada. Su desmedido busto subía y bajaba, oprimido por el escote.

—No contestaré a eso.

—Va a tener que responder a muchas cosas más —adelantó la subinspectora—. Aquí y ahora, o en el puesto de la Guardia Civil. Como prefiera.

—¿De qué se me acusa?

—De promover abusos sexuales contra una menor, lucrándose con ello.

—La niña lo hace por gusto —afirmó Rita—. Pregúntele.

—Lo haré en cuanto se recupere. Celeste vendrá conmigo.

El secretario había comenzado a vestirse en un rincón. Sus ropas descansaban cuidadosamente dobladas sobre el respaldo de una butaca. La subinspectora se encaró con la madam.

—No descarto reunir algún cargo más contra usted, Rita. Encubrimiento de asesinato, por ejemplo.

—¡Está usted loca! —exclamó Cayo.

—Es su madre quien lo está. Pero la locura no la eximirá de comparecer ante un tribunal. Y yo estaré presente para contar una nostálgica historia.

Martina hizo una pausa para encender un cigarrillo y arrojar por la nariz dos columnas de humo.

—La de una bailarina que actuaba en Bolscan, en un antiguo *cabaret* llamado El Deportivo. Ocasionalmente, ejercía la prostitución. Le gustaba seducir a los clientes, ponerlos a sus pies. A juzgar por esos carteles, debía ser usted muy atractiva, Rita. Tenía gancho con los hombres, y sabía manejarlos en la cama. Uno de ellos, Horacio Muñoz, un policía, cayó rendido ante sus encantos. Todavía no ha conseguido olvidarla, si eso la consuela. No sería el único. Aquel humilde carpintero del puerto, Jerónimo Dauder, también cometió el error de enamorarse de usted. Obsesionado con poseerla, en una escena de celos domésticos llegaría a asesinar a su propia esposa, lo

que le costaría la cárcel. Pero usted no le correspondía, o lo hacía como una simple diversión. Su hombre era otro, siempre fue otro, y el mismo. José Sumí. ¿Fue él quien mató a su marido?

—¡Deja de mentir, zorra! —exclamó Rita.

—¡Tranquilícese! —Intervino el secretario; su mecanismo de autojustificación se había activado, y cedía a la ilusión de que una cierta autoridad le investía de nuevo—. Responda a la subinspectora.

—¡No tengo nada que decir!

—Le honra esa actitud, Gámez —dijo Martina, irguiéndose y agravando la voz, como si el secretario estuviera cumpliendo funciones propias de su cargo y ambos integraran un acusador tribunal—. Mientras el carpintero cumplía su condena en la prisión de Argenta, esta mujer, cuyo verdadero nombre es Rita Vicente, tuvo un hijo, Cayo. El padre no lo reconoció, como tampoco, más adelante, cuando la niña nació, reconocería a Celeste. ¿Dónde vino al mundo su pequeña, Rita? ¿En esta misma habitación, hace quince años, más o menos? Porque usted no acudió al hospital, ni registró el nacimiento.

—Nunca he necesitado ayuda para parir, ni instancias para llevar la cuenta de mis hijos.

—Mírela ahora. —Martina señaló la cama, donde Celeste se había desmadejado como una muñeca rota—. Asuma en qué la ha convertido. ¿Cuánto vale, por una noche?

—Hago lo mejor para ella —susurró Rita.

—¿Lo mejor? ¿El qué? ¿Que la violen? —La subinspectora se había inclinado sobre la muchacha, que respiraba con un estertor—. Necesita atención, pero ese doctor Ancano iba de camino a la funeraria, con la nueva cosecha de muertos. Porque mientras usted se divertía, secretario, hemos tenido bastante jaleo. ¿Desea que le informe de las últimas bajas? Alguien crucificó a Mesías de Born. Expiró en la isla, cuando el sargento y yo conseguimos desprenderlo del madero. Previamente, Romero había abatido a Heliodoro Zuazo, más popular, en esta parte de la costa, como El Quemao. Aunque no debería haberlo hecho, disparó contra él.

—¿Por qué? —preguntó el secretario.

—Intentaba matarme.

—¡Lástima que no lo consiguiera! —gritó Cayo.

—¡Cállate, inepto! —rugió su madre.

—Deje que suelte la lengua —dijo Martina—. Es probable que sea la única manera de reducir su condena. ¿Cuánto cree que puede caerle, secretario?

Gámez abrió desmesuradamente los ojos.

—¿Cayo los mató?

—¡Yo no he matado a nadie!

—¡No sigas hablando! —saltó su madre.

—Escucha, Cayo —dijo la subinspectora, acercándose a él, hasta cubrirlo con su delgada sombra—. Sé que le tienes miedo. Siempre se lo has tenido. Desde aquel día, en la carpintería del puerto. Ella enterró a Dauder y luego te trajo aquí y te convirtió en un alcahuete. Ahora puedes demostrarle que eres un hombre, y no un pelele que se dedica a sacar del club a los clientes borrachos, o a arrojarlos por los acantilados.

Transcurrieron treinta segundos. En los ojos de la subinspectora, Cayo leyó que Martel seguía vivo, y que había hablado.

—Te reconocí. Debiste haberte asegurado de que estaba muerto, como los otros.

Cayo dejó de mirar a la subinspectora y contempló a su madre con una expresión huérfana. El rostro de Rita Jaguar se mantenía impávido. Las palabras escaparon de la boca de su hijo, deslizándose como delgadas serpientes:

—Estuve allí, pero yo no lo maté.

Martina de Santo se acercó a él y le hincó el cañón de la pistola entre los ojos.

—¿Quién lo hizo, entonces?

—Subinspectora... —empezó a decir el secretario—. No creo que sus radicales métodos...

—¿Me va a dar lecciones de ética?

Gámez hizo un gesto, como desentendiéndose.

—¿Quién lo hizo, Cayo? —Volvió a preguntar Martina—. ¿Quién ahogó en las marismas a Gabriel Fosco? ¿Quién descuartizó en la Piedra de la Ballena a Dimas Golbarado? ¡Todos eran clientes vuestros! ¿Quién lo hizo? ¡Contesta!

Cayo no reaccionó. Estaba lívido. La subinspectora le golpeó con la culata.

—¿Quién los torturó? ¿Fue tu madre la que te ordenó acabar con ellos?

Cayo permaneció en silencio. Martina volvió a golpearle. Un hilo de sangre empezó a resbalarle por la comisura de los labios.

—¡Responde!

—¡Subinspectora! —exclamó el secretario.

Cayo se había cubierto la cara. Martina le apartó las manos.

—¡Habla!

Cayo empezó a llorar mansamente.

—Esto tenía que llegar antes o después, mamá.

Rita miraba a Martina con un odio que hubiera podido palpase. La subinspectora retrocedió un paso y amartilló el gatillo. Su gesto reflejaba la determinación de abrir fuego. El secretario se apoyó contra la pared, asustado.

—Te lo preguntaré por última vez, Cayo. Procura contestar, porque no tendrás otra oportunidad. ¿Quién mató a esos hombres? ¡Respóndeme, o te reunirás con ellos!

—Elifaz —dijo Celeste, detrás de ella; se había incorporado en la cama y

contemplaba la escena con aire alucinado—. Mi hermano Eli los mató. Lo hizo por mí, porque no podía soportar el olor de esos viejos en mi piel. Él los castigó a morir.

«Debería haber comprado un árbol de Navidad», pensó Martina de Santo, sintiéndose un tanto rígida en su papel de anfitriona. «Uno de esos abetos enanos con sus bolas de colores y un Papá Noel como el que mi padre ponía en el pasillo cuando era una niña». Pero no se había hablado de la Navidad en toda la velada, y la subinspectora se resistió a dejarse arrastrar por el impulso sentimental de las fechas. Todavía no quería recordar al embajador, cuyo retrato aparentaba observarles desde una de las paredes, sobre la mesita de cristal donde descansaban el teléfono, una fotografía de sus padres y el revólver de Conrado Satrústegui. Al día siguiente iba a cumplirse un nuevo aniversario de la muerte de Máximo de Santo. Entonces pensaría en él.

—¿Tomará café, juez?

Antonio Cambruno se atusó la pajarita con la punta de los dedos y asintió. La subinspectora le había invitado a presidir la mesa que ella misma, con una funcionalidad de la que íntimamente se había admirado, fue improvisando en el salón de su casa, mientras sus invitados saboreaban una copa de jerez y fumaban en el porche.

No había flores en el jardín, pero en cuanto llegaron, a bordo del coche del comisario, la subinspectora se había apresurado a cortar un ramo de hortensias, cuyo tibio aroma se expandía ahora por el cuarto de estar. *Pesca* iba y venía de la cocina a la sala, excitada por las voces y el olor de los extraños. La viuda Margarel la había cuidado como a una reina, pero la gatita echaba en falta las caricias de su dueña. Su única dueña, a partir de ahora. Porque Berta...

El juez no parecía incómodo compartiendo esa cena de Nochebuena lejos de su casa y de su delicada madre, y en compañía de dos policías de Bolscan a quienes una semana atrás no conocía. A pesar de que la subinspectora, desde que retiró su primer plato prácticamente sin tocar, le había insistido, comió frugalmente. Sin embargo, Cambruno hizo aprecio al vino, tanto que, según se desprendía del achispado brillo de sus ojos, había bebido demasiado. El comisario, en cambio, se limitó a consumir medio vaso de Ribera de Duero, pero en compensación dio buena cuenta de todos los platos precocinados. Que no valían gran cosa, realmente. No en vano se trataba de un pedido de urgencia que la subinspectora se las había arreglado para encargarse por teléfono, mientras esperaban en una salita del Hospital Clínico el diagnóstico del toxicólogo que atendía a Celeste.

La idea de celebrar juntos la Nochebuena había surgido de manera espontánea. Si la consulta se hubiera formulado a cada uno en un plano familiar, los tres se habrían visto obligados a admitir que se encontraban solos. En consecuencia, propuso Martina, ¿por qué no cenar juntos? Sería una atípica reunión de trabajo, en cualquier caso, y una buena oportunidad para intercambiar opiniones sobre la resolución del

caso. Ni el comisario ni el juez tuvieron nada que objetar. A Satrústegui le esperaba una amarga madrugada en su apartamento de separado. Cambruno, por su parte, había tomado habitación en un hotel. Permanecería en la ciudad uno o dos días, hasta que Celeste estuviera en condiciones de declarar. El juez había decidido en el último instante partir hacia Bolscan en el helicóptero que trasladaba a los agentes, y a la propia Celeste, por lo que apenas tuvo tiempo de meter en el equipaje una muda y la navaja de afeitar. Ni siquiera había llevado consigo alguna de sus novelas policíacas. La perspectiva de pasar la Nochebuena solo debía agobiarle. Al igual que Satrústegui, aceptó de buen grado la invitación de Martina.

El día anterior, tal como se había comprometido con la subinspectora, el comisario, acompañado por el inspector Buj, se había desplazado, vía aérea, a la localidad azotada por los crímenes.

Buj y él se presentaron en el puesto de la Guardia Civil de Portocristo hacia las diez de la mañana del viernes 23 de diciembre. Satrústegui mantuvo sendas conversaciones con el sargento y con el juez. Quiso luego examinar el cadáver de Mesías de Born, que reposaba en la funeraria, desgarrado por los clavos que lo habían sostenido en la cruz. Acto seguido, el comisario se incorporó a los interrogatorios. Los careos y declaraciones se prolongaron durante la noche del viernes y la mañana del sábado.

Mientras los policías permanecían en el cuartelillo, verificando, junto al sargento Romero, las coartadas de los sospechosos, el doctor Ancano, sin moverse del ambulatorio, había mantenido las constantes vitales de Celeste; pero en ningún momento consiguió que recuperase el sentido. Su estado de inconsciencia venía prolongándose desde que Martina la sacó del club. El testimonio de la niña debería resultar decisivo. Por el momento sólo había aportado la acusación contra su hermano Elifaz. En cuanto el juez dio por terminadas las diligencias, dispuso el traslado de Celeste a un hospital de Bolscan.

—Es cuestión de paciencia —suspiró el comisario, aceptando una copa de champán; la subinspectora acababa de descorchar una botella y servido al juez, que se apresuró a catar y elogiar el cava—. La estaban hinchando a opiáceos. Un yonqui curtido no hubiera aguantado semejantes dosis. Es un milagro que esté con vida.

—Canallas —apostilló el juez, enervado por la cólera—. Hacerle eso a una menor. Drogaría hasta convertirla en un despojo. Vender su cuerpo al mejor postor. Si hasta Gámez, el muy rastrero... Con razón quería yo cerrar ese repugnante garito.

—Usted no podía saberlo —lo consoló el comisario—. ¿Cómo adivinar que algo así estaba ocurriendo en un pueblo pequeño y relativamente tranquilo? ¿Quién podía imaginar sus consecuencias, el torrente de sangre que esa locura haría correr?

Agradecido, el juez corroboró esa opinión. Lo imprevisible del caso aportaba un matiz sutilmente exculpatorio a su actuación.

—Y que lo diga, comisario. Yo jamás hubiera sospechado lo que sucedía puertas adentro de ese cubil, pero ya le dije a la subinspectora que mis dones detectivescos brillan por su ausencia. Éste no era un caso probatorio, de ahí su dificultad. ¿De qué indicios, pistas, sospechosos disponíamos? Por eso, cuando el sargento abatió a ese desdichado de Heliodoro Zuazo, dimos por demostrada su culpabilidad. Lo cierto es que todo le apuntaba: las huellas de sus botas en la cabaña, las marcas de los cadáveres... incluso la última palabra que acertó a pronunciar Mesías de Born, al ser desprendido de la cruz. *Eli...* Cuando el sargento nos la repitió, hasta yo mismo, inconscientemente, le añadí una hache. *Heli...* Pero estaba acusando a Elifaz Sumí. Heliodoro era inocente. Por desgracia, ya no hay salvación para él. Al menos, en esta tierra. Usted llevaba razón, subinspectora. Yo me equivoqué. Lo estuve desde un principio, y permanecí ciego durante el resto del tiempo.

Cambruno apuró su copa de champán, como ahogando de paso su frustración.

—Quisiera pedirle disculpas, Martina. Aprovecho para hacerlo delante de su superior. Nunca debí recusarla ni hablarle como lo hice. Ha demostrado usted una tenacidad y una intuición al margen de cualquier duda.

La subinspectora aceptó impasible sus disculpas.

—No me lo agradezca. Fue un veterano policía, Horacio Muñoz, quien nos puso sobre la pista. Sin la vinculación al caso de aquella trágica historia del carpintero Dauder, que él me sirvió en bandeja, seguiríamos a oscuras.

—No sea modesta. Fue usted quien hilvanó los hilos.

—A partir de *La Sirena del Delta* —recordó Martina—. Aquella embarcación... Tal vez no me crean, pero cuando la vi por primera vez, el pasado lunes, al amanecer, atracando en el puerto de Bolscan, tuve una impresión premonitoria. Como si algo estuviera fuera de lugar, o no se encontrase en su sitio. «Y si una nota falsa el tímpano golpea, al instante este paraíso se precipita hacia la nada...». La cita de Ezra Pound en el libro de poemas de Elifaz Sumí me hizo experimentar el mismo vértigo. *Y si una nota falsa...* En el ferry, antes incluso de arribar al delta, ya disponía de varias notas, o piezas, que no encajaban. Por otra parte, Horacio Muñoz me había dado un buen consejo: la araña del mal estaría contenida en el tiempo como en el interior de un frasco de cristal; para abrir ese frasco, debería girar la tapa en sentido contrario al de las manecillas del reloj. En otras palabras: el origen y la solución de los crímenes latía en el pasado. En la sensibilidad enfermiza de un poeta y en esa vieja carpintería donde un artesano reparaba los lanchones del estuario...

—Y donde vivía Rita Jaguar —observó el comisario.

Satrústegui iba a añadir algo, pero el juez, airado, le interrumpió:

—Hicieron bien en dejar que me ocupara de esa mala pécora. Llevaba demasiados años burlando a la justicia. Tenía una cuenta pendiente. Ahora la saldará.

A iniciativa propia, y después de asistir a la bochornosa confesión de su

secretario, que admitió haber delinquido con una menor, Cambruno había interrogado a la dueña del Oasis. La hizo trasladar desde el lupanar, esposada, y se encerró con ella en su despacho del Juzgado, a solas, sin testigos, dispuesto a darle una lección. No abrió la puerta hasta haberle arrancado una confesión firmada, y cuando le permitió salir fue para enviarla al calabozo. Rita Jaguar había reconocido que prostituía a su hija Celeste, cuya paternidad, sin embargo, se negó obstinadamente a desvelar. Desde que Celeste cumplió los catorce años, su propia madre le suministraba sustancias tóxicas. El farmacéutico, Gabriel Fosco, le había proporcionado estupefacientes a trueque de gozar de los favores de la niña.

—Cómo intuir que ese pederasta sería el primero en ultrajar a la pequeña —estalló el juez; había cogido la taza de café y sepultaba la mirada en los cremosos círculos que su alterado pulso hacía temblar—. Derribada esa tenue barrera, la tentación se expandió, y fueron otros los que probaron la fruta prohibida. A cambio de dar rienda suelta a sus más bestiales instintos, pagaron un buen dinero. Cuando pienso que cualquiera de esos hipócritas, y que Dios me perdone, pero de su gloria les prive, pudo haberse revolcado en semejante iniquidad antes de tomar asiento a mi lado para jugar al dominó en nuestra partida de la Casa del Mar, se me revuelve el estómago. ¡Pobre niña! ¡Inocente criatura! Quién sabe si algún día se recuperará de los malos tratos, de la barbarie y crueldad de que ha sido víctima, o si quedará marcada para siempre, como le sucedió a su hermano...

La declaración de Cayo, que duró más de tres horas, había incluido un prólogo esclarecedor. En 1968, el hijo de Rita Jaguar tenía catorce años cuando encontró a su padrastro, Jerónimo Dauder, muerto en su carpintería del astillero de Bolscan. Alguien había penetrado silenciosamente en el taller y se había encargado de despachar al artesano. Le destrozaron el cráneo, y aplastaron sus manos con vesánica furia. Cayo estuvo a punto de desmayarse. Alelado, permaneció junto al cuerpo inerte hasta que su madre regresó de visitar a una quiromántica que le desvelaba el capricho de los astros. Rita se encargó de limpiar la sangre y avisar a la policía.

En ese punto de su declaración, Martina de Santo había preguntado a Cayo por la reacción de su madre frente al cadáver de Dauder. Rita no había dado la menor muestra de nerviosismo o compasión. Apenas, mientras aguardaban la llegada de los agentes, habló con el chico, y sólo lo hizo después, con la policía, para insistir en que ni ella ni su hijo habían visto nada. Nada sabían, de nadie sospechaban. En adelante, nunca más Rita volvería a referirse a ello, como si se tratara de un capítulo de su existencia que jamás hubiera acaecido.

Pero Cayo no había olvidado que una semana antes del asesinato de su padrastro, José Sumí estuvo en la carpintería. El capitán había bebido. Dauder y él discutieron en el taller con tal violencia que a punto estuvieron de llegar a las manos. Rita tuvo que poner paz entre ambos. Fue ella la que finalmente empujó al capitán hasta su

embarcación, invitándole a poner rumbo a Portocristo.

Un destino que ellos, pocas semanas después de enterrar a Dauder, compartirían en el futuro. Por eso, aunque su madre nunca accedió a revelárselo, y también por el tímido afecto que José Sumí se esforzaba en demostrarle, Cayo siempre había pensado que el capitán era su padre, y el padre de su hermana Celeste. «Tenía que vivir con eso, e impedir que mi hermana sufriera lo que yo había sufrido», había afirmado Cayo durante su interrogatorio, con una voz resignada.

Ya en el tiempo presente, y a preguntas de la subinspectora, Cayo había recordado con precisión el día en que Rita subastó a la niña. Ocurrió en el solsticio de verano de 1982, tres días antes de las hogueras de San Juan. Para esa fecha, como cada año, la Casa del Mar y la asociación católica organizaban un rancho en la playa del Puntal. Cayo solía asistir, para invariablemente experimentar el silencioso rechazo de las honradas gentes de Portocristo. Las mismas que señalaban a Rita Jaguar en la plaza del Mercado y en voz baja la llamaban ramera. Un desprecio que Cayo, en su debilidad, se resistía a aceptar como inherente a su estigma.

El primer hombre que mancilló a su hermana fue Gabriel Fosco. El farmacéutico pujó muy cara su virginidad. Cayo no sabía con exactitud la cifra, pero vio a Fosco abrir su cartera y entregar un fajo de billetes a Rita Jaguar. Desde su habitación, pudo oír los gritos de Celeste, cómo su madre la golpeaba, la ataba como a un animal y la obligaba a dejarse atropellar por aquel viejo. A partir de ese momento, Rita empezó a sedar a la niña. Gabriel Fosco le enseñó a mezclar y preparar las dosis. El farmacéutico debió irse de la lengua porque, poco después, Rita entregaría la niña a Pedro Zuazo, el misántropo farero de Isla del Ángel. Dimas Golbardo y Mesías de Born serían los siguientes en frecuentar la alcoba donde Celeste, vestida de blanco, con una corona de flores prendida del pelo, bailaba para ellos antes de dejar resbalar el camisón y tenderse sobre el lecho con una sonrisa alucinada, la misma con la que respondía a Cayo cuando su hermano le preguntaba qué hacía en la alcoba de su madre, por qué tenía marcas en el cuello, en las muñecas, por qué razón apenas le hablaba pero todos los días nadaba en el mar hasta más allá de las corrientes, como si quisiera que una fuerza superior la arrastrase lejos de aquella vida miserable...

En el punto álgido de su interrogatorio, cuando la subinspectora hubo puesto todas las cartas sobre la mesa, y reiterado su ofrecimiento de considerar su confesión como un atenuante, Cayo había incriminado a Elifaz en los asesinatos del delta.

A veces, para rematar sus borracheras, la pandilla de Elifaz, Daniel Fosco, Gastón de Born, Teo Golbardo, incluso aquel primitivo Heliodoro Zuazo que les aguantaba las bromas más pesadas, hasta dejarse exhibir ante las chicas como un fenómeno de circo, recalaban en El Oasis. Solían ir muy pasados, tanto que rara vez se animaban a encerrarse en las habitaciones con cualquiera de las mujeres, limitándose a alborotar y a beber como esponjas.

Una de aquellas noches, Elifaz se había fijado en Celeste. La pequeña no acostumbraba a alternar, por orden de su madre, pero una de las camareras estaba enferma, y Celeste la sustituyó en la barra. Elifaz no se separó de ella. Cuando sus amigos decidieron dar por terminada la juerga, él siguió acodado a la barra, con el pelo revuelto, bebiendo una copa tras otra y prometiendo a la niña que le dedicaría un poema.

—Y lo hizo —dijo la subinspectora—. Escribió *La herida celeste* y le ordenó imprimir unos cuantos ejemplares a Gastón de Born. El título debería haberme abierto los ojos. No sólo contiene la tragedia de la niña, sino también la justificación moral, y estética, de los crímenes que su autor pensaba cometer. La mano que iba a abatir a los violadores no sólo obedecía a una pulsión sentimental, sino a la cólera celestial del poeta.

Después, muy borracho, Elifaz quiso acostarse con ella. Celeste le contestó que hablara con la madam. El poeta buscó a Rita por las habitaciones, hasta despertarla. Cayo se vio obligado a intervenir. Sacó a Elifaz a empujones, hasta la playa. Unas horas más tarde, al abrir el club, a mediodía, volvió a encontrarlo tumbado en las dunas, con los ojos deslumbrados por el sol y la ebria ensoñación de un repentino tormento de amor. «Tengo que verla», suplicó. Dispuesto a evitar una nueva trampa del destino, Cayo entró al bar, cogió una botella de ron y se llevó a Elifaz playa abajo. Cuando terminaron la botella, Cayo le había contado una historia que cambiaría su vida.

—El nada edificante relato del capitán Sumí, su doble vida, sus dos familias —evocó la subinspectora, removiendo con cuidado su taza de café porque *Pesca* acababa de acomodarse en su regazo, y con sus afiladas uñas amenazaba con tirar del mantel.

—¿Por qué lo hizo Cayo? —Preguntó el juez—. ¿Por qué le desveló que eran hermanastros? ¿Sólo para impedir que Elifaz se acostase con su hermana Celeste?

—Quizá porque ese tipo de secretos no puede ocultarse eternamente, o tal vez porque necesitaba ayuda y no sabía a quién acudir —reflexionó Martina—. Cayo nunca habría osado enfrentarse abiertamente con su madre, de la que dependía en todo, y cuya autoridad ejercía sobre él un dominio casi absoluto.

—Elifaz decidió convertirse en un héroe a los ojos de su hermana —apostilló el comisario—. Enamorarla, pero de otra manera. Idealmente.

—Una especie de amor redentor —asintió Martina—, que encajaba en su temperamento romántico. Los Hermanos de la Costa nunca serían, en pureza, sino tres hermanos, o hermanastros, unidos por una misma sangre: Cayo, Elifaz y la pequeña Celeste. Cayo se fue erigiendo en confidente de Elifaz, en su eficaz escudero. Fue él quien le desveló la identidad de los hombres que sojuzgaban a Celeste. De ahí a convertirse en su cómplice sólo quedaba un paso. El que Elifaz se

resolvería a dar en cuanto lo tuvo todo dispuesto: el orden de las ejecuciones (pues realmente lo fueron) y las coartadas a cargo de la secta que él mismo había fundado en unión de Daniel Fosco.

—¿Qué me dicen de las patrañas del capitán? —Preguntó el juez—. ¿Les dieron crédito?

José Sumí fue llamado al cuartelillo inmediatamente después de que Cayo confesara. Una y otra vez insistió en no saber nada. No había tenido hijos con Rita Jaguar, ni cometió en el pasado homicidio alguno. Había tratado a Jerónimo Dauder, el carpintero de Bolscan, pero su relación se limitaba a confiarle su barcaza para tareas de calafateo. Todo lo más, según creía recordar, habrían tomado algún chato de vino por el arrabal portuario. Conocía a la mujer de Dauder, Rita, pero de simple vista.

—Mentía —aseveró el juez—. La madam contradijo su versión. Cayo es hijo del capitán. Mucho más tarde, cuando esa ramera se ocultó entre nosotros y abrió su babilónico establecimiento, siguieron entendiéndose, ayuntándose, hasta la fecha de hoy. Y algo más voy a decirle, comisario: yo no descartaría que José Sumí haya sido cómplice de los asesinatos. No olvidemos que fue el capitán quien encontró los cuerpos de Pedro Zuazo y Dimas Golbardo, y quien habría encontrado el cadáver de Santos Hernández si en lugar de haber caído en la playa del balneario lo hubiesen arponeado junto a la Piedra de la Ballena.

—En realidad, lo mataron allí —dijo la subinspectora—. Vi junto al camino las huellas de su carro, a no más de cincuenta pasos de la Piedra. Las llantas claveteadas de la galera de Santos se habían hundido en la arena debido al peso del bloque que transportaba para Heliodoro Zuazo. Santos alcanzó a ver el cuerpo de Dimas Golbardo, abierto en canal sobre la Piedra, en medio de un charco de sangre, y fue a prestarle auxilio. Pero Cayo y Elifaz se le echaron encima. Cayo lo apresó, como una hora antes había sujetado a Dimas, y Elifaz ensartó al chamarilero con uno de los arpones que el viejo pescador de ballenas guardaba en su cobertizo. Subieron a Santos al carro, y lo dejaron allí, malherido. Pero el caballejo proseguiría rutinariamente su camino, por la misma senda que estaba acostumbrado a recorrer, hasta su punto de destino, tres kilómetros más allá de la ría. El carro se detuvo frente al parque de esculturas de piedra y Santos cayó a la arena, donde los hombres de Romero lo encontrarían al día siguiente, ya sin vida. Elifaz y Cayo ocultaron en la casa de Heliodoro el collar de Santos Hernández y una bolsa de coca. Cogieron unas botas de agua del raquero y las imprimieron en el polvo de la cabaña. Después remolcaron la canoa de Dimas hasta Isla del Ángel, cuya corriente se encargaría de destrozarla contra las rocas, atracaron y se dirigieron al cementerio para preparar el cadalso de Mesías de Born.

El juez se frotó los ojos, como si esa imagen le resultara insoportable. La

subinspectora continuó:

—Elifaz sabía, por Gastón de Born, que Mesías pensaba ir al cementerio de la isla al día siguiente, y se ofreció a llevarle en su bote. De manera que fue su Caronte. Cuando llegaron a la isla, Elifaz permitió que Mesías orase ante la tumba de su mujer, antes de golpearle el cráneo con una pala. Pero todavía faltaba lo peor. El dolor de los clavos al desgarrar su carne debió despertarle en el infierno. Elifaz terminó de clavar al madero sus manos y sus pies. Con la crucecita que llevaba colgada al cuello le reventó los ojos que habían gozado con el sufrimiento y la humillación de su hermana, y abandonó a Mesías desangrándose lentamente, a la espera de que los pájaros acudiesen a picotear sus heridas. Cogió el esquife y atravesó el brazo de mar en busca de Cayo. Juntos regresaron a la isla. Juntos cavaron el hoyo, alzaron el madero y lo sujetaron con piedras. Yo pude divisar la cruz desde la cubierta de *La Sirena*, cuando me dirigía a la ría del Muguín. *La Sirena*, una vez más...

El juez carraspeó.

—Hay detalles que no me han quedado claros. Usted afirma haber visto esa embarcación el lunes, al amanecer, en el puerto de Bolscan, ¿no es así, Martina? Y volvió a verla en Portocristo, en la mañana del martes. ¿Por qué motivo haría el capitán Sumí la travesía de la costa?

—La explicación a este enigma es muy sencilla, juez. El piloto no era él, sino su hijo Elifaz. La noche del domingo, después de depositar los restos de Dimas Golbardo en el muelle de Portocristo, el capitán había atracado en su embarcadero y regresado al pueblo para declarar ante el juez. Mientras su padre estaba ocupado en esas diligencias, Elifaz levó el ancla de *La Sirena*. Las carreteras, como el ferrocarril, estaban cortadas por las inundaciones, por lo que no tenía otro modo de desplazarse a la ciudad. En su rápido viaje de ida y vuelta agotaría el combustible; por eso, cuando yo alquilé *La Sirena*, el depósito se hallaba vacío, lo que sorprendió a José Sumí, que estaba seguro de haberlo dejado a media capacidad. Elifaz arribó al puerto de Bolscan a las siete de la mañana del lunes, después de navegar durante buena parte de la noche. Pude ver su sombra en la cabina del puente, la cabeza tocada con una gorra, el imberbe perfil en el que no abundaban precisamente las características barbas blancas de su padre. Elifaz se movió aprisa. Contactó con Daniel Fosco, con quien compartía un apartamento de estudiantes, y con su... chica, Berta.

La subinspectora hizo una pausa, hundiendo la mirada en el pelaje de *Pesca*.

—¿Con quién? —preguntó el juez, ahuecando la mano detrás de la oreja, como si no hubiera oído con claridad.

—Berta Betancourt, la fotógrafa. Vivía conmigo.

—¿Aquí, quiere decir? —Cuestionó cautelosamente Cambruno, después de un prolongado silencio—. ¿En su casa?

—No es necesario que hable de eso, Martina —intervino el comisario.

—Lo es, señor. Berta mantenía con Elifaz y con Daniel Fosco una relación compleja. Había participado en sus reuniones secretas, y se sentía atraída por una macabra visión del arte. Deseaba experimentar nuevas sensaciones.

El juez meneó la cabeza.

—¿Como la profanación de tumbas, por ejemplo?

—Fosco desenterraba a los muertos, los pintaba, jugaba con sus restos, pero no era un asesino —aseguró Martina—. No estaba al tanto de las actividades criminales de Elifaz. Siempre pensó que su padre, el farmacéutico, Gabriel Fosco, se había ahogado accidentalmente en las marismas, mientras buscaba nuevos especímenes. Nunca pudo sospechar que su amigo Elifaz lo había sacrificado con sus propias manos. Jamás habría adivinado que su padre fue el primero de la lista, ni que inauguraría una larga serie de crímenes cometidos por el mismo afán de venganza. En este sentido, Daniel Fosco era inocente. Berta Betancourt, también. Elifaz los utilizó.

—¿Cómo? —preguntó el juez.

—Les dijo que tenía razones para suponer que el crimen de Dimas Golbarado había sido cometido por su propio padre, José Sumí. Que hacía tiempo que el capitán desvariaba. Que padecía visiones y estaba obsesionado con la muerte. Las huellas de José Sumí aparecerían en el cadáver de Dimas. La policía no vacilaría en interrogarle a fondo... Elifaz sabía, por Berta, de mi condición, e intuyó que el caso de Dimas Golbarado podía llegarme en cualquier momento. Berta se lo confirmó, tras una llamada en la que fingió, a su vez, informarme del suceso. A partir de ahí, montaron toda una representación en mi honor. Desde el principio, Elifaz intentó desviar mi atención hacia otros presuntos culpables: Gastón de Born, falso autor de una tramposa apología del parricidio, y Heliodoro Zuazo, quien, al final, envuelto por la fatalidad de los acontecimientos, resultaría ser el erróneo responsable, la víctima propiciatoria.

—Pero antes le salvaría la vida —recordó el juez—. Todavía no nos ha dicho quién le pegó fuego al cobertizo, encontrándose usted dentro.

—Teo Golbarado lo hizo —afirmó Martina—. Sabía quién era yo, y que iba a dirigirme a las cabañas. No le importaba tanto que desentrañara el asesinato de su padre como el riesgo de que pudiera desbaratar una operación de narcotráfico que estaba en marcha. Teo era el enlace de un traficante llamado Martel, con quien suscribí un pacto del que el comisario está informado.

Satrústegui se apresuró a corroborarlo vigorosamente, impidiendo que el juez formulase alguna cuestión sobre dicho acuerdo.

—El hijo de Dimas era actor —prosiguió la subinspectora—. No demasiado bueno, pero tampoco tan malo como para no saber fingir voces mientras apilaba la leña y derramaba un bidón de gasolina. Heliodoro vio escapar por los bosques del Muguín a un hombre alto, y oyó relinchar a un caballo.

Teo Golbardo lo había admitido en su declaración. Para obtenerla, la subinspectora se había visto obligada a poner todas las cartas sobre la mesa, dándole a entender que Martel había cantado y amenazando a Teo con procesarle por tráfico de drogas. El hijo de Dimas aportó detalles sobre las reuniones de los Hermanos, regadas con absenta y exaltadas por la marihuana y la coca que él se encargaba de obtener. Se habían reunido en la isla y en la Piedra de la Ballena, entre otros lugares, coincidiendo con los solsticios. Elifaz llevaba la voz cantante. A Fosco sólo parecía interesarle jugar con los muertos. Teo sabía que había profanado varias tumbas, y utilizado restos humanos en macabras ceremonias, pero nunca había participado en esos ritos.

—Aunque en la posada del Pájaro Amarillo me hice pasar por una periodista —continuó Martina—, Teo conocía mi verdadera identidad. Elifaz había regresado al delta en *La Sirena* la misma noche del lunes, y tuvo tiempo de avisarle de que una mujer policía se proponía meter la nariz en sus asuntos. Para Teo, esos negocios se referían, fundamentalmente, a su pequeña red de distribución. Elifaz le sugirió que, si tenía ocasión, tratara de sugestionarme contra El Quemao: desde su punto de vista era indudable que Heliodoro Zuazo había asesinado a Dimas. Teo lo hizo, pero se le fue la mano, y a mí no dejó de extrañarme que tantas voces coincidieran en acusar al mismo individuo. Teo le hizo otro favor a Elifaz. Cuando me interesé por los servicios de un patrón de confianza que me llevase hasta la Piedra de la Ballena, no dudó en nombrar al capitán Sumí. Era una manera de reivindicar su inocencia, y desvincularlo del asesinato de Dimas. Pero el joven Golbardo cometió un error de bulto: cuando lo más lógico hubiera sido advertírmelo, omitió decirme que el capitán había encontrado los restos de su padre. No tenía sentido que me hubiese ocultado ese dato, lo que, unido al hecho de que Martel se alojase en la posada y a la conversación que mantuvo con él en cuanto ambos se vieron, me hizo sospechar de Teo.

—¿Y quién tatuó los cadáveres? —Cuestionó el juez—. Porque Cayo no supo responder a esa pregunta.

—Tuvo que ser Elifaz —sostuvo el comisario—. Ni el médico ni usted se darían cuenta al reconocer los cuerpos.

La conversación giró de nuevo hacia Elifaz Sumí. La Guardia Civil lo buscaba activamente, pero todavía no habían logrado dar con él. Ni Daniel Fosco ni Berta Betancourt, que permanecían preventivamente encarcelados en el cuartelillo de Portocristo, a la espera de la detención del principal acusado, y su posterior careo con él, habían desvelado su paradero. Elifaz abandonó la mansión indiana de la familia Fosco poco después de que lo hiciera Martina, y no volvieron a verlo. Tampoco se había puesto en comunicación con ellos. Los hombres de Romero habían registrado la Casa de las Buganvillas y el embarcadero de los Sumí, en el que faltaba el esquiife. La lancha guardacostas patrullaba la costa en su búsqueda. Si había huido en la barca, no

podía estar muy lejos. Romero presumía que estaba oculto en algún lugar de las marismas, que tan bien conocía.

Pasada la medianoche, el comisario y el juez se despidieron de Martina. La subinspectora los acompañó a la verja y se quedó mirando cómo el coche de Satrústegui desaparecía en la noche, hacia el centro de la ciudad. Después, fumó un cigarrillo en el porche, con la gatita *Pesca* acunada en su regazo, y recogió lentamente la mesa. No tenía sueño.

Hacia la una de la madrugada llamó a un taxi y le dio la dirección del Hospital Clínico. Subió a la planta donde estaba ingresada Celeste y pidió al celador autorización para verla un instante.

—Esto es completamente irregular, subinspectora, y ya he hecho una excepción.

El corazón de Martina empezó a latir muy deprisa.

—¿Una excepción? ¿Es que alguien ha entrado en su habitación?

—Ese caballero de la pajarita que les acompañaba a ustedes. Me aseguró que era el juez de la causa. Por eso le dejé pasar.

La subinspectora se apresuró a entrar en la habitación. Celeste dormía con una expresión de paz, abrazada a un peluche infantil. Una muñeca de trapo. Tenía el pelo castaño y un vestidito largo, de algodón, con una lazada roja. Sus ojos eran dos puntos de lana, y una luna en cuarto menguante le dibujaba la sonrisa. Martina cogió la muñeca y la sostuvo en sus manos, que temblaron ligeramente. Después se inclinó sobre la mesita de noche y descolgó el teléfono.

A la mañana siguiente, la del día de Navidad, la subinspectora, que no había dormido en toda la noche, llamó al juez a su hotel.

—¿No le habré despertado? —preguntó, cuando le hubieron pasado con él.

—¿La verdad? Sí —repuso la soñolienta voz de Antonio Cambruno—. ¿Qué horas es? ¡Las nueve y media, Dios mío! He debido dormir como un tronco. Deben ser los efectos de la magnífica cena con que nos obsequió anoche.

—¿Le parece que pase a buscarle, digamos, en una hora? Podemos ir a comisaría, y desde allí al hospital.

—Está usted en todo —repuso el juez—. La esperaré en el vestíbulo.

A las diez y media en punto, un taxi se detuvo ante la puerta del hotel. La subinspectora hizo una seña al magistrado, que fumaba su pipa y leía el periódico en un sillón del hall. Cambruno se metió en el coche, a su lado.

—Al cementerio —dijo Martina.

—¿Y eso? —preguntó el juez, extrañado.

—Hoy se cumple el aniversario de la muerte de mi padre. Pensé que no le importaría acompañarme a llevarle unas flores. Sólo será media hora. Después nos pondremos a trabajar.

—Por supuesto —asintió Cambruno—. Lo siento mucho.

Llegaron al camposanto, que quedaba en la parte alta de la ciudad, no muy lejos de la casa de Martina. La subinspectora pagó la carrera y se despidió del taxista.

—¿No le dice que nos espere, o que regrese a buscarnos? —preguntó Cambruno.

—No nos hará falta —contestó Martina.

La subinspectora se detuvo en un puesto de flores para comprar una docena de crisantemos. Cambruno y ella empezaron a recorrer la avenida principal del cementerio. A esa hora, el recinto estaba prácticamente vacío. Detrás de ellos caminaba con cierta dificultad un hombre que tenía un zapato ortopédico.

Los panteones más antiguos se sucedían a ambos lados de las hileras de cipreses. En medio de una estancada calma, se oía cantar a los pájaros.

—¿Dónde está enterrado su padre? —preguntó el juez.

—En una de estas criptas. Enseguida lo visitaremos. Antes quiero mostrarle algo.

Martina dobló la avenida y siguió andando hacia los nichos comunes que se adosaban en fúnebres manzanas. El juez, apoyándose en su bastón, la escoltaba en silencio. La subinspectora se detuvo frente a una modesta lápida. Un estropeado bajorrelieve de la Virgen María y el Niño decoraba esa tumba sin flores.

—Aquí yace Jerónimo Dauder, fallecido en 1968 —leyó Martina; y añadió, con lentitud, clavando en Cambruno una mirada tan directa que el juez tuvo que parpadear, para sostenerla—: Como dijo un amigo mío, con su destrozado cráneo

reposando para toda la eternidad. Y las manos, juez, también se las aplastaron.

—Pobre hombre —murmuró el magistrado; la contera de su bastón trazaba un despacioso círculo sobre la tierra apelmazada de grava.

Martina separó del ramo uno de los crisantemos y lo depositó al pie del bajorrelieve.

—No dejó familia. En todos estos años, nadie lo habrá visitado. Es posible que nosotros seamos los primeros en hacerlo.

—No hay peor muerte que el olvido —sentenció el juez.

—Tal vez exista una persona que no haya podido olvidarle.

—¿Algún pariente?

—No. El hombre que lo mató.

Cambruno se santiguó.

—Descanse en paz, en cualquiera de los casos. Se nos hace tarde, Martina. ¿Vamos a honrar a su padre?

Regresaron a la avenida principal. La subinspectora abrió el panteón de los De Santo, dejó la puerta abierta, por la que se coló un rayo de sol, y descendió las escaleras. El suelo de mármol brillaba con una tenue palidez. La temperatura en la cripta era más fría. El juez contempló con respeto las lápidas. Varias eran muy antiguas, del siglo anterior.

—Para usted tiene que resultar muy emotivo venir aquí.

—No lo hago a menudo. Sólo dos veces al año, coincidiendo con los aniversarios de mis padres.

—Estoy seguro de que se sentirían muy orgullosos de usted.

—Nunca se sabe muy bien cuándo un padre lo está de su hijo.

—Puede que lleve razón, pero no debo opinar. No he tenido descendencia, como ya le comenté. Tampoco me arrepiento.

La subinspectora introdujo los crisantemos en un estilizado jarrón de cristal.

—Es la segunda vez que me lo dice, juez. La segunda vez que me miente.

Martina abrió un grifo incrustado sobre una pileta y llenó el recipiente de agua.

—Para ti, papá —murmuró, depositando el jarrón en una cornisa, junto a su lápida. Luego, muy despacio, abrió el bolso, sacó la muñeca de trapo, la dejó junto a las flores y se volvió hacia Antonio Cambruno.

—Mi padre quería que hiciese la carrera diplomática, como él —dijo, observando cómo una progresiva lividez iba mermando el rostro del juez—. Pero no le complacé, como en tantas otras cosas, y me hice policía. No para divertirme, ni para experimentar emociones, sino para resolver delitos. En eso consiste mi trabajo, y en nada más.

La voz del magistrado se perdió en un apagado eco.

—Lo ha demostrado con creces, Martina. No necesita de nuevos reconocimientos.

Ha resuelto con brillantez los crímenes de Portocristo.

—Todavía me falta un detalle para cerrar el caso.

—¿Cuál?

—Resolver quién tatuó en los cadáveres de Dimas Golbardo y Santos Hernández la marca de Heliodoro Zuazo, y de qué forma lo hizo.

—¿Y ya lo ha averiguado?

—Fue un zurdo. Ayer, en mi casa, le observé durante la cena, juez. Empezó usted a manejar el cuchillo con la mano izquierda, pero después se corrigió, esforzándose por aparentar ser diestro.

—Utilizo ambas manos, indistintamente.

—No debería seguir mintiendo. Sabía que Heliodoro era zurdo porque fue usted quien le compró una de sus esculturas. Aquel dinero que el pobre desgraciado me mostró había salido de su bolsillo. Usted visitó su taller, vio su firma en las piedras talladas, y cuando tuvo la oportunidad utilizó ese signo para incriminarle, grabándolo con un bisturí en la piel de las víctimas. Primero, en el pecho de Dimas, a su derecha; luego, en el pie de Santos, en el izquierdo. Dos fugaces movimientos mientras los familiares y testigos entraban o salían de La Buena Estrella.

—Muy ingenioso, subinspectora. Pero, ¿por qué iba a hacerlo?

—Es posible que lo hiciera por amor, para proteger a uno de sus hijos, a un muchacho sin suerte en la vida. A Cayo. Su primogénito, juez. Usted sabía lo que estaba sucediendo en el club. Que Rita vendía a la niña, y que algunos de sus mejores amigos saciaban con ella sus peores instintos. Sabía también que, antes o después, Cayo se derrumbaría frente a esa situación. Por eso intentó cerrar El Oasis. ¿No va a preguntarme por la muñeca de su hija?

El juez sonrió, pero su sonrisa cortaba el aire.

—¿Para qué? Usted parece conocer todas las respuestas.

—Celeste dormía abrazada a ella en la cama del hospital, como debió hacerlo cuando era una niñita. Usted pensó que el caso estaba cerrado y cedió a una debilidad. No quiso despedir la Nochebuena sin abrazar a su hija. Nunca sabremos si Celeste se dio cuenta de que su padre la arropaba, la besaba. Si ese gesto le devolvía algún recuerdo. Como tampoco sabremos si algún día Cayo le agradecerá lo que intentó hacer por él.

Martina hizo una pausa. El labio inferior de Cambruno se había aflojado.

—Debió ser muy duro para usted.

—¿A qué se refiere?

—Al hecho de ser padre, pero no poder disfrutar de ello. Supongo que cuando Rita se casó con ese carpintero, el futuro se complicó aún más.

—Yo no...

—No, juez. No vuelva a decirme que no la conocía. No siga mintiendo, se lo

ruego. El capitán Sumí me habló de la pandilla que solía divertirse por los *cabarets* del puerto de Bolscan. Usted era uno de esos jóvenes. Y, como le sucedió al capitán, perdió la cabeza por esa mujer. Se convirtió en su amante, en su protector, o en uno de ellos. Hasta que Jerónimo Dauder salió de la cárcel y cometió el error de casarse con ella. Entonces, todo se precipitó. Por un lado estaba Cayo. Por otro, Dauder. Y finalmente usted, en tierra de nadie, con otra hija recién nacida de una relación absurda. Nunca entenderé qué vieron en esa mujer...

—¡En esa mala bestia, diga más bien! —Rugió Cambruno—. ¡Habría que recorrer toda la tierra para encontrar un corazón más sórdido! Fui lo bastante ingenuo como para caer en sus redes, hasta que fue demasiado tarde. Ella se había quedado embarazada otra vez. Me juró que la niña era mía, que podía elegirle un nombre. La llamé Celeste. Al principio la veía a menudo, jugaba con ella. Era tan bonita. Podía llevarle regalos, pero no me atrevía a pasearla porque era hija de una fulana... —Un sollozo quebró el tono del juez; se sonó con un pañuelo muy limpio y exclamó—: ¡Miserable de mí! ¡Ahora lo daría todo por su vida!

—¿Haría cualquier cosa, también, por devolverle la suya a Jerónimo Dauder?

El juez volvió a sonreír, horriblemente.

—Desde que ese patán se había casado con Rita yo no había vuelto a ver a mi pequeña. Rita me negaba el saludo. Un día en que la asalté en plena calle me dijo, para atormentarme, que ni Cayo ni Celeste eran míos, y que Dauder acabaría aceptándolos como propios. Formarían una familia. Pero no contaron conmigo.

—Se equivocó de víctima, juez.

—Debí haberla suprimido a ella, es verdad, pero no tuve valor. Era la madre de mis hijos, o al menos yo quería pensarlo así. La peor madre...

Una gruesa lágrima resbalaba por su mejilla, como si hubiera estado acumulándose durante mucho tiempo. La subinspectora dijo:

—Será mejor que me acompañe a Jefatura. Podremos seguir hablando allí, delante del comisario Satrústegui. Nos explicará cómo mató a Jerónimo Dauder, por qué se ensañó con él, de qué manera se deshizo del arma del crimen. Le hará bien contarle todo, señorita.

—¿Contar qué, Martina? Será su palabra contra la mía. Usted pudo perfectamente haber sustraído esa muñeca cuando estuvo en mi casa, y utilizarla después como falsa prueba, colocándola en la almohada de mi hija, en su habitación del hospital. ¿Quién iba a creerla?

—Yo, por ejemplo —dijo Horacio Muñoz, comenzando a bajar las escaleras del panteón—. Tenía usted razón, Martina. La acústica de este lugar es inmejorable.

El juez reconoció al hombre que caminaba tras ellos por la avenida de cipreses. Sabía lo que iba a contestar, pero preguntó:

—¿Quién es usted?

El archivero no le miró. En cambio, dedicó a Martina de Santo una exultante sonrisa.

—Mi nombre no importa —dijo, pero un recobrado orgullo asomaba a su voz—. Es, simplemente, el de un policía.



JUAN BOLEA (Cádiz, 1959), es periodista y escritor. Comenzó como reportero en *Heraldo de Aragón*, y en 1988 pasó a *Diario 16 Aragón*, donde ejerció como columnista desde su sección «Tras la cortina».

Actualmente, se hace cargo de la sección «Sala de máquinas» que se publica, de lunes a viernes en *El Periódico de Aragón* y colabora con otros medios.

Juan Bolea es autor de una prolífica y destacada obra literaria. Su obra narrativa arranca a comienzos de los ochenta con *El palacio de los jardines oblicuos* (Premio Alcalá de Henares de Novela Corta), para continuar con títulos como *Mulata* (1992), *El manager* (2001), *El gobernador* (2003), *Los hermanos de la costa* (2005), *La mariposa de obsidiana* (2006) o *Crímenes para una exposición* (2007).

Considerado por la crítica, y por sus numerosos lectores, como uno de los grandes renovadores del género negro y de la novela de intriga en el ámbito del idioma castellano, su obra más exitosa es la serie de novela negra protagonizada por la investigadora Martina de Santo.